EUSEBIO. PARTE PRIMERA-[QUARTA] SACADA DE LAS MEMORIAS...




BIBLIOTECA NAZ.
Vittorio Emanuele III
XXX
G
63
NAPOLI



EUSEBIO
PARTE TERCERA
SACADA DE LAS MEMORIAS QUE DEXÓ EL MISMO.

POR DON PEDRO MONTENGON.





CON LICENCIA EN MADRID.

POR DON ANTONIO DE SANCHA.
Año de MDCCLXXXVII.

Se hallará en su Imprenta y Libreria Aduana Vieja.



AVISO.

SE representaba en Atenas la tragedia de Euripides, en que es gravemente castigado Belerofonte por su excesiva y descarada codicia. Para hacer de ésta una viva pintura, el Poeta pone en boca de Belerofonte estos versos.

Si me tiene por rico, aunque malvado
Quiera llamarme el pueblo, no lo curo.
Todos quieren saber si el hombre es rico,
Ninguno si es honrado,
Ni cómo, ni de dónde yo procuro
Acaudalar el oro.
Solo indagando van quanto poseo.
El hombre en qualquier parte es grande ó chico,
Segun es su pobreza ó su tesoro:
¿ Quereis saber al cabo lo que es feo
Que el hombre tenga? el que no tenga nada.
O vivir rico, ó pobre morir quiero.
Se hizo buena jornada
El que muere en el seno á su dinero;
Pues solo los caudales
Son el supremo bien de los mortales.
Con él no es cotejable la dulzura

De tierna amante madre;
Ni de graciosos hijos; ni del padre
El carácter sagrado. La hermosura
De Venus misma, si algo semejante,
Respira su semblante,
Con razon los amores arrebata
De hombres y Diosa. ¡O divina plata!

Oidos apenas estos versos, todo el pueblo escandalizado y enfurecido, se levanta diciendo á gritos: que echasen del teatro á Belerofonte y al profano Poeta. Fue necesario que se dexase ver Euripides para sosegar al pueblo, rogandole que tuviese espera hasta el ultimo acto, en que veria lo que le acontecia al que asi ensalzaba á las riquezas.

Ruego del mismo modo á los que echan menos la Religion en las primeras partes del Eusebio que tengan en suspension sus quejas hasta la quarta parte, en que verán suplido con ventajas este defecto. La Comedia no es peor, porque en el desenlace de su nudo muestre con sorpresa una imagen no esperada, y del todo opuesta á lo que se creía, y manifestaba.

EUSEBIO.

PARTE TERCERA,

LIBRO PRIMERO.

Duraba todavia la admiracion y el alborozo de los presentes, mientras Nancy, acompañada de su madre, se mudaba el vestido pobre en el caramanchon del establo, despues de la ceremonia del casamiento. Street, llevado en alas de su júbilo por ver ya su sobrina Miladi Hams.... habia partido antes á disponer la comida para los huespedes por orden del Lord; recibia éste entretanto los parabienes afectuosos del Ministro, del pariente de Nancy, y de Eusebio, cuyo pecho disfrutaba mas que los otros de la dulzura, del alborozo que le causaba, no tanto el casamiento del Lord, quanto los tiernos sentimientos con que él mismo lo habia efectuado, rindiendose á la noble fiereza del honor de la doncella, á quien poco antes esperaba avasallar á su disolucion con la riqueza. Ni dexaba de juntarse con este su alborozo la oculta complacencia que le acarreaba la memoria de sus consejos, con los qua-

les podia tal vez haber contribuido para ver executado lo que tan facil no le parecia.

Dexóse ver luego la hermosa Nancy, acompañada de su alborozada madre, y de la pastora que habia acudido al camaranchon á darle las enhorabuenas, y que no acababa de darselas aun despues de salida; y aunque Nancy atendia á mostrarsele agradecida, pero la presencia del Lord, y de los demas que la estaban esperando, llamó su modestia y casto pudor que tiñeron su semblante de aquel amable colorido que el arte jamas pudo remedar, y que la hacian parecer mas bella, aunque sin ningun aderezo que quando iba con aquellos mismos vestidos, antes que los trocase con los andrajos de la pastorcilla. El nuevo encendido rubor, que antes no conocia, la condecoraba, dando la inocencia á sus gracias un tierno y atrayente realce, efecto de los temerosos rezelos que infunde el amor á la virginidad de las doncellas en tales circunstancias.

El Lord, al verla, siente que se le enardecen todos los dulces incentivos de su nuevo poder sobre ella, que lo impelieron á tomarle la mano. Nancy se la dexó besar sin resistencia; y despues de haber renovado allí los parabienes, se encaminan todos há-

cia la casa de Street. El Lord despacha inmediatamente un criado á Londres á su Mayordomo, para que en su nombre salga á la fianza de las deudas del padre de Nancy, y lo saque de la carcel. No teniendo Street en su casa de campo comodidad bastante para alojar por la noche á tantos huespedes, vieronse estos precisados á partir despues de la comida á la granja del Lord Hams... en donde se celebraron las bodas con todo el festejo y solemnidad que el sitio permitia, sin que se echasen menos las vanas superfluidades de la pompa molesta, y del pesado luxo de las ciudades con que suelen absorver la ambicion y la vanidad la mejor parte de aquella dulce satisfaccion y suave complacencia, que saca solo de sí mismo el amor mas puro, quando se ve libre de las desazones y pensamientos á que lo sujeta la ostentacion.

El criado que llevaba el orden al Mayordomo para que sacase de la carcel al padre de Nancy, llevaba tambien la noticia del casamiento á los parientes del Lord, y entre ellos á su hermana Lady Bridge. Fueron extraordinarios los sentimientos de admiracion que excitó en los ánimos de todos esta novedad, y los diversos discursos que causó en los que conocian al Lord, y sabian la desgra-

cia de los padres de Nancy, ó en los que la supieron con la ocasion de su casamiento, alabando unos la resolucion del Lord como magnánima y generosa; otros despreciandola por lo mismo, como indigna de su carácter y nacimiento. Sobre todos, extrañó la determinacion de su hermano, Lady Bridge, sabiendo la gran aversion que habia siempre manifestado á casarse tan joven, sin poder atinar la causa de mudanza tan repentina; pero le dió motivo para que no se maravillase tanto la vista de la misma Nancy, luego que el Lord la llevó á Londres, admirando su tierna y delicada hermosura, adornada de las singulares prendas de su discrecion y virtud.

Tuvo tambien motivo para extrañarlo, menos quando le confesó el Lord que Eusebio era el que mas habia contribuido para hacerlo determinar, hallandose ya empeñado su amor con porfia en la dulce y noble resistencia de Nancy: y como al mismo tiempo se mezclaba la compasion de la desgracia de su familia, hallóse su corazon combatido en tal punto de todas estas combinaciones, que dieron con él á los pies de Nancy; siendo tan viva y profunda la impresion que hizo en él la mudanza de sus vestidos, que

decia, no hubiera podido resistir el mas rematado libertino. ¡ Ah ! si la hubierais visto arropada de aquellos andrajos, y en aquel lugar ! Creedme que los mismos Reyes hubieran puesto á los pies de Nancy sus mas ricas coronas. Estendióse aqui el Lord en la pintura de todas las circunstancias de la silenciosa fuga al establo, del verla con el dornajo en las manos, del amable y fiero temor con que rehusaba hasta la misma mano que le ofrecia; de modo, que Lady Bridge perdió sin disgusto las esperanzas que fomentaba de ver casado su hermano con una de las principales Señoras de Inglaterra. Hardyl, sabiendo tambien las circunstancias del casamiento, complacióse sobremanera, siendole prueba de lo que se podia prometer para en adelante de los buenos sentimientos de Eusebio.

Habia ya seis meses que se hallaban ellos en Londres: y en este tiempo, habiendo adquirido Eusebio aquellas noticias que podian contribuir para la instruccion que se propuso en el viage, determinaron continuarlo pasando á Francia, para esperar en París las cartas de Henrique Myden, y de Leocadia; y aunque John Bridge consiguió hacerles diferir su partida por algunas semanas,

hubo de ceder finalmente á las instancias de Eusebio, que deseaba concluir quanto antes su viage. Taydor habia sanado perfectamente de la herida: y estando ya dispuestas todas sus cosas para partir, lo executaron, despues de haber dexado Eusebio á Lady Bridge una rica prenda del agradecimiento que ambos á dos conservaban á tan largo y generoso hospedage, sin olvidarse tampoco de la acogida que les hicieron en su desgracia el viejo Bridway y Betty, á quienes Eusebio entregó otras cincuenta guineas que ellos recibieron con vivas demostraciones de gratitud y de enternecimiento en despido de aquellos sus huespedes, para ellos tan respetables. Bridge quiso acompañarlos hasta Douvres, dandoles esta ultima prueba de su ánimo reconocido al antiguo beneficio que recibió de Hardyl en Filadelfia.

La gratitud y el reconocimiento, aunque se vean raras veces entre los hombres, no estan con todo extinguidos enteramente entre ellos. Asi como la naturaleza nos hizo beneficios, hizonos del mismo modo reconocidos; pero la vanidad y amor propio, que fomentan en muchos la beneficencia, por la buena opinion que les grangean, sufocan en otros los sentimientos de gratitud, por-

que los humillan los beneficios ; y porque el que dá espera ; y el que recibe , dexa de esperar , y carga con una obligacion gravosa á su soberbia , á quien solo aligera el olvido ó la correspondencia. Pero como el olvido viene de por sí, y la correspondencia cuesta , de aquí es que los hombres son generalmente ingratos , y rara vez agradecidos , aunque les sea tan familiar y comun esta expresion. Puedan ellos , y quieran reducirla á la práctica , y fomentar con aprecio esta honrosa partida del corazon humano, tan propia de la nobleza , de los sentimientos de la humanidad.

Llegaron felizmente á Calais, desde donde prosiguieron su viage á París con el mismo coche y caballos con que lo comenzaron en Inglaterra , habiendoles dado John Bridge dos fieles cocheros. Al salir de Calais renovaron la especie de caminar á pie , como solian hacerlo algunas veces en su ida á Londres ; y lo executaron antes por placer quando se les proporcionaban algunos amenos caminos , que por remedio de las vanas impresiones de ir en coche , á las quales Eusebio habia ya endurecido su pecho , mirandolas como efecto de baxos y pueriles sentimientos. Su principal empeño , al entrar en Fran-

cia, fue el estudio de la lengua del pais, que le facilitaba el mismo Hardyl en las horas ociosas del viage, aunque solo la sabía medianamente; pues era motivo para que saliese Eusebio con las dificultades de la gramática, remitiendo todo lo demas al oido, como á mejor maestro del acento. De hecho, dentro de pocos meses conoció Hardyl las ventajas que Eusebio le llevaba, asi en la pronunciacion, como en la facilidad en explicarse, contribuyendo para ello su edad y memoria mas tierna, que es la que mas coopera para aprender los lenguages, especialmente si se exercitan en el pais en que los hablan los nacionales.

Notaba Eusebio por el camino la palpable diversidad del trage, genio, y costumbres de la nacion en que entraba; y filosofaba sobre esto con Hardyl, si se debia atribuir esta diferencia al clima, ó bien al influxo de las leyes, y de la constitucion del gobierno. Pero Hardyl no sabía atribuirlo solamente á una de estas dos causas, sino á las dos juntas, por haber notado algunas veces, baxo de un mismo clima, costumbres enteramente opuestas, y porque el clima puede producir antes diferencia en la complexîon que en los sentimientos, los quales

son objeto mas próxîmo, y mas dependiente de la educacion general de las leyes que no de la atmosfera; pues á tenor de aquellos, vemos que se forman las inclinaciones y genios de los pueblos, de donde toman origen las costumbres, el gusto, la industria mayor ó menor de las naciones, su valor, y los progresos de sus ingenios en las artes y ciencias. Todo lo qual vemos que padece gran mudanza, baxo aquellos mismos climas en que antiguamente floreció, sin que haya razon para decir que se mudaron los climas y no las constituciones de los gobiernos y de sus leyes.

La Grecia fue el emporio de las ciencias y de las artes: Roma del valor; todo lo demas era barbaro para ellas: hoy dia ninguno se lisonjea ver nacer del clima de aquella misma Grecia los Homeros, los Platones, los Sócrates, los Fidias, los Apeles; y del clima del antiguo Lacio, los Césares, y los Catones, los Fabricios, y Pompeyos. Las pasiones de los hombres fueron las mismas, y lo serán en todos tiempos, en todas partes, baxo todos climas. Estos pueden producir alguna diferencia en la complexîon, y ésta influir en los sentimientos, y en las calidades del ánimo y en el genio; pero no

hay duda que pueden recibir mayor vigor y movimiento de la constitucion nacional del gobierno, y del espíritu de las leyes; y sobre todo, de la religion que los pueblos abrazan, como el mov l mas fuerte y poderoso de sus opiniones, del qual se sirvieron casi todos los legisladores, como del freno mas fuerte para regir los pueblos.

Uno de los principales estudios de Eusebio en el tiempo que estuvo en Londres, fue el conocimiento de las sectas diferentes que veia cundidas y arraigadas en toda la Inglaterra, procurando informarse de los Ministros mas instruidos sobre las diversas opiniones que seguian, sobre sus ritos, sobre su creencia, sacando motivo de esto mismo para compadecer la ceguedad del humano entendimiento, y para admirar la fuerza de las primeras impresiones que recibe el oido catequizado, admitiendo el error, tal vez mas craso y ridiculo, por verdad sacrosanta y divina, y acreedora á que se le sacrifique la vida entre los tormentos mas atroces, de lo qual le ofrecian tan recientes exemplos las guerras civiles de los Ingleses, en los infinitos daños que les acarreó el entusiasmo, y el fanatismo de los religionarios, hasta que llegó á sosegarlos la benigna y

discreta tolerancia del todo necesaria para mantener el buen orden político y civil en un pais en donde reynan muchas sectas. Ella encadenó á la rabiosa discordia, humanizó los corazones disidentes, trocando su encono insensato en mansa indiferencia, mil veces preferible al zelo furioso que los impelia á la matanza y destruccion de sus semejantes.

Sobre estas, y otras materias utiles, y dignas del conocimiento de Eusebio, como de las artes, agricultura, comercio, y costumbres de la Francia, cotejados con los de Inglaterra, trataba Hardyl por el camino, quando de repente le sobrevino una recia calentura estando para llegar á Chantilly, la qual les obligó á detenerse en aquella ciudad por algunos dias. Eusebio, que no lo habia visto jamás enfermo, temió por lo mismo que no fuese enfermedad de cuidado: y aunque le habia oido decir varias veces, que jamas tomaria médico para su cura; con todo, viendolo tan postrado, por mas que Hardyl, ni se quejase, ni manifestase su mal, le propuso si queria que llamase al médico. Hardyl le respondió, que todavia no temia tanto la muerte, que lo obligase á implorar agena ciencia por un mal que podia re-

mediarle por sí; que la dieta y purga eran su primer médico y boticario, que no echaba menos donde quiera que fuese; y que mientras podia conocer su mal, no temia que el interés, ó la ignorancia agena se lo empeorasen ó prolongasen, aunque pudiesen tambien sanarlo; pero que esto sabía tambien hacerlo la naturaleza sin menjurges, quando no fuese el mal de que habia de morir; porque si lo fuese, aunque llamase á todos los médicos, no lo librarian de la muerte.

Habia hecho tambien Hardyl algun estudio de la medicina; y el mayor fruto que habia sacado, decia, que era reducir toda aquella ciencia á medio pliego de papel, dividido en dos columnas, de las quales la una contenia los nombres de las enfermedades, y la otra los preservativos y remedios que habia sacado de las obras de algunos médicos arabes, que tenia por título Breviario de la Salud; y el primero de todos los remedios era la templanza. Con esto, sin médicos, y sin medicinas, abandonado en quietud á su mal, sin quejas, sin temor, dexando obrar á la naturaleza, se restableció, pudiendo proseguir su viage á París, donde llegaron felizmente. Entre otras cosas que

que Hardyl prevenia á Eusebio, eran los peligros que podia correr su virtud, si no iba sobre sí en una ciudad, que por su constitucion, grandeza, y luxo, y por el genio y costumbres de los moradores, le ofreceria tal vez mas que ninguna otra toda especie de alicientes al vicio, á que comunmente se entregan los viageros, no solo por la mayor proporcion y facilidad que encuentran sus provocadas pasiones, sino tambien por el ocio mismo en que se hallan los que emprenden el viage por mera curiosidad: porque ésta, quedando satisfecha en pocos dias, los dexaba con harto tiempo para aburrirse de sí mismos en una penosa ociosidad, y para desahogar en vanos y perniciosos pasatiempos sus pasiones, si de antemano no se proponian alguna util ocupacion que pudiese empeñar sus talentos en provecho propio, ó de sus conciudadanos.

Por primero preservativo de sus costumbres le propuso Hardyl el serio estudio de la historia de la nacion en que se hallaba, como si estuviese de asiento en París; y por segundo, el temor de perder tal vez para siempre, ó de estragar su salud, si la exponia á la disolucion, aunque en apariencia la mas sana. Engaño, en que habia visto caer

no pocos que se jactaban de advertidos en los senderos del vicio; ni tardó á echar de ver Eusebio verificados los prudentes rezelos de Hardyl, luego que asistió á los concursos de paseos y divertimientos públicos, notando el exceso de la ostentacion, y del luxo de aquellos moradores, realzado del gusto, del primor, de las gracias, y caprichos de las modas, especialmente en el sexô que hacia alarde de sus incentivos en los mismos adornos y galas, y en el ayre de noble zalameria que daba á su delicado porte y suave desenvoltura mas vivos alicientes.

Se hallaba cabalmente entonces París en el auge de la grandeza y brillantez que le habia grangeado la gloria de su Rey, adquirida en tantas y tan rápidas victorias. Atenas y Roma podian presentar un aspecto mas sólido y macizo de esplendor y grandeza en los tiempos de Pericles y de Augusto, pero no mas vivo, ni mas luminoso. Calles, plazas, paseos, edificios, todo parecia que respirase la magnificencia y esplendor de su Soberano. Las tiendas de los Mercaderes diversos, las de las modas y caprichos de la industria, todas las oficinas de las comodidades y del gusto manifestaban el glorioso entusiasmo que las animaba. La

misma tropa, condecorada de los primeros uniformes, y mucho mas del renombre de su valor y proezas, tenia embebecidos los ojos de los forasteros que acudian de todas partes, y excitaba en ellos envidiable admiracion.

Mas nada de todo esto daba á París tanta alma y espíritu de grandeza y magnificencia á los ojos eruditos, quanta las artes liberales y ciencias llegadas al colmo de su perfeccion. La soberbia fábrica del Louvre, San Germano, Trianon, Marli, Versalles: los otros nuevos edificios de particulares Señores, erigidos á exemplo de los del Soberano, hacian revestir los ánimos de los que los veian de la magestad que respiraban. Los excelentes quadros del Poussin, del Le Sueur, del Le Brun, expuestos á pública vista, nada les dexaban que envidiar á los pinceles de Apeles y de Timante. Ni el famoso Bernini, hecho venir de Roma como segundo Vitruvio, volvió á llevar á ella sino su celebridad premiada, y llena de admiracion á vista de las magníficas obras de Perrault, y de Monsard.

Acrecentaba el encanto de Hardyl y de Eusebio, en medio del conjunto de tantos objetos dignos de su admiracion, oir al mismo

tiempo en los Templos tratada la eloqüencia Sagrada con toda la pompa y energía de su grandeza y dignidad por un Bourdalouë, y por un Bossuet; y ver llevada á lo sumo la grandiloqüencia trágica en los teatros por un Corneille, y por un Racine, y la pintura cómica por un Moliere. Las Academias de las ciencias y bellas letras, levantadas sobre el olvido de la Sorbona, la compañia de Indias instituida, mil otros monumentos de las vistas gloriosas y patrióticas de Luis XIV, y de su Ministro Colbert, daban á la gran Ciudad de París un alma de esplendor y magestad que arrebataba los ánimos de los que consideraban la fuerza del poder, del exemplo, y del querer de un Monarca que producian tales maravillas.

Iba disfrutando Eusebio de la vista de todas estas cosas, que se le hacian mas utiles con las reflexîones de Hardyl; el qual, luego que Eusebio satisfizo á su aplicada curiosidad en los objetos que le presentaba París, quiso tambien que viese los de afuera, y que de ella dependian. Entre estos fue uno Bicetra, que dista muy poco de la Ciudad, y que sirve de hospital á los que, perdido todo pudor, se encenagan en los vicios: y acaso llegaron á alcanzar dos carros en que

iban algunos inficionados de aquella temible pestilencia, hombres y mugeres, que llevaban á curar por órden de la Policía. (1)

Quiso Hardyl pararse de propósito á la puerta, despues que desmontaron de su coche, esperando que llegasen los carros, para que Eusebio pudiese empeñar su compasion y horror en aquellos vivos cadáveres, entre los quales necesitaban algunos de agenos brazos para sostenerse en pie. Otros llevaban en sus rostros abubados, y en sus carcomidas narices todos los funestos efectos de aquella corrosiva pestilencia que les habia taladrado los huesos. Objetos propios para excitar el terror que Hardyl deseaba en el ánimo de Eusebio. Entre otras mugeres que sacaban del uno de los carros, avivó sobremanera la comiseracion de Eusebio una muchacha, al parecer, de pocos años, en cuyo lindo rostro no habia podido destruir el pestifiro veneno la delicadeza de sus agraciadas facciones, aunque habia amortiguado su viveza y gallardia.

El llanto en que prorumpió la misma

(1) Magistrado en París, instituido por Luis XIV, y que vela sobre el buen orden y costumbres de la ciudad.

al verse introducir en aquel asilo de ignominia, el ayre noble, aunque humillado, que respiraba su dolor en edad tan tierna, y su agraciado talle, á pesar de su abatimiento, conmovieron tanto al corazon de Eusebio, que no sabiendo darle razon ninguno de los asistentes de quien fuese aquella muchacha por quien preguntaba, se atrevió á llamarla aparte en presencia de uno de los asistentes del hospital, para saber de ella si tenia padres, y quál era su condicion, ofreciendole su buena y caritativa intencion en el infeliz estado en que se hallaba. Ella, penetrada del modesto y compasivo ademan de Eusebio, fixó en él por un instante sus grandes y dulces ojos, aunque empañados de lágrimas, como dudando si se le descubriria. Mas luego volviolos á baxar para descargarlos del llanto, que parecia haberle reprimido en ellos la novedad de la pregunta de aquel jóven misericordioso, dexandolo sin respuesta.

Hardyl, conociendo por el silencio y llanto vergonzoso de aquella muchacha que queria ser rogada, hizole nuevas instancias para que abriese con ellos su corazon, pues deseaban socorrerla. Y para facilitarselo, le iba preguntando ¿si era huerfana, ó si por

ventura sus padres la habian desamparado, ó si era casada ó viuda? todo esto á fin solo de poderle sacar alguna respuesta de su silencioso llanto y sollozos, que avivó especialmente luego que Hardyl le preguntó por sus padres, cubriendo su rostro con el sucio pañuelo que tenia en la mano: con esto empeñó mas la compasion de Hardyl y de Eusebio, y los deseos de saber quien fuese; pues inferian de su mismo dolor y vergüenza que debia ser de algo mejor condicion que la que manifestaba su conduccion al hospital.

Estas piadosas dudas y curiosidad obligaron á Hardyl á rogar al asistente que alli se hallaba que les permitiese retraer aquella muchacha á algun aposento; y habiendolo obtenido, obligaron en cierta manera á la infeliz á ir con ellos á la estancia donde el asistente los conducia. Llegados, hicieronla sentar, animandola con sus caritativas ofertas, é insistiendo luego para saber de sus padres ó de su marido si lo tenia; pues les parecia imposible, que siendo tan jóven, fuese ya victima de su prostitucion. Ella solo dixo entonces sin desistir de llorar: ¡ah! dexad que la muerte oculte para siempre en la huesa mi nombre y mi ignominia! Pero,

hija mia, le dixo Hardyl: ¿si vuestro mal puede tener remedio, y si se puede encubrir esa misma ignominia á la opinion de los hombres, por qué quereis abandonaros á una desgracia que podeis reparar con vuestro arrepentimiento? Nosotros somos forasteros, y aunque nos digais quien sois, estamos bien lejos de conoceros: ni es esto lo que interesa á nuestra curiosidad y comiseracion; bien sí, el que nos deis motivo para remediar vuestra miseria, y, si fuere posible, vuestro deshonor tambien....

¿Mi deshonor? ¡O Dios! exclamó ella, ¿Mi deshonor? no, no tiene otro remedio que la oprobriosa y miserable muerte que me espera, y que me tengo merecida, despues que me dexé arrancar del seno de mis amados padres por el pérfido traidor de Lorvál. Sabiale mal á Eusebio hallarse falto de expresiones en una lengua que aprendia para poder consolar á la infeliz muchacha, que dexaba entrever, en lo que acababa de decir, la historia de su desgracia, por mas que Eusebio le perdia muchas palabras por su rápida pronunciacion confundida de sus sollozos. Hardyl, viendo que ella comenzaba á descubrir, aunque con reparo y repugnancia, alguna circunstancia de su infeliz estado, alha-

gó su vergüenza, haciendose de su parte, procurando disminuir su culpa, y haciendola recaer sobre el traidor que acababa de nombrar, todo á fin de que se le descubriese por entero; y asi le dixo: no sois la sola de aquellas, segun veo, cuya inocencia engañada de las pérfidas promesas de jóvenes desalmados, se vé victima de sus detestables traiciones; y si es asi como decis, será motivo para que yo me encargue de buena gana de restituiros á vuestros padres, y de reconciliaros con ellos, si me decis quienes son, y el lugar en donde moran.

No, no, decia ella: menos sensible me será la muerte, y la vil sepultura en un cementerio, que la presencia de mis padres, á quienes tengo tan gravemente ofendidos. ¡O Cielos! en qué abismo de oprobrio me veo sumergida! No, Señor, quien quiera que seais, no es posible que me resuelva á una declaracion para mí, para mis padres ignominiosa; dexadme acabar, os ruego, en la horrible miseria á que la suerte me condena: perezca mi infame exîstencia desconocida, si fuera posible, á todos los vivientes; ni querais encargaros de hacer saber á mis padres el lugar en que se halla su infeliz hija Adelaide de Arcourt, pues saben,

¡ ah ! sobrado la ignominia de que la misma los cubrió.

No hay mas pura y santa complacencia para un corazon piadoso y sensible que consolar y obligar á los infelices, especialmente quando sus circunstancias son acreedoras á la conmiseracion de la virtud, que halla en ellas motivos de excusar á los que las padecen. El sentimiento compasivo de Hardyl y de Eusebio cobraba fuerzas de las expresiones de la doliente Adelaide, que casi sin querer habia descubierto su nombre, y el apellido de su familia. Esto mismo fomentaba mas las lisonjas de Hardyl de que ella continuaria á descubrirles su entera desgracia; y para recabarlo mas facilmente, le dixo: no veo, hija mia, por qué debais recataros tanto de quien desea hacer con vos las veces de padre; ni por qué querais persistir en ocultar la causa de vuestra desgracia á quien se os ofrece para remediarla. Os lo vuelvo á decir: no es liviandad de un curioso deseo el que empeña nuestro corazon, sino la piedad que nos merece el arrepentimiento que manifestais; pues éste quita ciertamente toda la odiosidad á vuestra desgracia. Credme, hija mia, un síncero arrepentimiento llama á sí los ojos misericordiosos de la divinidad: él es

el triunfo de la virtud en un corazon sensible. Hablad, pues, descubrid enteramente vuestra alma á quien desea aliviarla del peso del dolor y de la humillacion, cuyo oprobrio queda ya borrado á nuestros ojos.

Al síncero y afectuoso tono con que Hardyl le decia esto, comienza á ceder Adelaide, penetrada de la confianza que la bondad de Hardyl le infundia; y haciendose fuerza para reprimir y enxugar sus lágrimas, empezó á decir así: ¿cómo podia yo esperar en este asilo de oprobrio tan generosa compasion de quien jamás ví en mi vida? Pero la mayor prueba que os puedo dar de mi reconocimiento, es el ceder á vuestras piadosas instancias, descubriendome, á pesar de toda la oprobriosa confusion que me cubre, con quien se digna mostrarseme padre y protector. Sabed, pues, que soy hija de muy honrados padres, y de antigua familia, á la qual la fortuna puso en estado de no necesitar del ageno favor, ni de la propia industria, y de sus sudores para subsistir, á competencia de los nobles, con el producto de sus haciendas; pero mis padres, queriendo salir de la esfera de la dichosa y rica mediania en que los colocó la Providencia, preferian el trato de la nobleza al

de los hidalgos sus iguales, á quienes se creian superiores.

A esta pretension ambiciosa debo atribuir mi desgracia, como á origen principal de los desaciertos de mi conducta, pues insensiblemente me abrió el camino al despeñadero donde pereció mi inocencia. Solo ahora conozco, á costa de mi oprobrio, que no son jamás sobradas las mas zelosas precauciones para que no llegue á empañarse el candor de la honestidad de una doncella, mucho mas si ésta tiene la desgracia de ser sensible y ambiciosa, si no defienden á su sensibilidad un sumo juicio, y una superior advertencia.

La corta distancia de París á Linás, donde nací, era causa de que muchos Señores principales viniesen á respirar el ayre mas puro y despejado en el verano, y á desahogar sus ánimos aburridos de los vanos ceremoniales, y del pesado fasto de la capital. Pero como traian consigo las pretensiones de su grandeza, y los sentimientos mismos, que parecia dexaban en París, era muy dificil librarse de su contagio; eralo sobre todo á mi padre, que no reparaba en sacrificar al vano deseo que tenia de que le honrasen su casa, no solo la paz y la tranquilidad de su familia, sino tambien su buena

reputacion, teniendo en ella dos hijas de algun buen parecer, especialmente mi hermana Rosalia que era la mayor.

Bien veis, que este solo motivo bastaba para que los Señores principales, sin que mi padre fomentase las pretensiones de su vanidad, buscasen introducirse en casa, dandoles mas libre superioridad en su trato la flaqueza que notaban en mi padre de desvanecerse con la honra que le hacian: con esto conseguia que los Señores lo mirasen como á inferior, y los hidalgos con desprecio; y que estos pusiesen tambien sus lenguas en su conducta, y tal vez en nuestro honor, pues no creo que baste para el buen nombre de una doncella que ésta sea de hecho inocente, si no le grangea esta opinion su recatado proceder.

Yo, á lo menos, os puedo asegurar que lo era entonces, hasta que no compareció en Linás el infame Lorvál para mi perdicion. En vano pretendia mi madre que resistiesemos armadas de sus consejos á las instigaciones, y libre trato de los que freqüentaban nuestra casa: ¿ cómo es posible no rendirse algun dia á las contínuas sugestiones del vicio padeciendo tan repetidos asaltos los sentidos? Lo que no consiguieron de mí mu-

chos Señores principales, lo llegó á obtener con arte infame un impostor. Castigo, no sé si diga de la vanidad de mis padres, ó de mi poco recato. ¡ Ah! juzgadlo vosotros.

Fuese casualmente, ó de propósito, que Lorvál viniese á parar á una casa en frente de la nuestra; lo cierto es, que apenas lo ví, me debió una fuerte inclinacion á su ayre modesto y dulce en apariencia, que condecoraba su noble aspecto, y su mas cumplido talle y apostura; prendas, á las quales añadia una eloqüencia, tanto mas insinuante, quanto mas tiernas y ardientes eran las sumisas expresiones de su lengua, acompañadas de la viva modestia de sus ojos con que comenzó á declararme su pasion, habiendose dado antes el título mentiroso de Marqués de Lorvál con que nos engañó á todos; pero que le abrió mas facilmente las puertas de nuestra casa, y mucho mas mi corazon, á pesar de la advertencia de que yo presumia, para perderme para siempre, como os voy á contar.

Estaban inmediatas las fiestas que se habian de hacer en París, y que daba Luis XIV por las victorias obtenidas en Flandes. Queriendo asistir mis padres á ellas, nos llevaron tambien consigo á Rosalia y á mí. No

dexó de conocer Lorvál el tiempo que se detuvo en Linás la aficion que yo le tenia, por mas que me esforzase en disimularsela. Los ojos son los primeros que hacen traicion á una doncella, y el esfuerzo mismo del disimulo descubre, á su pesar, su inclinacion. El trato nos hace caer en mil menudas imprudencias, que aunque en sí no sean culpables, nos preparan la senda para precipitarnos en la desgracia que parece increible, a quien está bien lejos de sospechar que pueda tener origen en principios tan remotos.

De esta especie fue la que cometí, participando en confianza á Lorvál nuestra ida á París; y la desenvuelta alegria con que se lo comuniqué, dió tal vez ocasion al mismo para que concibiese los malvados intentos, que tardó poco á poner en execucion despues que llegamos á la capital, á donde nos siguió, y donde no dexaba de visitarnos freqüentemente como lo hacia en Linás, habiendole informado yo, antes de partir, de la casa y calle á donde ibamos á parar. Crecieron alli las demostraciones de su pasion con su cortejo, y con los regalos que me hacía, que por su leve entidad, hizose moda no rehusarlos; pero que aceptados, hacense otras tantas ataduras en la correspondencia de un

corazon agradecido, transformandose insensiblemente en obligaciones, á que no pudiendo corresponder las doncellas con otros semejantes, corresponden con el efecto.

Mi padre deslumbrado del título de Marqués que se daba Lorvál á la luz de París, descuidó enteramente, ni pensó tal vez en informarse de la verdad: antes bien esperando empeñarlo en mi casamiento, cuya declaracion sabía, se preciaba de sus freqüentes visitas. El ayre mentiroso de bondad y modestia que respiraba su porte, le mereció tan gran concepto de mi madre, que ya no reparaba en dexarle algunos momentos de libertad, sin tomarse él ninguna conmigo, dando con esto mas síncera apariencia á las ansias que me manifestaba con ardor de que llegase el momento de verse casado conmigo, luego que hubiese remediado el desorden, segun decia, en que le dexó su padre sus haciendas. Ficciones todas infames, y muy comunes á los libertinos, con las quales abusan de la credulidad de las doncellas poco cautas, y que se dexan deslumbrar de la superior calidad de sus amantes; mucho mas si estos les baylan el agua delante con la promesa de casamiento.

No podia el traidor echar mano de mas

poderoso embuste para combatir mi flaqueza, debilitada ya de la vanidad, y de la ambicion que me habian fomentado los exemplos de mis padres. Una hija de un hidalgo queda medio rendida al asalto de la promesa de casamiento con que la brinda un titulado; ¿ quánto mas debí yo rendirme á los detestables engaños de Lorvál, persuadida de su nobleza, confiada en tantas pruebas que me habia dado de su modestia y noble circunspeccion? Pero el malvado queria triunfar enteramente de mi honor; y de antemano iba maquinando, ó esperaba que se le proporcionaria ocasion segura para ello: á lo menos supo prevalerse de la que le ofreció mi cruel suerte aquella misma noche en que para siempre me perdí.

¡ Ah! tenedme compasion, pues creo no desmerecerla del todo, á pesar de mi flaca resistencia, solo tal vez culpable porque no fué mayor, y porque no preferí la muerte, como debia, al oprobrio detestable de que me ví despues hecha infeliz juguete. Sabía él que debiamos ir al teatro para ver la representacion de una Tragedia del Corneille, intitulada el Cid, habiendoselo yo prevenido el dia antes. Este indiscreto aviso fué sin duda causa para que él tomase todas las dispo-

siciones, á fin de executar su maquinada traicion aquella misma noche, y en el teatro mismo, facilitandoselo el inmenso gentío que tenia ocupada la entrada. Allí estaba esperando que llegasemos, confundido entre la gente, y seguido de un criado, á quien sin duda habia instruido sobre lo que debia hacer.

Porque luego que nos vió entrar en el zaguan, estando él cerca de la puerta, acudió á mí la primera, como á la victima señalada; y asiendome por la mano, como valiendose de la confianza y amistad que le habia grangeado el trato, y del derecho que le daba la declaracion de su amor, me lleva consigo adelante, trepando por el apiñado gentío, haciendose hacer lugar del criado que le precedia, y suponiendo yo que mis padres y hermana nos seguian; pero ellos quedaron sin duda atrás, ó si pasaron adelante, lo ignoro, pues desde entonces ¡ah! los perdieron para siempre mis ojos. Entretanto, con gran empeño y fatiga del criado y del mismo Lorvál que me llevaba asida del brazo, pudimos llegar dentro del teatro donde tenia cinco asientos apalabrados, diciendome: que habian de venir allí mis padres, pues por su encargo habia prevenido los asientos en

aquel sitio. Pero como comenzase la representacion, y no compareciesen, probaba yo sumo afan, y me hallaba impaciente y acongojada; hasta que acabado ya el primer acto sin verlos, le dixe á Lorvál que no podria sosegar si no iba á ver quál era el motivo de su tardanza.

El entonces, para sosegarme, envia su criado, dandole el recado á la oreja. Al cabo de rato, volvió diciendome á mí: que no pudiendo entrar mis padres en el teatro por el inmenso concurso, se veian precisados á volver á casa, como lo hacian otros muchos por haber llegado tarde, exôrtandome á que saliese pues me esperaban á la puerta para partir. La gran fatiga que tuve para entrar, hizome creible la respuesta del criado, de modo, que sin nacerme la menor sospecha de la urdida traicion, con el ansia de volver á unirme con mis padres, volví á abrirme el paso entre la gente que lo cerraba, ayudandome Lorvál, no menos ansioso que yo, pero con intento muy diverso, pues él apresuraba el instante de mi perdicion, informado tal vez del criado que mis padres no se veian, como de hecho no los ví, salida ya al zaguan del teatro, y mucho menos fuera de la puerta donde me dixo el criado que los habia

dexado, y que me esperaban; pero en vez de ellos, me esperaba un fiacre. (1)

¿Y mis padres dónde están? pregunto yo al criado: ¿qué se han hecho? = Señora, aqui mismo los dexé; sin duda habrán ido adelante. = No puede ser, no es posible que me hayan querido dexar sola, ved si los descubris por aí. Tardando á volver el criado con la respuesta, llegan al teatro dos ó tres coches. Lorvál, asiendome del brazo, como para apartarme del peligro de ser atropellada de los caballos que venian, me aconseja, para mayor seguridad, subir en un fiacre que alli habia, y que tenia prevenido para que pudiese esperar en él sin ningun riesgo la respuesta del criado. Las tinieblas, el temor, la congoja, hicieronme ceder sin saber lo que me hacia á las traidoras importunaciones de Lorvál; y apenas me veo sentada con él en el fiacre, que éste arranca, conduciendome con tan infame violencia, no á casa de mis padres, como me daba á entender el traidor para acallar mis congojas y sobresalto, sino á la suya.

(1) Fiacre llaman en París los coches de alquiler, muy comunes en aquella ciudad por las distancias grandes de unos lugares á otros.

Al reconocerme en ella, echéle en rostro su manifiesto y malvado engaño. Las angustias que me causaba el temor de lo que pudiera intentar contra mí, y el sobresalto en que me tenia la memoria de mis padres, llegaron á encender mi enojo contra su perfido proceder; pero era mas fuerte la confianza de la pasion que se habia apoderado de mi pecho. Y aunque el peligro á que veia expuesto mi honor me daba esfuerzo para negarme á subir la escalera, mas la seguridad que sus ardientes protestas me infundieron, diciendome que solo se prevalia de aquella ocasion para hacerme ver su casa, y que inmediatamente me restituiria á la de mis padres, desarmó mi temerosa porfia, y me rendí á sus modestas promesas y juramentos. Pero estos mudaron de tono luego que me tuvo en su estancia, y se convirtieron en manifiesta violencia, jurandome de reconocerme desde entonces por su muger.

¿Cómo podian, con todo, estas lisonjas acallar las mordaces angustias y fieras congojas que siguen al delito? La esperanza de poderlo encubrir á mis padres, y de que Lorvál me restituiria á ellos, dexaba alguna satisfaccion á mi rendido y profanado amor en medio del amargo desasosiego y funesto

abatimiento que me causaba la pérdida irreparable de mi inocencia: ¡ mas quál fué mi rabioso dolor y desesperacion, quando instandole yo para que me llevase quanto antes á la casa de mis padres, oí que me respondia con altanera sequedad: que era ya suya, que suya habia de ser en adelante, y que no debia pensar mas en mis padres, pues que aquella era ya mi casa en donde me habia ahorrado de las ceremonias del casamiento!

Entonces, como si despertase de un funesto sueño, llegué á ver y conocer todas las fatales conseqüencias de mi desgracia, perdidos mis padres, mi honor, y la libertad, si persistia el traidor en detenerme con violencia en aquella casa. Y aunque su respuesta excitó en mi pecho la llama de un rabioso enojo, ¿ mas qué venganza podia yo tomar, ni qué expediente encontrar para hacerle hacer por fuerza lo que me era ya imposible recabar con ella si de grado no lo hacia? Acudí al llanto, á los ruegos mas humildes y ardientes, hasta postrarme de rodillas. Pero era todo vano para con aquel corazon empedernido, á cuyo libertinage y maldad me habia hecho servir de engañada victima; y teniendome ya en su poder, se

creia autorizado de mi culpable y oprobriosa condescendencia para avasallarme á su tirania, amenazandome con tono resuelto y descarado, que si no me rendia enteramente á su determinada voluntad, publicaria mi deshonor.

¡Qué noche, ó Cielos, qué noche de desesperacion fué aquella para mí, viendo convertida la blanda apariencia de Lorvál en imperiosa crueldad! La herida de un rayo no pudiera dexarme mas atónita y fuera de mí que aquella amenaza de tigre, fulminada de la boca de aquel mismo que acababa de hacerme tales juramentos y promesas: pues si estas tenian engañadas mis esperanzas, su bárbara amenaza las echaba por el suelo, en que veia holladas las lisonjas que concebí de su amor, de aquel amor que se descubria transformado en feroz superioridad para tratarme como esclava vil y vendida á sus antojos, sin presentarseme medio para huir de las garras de aquella fiera abominable.

Esperaba yo, no obstante, que luego que amaneceria el dia, podria implorar socorro contra el traidor si persistia en negarme la salida de su casa. El dia, de mí tan ansiado, vino finalmente; mas fue solo para agravarme el horror de mi situacion y de mi irreparable

desgracia, dandome á ver á la luz escasa que entraba por los resquicios de la puerta, que me hallaba entre quatro paredes, sin otra salida ni respiradero que la puerta que Lorvál cerró tras sí irritado contra mi resistencia, dexandome sola y encerrada, y expuesta á su declarada tiranía.

Renovaronse entonces mis mortales angustias y sudores, y terrible confusion, acordandome de mis perdidos padres, y de lo que podian juzgar de mí. Lisonjeabame con todo en mi fiero dolor que me serviria de escusa la misma violencia de Lorvál, y esperaba de un momento á otro verlos comparecer para librarme de aquella infame esclavitud; porque habiendome ellos visto con él, tenia por seguro que le atribuirian mi desaparicion, y que acudirian á su casa para saber de él el motivo de mi ausencia. Ellos lo debieron hacer sin duda; ¿pero cómo podian encontrar la casa del Marqués de Lorvál, título mentiroso que se habia dado él mismo para mi ruina, y para castigo, tal vez, de la vanidad de mis padres? Pero yo sola fui la victima infeliz, y el juguete infame de su impio engaño y exêcrable traicion.

¡Ah! paso en debido silencio todas las violencias que usó conmigo, y la manera bár-

bara como me alimentaba, teniendome encerrada en aquella cárcel de prostitucion, abusando, á fuerza de golpes y malos tratamientos, de mi flaqueza; duro, é inflexible á mi llanto, á mis ruegos, á mis lamentos y desolacion, pasandoseme los dias, postrada de mi tristeza, en la cama que allí habia, sin ver á otro que al mismo Lorvál, y sin poder esperar socorro de la tierra, pues nadie acudia á los gritos y lamentos que echaba quando me hallaba sola, y sin él, inficionada mi salud del mal de que adolecia su disolucion, y que me comunicó, aunque yo no conocia entonces sus efectos, como no supe tampoco la ficcion del título de Marqués de Lorvál, hasta que me sacó de este engaño un jóven desconocido, complice tal vez de su libertinage, como os diré si teneis paciencia para oirlo sin indignacion.

Proseguid, hija mia, le dixo entonces compadecido Hardyl, y aseguraos que soys digna de nuestra conmiseracion.

Adelaide, penetrada de la humanidad de Hardyl, despues de haberse enxugado las lágrimas con que habia interrumpido su narracion, la prosiguió diciendo: enferma, abatida, y devorada de mortal tristeza y angustias me hallaba yo, quando una mañana

oygo abrir con porfia la puerta del quarto inmediato al mio, y despues la puerta de éste, poniendo dos ó tres veces la llave en la cerraja, como quien era poco práctico, y llamandome por mi nombre dos y tres veces: yo sin aliento en aquel estado de oprobriosa y miserable esclavitud, no respondia sino con suspiros, sin poder comprehender qué pudiera ser aquella novedad, pues conocia que la voz no era de Lorvál. Abierta finalmente la puerta, veo un jóven apuesto, que acercandose á mi cama, me pregunta por el estado de mi salud, al parecer, muy compasivo; luego muestra apiadarse de mi estado haciendose de mi parte, y blasfemando del traidor Lorvál, añadiendome que quedaba bastantemente vengada mi paciencia y sufrimiento con la muerte del traidor, el qual acababa de morir aquella misma noche en un desafio á que él se habia hallado presente; y que con esta ocasion le habia comunicado antes de espirar su infame secreto, dexandole encomendado que viniese á darme libertad, y que lo venia á cumplir: dicho esto, desaparece sin oirme.

El tumulto de encontrados afectos y sentimientos que suscitó en mi pecho esta novedad, y la manera con que me la vino á dar

aquel mozo, cedió al repentino gozo que probé viendo con alegre sorpresa la luz libre que entraba por la puerta, y que la recibia de las ventanas del quarto inmediato. Salto entonces de la cama, me arropo con toda la precipitacion que las fuerzas me permitian, y corro á llamar ayuda, y á hacer saber al mundo las horribles circunstancias en que me hallaba. Impelida de este impaciente anhelo, aunque mezclado de temeroso sobresalto, entro en el aposento inmediato; y viendo tambien su puerta abierta, corro á ella para llamar, creyendo siempre que aquella casa fuese de Lorvál. Mas no acudiendo ninguno á mis voces, me atrevo á salir á la sala, y á tocar á la puerta que daba en frente de aquella de donde yo salia.

A mi llamamiento acude una Señora algo anciana, á quien el atavío y el alto tocado, ni daba decoro, ni disminuía el desabrimiento que manifestaba su rostro feo, atrevido, y algo arrugado. Tal vista infundió desaliento á mi abatida sorpresa, mucho mas quando oí el tono de seca extrañeza con que me preguntó ¿qué era lo que queria? Comencé yo á contarle las violencias que usó conmigo el Marqués de Lorvál, y el infelicisimo estado en que me dexaba con su muer-

te. Ella, maravillada de aquel nombre y título de Marqués de Lorvál, y de su muerte, se altera; y sin dexarme pasar adelante en la narracion de mis desdichas, me dice: que en aquel quarto no vivia ningun Marqués de Lorvál, sino Monsieur de Beaumont, al qual se lo habia alquilado; y dicho esto, se encamina muy solícita hácia el aposento, donde reparando que faltaba el baul, me pregunta con mayor alteracion ¿quién era el que me habia dado la noticia de su muerte? y diciendole yo que habia sido un mozo á quien no conocia, prorumpió en mil improperios y baldones contra la traicion de aquel embustero, que se habia dado el falso título de Marqués de Lorvál, y que se le llevó el adquiler que le debia de todo un año.

Los lamentos y denuestos de Madama Hernesta, que asi se llamaba aquella muger, y las fatales ideas, que me excitó con el manifiesto engaño de Lorvál, hirieron tan vivamente mi imaginacion, que no pudiendo resistir á ellas en pie, me déxo caer sobre una silla llorando amargamente por la suerte infelicisima que me tocaba. Madama Hernesta, mas resentida por su pérdida que conmovida de mi llanto, aunque pretendió consolarme,

hizolo á tenor de su agrio genio, queriendome persuadir que la mayor desgracia era la que á ella le tocaba, pues la mia podia remediarse; y sin decirme mas, se fué blasfemando del embustero de Lorvál, dexandome sumergida en mi profundo dolor y llanto. Pero de allí á poco veo comparecer en mi quarto una Señorita muy linda y ataviada, la qual comediendose con dulce familiaridad con mi quebranto, esmeróse en consolarme, y dispuso mi ánimo para que le contase mi funesta historia como lo hice.

Mostrandoseme ella entonces mas compasiva y oficiosa, le supliqué quisiese ayudarme á salir de aquella horrible sima en que me habia sepultado mi cruel suerte, informandome si por ventura estaban todavia mis padres en París, para hacerles saber el lugar en donde me hallaba, pues yo no sabía caminar por la ciudad. Ella me lo promete, y de hecho, á poco rato que se fué de mi quarto, vuelve con Madama Hernesta, la qual, puesta de gran mantillon, se ofrece á correr la diligencia; y tomando por escrito el nombre de la calle y casa en que se alojaban mis padres, partió, dexandome muy confiada de ver en breve el término de mis desventuras, y de hallar en mis buenos padres

la conmiseracion que tal vez no habia enteramente desmerecido de su paterno amor.

Quedó tambien encargada Madamoisela Paulina de hacerme buena compañia. Sus dulces y afables modos, aunque me empeñaron para que le hiciese la confianza del abuso que hizo Lorvál de mi honestidad, no pudieron con todo obligarme para que se la hiciese tambien del mal de que me dexó infecta el traidor; porque la vergüenza, mezclada con la ignominia, no me permitia declararle ni aun los efectos que sentia, no conociendo todavia la causa de que procedian. Tras esto obligóme á tomar el desayuno que vino á servirme ella misma con mucho cariño: términos todos que obligaron mi afecto y agradecimiento, y que sirvieron para que me encenagase en la prostitucion. Para ello contribuyó la respuesta que me traxo Madama Hernesta; pues mostrandoseme muy dolorida, me dixo: que habia encontrado á mis padres al tiempo que estaban para partir de París para Linás; que les habia contado la traicion de Lorvál, y el triste y miserable estado en que quedaba, sin medios para proveer á mi sustento, y los deseos ardientes que tenia de echarme á sus pies, para borrar con mi dolor y con mi llanto la ignominia de mi

desgracia ; pero que ellos con rostro y ojos indignados la respondieron : que no querian saber mas de mí, y que me abandonaban á toda la horrible maldicion que me arrojaban.

¡ Ah ! vedla, vedla cumplida en mí, arrastrada, como vil y podrida res, á este matadero de oprobrio, confundida con las heces de los hombres infames, victima de la luxuria, desecho de la abominacion, y presa del mal mas vergonzoso ! Las lágrimas brotaban por los ojos, y los ardientes sollozos del pecho de la desolada Adelaide, haciendo tambien llorar al enternecido Eusebio. Hardyl, conmovido tambien, la procuraba confortar; pero extrañando el verla conducida á Becetra sobre un carro como las mas viles prostituidas, le preguntó : ¿ cómo era que la traxeron allí con aquellas otras mugeres ? Adelaide continuó á decirle entonces : no podeis concebir idea del dolor y de la humillante desolacion que me causó la respuesta que me traia Madama Hernesta : maldecia de mi vida : me deshacia en llanto, en gemidos : queria morir, privandome del sustento á que no podia arrostrar, reconociendome en el mas vil y miserable de todos los estados, atada y oprimida al mismo tiempo de la vergüenza, no atreviendome á preferir el pedir limosna

por las calles, como lo debiera hacer, y morir antes en ellas de hambre y de dolor, que ceder como cedí á las insinuaciones de Madama Hernesta, y á los exemplos de Paulina, las quales comenzaron á tachar mi desesperacion de poquedad de ánimo, y mi duelo y llanto de puerilidad, teniendo en mi hermosura, como decian, un poderoso medio para burlarme de mi contraria suerte.

Era casa de prostitucion la de Hernesta; y Paulina teniale vendida su deshonestidad. Caí yo en los lazos de sus persuasiones y de sus mañas, impelida de la necesidad que ellas me hacian sentir para que me rindiese, como lo hice; ¡ infeliz de mi ! familiarizandome con el vil oficio que habia emprendido con horror, y forzada de la desesperacion, hasta que la consumada maldad me arrastro á mi perdicion entera.

Luego que Madama Hernesta llegó á descubrir mi mal por las quexas de los que dexaba infectos con mi trato, me hizo probar todo lo acerbo de su mal genio y ferocidad, maltratandome por no haberle descubierto el mal de que adolecia. No contenta con esto, dio parte á la Policía de mi peligroso estado, é hizome sacar con oprobrio de su casa; y arrastrada de dos gayanes al

carro que partia para este hospital, echaronme en él junto con esas infelices victimas del vicio para que viniese á probar un remedio que detesto, pues sola la muerte es la que puede poner fin á la horrible opresion, é ignominia en que me veo desamparada del cielo y de la tierra. ¿ Porque en quién puedo esperar, si los mismos que me engendraron, y que me amaban tanto, me cubrieron de su terrible maldicion?

¡ O cielos! ah si pudiera á lo menos obtener su perdon! Si antes de cerrar para siempre los ojos pudiera hacerles saber mi dolor y mi arrepentimiento! Pero no los veré ya mas: No los veré ya mas. Me echaron su maldicion; y todo el peso del oprobrio y de la infamia que tengo merecida acabará conmigo, sin poder llegar á probar este solo consuelo, que haría mi muerte menos sensible.

No será asi, Adelaide, le dixo Hardyl con las lágrimas á los ojos: si deseais obtener el perdon de vuestros padres, me ofrezco á ser el medianero. A este fin os haré prevenir de antemano un lugar decente y honesto para que podais restableceros en vuestra entera salud: nosotros debemos partir á París; y si quereis os podrémos llevar á nuestra posada mientras que se os provee alojamiento,

prometiendoos de respetar vuestra desgracia. ¡ O Dios ! esclamó ella , ¿ cómo podré jamás satisfacer á tan grande humanidad y beneficencia ? ¿ Sacarme de los horrores del oprobrio del mas infeliz estado para ponerme en los brazos de mis padres que me maldixeron ? No es posible ; no lo será : siento toda la fuerza de su terrible indignacion : no lo conseguireis.

A lo menos lo tentarémos , dixo Hardyl, nada se pierde por ello ; y volviendose al buen Eusebio , le dixo en español : veis aquí, Eusebio , un caso digno de que exercitemos á medias nuestra compasion. Dexar aqui á esta muchacha , expuesta á la incertidumbre de una mala cura, de que pocos escapan, fuera privarnos del singular consuelo que podrémos probar sacandola , no solamente de este lugar infeliz , sino tambien devolviendola á sus padres. Estos ignoran ciertamente su paradero , pues la respuesta que le dió Madama Hernesta hacemela sospechosa el indigno oficio que exercita. Por lo tanto , si os parece bien , la llevaré en el coche , pues no hay otra proporcion en este parage , y la tendré en la posada hasta que le encontremos alojamiento. Id en hora buena , le dixo Eusebio , pues yo me encaminaré á pie con Tay-

dor despues que habré visto el hospital. Me la llevaré pues, dixo Hardyl; pero primero veamos si habrá dificultad por parte de los asistentes de este hospital. Van pues á proponer su intencion al asistente principal, el qual exîgiendo ciertas condiciones, les dió la licencia, prometiendole Hardyl que atenderia á la cura de la muchacha.

Eusebio, despues de haber satisfecho su curiosidad con la vista de las miserias de aquellas hediondas salas y prisiones, en que dexó todo el dinero que llevaba consigo, socorriendo á aquellas infelices victimas de los vicios, volvió á pie con Taydor, holgandose de haber sacado de aquellas miserias á la desgraciada Adelaide, y complaciendose por su causa de hacer aquel camino á pie. ¿Pero quán pocos serán iguales y no iguales á Eusebio, que crean los puros y deliciosos sentimientos que regalaban su alma por esto? y quán pocos los que querrán alabarlo por la misma causa? ¿Privarse del coche por una ramera? querer encargarse de la cura de una vil prostituta? ¿Por qué no? ¿Vuestras almas endurecidas de la soberbia, y deslumbradas de la vanidad, reputan extraño lo que fuera extraño que el corazon de Eusebio dexase de sentir? La presumpcion, el desva-

necimiento, la holganza embotan los puros sentimientos del alma, y la ensordecen al llanto de la verdadera miseria; ¿ qué mucho, pues, que vuestra melindrosa y delicada piedad se persuada acallar las voces de la naturaleza, y quedar muy satisfecha con una mezquina limosna arrojada con compasivo desden ?

Todos los vanos placeres y consuelos de la tierra, apenas sentidos, desaparecen: ninguna impresion dexan en el alma; ó si la dexan, es la del arrepentimiento. Son como las ampollas que levanta la caida de la lluvia en el charco; alzanse, y se desvanecen. Solo es permanente y duradero el consuelo que infunde la virtud, porque es independiente de motivos perecederos. La memoria, renovada de un acto de humanidad, renueva toda la pura satisfaccion y complacencia que excitó la vez primera en el corazon. Ni habrá héroe tan esclarecido, que en el lecho de la muerte no trocára de buena gana toda la gloria de sus mayores hazañas por el consuelo de haber socorrido al infeliz en su miseria, y de haber apagado la sed del sediento con sus propias manos.

Una doncella bien nacida, que sin saber como, se halla victima del libertinage, sacada del seno de la mas horrible miseria,

y restituida á sus padres, al honor, á la virtud, ¿no es por ventura objeto digno de una alma grande? ¿Un Apicio, un Lúculo no compráran en la hora de su muerte una semejante accion con la mayor parte de sus tesoros, y con todos los placeres de su opulenta holganza, que como sombras entonces se desvanecen?

Disfrutando, pues, de la suave complacencia que le daba la recuperada libertad de Adelaide, iba Eusebio camino de París, ansioso no menos de ver el feliz éxîto de las intenciones de Hardyl en restituirla á sus padres. Y aunque llegó tarde al meson, fue á tiempo que el médico, mandado llamar de Hardyl, la visitaba. La llegada de Adelaide á la posada no pudo ocultarse á los forasteros que estaban de asiento en ella, ni á los que solo venian á comer á mesa redonda. Entre estos habia un jóven de linda presencia, y de aspecto blando y modesto, pero de genio apegadizo. Llamabase Chatél, y era una de las muchas paniqüesas que se entremeten en los mesones, polillas de forâsteros: finalmente, Monsieur Chatél era uno de aquellos que suelen poner á logro sus mañas y servicios en las ciudades grandes para vivir á costa agena: ¿qué mucho que sondando

el corazon de Eusebio, le buscase siempre el lado, haciendole del quitapelillos, y esmerandose en ganarle la voluntad?

El ayre manso y afable con que le vendia sus esmeros, llegó á merecer la inclinacion de la bondad de Eusebio. ¡ Cuesta tanto el conocer á un fino taymado! Pero aunque Eusebio sentia aficion á su oficiosa modestia, tenia en freno su afecto, y se recataba de él, quedandole sobrado impresa la máxîma de Hardyl, de no fiarse enteramente de quien enteramente no se conoce. Mas esto no impedia, que en la necesidad en que se hallaban de buscar alojamiento para Adelaïde, no se valiese Eusebio de Chatél, como de práctico que se profesaba ser del pais, y como á conocido. El aceptó á dos manos el encargo, mostrandoles al otro dia el empeño que ponia en servirlos, trayendole el nombre de la calle y casa á donde podia pasar aquella muchacha quando quisiese.

Hardyl, recibida esta noticia, se encamina luego al quarto de Adelaide para participarsela. Seguialo Eusebio con Chatél, estando éste muy ansioso de conocer aquella muchacha, y bien ageno de encontrar con el terrible lance que le esperaba. Estaba Adelaide sentada en una silla bracera, asistida

de una hija del Mesonero, teniendo apoyada la cabeza con la mano, descansando de codo su brazo sobre el de la silla, y el rostro cubierto con el pañuelo, como quien se hallaba muy aquejada de la tristeza y dolor de sus pensamientos. Chatél no pudo verla ni conocerla, hasta que ella, llamada de Hardyl, descubriendo su rostro, y levantando sus dulces ojos, como viese repentinamente, y delante de sí á Chatél, arroja un grito, exclamando: ¡ Ah perfido Lorvál! y cae desfallecida sin sentidos en la misma silla.

Lorvál, pues era el mismo que se habia mudado el nombre en el de Chatél, enagenado poco menos que Adelaide al reconocerla, y herido de las ideas temerosas que le excitaba el descubrimiento de sus maldades, echa á huir de aquel quarto como acosado de una horrible vision, robandose á los ojos atonitos de Hardyl y de Eusebio, que apenas acababan de creer lo que veian. El desfallecimiento de Adelaide, y el afan pavoroso de la hija del mesonero, despertó sus almas de la suspension en que las tenia aquel extraño accidente, acudiendo tambien á socorrer á la desfallecida. Esta, habiendo vuelto en sí al cabo de rato, prorumpe en llanto y en sollozos, preguntando, ¿ si era sueño, ó devanéo

de su imaginacion, ó bien si estuvo allí realmente el perfido Lorvál? ¿Pero que si habia muerto ¿ cómo era que estaba allí con ellos?

Hardyl que echó de ver entonces toda la trama infame de la maldad, procuró sosegarla, persuadiendola que no habia sido aparicion como temia, sino que realmente era el mismo Lorvál; pues asi como se llamó de Beaumont en casa de Madama Hernesta, y luego Marqués de Lorvál, asi tambien habia tomado despues el nombre de Chatél, baxo el qual lo habian conocido. Tomó de aqui ocasion para quitarle todas las sospechas que podia formar Adelaide contra las buenas intenciones que llevaban en ampararla, como lo pudiera sospechar, viendo que se servian del mismo Lorvál para un fin tan opuesto. Mas ella que conoció en la ida desde Bicetra á París los buenos y santos sentimientos de Hardyl, por las máxîmas y consejos que le oyó en el coche, le dixo: no querais, respetable bienhechor mio, hacer agravio á vuestra bondad, ni al concepto que me teneis merecido. El acento de la voz mas lisonjera, con que adula el vicio, dexa siempre alguna oculta sospecha á los mismos que se dexan engañar de sus falsas lisonjas. La humanidad es tan síncera, su acento tan inteligi-

ble, que arrebata toda la entera confianza de quien experimenta los efectos de su dulce beneficencia.

Viendola sosegada Hardyl, le dixo: asi, pues, como nos prevalimos de Lorvál para buscaros alojamiento, porque no lo conociamos, asi tambien ahora, que sabemos quien es, estamos muy agenos de valernos de tal medio, ni de aprovecharnos del alojamiento que encontró. Entonces la hija del mesonero, que se habia aficionado á Adelaide, les dixo: ¿ y qué necesidad teneis de sacarla de nuestra casa? ¿ Por ventura no os satisfacen los esmeros y cuidado que esta Señorita me merece? No se qué oponer, le respondió Hardyl, á vuestro ofrecimiento; queda á la entera libertad de Adelaide el aceptarlo como yo lo acepto. Con todo el corazon, dixo ella; y quedo igualmente agradecida á vuestra beneficencia.

Asentado pues esto, continuó á decir Hardyl: no me parece bien que dexemos pasar el tiempo sobre lo que mas importa, que es el dar quanto antes noticia á vuestros padres del estado y del lugar en que os hallais. Y asi, decidme la calle y casa en que moraban; pues si no los encuentro en París, hago cuenta de pasar á Linás, de donde soys,

si no yerro el nombre. = No lo errais: ¿ mas para qué tomaros tanto trabajo? ¿ Sin ir allá, no les podeis hacer saber mi estado y situacion por carta, en caso que no estén en París? = No, hija mia, no es asunto que se deba encomendar al papel, sino de tratarlo á boca, y con suma reserva. No paseis pena ninguna por nosotros, pues en vez de sernos gravoso este buen oficio, nos será, al contrario, de suma complacencia, especialmente si obtienen nuestros pasos, como lo espero, el éxîto deseado.

Un nuevo alborozo hace asomar á los ojos de Adelaide lágrimas de consuelo, abriendo su corazon á las suaves lisonjas que le excitaba, no menos la confianza que ponia en la prudencia y bondad de Hardyl, que en el amor de sus padres si llegaban á saber la traicion en que no tuvo parte su voluntad, y las violencias padecidas, como tambien el engaño de Madama Hernesta; pues aunque fuese culpable su conducta, esperaba con todo merecer el perdon de su afecto, atendidas todas las circunstancias de los lances en que se vió, confiada especialmente en su arrepentimiento, y en el propósito que llevaba hecho de conformarse con los santos sentimientos que Hardyl habia procurado infundirle.

¡ O faciles, é incautas doncellas ! reconoced el origen de vuestra perdicion en la vanidad, en el poco recato, y en la demasiada confianza de vuestras indiscretas pasiones; pues todo esto fue causa del miserable, y oprobrioso paradero de Adelaide. Todo concurre para oprimir la inocencia, si ésta se expone incautamente á los peligros que la acechan para devorarla. Solo el severo pudor, y la tímida modestia son las guardas de vuestra honestidad: ellas solas os podrán librar de los asaltos y trazas de otros Lorváles.

Lisonjeabase Hardyl que los padres de Adelaide estuviesen en París, pues no habian encontrado todavia á su hija. Con todo, por lo que podia ser, hizo disponer el coche, para que en caso que hubiesen partido para Linás, pudiese sin pérdida de tiempo encaminarse hácia allá desde la casa que habitaban en París, á donde hizo primero que parasen los cocheros. Y aunque lo informaron en ella que habian partido sin saber donde, resolvió tomar el camino de Linás: llegó felizmente en compañia de Eusebio; y sabiendo allí que los padres de Adelaide estaban en su casa, se encaminaron á ella.

Al aviso que Monsieur D' Arcourt re-

cibe que llegaban dos forasteros de París que deseaban hablarle, siente renacer en su pecho las lisonjas y esperanzas que le tenia sufocadas el acerbo dolor por la pérdida de su amada Adelaide: y no dudando que viniesen á darle noticia de ella, sale con lágrimas á los ojos, luchando su corazon con los afectos del júbilo, y del temor que le causaba la incertidumbre de lo que le dirian los forasteros sobre su hija. El trage de Quakeros en que los vió, tuvolo suspenso un momento; pero la fuerza del sentimiento, y de las esperanzas del hallazgo de su hija, que solo de dia y de noche ocupaba su alma y pensamientos, hizole decir: ¿Señores, qué me quereis? ¿Soys por ventura portadores del mayor gozo, ó de la mayor afliccion para un padre miserable que perdió su hija?

Hardyl, por respuesta, echale los brazos al cuello, y le dice: consolaos: vuestra buena hija Adelaide..... = ¿Qué es? cielos, ¿qué es? ¿Dónde, dónde está mi Adelaide? = En buenas manos, y en lugar seguro. Ponese á llorar como un niño Monsieur D' Arcourt: ¡el llanto de un gozo sumo y tierno, remeda tanto al de la inocencia! Luego abrazando tambien él mismo á Hardyl, cerrabalo entre sus brazos, sufriendo su ve-

nerable rostro ser apretado y besado de la violencia del consuelo de un alborozado padre. Este solo desistió de los transportes de aquella demostracion para llamar á voces á su muger Geneveva, al tiempo que introducia de la mano á Hardyl en su apartamento seguido de Eusebio. Les sale al encuentro Madama Geneveva, é informada de su sollozante marido de la noticia que les traian aquellos forasteros, haceles enternecida la misma pregunta por su hija, y por el lugar en que la dexaban. Hardyl dandole equivalente respuesta á la que dió á su marido, les añadió: que si deseaban ver á su hija, se encargaria él mismo de traersela. Pero ellos quieren ir por ella sobre la marcha, instando para saber el lugar en que quedaba, antes de informarse del modo como la perdieron, y como la hubiese encontrado Hardyl.

Mas esta relacion requeria toda la cordura y prudencia de Hardyl, ignorando los padres de Adelaide el exceso del oprobrio, de la miseria y abatimiento á que se vió su hija reducida. Por esto no quiso decirles el lugar en donde la habia dexado, si no recibia de antemano pruebas seguras del ánimo con que la recibirian, contandoles primero las circunstancias del rapto la noche que Lorvál la

introduxo en el teatro. Pero como el mal de que adolecia Adelaide no podia quedar encubierto á sus padres, les cuenta la violacion que habia padecido, aunque de modo que recayese toda la culpa sobre Lorvál, haciendoles ver su hija acreedora de excusa, y de toda compasion; pero calló la prostitucion, á la qual se habia abandonado en casa de Hernesta, y mucho mas el que la hubiesen encontrado en Bicetra.

Al paso que Hardyl les hacia la relacion, derretianse en llanto y en sollozos los padres de Adelaide, especialmente la madre, la qual prorumpia en exêcraciones contra el perfido Lorvál; y el padre quando llegó á oir que le habia inficionado la salud, se levantó furioso, pidiendo armas á gritos para arrancar el alma al detestable traidor. Hardyl procuró entonces aplacarlo y sosegarlo, exhortandolo á sufrir con constancia toda la entera desgracia, y él le instaba con impacientes ruegos que lo llevase á donde estaba su hija desdichada: pero aunque Hardyl podia ya asegurarse de la buena acogida que tendria ella de sus padres, se recató con todo de decirles el lugar en donde quedaba, dandoles para ello algunas excusas; porque no habiendo prevenido á Adelaide de lo que debia de-

cir, y callar sobre su desgracia, temia que ella contase su entera ignominia, no habiendo necesidad que sus padres la supiesen: con esto apresuró su despedida para traersela quanto antes.

Ellos debieron ceder á la resolucion de Hardyl, de cuya mano no sabía desasirse Monsieur D' Arcourt, besandosela mil veces, y bañandola de sus lágrimas. Dexólo finalmente, encaminanse de nuevo á París donde la impaciente Adelaide los esperaba, agitada de las esperanzas, de los temores y dudas del éxîto de su viage. Pero quando oyó que Hardyl le pedia albricias por su feliz manejo, impelida de su agradecido alborozo, ponese de rodillas delante de él, diciendole con lágrimas: permitidme, respetable Hardyl, que os dé mi reconocimiento esta corta prueba del exceso de mi gozo. ¿ Cómo es posible que yo lo exprima á medida de mis ansias, ni que vos conozcais quán grande sea? ¡ Ah! sería menester que hubieseis probado como yo todos los horrores de la desgracia, de la miseria, y del oprobrio, para que pudieseis conocer todo el aprecio del júbilo que pruebo, y de la suma obligacion en que os estoy.

Nada me debeis, Adelaide, levantaos; pues quanto hicimos por vuestro bien, obtu-

vo su recompensa de nuestros mismos corazones. Sentaos, no esteis en pie; pues todas vuestras demostraciones nada añaden á la pura complacencia que vuestro bien nos causa, y á la dulce esperanza que fomentamos, de que toda vuestra desgracia, terrible á la verdad, os servirá de prueba de los engaños detestables de que está lleno el mundo, y de los fatales efectos de la vanidad, y de la ambicion, las quales se lo prometen todo, y no llegan á abarcar sino peligros y desazones: como tambien conocereis que el dote mas apreciable de una doncella son los virtuosos sentimientos que le fomentan la modestia y el recato, siendo estos mismos el mas precioso adorno de su hermosura.

Ahora pues, vuestros padres anhelan el momento de recibiros en sus brazos; pero antes os debo advertir, que solo quedan informados de la traicion y violencias de Lorvál, habiendo yo creido oportuno ocultarles vuestra quedada en casa de Hernesta, y vuestra conduccion á Bicetra. Toda la odiosidad hicela recaer sobre Lorvál, y sobre el modo con que os tuvo encerrada: y á esto solo debeis ceñir vuestra narracion si vuestros padres os la pidieren; porque si les contaseis toda vuestra desgracia, solo contribuiria pa-

ra agravarles el dolor sin necesidad, y para que os desechasen tal vez si llegasen á saber vuestra voluntaria prostitucion, sin que os pudiese servir de excusa la respuesta engañosa de su maldicion que os traxo Hernesta.

La llegada del médico interrumpió su discurso; y aunque despues que partió el mismo, quisiese Adelaide darle nuevas y ardientes demostraciones de su gratitud, vedóselo Hardyl, diciendo, que estuviese queda, y que al otro dia partirian para Linás. Hallabase presente á todas estas cosas Eusebio, dexando hacer á Hardyl por no saberse explicar enteramente en francés, sintiendo perder de oido muchas de las tiernas y afectuosas expresiones de Adelaide por su rápida y delicada pronunciacion, que acompañada de un agradable gracejo, hacia tomar mayor interés á un corazon sensible por su desgracia. Toda lengua hacese recomendable en boca de una muger agraciada; y pronunciada de Adelaide, empeñaba mucho mas los deseos de Eusebio, para verla restituida á sus amados padres, como sucedió al dia siguiente, cediendole tambien su coche, y haciendo venir para sí un fiacre en que iba solo, sin cuidar de llevar consigo uno de sus criados que iban en sus asientos acostumbrados.

Eusebio los seguia en el fiacre; pero si éste era incomodo y malo, los caballos eran peores, y mucho peor el cochero. Para empeorarlo todo, las lluvias habian inundado los caminos. Los quatro caballos de Eusebio, frescos y lozanos, volaban, mientras los del fiacre, muertos de hambre y de fatigas, hallaban á cada paso un atascadero, del qual solo salian á fuerza de palos, y de conjuros. Eusebio, que perdia su coche de vista, sentia algunos impulsos de impaciencia que procuraba refrenar volviendo sobre sí. Pero como al pasar un charco algo profundo cayese en él uno de los caballos, y quedase allí, á pesar de mil palos, como en lecho regalado, comienza á encendersele la sangre á Eusebio, y exasperado contra el cochero, iba á prorumpir en baldones contra él. Pero la memoria de las máxîmas de la moderacion y del sufrimiento sufocó la palabra medio salida, haciendose suma violencia, y diciendose á sí mismo: ¿contra quién las llevo? ¿Qué culpa tienen los caballos, muertos de fatiga, ni el cochero que los mata á palos por servirme?

Apenas habia dicho esto á sí mismo, quando el cochero enfurecido, viendo que no podia hacer mover al caballo, exclama: ¡voto á tal, que te tengo de matar, bestia traido-

ra, á tí, y al hi... de pu... que está aí sentado mano sobre mano. Este lindo conjuro del cochero, acompañado de mil latigazos que menudeaba con rabia sobre el inmovil caballo, rompió la reflexîon que iba haciendo Eusebio para no enojarse, dandole al mismo tiempo motivo para exercitar su moderacion; porque oyendose injuriar tan villanamente del cochero, en vez de irritarse contra él, saltó inmediatamente del fiacre con ayre jovial de que se revistió, diciendole: aqui estoy, amigo, vamos á mover al caballo. Mas ni por esas lo recabáran, si dos labradores que trabajaban en el vecino campo, no hubiesen acudido á los reniegos, y desaforadas voces del cochero.

Este, viendo ya su caballo en pie, hizo á Eusebio el nuevo cumplimiento con voto redondo que no pasaria adelante. Eusebio, aunque se resintió del insolente descaro de aquel hombre, y del tono fiero y firme con que rehusaba pasar adelante, viendo á mas de esto las duras circunstancias en que se hallaba, ahora volviese á París, pues se privaba del gozo que esperaba tener en el recibimiento de Adelaide, por el qual habia emprendido aquel viage, ahora quisiese disfrutar de él; pues debia hacer aquel camino á

pie, se resuelve, contenido de la moderacion, á tomar este partido ; y asi, sin alterarse, le dice al cochero: haced lo que os dé gana, pues al cabo no me faltan piernas para caminar : idos enhorabuena. Dicho esto, se pone á caminar, dexando al cochero en medio del camino.

Pero el cochero acordandose que Eusebio se iba sin pagarlo, corre tras él, y cogiendolo de la abrochadura de la chupa, enarbola el látigo, diciendo : ¡ vive Dios, que no os llevaréis la paga ! soltadla. ¡ Qué poco esperaba Eusebio verse reducido á tan terrible aprieto ! El dexar al cochero sin paga, no procedia de voluntad, sino de olvido, teniendole sobrado ocupada el alma las reflexîones de la moderacion : ellas le sirvieron entonces de fuerte freno para no proceder contra el nuevo desacato del cochero, diciendole solo con suma serenidad : teneis razon, me olvidaba ; y mete la mano en la faltriquera para satisfacerlo. ¡ Pero quáles fueron sus angustias, quando contandole el dinero que llevaba en el bolsillo, halló que no bastaba para pagarlo por entero ! Taydor era el que comunmente llevaba el dinero del gasto ; y como salieron todos juntos de París, no pudo precaver aquella fatal contingen-

cia. El feroz cochero, viendo que le faltaba la mitad de la paga, dobla las amenazas, queriendo que le satisfaciese hasta el ultimo maravedi. En vano el paciente Eusebio le protestaba que no tenia mas que aquellos ocho francos que le entregaba, prometiendo pagarle del todo en París; porque creyendo el bárbaro que queria ocultarle lo demás, descarga sobre Eusebio un palo con el látigo, pretendiendo sacarselo con aquella violencia.

Santo y sublime sufrimiento, desconocido en la ocasion del honor vano y de la soberbia de los mortales, fortalece el corazon de Eusebio que siente todo el peso de la fiera injuria; pero que prefiere al ímpetu descompuesto de la venganza la noble y heroica cordura de la paciencia, y el divino sosiego de los superiores sentimientos de la virtud.

Aunque Eusebio se resintió sobremanero del dolor de aquel golpe, puso con todo á prueba todo el esfuerzo de su moderacion, y levantando solamente el brazo izquierdo para reparar el otro latigazo que iba á descargarle, le dixo: ¿qué haceis? sosegaros: os protesto que no llevo conmigo ni un quarto mas de lo que os dí; sabeis el meson en

donde paro, allí os satisfaré enteramente luego que vuelva de Linás.

Habia entretanto desaparecido de los ojos de Eusebio su coche, lo que acrecentaba sus angustias y confusion; pero como sus caballos, aunque fuertes, trabajasen en salir del mal camino, rompieron uno de los tirantes. Pararon los cocheros para componerlo; y con esta ocasion, volviendose Hardyl para ver donde quedaba Eusebio, y no lo viendo, le supo mal habersele adelantado tanto; y mucho mas el que quedase solo tan atrás sin criado: y no pudiendo sosegar, le dice á Taydor, que fuese á ver lo que era, y que viniese en su compañia. Casualmente los avistó Taydor, atravesando campos al tiempo que el cochero estaba con el látigo levantado para descargarlo de nuevo. Taydor que ya se acercaba, viendo el ademan del cochero, y á los dos labradores que les habian ayudado á levantar al caballo, que se estaban alli de pies junto á ellos, creyendo que su amo fuese salteado, dobló la carrera con la espada desembaynada, diciendo á gritos: dexadlo estar, traidores, dexadlo estar.

El cochero enfurecido, sin poder atender á Taydor, ni á sus gritos, persistia en querer ser pagado. Taydor, tanto mas persua-

dido de la primera sospecha de que querian robar á su amo, dexandose llevar del ahinco de su amorosa fidelidad, llega, y tira al cochero una cuchillada á la cabeza; mas éste no la pudo eludir tanto doblandose hácia atrás, que no le llevase media nariz, y parte de la barba; y lo matára al segundo golpe, si Eusebio no lo hubiera contenido. Deslumbrado el cochero de la herida, y turbado de la mucha sangre que le salia, comenzó á llorar de rabia y de dolor; pero contenia sus fieros la vista de la espada que centelleaba en la mano de Taydor, retirandose á su fiacre para buscar un trapo con que detener la sangre.

Taydor, enfrenado del respeto de su amo que le mandó embaynar el acero, le dice: ¿pero, Señor, qué pretendia este ladron? Eusebio sin darle respuesta, le pide dos luises; y recibidos, va á entregarselos al cochero, diciendole: tomad, amigo, aí teneis mas de lo que os debo: volved á París luego, pues veis que aqui no hay proporcion para vuestra cura: los gastos de ésta quedan á mi cuenta; y aprended otra vez á fiaros de la palabra de los hombres de bien. Dicho esto, le entrega los dos luises, que recibió el cochero con rabioso llanto, mirando de reojo

á Taydor, contra el qual arrojaba entre dientes mil blasfemias. Eusebio no satisfecho de esta generosidad, viendo que se cogia la sangre con un pedazo de manta de los caballos, le entrega su pañuelo, añadiendole, que si no se hallaba en estado de poder conducir el fiacre á París, llevase consigo uno de aquellos labradores, que todavia se hallaban alli presentes, pues él les pagaria su trabajo: y aunque oyendo esto uno de ellos, se ofreciese á llevarlo; pero enviandolo enhoramala el cochero, dió motivo á Eusebio para que desistiese de nuevas ofertas, y para que dexandole tomar el camino de París, prosiguiese él á pie el de Linás en compañia de Taydor.

Ya encaminados le dice Eusebio: os habeis propasado Taydor, ved porque no queria que os proveyeseis de armas para el camino: me habeis dado mucho que sentir. = ¿ Pero cómo podia sufrir yo, Señor, el veros maltratado de aquel picaro con tanta crueldad? no sé aprobar la sobrada bondad de Vmd. = ¿ Sobrada? ¿ por qué? ¿ no vale mas que obtenga la paciencia el merito, que debiera apropiarse la necesidad de deber ceder á fuerza superior? Y sino, decidme: ¿ si os vierais asaltado de armados asesinos, el

miedo de perder la vida, no os pusiera tamaño como un cordero, dexandoos maniatar, y maltratar tal vez sin chistar, por no poder resistir á la violencia? ¿No vale, pues, mas que obtenga de nosotros la virtud el necesario sufrimiento que debiera recabar el miedo? ¿Qué hubiera yo ganado en dexarme llevar de los impetus de la colera y de la venganza? En primer lugar, desazonarme á mí mismo, é irritar mucho mas el furor del que estaba en estado de ensayar qualquiera desafuero, dexandome tal vez aporreado; y en segundo lugar, haberlas de haber con él á brazo partido, exponiendome en el calor de la reyerta, ó á que me matase, ó á que yo le matase á él, lo que hubiera agravado mi corazon toda mi vida.

Verdad es, que la defensa es de derecho natural; mas el ultraje no es arma que mate, y al cabo, la virtud la debemos exercitar quando nos dan ocasion para ello, y no quando solamente nos viene á gusto del paladar. ¿Por ventura, la moderacion y el sufrimiento son virtudes que solo se deben remitir á los claustros y á los monges? ¿Quánto mas necesitamos de ellas los que andamos en medio del mundo, por las freqüentes ocasiones que se nos presentan? ¿Sabeis quantos se ahor-

rarian de mortales pesadumbres, y de muy sensibles desgracias, si se acostumbrasen á llevar con paciente fortaleza otros lances semejantes al que acaba de pasar por mí? Pero como están siniestramente prevenidos, que el sufrimiento es vileza y cobardia, y la paciencia poquedad de ánimo, repelen amenaza con amenaza, y ultraje con ultraje, como si asi quedase desofendido, y vengado su honor.

Pero á mas de que no siempre queda vengado el que se venga, sino mas ofendido y aporreado, padece tambien todos los disgustosos efectos de la ira y de la venganza con desazon de su ánimo, y se expone tal vez á perder la vida, ó á quitarla; extremos que son igualmente funestos. Pero al contrario, si el hombre comenzase á probar desde niño, y á persuadirse de la noble superioridad que infunde al alma el sufrimiento, y la suave satisfaccion que dexa la memoria de haber vencido los impulsos de la colera, y del enojo provocado de un ultraje, no le pareceria ni tan poco apreciable, ni tan dificil de conseguir la moderacion; pero nuestra arrogancia y vanidad fortalecen la opinion del sentimiento de la ofensa, y del ultraje recibido; porque nos parece que estos nos humillan, y que nos defraudan el con-

cepto y respeto que creemos merecer, ó que pretendemos de los otros. =

Bien, Señor, ¿ pero y los palos no duelen? = Duelen; ¿ pero no vale mas que duelan dos, que no te puedes quitar de encima, que no otros tantos, ú otro maltratamiento peor, si provocas á ello al que te ofendió, con ademan de venganza, ó con palabras resentidas? = Pocos encontrará Vmd. que le aprueben esas máxîmas. = No lo ignoro: antes bien, si nos oyeran algunos de aquellos que van muy atiesados con el honor, me tendrian por un simplon y mentecato; ni lo estraño, pues tú mismo que lees freqüentemente el Santo Evangelio, parece que tienes á estas mis máxîmas por extravagantes. ¿ Crees que los sublimes exemplos de paciencia y sufrimiento que nos propone el divino Redemptor, son solo para que los admirémos, ó nos contentemos de meditarlos, sin que los pongamos jamas en práctica? ¿ no son ellos la mas sublime parte de nuestra religion? ¿ y el exercicio de ésta ha de ser mirado del noble, y rico presumido, y altanero, como vileza y poquedad? (1)

(1) Gracias á Dios que Eusebio comienza á dar á ver un buen lance que está imbuido en las máximas de la divina sabiduría.

De esta manera iban conversando por el camino, quando Hardyl y Adelaide habiendo llegado mucho antes á la Cruz de Berni, donde habian de hacer medio dia; y no viendo comparecer á Eusebio y á Taydor, se encaminaron á pie para irle al encuentro; y descubriendolo que venia sin el fiacre, no sabian atinar el motivo. Contoselo él luego que llegó; y entretuvo con su dolorosa historia el ocio de la mesa, sintiendo Adelaide que hubiese padecido tanto por su causa. Allí en la Cruz de Berni hubo de tomar la posta para proseguir su viage á Linás, donde llegaron todos juntos á casa de los padres de Adelaide.

Sentia ésta su palpitante corazon agitado de todos los afectos del júbilo y del temor que le robaban casi del todo la respiracion, á pesar de los esfuerzos de Hardyl en sosegarla, necesitando tambien de su ayuda para sostenerse en pie, luego que entró en la casa de sus padres. Estos, no menos agitados de las ansias de abrazar á su hija, corrieron á su encuentro, advertidos de su llegada por el ruido del coche que paró á la puerta. Adelantóse el padre hasta la escalera, donde se encontró con ella; y recibiendola en sus brazos, al tiempo que Adelaide iba á

postrarse de rodillas, desahogaba con llanto el júbilo que le causaba su hallazgo, y el dolor de su violacion, diciendole entre sollozos: ¡ yo, yo fuí la causa de tu desdicha, dulce hija mia! ¡ tu padre te hizo traicion! y el mortal dolor que me causó tu pérdida, y que fué justa pena de mis vanos desaciertos, desarmó al cielo, que apiadado de mis fieras angustias, te me devuelve, amada Adelaide, te me devuelve, valiendose de este generoso Caballero, tu libertador, dulce amparo y consuelo de una desolada familia. Ven, hija mia, ven, que tu madre te espera.

Adelaide sin aliento para proferir una palabra, sollozando amargamente, dexabase conducir del padre que la tenia medio abrazada, siguiendolos Eusebio y Hardyl enternecidos de gozo. La madre, no sufriendole el corazon hallarse al encuentro con su hija, volvió á su estancia, oprimida de la terrible idea de su perdido honor; y alli sentada la esperaba, agitada de los diversos sentimientos que la combatian, cubriendose el llanto con un pañuelo. Rosalia, hermana de Adelaide, estaba con ella participando de los diversos afectos de sus padres, y llorando, porque veia llorar á su madre; no porque sintie-

se tanto la desgracia, quanto porque se complacia del hallazgo de su hermana. Esta al entrar en el quarto, no pudiendo contener los rezelos de su conciencia, viendo á su madre en aquella postura en que parecia se recataba de verla, exclamó poniendosele de rodillas: ¡ ó mi amada madre ! . . . los sollozos interrumpieron lo demas.

La madre abrazandola entonces, le dice: ¡ ah hija mia, nos has dado la muerte, pero el cielo se compadeció de nosotros ! ¡ el perfido Lorvál ! . . . levantate, levantate. ¡ O cielos ! dixo entonces Adelaide, si merecí vuestra indignacion, si os ofendí. . . . El padre sintiendo la seca ternura con que Geneveva recibia á su hija, interrumpió el discurso de ésta, haciendola levantar y diciendole: no, hija mia, no: en vez de la indignacion de tus padres, mereces todo su amor, toda su ternura. Rosalia al ver en pie á su hermana, fué á abrazarla, renovandose las lágrimas y los sollozos; y despues de haber desahogado los tiernos afectos de sus corazones, el padre volviendo á Hardyl y á Eusebio les encarece el sumo agradecimiento, y la eterna deuda en que les estaba, abrazandolos con mil expresiones de ardiente y tierna gratitud. ¡ Quán bien empleados gastos ! qué bien

remunerada piedad! qué santa satisfaccion, y quán puro gozo no probaban los corazones de Hardyl y de Eusebio con aquellos abrazos!

Las criadas no tardaron á venir con lágrimas á los ojos á confirmar el sentimiento que probaron por la pérdida de su Señorita, y el alborozo por su hallazgo: pero como ésta necesitase de descanso, fue conveniente llevarla á la cama, hallandose postrada del camino, y mucho mas de la agitacion de sus interiores afanes y afectos, aunque estos comenzaron á sosegarse con las tiernas demostraciones y caricias de sus padres. Hardyl sumamente contento por el éxîto feliz de su manejo, quiso despedirse de Monsieur D' Arcourt para ir al meson; pero debieron ceder á las instancias de éste, quedando en su casa en que les tenia dispuesto alojamiento.

Quedados pues allí, despues de haberles renovado Monsieur D' Arcourt su sumo agradecimiento, movió la conversacion sobre la desgracia de su hija, contandoles menudamente todos los pasos que habia dado, y las infinitas diligencias que hizo para poderla encontrar, y para informarse del Marqués de Lorvál, no pudiendo dudar que fuese éste el que la habia robado. Pero como dexase de contar si asistió aquella noche á la represen-

tacion de la tragedia del Cid, y si habló con el criado de Lorvál, Hardyl se lo pregunta: Monsieur D' Arcourt le dice: que entraron en el teatro, que asistieron á la mayor parte de la representacion; pero que rezelando siempre de su hija, salieron antes que acabase la tragedia al zaguan para esperarla allí: mas que no habiendo podido descubrirla entre la gente, despues que toda ella salió del teatro, debieron volverse á su casa, como podia pensar, fuera de sí de dolor, y sin haber visto ningun criado de Lorvál.

Esto llevó insensiblemente la conversacion á los engaños, perfidias, y traiciones del trato de los hombres, especialmente en las ciudades grandes, de que probaban los padres de Adelaide tan funesto escarmiento, diciendoles Monsieur D' Arcourt el desengaño que habia sacado de la vanidad de su pasada conducta, admitiendo en su casa la gente que menos debiera. La condicion noble previene en su favor los ánimos de aquellos que se reconocen inferiores, adquiriendo sobre ellos una entonada superioridad. El sexo principalmente, ambicioso de cortejo y de galanteo, se somete mas facilmente á los alhagos y caricias, que acreditan mas el poderio de sus gracias, y los alicientes de su

hermosura. Rara es la doncella que no prefiera en su corazon un noble á un ciudadano su igual. Concepto ambicioso que ciega á muchas, y que tal vez les acarrea su ruina, ó las dispone para desacertadas elecciones en sus casamientos.

Prosiguió Monsieur D' Arcourt en decir á sus huespedes el firme propósito que habia hecho de cerrar las puertas de su casa á todas visitas; pues aunque antes era de opinion que el trato contribuía para hacer mas cautas y advertidas á las doncellas, y para que adquiriesen mayores luces y despejo, pero que tenia en la desgracia de Adelaide sobrado argumento para convencerse, que si el trato les infundia un ayre mas suelto, y mas adamado despejo; pero que al mismo tiempo corrompia sus buenos sentimientos, y empañaba el candor de su inocencia, desmoronando insensiblemente el muro de su recato, irritando su concupiscencia, ó debilitando su entereza para rendirse, ó para perderse en la ocasion menos pensada.

A esto añadió Hardyl el otro daño que padecian tambien con el freqüente trato, distrayendolas de sus labores, y haciendoles concebir, sin advertirlo, suma aversion al trabajo, y á sus caseras ocupaciones, fomen-

tandoles la desidia, y la inclinacion al ocio y al galanteo, causas principales de que tambien se resientan ya casadas de estos defectos, padeciendo mil desarreglos sus familias, y de que sean de doble carga para los maridos. Estendiose al contrario su eloqüencia en las alabanzas del retiro, en el qual fomentaban las doncellas los severos y nobles sentimientos de un inculpable recato, y de una adorable modestia, dotes preciosas para quien en ellas busca un honesto casamiento. ¿Qué cosa mas amable hay en la tierra que una modesta y angelical hermosura? ¡Doncellas, si supierais la dulce impresion que hace en el hombre la virtud quando condecora á vuestro sexô, ella fuera el principal objeto de vuestros ambiciosos esmeros!

Renovaron varias veces los discursos sobre esta materia en los tres dias que Hardyl y Eusebio se detuvieron en casa de Adelaide, forzados de las instancias de su padre, que en todo les manifestaba, no solo su eterna gratitud, sino tambien el singular respeto y veneracion que le merecian los sentimientos de la virtud sólida que en ellos admiraba, y que comenzó á probar en la generosa restitucion que le hicieron de su hija. Esta, á pesar de su quebrantada salud, parecia ha-

berla recobrado, viendose ya en posesion de la casa de sus padres, y de su antiguo cariño. ¡ Qué demostraciones tan afectuosas no hacia ella á Eusebio y á Hardyl las veces que iban á visitarla! qué santos discursos no le tenia Hardyl, motivandolos el síncero arrepentimiento que ella le manifestaba! qué hermoso llanto no caía de sus ojos, quando Hardyl llegó á darle parte de su vuelta á París! qué indeleble y dulce consuelo no sentia Eusebio, y quán celestial complacencia por haberla sacado de los errores y miserias de Bicetra, y del seno de su deplorable desgracia!

¡ Todos los actos de humanidad endulzan tanto al corazon del hombre! La blanda lluvia, que en los ardores del estio cae con suave susurro sobre la selva sombria, no regala tanto sus verdores, ni se recrean tanto con ella las flores del seco prado, quanto el alma sensible con el llanto de la gratitud reconocida.

Probabanlo Hardyl y Eusebio con el llanto de Adelaide y de sus padres, los quales, no pudiendo oponerse mas tiempo á la determinacion de sus huespedes de restituirse á París; esmerabanse en darles las ultimas pruebas de su agradecimiento á tan singular

beneficio, no cesando Monsieur D' Arcourt de besar la mano dè Hardyl, y de abrazar á Eusebio. Pero al llegar estos á dar el ultimo á Dios á Adelaide, los padres, la hermana, criados y criadas que se hallaban presentes, no pudieron contener su llanto, oyendo á la desolada Adelaide manifestar á sus libertadores, con las mas tiernas y vivas expresiones, su eterno reconocimiento. Ellos no menos enternecidos, deseandole el entero restablecimiento de su salud, arrancaronse del seno de aquella consolada y agradecida familia.



LIBRO SEGUNDO.

Continuaba á sentir Eusebio la dulce impresion de la ternura que le causaron las vivas demostraciones de Adelaide, fomentandosela Hardyl que le decia la suma y pura satisfaccion que él mismo tambien probaba, por haberla sacado del miserable estado en que la encontraron, y por haberla restituido tan felizmente á su familia. Renovaron con esto la memoria de la suma perfidia y mal-

dad del infame Lorvál, extrañando Eusebio que encubriese tan impío y ruin corazon, baxo la mentirosa apariencia de su blanda modestia y circunspeccion, nuevo motivo para que procediese Eusebio con mayor cautela y desconfianza en el trato con los hombres, sintiendo el verse necesitado de los engaños, y de las dobleces de los mismos, á poner freno á la efusion de su bondad.

Tratando de estas cosas llegaron al lugar en que le sucedió el caso con el cochero, contandole Eusebio la manera como se habia portado con él, dandole dos luises, y prometiendole, á mas de esto, satisfacer á todos los gastos de su cura. Esto fué lo primero á que atendió despues que llegó á París, procurando informarse del mesonero, que fue el que hizo venir el fiacre del lugar donde paraba dicho hombre: y sabiendo que habia ido á curarse al hospital, como sentia repugnancia de ir á tales lugares por el asco que le causaron las salas de Bicetra, creyóse dispensado de la palabra que le dió de satisfacer á los gastos de la cura, pues ésta nada le costaba al herido.

Pero la delicada honradez de Eusebio no podia descansar con esta mezquina excusa, que le sugeria la repugnancia que sentia de

ir al hospital, y la miró como indigna de la generosidad de su corazon: y aunque le ocurrió enviar á uno de sus criados con el equivalente de la cura; pero por lo mismo que no podia desprenderse de la repugnancia de ir él mismo en persona, quiso vencerla, comunicando á Hardyl esta especie. Hardyl se la aprobó, no porque le obligase el cumplimiento de la palabra, no subsistiendo el motivo para cumplirla, sino porque la honradez del corazon se fortalecia con el cumplimiento de tales menudencias, las quales, si se dexaban de exercitar por reputarlas de poca consideracion, y porque no nos obligan, engendraban dexadéz en el ánimo para cumplir con las de mayor monta; de donde procedia el sobrado amor de sí mismos en la mayor parte de los hombres, que los endurece para no hacer ni cumplir sino aquello que les trae cuenta, y que les viene bien, ó que no les debe costar ninguna incomodidad; porque si ésta les muestra su mala cara, háceles olvidar sus promesas, ó no se las dexa cumplir.

Esta indiferencia é insensibilidad, principalmente sobre lo que se promete, destruye la hombria de bien que caracteriza al corazon español, continuaba á decirle Hardyl,

por mas que se pretenda atribuir esta buena partida á la soberbia nacional. ¿ Pero no vale mas que el hombre sea honrado, y cumpla con lo que promete por principios de noble soberbia, hija del verdadero honor, que no que se muestre sin fé, y sin palabra por altanera insensibilidad, hija de un ánimo ruin, y de viles sentimientos? ¡ Quán pocos son los hombres que proceden, y obran bien por solo amor de la virtud! ¿ Pero aunque la honradez dexe de tener la virtud por fin, dexará por eso de ser estimable? y aun así; no dispone insensiblemente al corazon para recibir las impresiones de la humanidad?

Despues de haberle tenido Hardyl un largo discurso sobre esto, quiso ir con él al hospital; y habiendose informado de la cama en que estaba el herido cochero, lo van á visitar. Eusebio fue el primero á preguntarle por el estado de su salud. La venda que le cubria la cara de medio abaxo, dexando libre la frente desgreñada, y los ceñudos ojos, le daba un horrible aspecto; y las torcidas miradas con que acompañaba las voces roncas é inteligibles por la venda que le cubria la boca, manifestaban el rencor con que correspondia á la humanisima atencion de Eusebio. Este, aunque no pudo comprenhen-

der lo que decia, echó con todo de ver la rabia que le bullia en el corazon: y asi, para no irritarlo mas, resolvió entregarle otros dos luises, diciendole solo: que habia venido á cumplir la palabra que le dió de satisfacer á los gastos de su cura, y que allí tenia el equivalente, poniendole los luises envueltos en un papel debaxo de la almohada, dexandoselos poner el herido sin hacerle ninguna demostracion de gratitud. Eusebio, con todo, se despidió de él con la misma afable humanidad, porque no llevaba pretension de ser correspondido, usando solo con aquel infeliz de su honrada generosidad, por satisfacer á los impulsos de su bondadoso corazon,

¡ Pobre Eusebio, que vás á comparecer á los ojos de aquellos, que desde el trono de la comodidad y de la abundancia, engreidos de su riqueza y fasto, adorados de la adulacion y del respeto de sus inferiores, te contemplan tan humano y comedido con quien tan gravemente te injurió! ¿ Querrán por ventura dignarse de aprobar tu sublime paciencia, y tu admirable sufrimiento al golpe del latigo que sobre tí descarga, sintiendo ellos mismos encenderseles la sangre de enojo, y armarse su vengan-

za de rayos contra quien te ultraja? ó bien tacharán tu noble moderacion de poquedad de ánimo, ó de despreciable cobardia? con qué ojos mirarán tu determinacion de ir á ver por tí mismo á tu feroz ultrajador? como quiera que la miren, qualesquiera que sean sus sentimientos, ¿ equivaldrá por ventura la enardecida venganza del honor, que hubiesen podido tomar en tal lance á la respetable mansedumbre de tu sufrimiento? (1) su dura insensibilidad, ó su vengada altaneria, hubiera probado despues el celestial consuelo, y la superior satisfaccion que recompensará toda tu vida tu magnánimo sufrimiento, y tu noble beneficencia?

Penetrado del gozo interior que le dexaba el vencimiento de su repugnancia, y de la limosna que acababa de hacer al enfermo, salia Eusebio del hospital en compañia de Hardyl para volver al meson siendo hora de la comida, pero debieron esperar á la mayor parte de los forasteros que no acababan de llegar. Recompensaron ellos la impaciencia en que tenian á algunos de los que

---

(1) *Nihil laudabilius, nihil magno, & præclaro viro dignius placabilitate, atque clemencia.* Esto es de Ciceron.

los estaban esperando con la singular noticia que trahian, y que fue la causa de su tardanza, diciendo á gritos: milagros, Señores, milagros: venimos de ser testigos de ellos: ciegos que recobraron la vista, tullidos que quedaron sanos. Decian esto pálidos y acezando, llevando impresos en sus rostros y sentimientos los efectos de la admiracion, é infundiendo en los que los oian la misma pasmada palpitacion que ellos probaban.

Toda extraordinaria maravilla la causa, especialmente aquellas que nos parece participar del terrible impulso de la mano Omnipotente. Una aurora boreal que tiñe la tenebrosa esfera de su roxo explendor: un cometa que estiende la formidable brillantez de su cola luminosa amedrenta los ciegos corazones de los mortales, haciendo en ellos maravillosa impresion. Un milagro, á vista de inmenso pueblo, trastorna y enagena los ánimos mas firmes. ¡Qué mucho que aquellos forasteros saliesen fuera de sí habiendo sido testigos de tantos como decian!

Eusebio que estaba sentado en la mesa al lado de Hardyl, cotejando su fria indiferencia con la sorpresa y agitacion que veia en los otros, mientras conversaban sobre los

dichos milagros, le dixo al oido con voz baxa: ¿que sea verdad, Hardyl, todo esto que cuentan? = Lo verémos; pero me acuerdo haber oido en una comedia española:

De las cosas mas seguras,
La mas segura es dudar.

Tal vez durarán esta tarde los milagros; y si asi sucede, podrémos ir á verlos tambien nosotros. Volviendose entonces á uno de aquellos forasteros que contaban los milagros, le preguntó, en dónde se obraban: en el barrio de San Marcelo, le respondió él, y en el sepulcro del Diácono Paris. Hardyl calló, y prosiguió á comer. Mas otro forastero, al oir esto, le dixo: ¿cómo es posible que el Diácono Paris haga milagros, si sé muy bien que era Jansenista? Me atiendo á lo que yo mismo ví, le respondió el otro. Y aunque el que le hizo la pregunta sobre la imposibilidad de hacer milagros un Jansenista, no acababa de creerlo, se encogió de hombros, sin saber replicar al terrible argumento de haberlos visto hacer él mismo con sus propios ojos; siendo asi que lo podia aterrar tan facilmente, negandole que los hubiese visto. Pero si parece mal dar un desmentido á las

barbas de un hombre honrado, lo es mucho mas tratandose de milagros, cuya maravilla preocupa la opinion del hombre, y la avasalla á la admiracion.

Esto no impidió que se trabasen de razones sobre el Jansenismo, y sobre los milagros, sin tomar partido Hardyl ni Eusebio en tales materias, dexandoles disputar. El empeño hubiera durado hasta despues de acabada la comida, si no los hubiese interrumpido una gran algazara y voceria. La disputa distraida de estas voces, al tiempo que preguntaban por la causa de ellas, se ven comparecer en la sala en donde comian un ciego acompañado de mucha gente, á quien acababa de restituir la vista el nuevo Taumaturgo. Renuevase entonces la admiracion en todos, y el entusiasmo de los apasionados. Hardyl mismo sintió que titubeaba la firmeza de su juicio, con tanto mayor motivo para ello, por quanto aquel mismo ciego solia estar de asiento á la puerta de aquel mismo meson pidiendo limosna, y habiendosela dado él mismo algunas veces.

Los otros forasteros que solian verlo tambien de contínuo á la puerta, no contentos de mirar sanos, y abiertos los ojos de aquel hombre, le presentaban varios objetos para

quedar mas satisfechos y certificados de aquella maravilla. Salieronse luego unos tras otros para ir á fomentar su admiracion en el mismo sepulcro. Salió tambien Hardyl con Eusebio. Las calles, casas, tiendas, y plazas, resonaban del eco de los milagros: jamas la gran ciudad de París se vió tan llena de prodigios. Las gentes salian desaladas de sus casas; ni la edad decrépita, ni el sexô hallaba obstáculos para ser testigos de aquellos portentos. Los mismos enfermos dexaban sus camas sin ningun reparo, animados de la esperanza, y del fervor de su fé, para ir á recobrar la salud. Alquilabanse á peso de oro las sillas de manos; y los imposibilitados á conseguirlas, ó á pagarlas, hacianse llevar en brazos.

Era tan grande la afluencia de la gente que por todas partes se encaminaba al barrio de San Marcelo, que Hardyl y Eusebio llegaron á él sin tener necesidad de preguntar, siguiendo solo el hilo de la gente. Mas al acercarse, como se apiñase el gentio, impelido de las ansias de ver milagros, Hardyl dixo á Eusebio: escabullamonos de aqui, no sea que nos ahoguen; pues á buen seguro que no nos restituya la vida ese prodigioso Diácono, si la perdemos por tan inconsi-

derada curiosidad. Apenas acababa de decir esto, quando se levanta una gran voceria de la gente, que decia: ¡ un muerto resucitado! un muerto resucitado! Al oir esto Eusebio, no puede resistir á los deseos de su curiosidad, y dice á Hardyl, que habia doblado una boca calle para escapar de aquel tumulto: esperemos á ver si pasa por aqui ese hombre resucitado.

¿Mas qué esperais saber de él? le pregunta Hardyl: ninguno de los que volvieron á la vida nos dexó memorias de lo que vieron en el otro mundo, ni de como les fué por allá: por esto sin duda fingieron los antiguos, que las aguas del rio Letéo causan olvido; de modo, que ni aun especie les queda de su muerte á los que murieron. Con todo, si quereis satisfacer vuestros curiosos deseos, nos podrémos informar primero quien es ese muerto resucitado, y luego que el entusiasmo del pueblo se habrá sosegado, irémos á verlo á su casa. Persuadido de esto Eusebio, salense á pasear por el Baluarte. El mismo fanatismo, las mismas voces del pueblo se oían por donde quiera que caminasen. La materia prestaba para largo discurso: Hardyl la siguio, diciendo á Eusebio: ¿no os parece que tenemos dos buenos casos á la

mano para certificarnos de la verdad de esos milagros ? = No sé qué casos querais decir. = El del ciego del meson , y el de la cura del calesero sin nariz que dexamos en el hospital , si acaso se la repone entera el Diácono Paris ; porque á la verdad , yo creyera antes al milagro de un miembro añadido al que está sin él , que á un muerto resucitado. =

¿ Pero podeis dudar de la vista restituida al ciego del meson ? = De lo que no dudo es , de que ultimamente veía. ¿ Pero quién me podrá asegurar que estuviese antes ciego ? sabeis quántos picarones sacan renta de sus fingidas desgracias ? = ¿ Mas qué necesidad tenia de fingirlo , ó de dexarlo fingir despues , si con esto cesa la renta que decis que podia sacar de ese engaño ? = ¡ El interés , Eusebio , tiene tantas vistas y dobleces ! Dios sabe quánto le valió el milagro. Lo podeis inferir por las generosas limosnas que sacó en el meson. A mas , de que si sanó en aquel barrio , ¿ qué le cuesta ir á cegar á otro , despues que se haya disipado el entusiasmo del pueblo ? sabeis quántos fines y motivos pueden mover al corazon humano ? un milagro falso y aparente puede tener resortes tan imperceptibles , y tan ocul-

tas manecillas, que sacarian de tino si se llegasen á penetrar.

Mas el pueblo está bien ageno de ir á indagar tales cosas: y aunque la admiracion no deslumbrára á su rudeza, ¿quién fuera tan atrevido que quisiese poner duda en ellas, creyendo profanar los arcanos de la Omnipotencia, si les ocurre introducir en ellos los rezelos de una prudente reflexîon? De aqui tanta caterva de falsos milagros, confundidos con los verdaderos, introducidos, ó fingidos del interes, y abrazados de la credulidad del vulgo. De aqui el confundir la santidad con la maravilla, y el quilatar la virtud por los prodigios, con que insensiblemente se fomenta la hipocresia de los que aspiran á ganarse el concepto de la gente con exterioridades devotas y penitentes, las quales pueden ponerlos en lances de hacer ó decir cosas que huelan á milagro, ó á revelacion y profecia, porque las circunstancias del lugar, del tiempo, ó de las personas que son testigos, pueden dar un gran crédito á lo que no hay, deslumbrados de la veneracion y concepto que los tales se grangearon. = (1)

(1) La Fé, la Religion de un corazon justo deben

¿ Pero cómo quereis saber si es verdadero ó falso el milagro del ciego del meson ? = Dexadme hacer á mí ; pues por saber una verdad que puede redundar en mayor conocimiento del corazon humano , bien podrémos sacrificar algunos luises. Entretenidos en estos discursos , se restituian al meson despues del paseo , al tiempo que encontraron al Lord Som. . . que volvia tambien á él ; é informado de lo que trataban , les dixo con un género de enfadada admiracion : que venia de casa de la Duquesa de P. . . la qual acababa de dar mil escudos por los rotos calzones del Diácono Paris. Eusebio lo estrañaba tanto , quanto se desatinaba el Lord Som. . . por la extravagante devocion de la Duquesa. Pero Hardyl les dió motivo con otros exemplos que les contó de piedades semejantes , para que no lo extrañasen tanto : y como el Lord continuase la conversacion sobre los milagros que habia oido , Hardyl

interesarse igualmente en reprobar los falsos milagros que en defender los verdaderos. De lo contrario se sigue, que los incrédulos deduzcan de la falsedad de aquellos la no veracidad de los otros : mal argumento sin duda ; pero lo hacen , dandoles pie para ello, el indiscreto abuso de la credulidad del vulgo.

le contó el del ciego del meson, al qual no se habia hallado presente el Lord Som.... por haber comido aquel dia en casa de la Duquesa. Luego le propuso, si queria entrar á la parte de lo que se pudiera gastar para certificarse de la verdad de tales milagros.

El Lord vino de buena gana en ello, y remitieron la prueba al otro dia. Pero como el gobierno se asombrase del gran entusiasmo del pueblo, quiso poner la mano mandando cerrar el sepulcro, y prohibiendo que ninguno se acercase á él, con lo qual se agotaron enteramente los milagros, y cesó el fanatismo por ellos, sin pensar mas Hardyl en la prueba que habia determinado hacer sobre el ciego. Pero como de allí á pocos dias saliese temprano del meson el Lord Som... y encontrase á la puerta de él al mismo ciego amilagrado, que habia vuelto á su antigua ceguera, sube arriba para avisar á Hardyl de esta novedad, exhortandolo á que hiciese la prueba que queria hacer. Hardyl condesciende, y llamando á Gil Altano, le dá orden para que vaya á la puerta del meson á decir al ciego que habia unos forasteros que lo deseaban ver, y que lo ayudase á subir.

Entretanto, el Lord, Hardyl, y Eusebio, esperaban en el quarto al ciego, que de

allí á poco, acompañado de Altano, arrastrando los pies, y haciendo tropezar el palo en las sillas y puertas que encontraba, entra diciendo: Deo gracias: ¿ quál es el alma bendita que desea apiadarse de este ruin pecador, á quien por sus pecados no permitió el Señor, ni su Madre Santisima que gozase mas tiempo del prodigioso milagro, obrado en él por la intercesion del bienaventurado San Paris? = ¿ Tantos pecados habeis cometido, hermano, despues acá, le dixo Hardyl, que hayais desmerecido por ellos no disfrutar mas del prodigioso efecto de la intercesion del bienaventurado Diácono? = Dios me libre, Señor: pecado, ninguno que yo sepa; ¡ pero las permisiones de Dios son tan inescrutables! = A la verdad, le dixo Hardyl, es bien que no nos metamos en ellas: y asi, dexandolas aparte, desearia saber Milord Som... que está aqui presente, si erais ciego de nacimiento. =

Que bien haya su Alteza, mi Señor Milord Som... pero por gracia de Dios cegué hace solo seis meses. = Linda gracia es esa, le dixo Hardyl, ¿ qué recae sobre ceguera de seis meses? pero os entendemos por discrecion. ¿ Antes, pues, de cegar haciais algun oficio? = Hacia el aguador para servir á

vuesa Excelencia. = Lo siento sobremanera, dixo Hardyl; y no sé si será mayor ahora vuestro sentimiento por haber cegado de nuevo, que la primera vez que cegaisteis, tal vez por enfermedad. = Por gota coral, cabalmente. = Cabalmente, hermano, la gota coral no trae consigo tales conseqüencias: ¿ pero en vos debió ser sin duda tan fuerte que os debió cegar? = Asi es, Excelentisimo Señor: y antenoche volví á sentir los malos efectos de esa enfermedad, de donde me procedió repentinamente esta nueva ceguera: bendito sea Dios. =

De aqui infiero, prosiguió á decir Hardyl, que ese glorioso San Paris no se cuidó mucho de curaros radicalmente; porque si hubiese ido á la causa del mal, no os vierais ahora otra vez ciego: y haceseme tanto mas sensible esta vuestra nueva desgracia, por quanto Milord Som... sintiendose propenso á favoreceros, habia determinado poneros tienda en que pudieseis ganaros la vida muy honradamente si no hubieseis cegado. = (¡ Pesia tal, si lo hubiese sabido un poco antes!) exclamó el ciego entre dientes; é inmediatamente prosiguió á decir: loada sea mil veces la generosidad de su Alteza, mi Señor Milord Som... ¡ Ah, altisimo Se-

ñor, apiadese vuesa Alteza de este infeliz, que tiene que mantener, á fuerza de importunaciones, su muger y dos hijas, á las quales se les abriria el cielo, si vuesa Alteza se dignase ponerles esa tienda que dice!

Bien, dixo el Lord Som.... ¿pero primero sepamos qué tienda quisierais poner estando ciego como estais? = Tienda de Licorero, mi Señor: una de mis hijas es muy diestra en hacer pomadas, polvos, xabonetes de olor, albayaldes, agua de la Reyna, y otras cosas, que acabadas de labrar, se despachan luego en París. Con esto pasariamos una vida decente, sin irme yo dando de hocicos por esas esquinas, é importunando á la gente. = ¿Pero deberá costar mucho el poner esa tienda? dixo Hardyl. = Ciertamente que necesitaría yo para ello de veinte ó treinta luises; ¿pero qué son treinta luises para su Alteza, mi Señor Milord Som?... = Son bastante, dixo Hardyl, para hacer mirar antes como se dan. ¿Treinta luises? ¡como quien nada dice! siendo ellos bastantes, con poca industria que tengais, para enriqueceros dentro de pocos años; y si tuvierais vista y ojos sanos para poder reduplicar tanto el caudal, que llegaseis á ser un rico mercader, y pasar, con el tiempo, de agua-

dor y mendígo, persona principal en el reyno.

(¡ Cuerpo de mí ! dixo aqui el ciego.) Pero con todo , prosiguió á decirle Hardyl: el Lord Som. . . no tendrá dificultad de poneros esa tienda , si le satisfaceis un capricho que le vino. = ¿ Un capricho ? nada mas que un capricho ? enhorabuena : veamos quál es ese capricho , y si lo puedo satisfacer. = El capricho , hermano , es el saber , ¿ si el milagro que obró en vos el Diácono Paris es verdadero , ó bien hecho á fuerza de soborno ? = (¡ Catate aqui, Anton, entre el martillo y la vigornia !) ¿ Mas Señor , qué puedo yo saber de soborno ? = Lo podeis saber, si se os dió dinero para que fingieseis el milagro , como se dió á otros que yo sé para este mismo fin. El tio Anton comienza á rascarse la cabeza , y á titubear. Hardyl prosiguió á decir : no veo porque debais tener reparo en confesar la verdad ; pues los que estamos aqui , somos todos forasteros. Milord Som. . . es inglés , que debe partir dentro de pocos dias , y nosotros españoles , que partirémos tambien presto , prometiendoos de guardaros un secreto inviolable si nos decis la verdad ; pues como dixe , esto no es mas que un capricho , y si lo satisfaceis , tienda puesta. =

¿ Pero no vió, Vuescelencia, que antes que se obrase en mí el milagro estaba ciego á la puerta de este meson ? = Podiais hacer el ciego sin serlo de hecho. Esto es cosa comun en las ciudades grandes, efecto de la miseria y de la necesidad ; pues al cabo, vale mas hacer el ciego, que no el alcahuete y capeador. Antes bien fuerais digno de alabanza de haberlo hecho así, como lo sois de nuestra compasion. Y asi veis, hermano Anton, que os es honrosa la palinodia. Ea, alzad esos parpados ; pues si la necesidad os los hizo cerrar, otro mayor y mas honrado interes os los debe hacer abrir. El picaron del ciego comienza á reir socarronamente, diciendo : Señor, por vida de los treinta luises, que no puedo obedecer á Vuescelencia, si no me manda traer agua caliente.

Ea pues, Altano, dixo Hardyl, corre á traerla. ¿ Pero para qué necesitais del agua caliente ? = Señor, llevo pegados los parpados con cola de pescado ; porque sino no pudiera recatarme en muchas ocasiones de parecer ciego. = ¿ No erais, pues, ciego antes del milagro, y fingisteis serlo, y lo dexasteis de ser porque os sobornaron para ello ? = Señores, pactos claros : lo descubriré todo, con la condicion que su Alteza prometa

darme los treinta luises para la tienda, pues se trata de dexar un oficio que me vale no poco, aunque á costa de una gran privacion, qual es la de la vista. = Mi palabra la teneis ya, dixo el Lord Som... y si no os contenta mi promesa, os juro sobre mi honor, que os serán pagados los treinta luises para la tienda.

Diciendo esto el Lord, entra Altano con un barreño de agua caliente, y dice al ciego: aqui tiene el tio Anton el milagroso colirio: mundo es menester correr para saber creer. ¿Dónde está? dixo el ciego: dadla acá, y Altano se la presenta. Pero como el ciego metiese la mano para lavarse los parpados, estando hirviendo el agua todavia, la retiró, arrojando un ay desaforado; y luego batiendo castañetas en el ayre, y soplandose los dedos con tan burlescos matachines, que el Lord, Eusebio, y Altano, no pudiendo refrenar la risa, prorumpen en carcajadas, tendiendose por aquellas sillas, y estuvo á punto de acabar asi aquella comedia sin desatar el ñudo que era lo que mas les importaba. Porque el ciego enojado, creyendo que le hubiesen querido dar aquel chasco por la extremada risa, de que tanto mas rebentaban, quanto eran mas ridículos

y airados los visages que hacia, quiso tomar la puerta para irse, diciendo al ayre: picaros, bribones: ¿ entre vosotros el Lord Som? . . . Un hi. . . de pu. . . debe ser él.

Por buena suerte, en vez de tomar la puerta, se encaminaba hácia la ventana, al tiempo que Hardyl, sintiendo ver al ciego tan enojado, mandó seriamente á Gil Altano que se fuese; y tomando al ciego del brazo, comenzó á sosegarlo, diciendole: que estaban bien lejos de quererle hacer ninguna mala burla con aquel accidente del agua, que habia sido solo inadvertencia del criado que la traxo: luego le rogaba no quisiese perder aquella ocasion que la fortuna le presentaba; y que si no se persuadia de su sinceridad, que podia volver con los ojos despegados para certificarse. El Lord acudió tambien á él, haciendole las mismas protestas, y renovandole su promesa: Eusebio no estaba para decirle cosa alguna, mordiendose la risa que todavia le duraba.

Tanto hicieron, y tanto le dixeron, que recabaron de él que volveria aquella tarde con los parpados despegados: y que luego que le contasen los treinta luises, contaria el soborno del milagro, y no de otro modo. Con esto lo dexaron ir, haciendo que Tay-

dor lo acompañase, y quedando ellos con mayores ansias de saber lo que deseaban, admirando el ingenio del ciego, y la fuerza de la cola con que se pegaba los parpados, pues en ninguna ocasion los debiera abrir mas presto, si lo pudiera hacer, que en la del agua hirviendo, y en la del enojo que tomó por la risa de Altano, y de Eusebio.

Aquella tarde lo esperaron tanto, que el Lord Som... temiendo que no viniese mas, se despedia ya de Eusebio y de Hardyl para salir de casa, al tiempo que se lo ven comparecer con un palmo de ojos, pareciendo otro hombre. Dieronle los parabienes por haberse determinado á recobrar el uso de un sentido tan precioso, y compadecieron la necesidad que lo habia obligado á privarse de él. Agradecioles el tio Anton sus buenos terminos diciendoles: que el dinero tenia tanta fuerza para con los necesitados, que no debian extrañar si hacia y deshacia tales milagros, pues hacia y deshacia otras cosas peores.

Eso lo sabemos, dixo Hardyl: lo que ignoramos es el modo cómo os sobornaron, y lo que os dieron para que fingieseis el milagro, y quién fue el que os cohechó. Aunque la historia es algo larga, dixo el tio An-

ton, cumpliré con mi empeño lo mas brevemente que pueda, haciendo antes solemne protesta: por esa luz bendita de que ahora gozo, que es la pura verdad lo que diré á vuesas Excelencias, con la esperanza de los treinta luises que me prometió, baxo palabra de honor, su Alteza. No pongais duda en ello, dixo el Lord; y para quitaros todo rezelo, voy á dar orden á mi Mayordomo que me traiga los treinta luises. Dicho esto, vase á la puerta, y llamando á uno de sus criados, manda que avise al Mayordomo que le traiga aquella cantidad. Luego comenzó el tio Anton á decir así:

Lo primero que deben saber vuesas Excelencias es, que tengo un hermano, el qual haciendo el oficio de carbonero, solia llevar algunas veces carbon á los Padres del... y como era devoto, cayó tan en gracia su buen genio y devocion al Padre Procurador, que quiso tenerlo en el convento para que sirviese á los Padres, y á fuerza de instancias y de promesas lo consiguió. Despues de algun tiempo que estaba con ellos, me encontré con él un dia, (me acuerdo que fue en el puente nuevo, baxo la estátua de Henrique Quarto) y me dixo: que deseaba de mí un servicio muy importante, y que espera-

ba que no se lo negaría, pues habia de redundar en provecho mio.

Obtenido mi consentimiento, me propuso si queria hacer el ciego. Al oir una tal proposicion, creí que se hubiese vuelto loco: pero insistiendo él sériamente, y proponiendome que se me daria un franco diario, y que sería mucho mas lo que recogeria de las limosnas haciendo el ciego, me resolví á abrazar el partido, pues me ahorraba del trabajo de un oficio muy cansado, y que me daba tan corta ganancia. El me sugirió tambien la cola de que debia usar para pegarme los parpados de modo que no se conociese: despues de haberlo probado, resolví venir á este meson de Luxemburgo, como al mas concurrido de París, lisonjeandome de hacer mejor mi agosto. La eleccion no me salió vana, ni tenia mas que desear, echando de ver en poco tiempo la mejora del oficio por las abundantes limosnas que recogia, y por los ocho francos que al principio de cada semana me venia á dar mi hermano.

Este no quiso con todo decirme el motivo de tan extraña pretension de que hiciese el ciego, ni quien era el que alargaba aquella propina. Mas haciendoseme cada dia mas extraño el motivo que podia tener mi cegue-

ra, creció tanto mi curiosidad, que para obligarlo á que me lo declarase, le dixe: que no sabiendo yo por quanto tiempo debia privarme de la luz, se me hacia ya tan pesada aquella ficcion, que me veria obligado á recobrar el uso de tan necesario sentido, si no me decia el tiempo en que habia de persistir en aquella briba, y el motivo por el qual pretendia que yo la hiciese.

Mi hermano aficionado entrañablemente á aquellos Padres, é interesado en sus devotos designios, me dixo: que tuviese paciencia por un poco mas de tiempo, pues solo me duraria hacer el ciego el tiempo que durase la enfermedad del Diácono Paris, por quanto hacia algun tiempo que se hallaba enfermo el mismo, dando pocas esperanzas de larga vida; y que luego que hubiese muerto, me vendria á dar el aviso, y que me conduciria á su sepulcro, donde podria publicar á voz en grito mi recobrada vista por el mérito del difunto, dexandome de pegar los ojos aquel dia para poder abrirlos en el lance, pues asi convenia para la mayor gloria de Dios y de su santo.

Confieso á vuesas Excelencias, que me hallaba ya tan bien en aquel nuevo estado, que sentia que el santo Diácono me privá-

ra con su muerte de los ocho francos cada semana; porque al cabo, la privacion de la luz era voluntaria, y sentia mayor gozo al ver mis hijas y mi muger quando vuelto á casa me despegaba los parpados: pero no pudo dispensarse de morir el buen Diácono, aunque tardó mucho menos de lo que yo hubiera querido. Habiendo venido entonces á darme el aviso de su muerte mi hermano, debí hacer el papel del milagro que me valió bastante: mas esto no recompensaba ni los francos, ni la holgura de mi ceguera, habiendo abierto solo los ojos para ver con horror el oficio de aguador, al qual debia volver si queria sustentarme á mí y á mi familia, pues ya sabía toda París que no era ciego.

Arremetí, pues, con mis cubetos, los quales se me hacian mas pesados que si fueran de plomo; pero esto no era lo peor, sino el haber perdido las casas á las quales acostumbraba llevar el agua, sin saber donde llevarla, hasta que girando con ella por las calles sin poder despacharla, me llega la noticia que el gobierno habia mandado cerrar el sepulcro. Viendo agotado con esto el poder del santo, que solo habia contribuido para hacerme perder mi oficio, me dixe

á mí mismo: ¿ qué remedio, Anton? Vayase enhoramala la fama del Diácono, y volvamos á nuestras viñas: el milagro se hizo, canonícelo quien quiera. ¿ Quién podrá negar que no abrí mis ojos cerrados al tocamiento del sepulcro? quién creerá jamas que hiciese desde tanto tiempo atrás el ciego sobornado para recobrar cabalmente la vista en la muerte del Diácono.

Al contrario; si me vuelven á ver ciego, vendrán muy afanadas las devotas, y otros buenos creyentes á decirme: ¿ qué es esto, tio Anton, qué nueva desgracia os acontece? ¡ Altos juicios de Dios, señores mios, les diré yo, altos juicios de Dios! y catatelos aqui encogidos de hombros; y sin saber que decir ni que pensar, se volverán por donde vinieron, despues de haber dexado su tanto en el gazofilacio. Volviendo pues á casa, pido la cola, vuelvo á pegar mis pestañas, tomo mi baston, hagome acompañar de mi muger, y me repongo en mi poste, donde apenas llegado, vino á herir tan felizmente á mi oido la voz amable, aunque algo gruesa y pronunciada á la esguizara.... = Miente el grandisimo vellaco, exclamó Gil Altano que estaba presente, que ningun esguizaro le habló á él, ni á la perra de la bruja que lo parió.

El tio Anton al oirse esta rociada, se vuelve friamente á Altano, diciendole: ¿ pues qué, fuisteis vos el que me venisteis á llamar? sin duda seriais tambien el del agua caliente? Yo, yo fuí, le dice Altano, y oxalá te hubiera despellejado; pues ni soy suizo, ni lo fué ninguno de los mios. = Perdonad, amigo, me desdigo; y os agradezco que me acompañaseis á este quarto, en donde por verdadero milagro de su Alteza mi Señor Milord Som... abriese para siempre mis ojos á la luz, para ver y tocar con ella á mi fortuna, como firmemente lo espero de su palabra de honor, y de su generosidad. *Pro sæcula sæculorum amen.*

¿ Pero todo eso, preguntó Hardyl, es verdad? = ¡ y como si lo es! dixo Anton: sin duda por esto el gobierno, informado de otros casos semejantes al mio, habrá hecho cerrar el sepulcro. = Qué necesidad tenia Anton, dixo entonces el Lord Som... de fingir lo que no ocurriera al diablo; ved aqui las fuentes de gran parte de los milagros. Y habiendo entrado un poco antes su Mayordomo con los treinta luises, hizoselos contar y dexarlos sobre la mesa. ¡ Qué vista tan deliciosa para quien se habia privado del uso de sus ojos! qué miradas tan anhelantes

no vibraba su alma sobre aquel monton de oro que habia de ser el cimiento de su fortuna ! quántos dexan de ser ricos , y se quedan pobres por faltarles proporciones semejantes á la que el Lord Som. . . ofrecia al tio Anton , quedando atascada su industria en su miseria !

No se atrevia tocar Anton aquella preciosa cantidad despues que se la alargó el Mayordomo : y pareciendole un sueño lo que veía , estregabase los ojos como quien dudaba de haber recobrado la vista. Dixole entonces el Lord que se llevase aquel dinero , y que quando hubiese puesto la tienda , pues solo se lo daba para esto , viniese á darle aviso porque queria ir á verla , y queria certificarse si habia empleado en ella aquel dinero. Anton , recogiendo los luises con demostraciones de extático reconocimiento y júbilo , prometió hacer lo que le encargaba ; luego inclinandose para besar la mano á tan generoso bienhechor, rehusandolo el Lord, se salió , sin acordarse que estaban alli presentes Eusebio y Hardyl : tan enagenado lo tenia su alborozo.

Partido Anton , Eusebio quiso satisfacer al Lord la parte del gasto , poniendose á contar sobre la mesa los veinte luises , que á te-

nor de la proposicion que le hizo Hardyl , se le debian , pues venia á quedar asi repartido el gasto entre los tres , diez por cada uno de los treinta que el Lord habia entregado al ciego. Mas el Lord protestó, que no recibiria cosa alguna , diciendo : que queria quedar solo acreedor al que le habia á él solo agradecido la dadiva. Y aunque Eusebio , tocado en su pundonor, le hiciese serias instancias para que recibiese aquellos veinte luises, no lo pudo conseguir.

Esta particularidad contribuyó para que se hiciese mas intima y mas familiar su amistad , de modo que el Lord Som. . . ya no sabía pasarse sin Eusebio. Y aunque Eusebio era serio y modesto , mezclaba tan dulce amabilidad en su reservado porte , que á pesar del respeto que exîgia de los que le trataban , haciase acreedor á su cariño , sin dexar él de hacer confianza de quien podia merecersela. La experiencia le enseñaba mas de cada dia á estar siempre sobre sí sin manifestarlo , y á respetar á los que no conocia , sin fiarse de ninguno , costandole no poco irse á la mano por la bondad de su corazon.

Esta justa reserva ibale fomentando insensiblemente la prudencia , hija de la circunspeccion , y le enseñaba á tomar tino y

conocimiento de las personas con las quales debia tratar. Ninguno conoce mejor al hombre que el que se precave de él. Y asi jactanse neciamente de conocer al mundo los que se echan de pechos en él, lisonjeandose de saber nadar en todos sus golfos, y de triunfar de sus engaños. Conocelo mucho mejor el que, advertido de sus traidores vagíos y falsas bonanzas, mira tranquilo y seguro desde la playa á los que, presumidos de sus fuerzas y discernimiento, luchan á brazo partido con las olas, las quales presto ó tarde hacen escarmiento de su necia presuncion.

La modesta reserva de Eusebio, aunque afable, podia merecer el título de timida y de encogida á los ojos de aquellos, que piensan valer mas por darse un ayre libre y desvanecido que llaman despejo, el qual les fomenta la descarada franqueza con que pretenden sobreponerse á los demas; dando á mas de esto un ayre marcial á sus afeminados modos, y una especie de donosa galanteria á su afectada presuncion, con la qual, en vez de grangearse el ageno concepto y estimacion, como se lisonjean, hacense al contrario mas despreciables, no habiendo cosa ninguna que se haga mas risible, y digna de menosprecio que la desvanecida afectacion

del necio. Este defecto nace comunmente de la opinion que los tales se forman de sí mismos, y del desvanecimiento que les infunde la riqueza por hallarse con medios para adornar su presencia con el rico trage.

Eusebio tenia dos fuertes preservativos contra estas flaquezas: conservaba el trage sencillo de Quakero, y el contínuo exercicio de la virtud contenia sus pensamientos en los límites de una moderada superioridad, la qual no se manifestaba al exterior, reservandola solo para los sentimientos de la virtud que no se sujeta á exteriores apariencias. Otra partida, que hacia apreciable su trato y amistad, eran las luces y conocimientos que habia adquirido con el estudio, y que conservaba frescos su feliz memoria, contribuyendo ésta para hacer mas amena su conversacion, y no para afectar que sabía. Calidad rara en un jóven dedicado al estudio de sobreponerse á la vanidad que comunmente infunden las letras.

Libre de este vano prurito, no traia de los cabellos lo que no venia al caso; ni tomaba la mano para interrumpir al que la tenia en el discurso, mucho menos contradecía al que erraba, ó citaba falso delante de otros: por ansia inmoderada de adquirir con-

cepto á costa de la agena humillacion preferia el modesto silencio, aunque llevase visos de ignorancia y de encogimiento á la molesta descortesia, contentandose de evitar el error que notaba en otros. Olvidaba que sabia la lengua griega y latina, luego que dexaba tales libros de las manos; y aun á los que sabian que las poseia, les ahorraba la importuna molestia de citar los autores, y de sacarlos á plaza, viniese ó no viniese al caso, si á ello no era incitado. Y aun entonces lo hacia con tan juiciosa parsimonia, como si el que le preguntaba, y el que oia sin haberle preguntado, estuviera tambien enterado de lo que decia.

Londres y París le dieron muchas ocasiones de exercitar en esto su moderacion; pero en especial la posada en que entonces se hallaba, por concurrir en ella muchos caballeros ingleses. Generalmente la nobleza inglesa es la mas culta é instruida, efecto ciertamente de la educacion: mas ésta debe su adelantamiento á la filosofía, despues que desprendida de las telarañas, y sacudido el moho en que por tantos años la tuvo envilecida la barbarie de las escuelas, dilató sus luces baxo el amparo de la libertad, y disipó las tinieblas de las preocupaciones, las quales

atando el alma, y encogiendo el entendimiento del hombre, no le permitian alzar el vuelo al templo de la sabiduria, sino que, como esclavo, lo tenian atado á la argolla de la ignorancia, alimentandolo de sutilezas ridículas, y de insulsas puerilidades, temiendo que con la libertad cobrase fuerzas, y alas vigorosas para levantarse en vuelo semejante al de Icaro.

No hay duda que son peligrosos los progresos del entendimiento, si no los rige la virtud por el camino de las ciencias. La mente del hombre, esenta y libre de las ataduras de la ignorancia, cree levantarse sobre la tierra, y acercase al seno de la Divinidad, cuyos secretos pretende indagar. Desvanecida de las luces que adquiere, fórjase leyes y principios á su antojo, tomando sus deslumbrados caprichos por norma de la verdad, y desdeñando sujetarse al comun sentimiento de los demas hombres, á quienes mira desde el trono en que le parece que la colocó la ciencia, como á ganado vil que pace en prado concegíl. Su razon altiva, solicitada, y adulada de sus pasiones, dexase llevar de sus presumidos antojos; y estos, sin el freno de la virtud que los pudiera contener, arrastranla al despeñadero del error.

Pero al contrario, el alma contenida de la virtud, y educada en el seno adorable de la moderacion, de la integridad, del recato, de la templanza y modestia, se levanta bien, sí, en las alas de sus conocimientos al templo de la sabiduria; pero cubre desde allí sus ojos respetuosos ante el divino acatamiento, y adorando los secretos inescrutables de su poder y de su providencia, toma nuevas luces de su resplandor para indagar las verdades de la naturaleza, recibiendo de estas vigor para sacudir las tinieblas de las prevenciones y de los perjuicios de la ignorancia, y para volver sobre sí misma las luces adquiridas. Purifica asi con ellas sus siniestros afectos y sentimientos, y perfecciona su ser, que es la mira principal de la verdadera filosofía, y digno tributo del hombre á su divinidad. Esta, infundiendo en nuestros corazones los destellos de sus divinos atributos, fecunda con ellos las semillas de las virtudes, para que con el uso de la razon iluminada halle en ellas remedio contra los males que lo cercan, y fomento de la felicidad, que en vano el hombre pretende encontrar fuera de su mismo corazon.

En estas máxîmas habia sido educado el Lord Som... que era uno de los muchos que

se hallaban en la misma posada con Eusebio; pero no tuvo á Hardyl por maestro, y no le hicieron poner por obra los sabios consejos que recibia, y los exemplos opuestos desmentian á sus ojos la enseñanza que le dieron sus maestros. Su alma, no estando amoldada á la virtud, se dexó torcer facilmente, y pervertir de sus ardientes pasiones, provocadas de la grandeza, de la ostentàcion, y de la fortuna que lo acariciaban desde la cuna. No era pues de estrañar, que quan culto é instruido era su talento en las ciencias y erudicion, tuviese su corazon tan corrompido, y fuesen tales sus máxîmas que lo hiciesen un consumado libertino. La religion era para él un espantajo formado para el rudo pueblo. La virtud, sueños de los filósofos, y un ente de razon que no exîstia sino en las ideas de la gente devota.

Su suma felicidad era el mal interpretado epigrafe de la escuela de Epicuro; la norma de su obrar, sus antojos. Revestia, no obstante, su conducta con un noble y afable despejo sin resabios de afectacion, conservando en su interior las buenas calidades de humano, benéfico, y generoso, que pueden hermanarse con los vicios. En algunos de estos no iba tan recatado el Lord Som... que

no lo echase de ver Eusebio; pero sabía prescindir en su amistad de la conducta de su amigo, aunque se aprovechase de las ocasiones que le daba su confianza para declararle sus contrarias máxîmas, no solo acerca de la religion, sino tambien sobre las costumbres.

Quanto mas amigable oposicion encontraba el Lord en los sentimientos de Eusebio, tanto mas se le avivaban los deseos de pervertirlo, llevando á mal que un jóven tan instruido se anduviese por los tristes andurriales, como le decia, de la filosofía moral, y mucho mas, que en medio de París fuese con las calzas atacadas de Quakero. Y sobre esto lo motejaba principalmente: porque como hubiese maquinado corromperlo, comenzando por el lance que luego le jugó, queria disponer su ánimo para ello, ocurriendole el estratagema de Eutrapélo, de quien dice Horacio, que

Quicumque nocere volebat,
Vestimenta dabat pretiosa. Beatus enim jam
Cum pulchris tunicis, sumet nova consilia, & spes;
Dormiet in lucem; scorto posponet honestum
Officium.

Lo que prueba, que el interior necesita de tomar exteriormente preservativos contra los vicios para fortalecer mas los sentimientos interiores del ánimo.

Lisonjeandose, pues, el Lord Som... de salir con sus intentos, si llegaba á conseguir que Eusebio dexase su trage de Quakero, insistia siempre sobre ello. Mas Eusebio, en vez de mostrarsele resentido, le decia al contrario: que no tendria ninguna dificultad de dexarlo, y de vestirse á la francesa, ni de llevar el vestido mas rico, sino fuera, porque estando tan acostumbrado á vestir sencillamente, le causaria mil engorros el nuevo trage; no solo por el perdimiento de tiempo, y las molestias que llevaban consigo el deberse peynar, componerse, y asearse, sino tambien, porque si tomaba el trage francés, lo avasallaria á mil etiquetas y inconveniencias de que lo libraba enteramente el vestido de Quakero.

El Lord, no encontrando medio de reducirlo, piensa que lo recabaria por via de apuesta; y asi, comenzó á decirle: que tales no eran los motivos como decia, sino que era efecto de preocupacion, y que apostaria otros treinta luises para las hijas del ciego que no se vestia á la francesa.

Eusebio, picado de aquella apuesta, la acepta con el fin de ganar los treinta luises para aquella pobre familia. Sobre la marcha se llama al sastre: Eusebio se dexa tomar medida; y el sastre promete para el otro dia el vestido acabado, como lo cumplió. Una de las condiciones que el Lord Som... exîgia era, que se habia tambien de peynar; y á ella vino bien Eusebio, porque aunque veía á bulto los engorros que llevaba aquel trage, no creia que le habian de molestar tanto; pero luego que vió entrar el peluquero con sus hierros, peynes, pomadas, y polvos, y que comenzó á empapirotarlo, y aplicarle los hierros calientes para hacerle los rizos, sintió haber admitido la apuesta, y hubiera venido bien en perderla, antes que dexarse martirizar, si Hardyl, riendo del antojo del Lord, no le dixera, que lo mas estaba ya hecho; y que asi tuviese un poco mas de paciencia, y acabase de probar los efectos molestos á que los hombres se sujetan para no faltar á los caprichos de la moda, y de los devaneos á que los obliga.

Con esto se dexó peynar; se calza de nuevo, y ponese finalmente el vestido, que le venia pintado, diciendole Altano mil lindezas. Vestido ya del todo, sale para ir á exîgir del

Lord Som... los treinta luises. El Lord lo recibe con grandes demostraciones de alborozo, y con encómios de su bella presencia, dandole los parabienes por haberse despojado del hombre viejo, y del trage ridículo de Quakero; pero acerca de los treinta luises, le dice: que no lo creia enteramente vencedor de la apuesta, pues se debia entender que habia de salir fuera de casa con aquel vestido, y dexarse ver en algunas visitas. Que tal habia sido su intencion en la apuesta; y que para prueba de ello le prevenia, que habiendo estado la noche antes en casa de la Duquesa de la Val... y habiendole contado su apuesta con él, habia ella mostrado deseos de verlo, y que aquella misma mañana recibiria recado suyo para que fuese á comer á su casa.

Aunque Eusebio sostenia que las condiciones de la apuesta debian ser claras y no interpretativas, quiso con todo ceder á las pretensiones del Lord. Llegó entretanto el villete de la Duquesa, que dió motivo para que el Lord se lo llevase consigo fuera de casa, convidandolo á ver aquella mañana, antes de ir á casa de la Duquesa, el gabinete del Rey de Francia, preparandolo poco á poco para el terrible lance que habia determi-

nado jugarle aquella misma noche. Estaba bien lejos Eusebio de imaginarselo, ni de temerlo; pero por fortuna encontró en el mismo gabinete del Rey un preservativo contra las asechanzas del Lord, sin reputarlo entonces Eusebio por tal, pues ignoraba el peligro que habia de correr su virtud.

¿Quién creyera que pudiese conservar tanta fuerza un objeto insensible, hallado acaso en aquel gabinete, para fortalecer los virtuosos sentimientos de Eusebio en la ocasion mas peligrosa? Asi el Talabarte que habia llevado el jóven hijo de Evandro, determinó el ánimo vacilante de Eneas para triunfar de Turno. Iban el Lord y Eusebio cebando su curioso y erudito gusto en los objetos que se les presentaban. Eusebio mirabalos con reflexîon, el Lord Som... con delicada ligereza, creyendo ver bastante lo que miraba. Pero no es lo mismo ver que mirar: tantas cosas se presentan á los ojos, que no llegan á los del alma. La vista del sabio es la reflexîon.

Como el Lord fuese, pues, como ligera mariposa desflorando lo que veía, pasósele por alto una preciosidad, la qual fixando la atencion de Eusebio, llegó casi á sacarle tiernas lágrimas. Era un escudo de plata maciza,

que hicieron labrar, segun se cree, los reconocidos Celtiberos á la continencia de Scipion, quando tomada Cartagena, restituyó al jóven Alusio su prometida esposa. Eusebio no acababa de desprender su vista de aquel precioso monumento, que atestiguaba la gran impresion que hizo en los ánimos de los Españoles la generosa virtud de aquel jóven General, mandando labrar aquel escudo para consagrar la memoria de un hecho digno de la veneracion de todos los siglos.

El Lord Som... que habia pasado adelante, viendo que su compañaro quedaba extático, prestandose á las reflexîones que le hacia nacer aquel escudo, que con fatiga sostenia en sus manos, le dixo: ¿ qué viene á ser eso, Don Eusebio? = Ved, Milord, una adquisicion digna de un Rey. = Preciosa cosa, voto á tal, ¡ no sé cómo se me pasó! ¿ pero creeis que sea del tiempo que nos quieren dar á entender? = ¿ Qué, Milord, os hace fuerza el caso? = ¿Por qué lo decis, Don Eusebio? = Porque parece que no quisierais que se hubiese labrado en aquel tiempo. = ¡ Qué modesta malicia! ¿ Y aunque yo no lo creyera, qué podeis inferir de aí? = El hecho dè Scipion, Milord, nada perdiera; no necesita su excelsa generosidad de escudos de

plata para eternizarse: pero el que se grabase á gasto de los Celtiberos, ó de los Romanos de aquel tiempo, probaria la gran fuerza de la virtud en quien experimenta sus adorables efectos. Consultad vuestro corazon. =

Sutilizais, Don Eusebio, sin desatarme la dificultad; y sois bien bueno, si creeis que el continente mozo, á la vista de seis legiones Romanas, lo fuese tambien en los baños de Baias, y en el retiro de Literno. = Mi malicia fué á lo menos modesta: ¿ mas la vuestra, Milord?... = Quánto le falta de modesta, tanto adquiere de verdadera. = ¿ Pero las pruebas dónde están? = ¡ Bueno está eso! ¿ Queréis que los Historiadores os vayan á sacar los trapos de sus Protagonistas? = ¿ Luego quereis atribuir la continencia de Scipion en aquel caso al reparo de ser notado de sus soldados, siendo asi que estos se la presentaron, como de derecho de la victoria, y no á su virtud? = Me acertais el pensamiento; y vamos adelante, que la Duquesa nos espera.

Eusebio, no quiso disputar mas: acabaron de ver el gabinete, y luego se encaminaron á la casa de la Duquesa. Habia varios señores de distincion, y entre ellos algunos que alojaban en la misma posada con el Lord

Som. . . y con Eusebio, los quales sabiendo la apuesta, y viendo á Eusebio vestido á la francesa, lo exhortaban á que continuase en llevar aquel trage que le daba mucho realce. La Duquesa se mostraba tambien interesada en ello; pero Eusebio, despues de haberles dexado decir, se les puso á contar por respuesta un apólogo á que no tuvieron que responder. Sobre mesa, con el motivo de contar el Lord Som... el escudo que habia visto en el gabinete del Rey, y de la disputa que tuvo con Eusebio, dió ocasion á algunos de los convidados para tomar partido en una qüestion, que era de suyo tan curiosa, dividiendo sus pareceres, unos en favor del Lord Som. . . otros en el de Eusebio.

Pero éste, viendo que las flacas razones que traian sus partidarios en defensa de Scipion daban presa á las máxîmas, y á los presupuestos del libertinage con que parecia que triunfaban los adversarios, entra entonces con modesto calor y empeño á defender la causa, probandola, no solo por la educacion moral, sino tambien por la fisica que recibian los Romanos con las severas costumbres de aquellos tiempos de Roma: por el exercicio contínuo de sus fuerzas que todos hacian, y en que se ocupaba el mismo Scipion: por la pa-

sion de la gloria que podia preponderar en él á los estímulos de la concupiscencia: por el empeño que contraxo con su patria en las críticas circunstancias en que el formidable Anibal, habiendo ajado el poder de los Romanos, amenazaba su total destruccion: empeño, que cargando sobre su edad de veinte y quatro años, era el objeto de la esperanza de Roma, y que por lo mismo debia ocupar todos los desvelos y pensamientos de quien se llevó los votos del pueblo y del Senado en tan ardua pretension de reparar la gloria de su patria, y de ofuscar la de tan terrible enemigo.

El tratarse la cosa en lengua inglesa que hablaban todos los convidados, fué motivo para que Eusebio pudiese explayarse en otras razones, que tocaban mas de cerca la disputa sobre la continencia de Scipion. La Duquesa se holgó que le hubiesen dado motivo á Eusebio para razonar sobre aquella materia por la complacencia que tuvo de oirlo, formando, asi ella como los demas, una opinion ventajosa de sus prendas y talento, sin exceptuar el mismo Lord Som... el qual sacó de todo esto mayores deseos de probar á Eusebio, para ver si sus obras correspondian á sus virtuosos sentimientos. Y como tenia

ya determinado executarlo aquella misma noche, ansiaba que llegase la hora de llevarselo á la casa de placer en donde el Lord mantenia con grandes gastos una linda cortesana: pues para poderlo efectuar mas facilmente y sin nota, habia tramado el Lord que la Duquesa convidase á comer á Eusebio solo, sin Hardyl, á fin que éste no pudiese impedirles ni trastornarles la ida á la dicha casa.

Acabado pues el convite, se lo lleva el Lord á paseo en su mismo coche sin haberle prevenido antes sus intentos; y para disimularlos mas, hizole hacer aquella noche dos visitas á dos damas inglesas. Luego se lo llevó á su templo de Gnido, que asi llamaba el Lord á la casa á donde lo llevaba. Entrados en ella, le dice Eusebio: ¿dónde vamos Milord? qué casa es esta? = Os aseguro, Don Eusebio, que salí con hambre del magnífico convite de la Duquesa, y vengome á cenar aqui. = Os haré compañia de vista, pues no tengo valor para saborear el mas exquisito bocado. = Mejor para mi: pero á lo menos tomaréis un trago de Borgoña en honor de la digestion.

Suben arriba: el primor, el gusto, la elegancia de los muebles competian con los adornos de los pequeños quartos. Una suave

fragancia, esparciendo sus perfumes, embalsamaba al ambiente por donde quiera que pasaban. ¡Qué casa tan deliciosa, Milord! ¿quién es el dueño? = Lo vamos á ver: y dicho esto, les sale al encuentro un portento de hermosura. ¡Qué perfilado rostro! qué ojos! qué primor de talle y de presencia! qué ternura de juventud! qué gracias! qué atrayente afabilidad, mezclada de dulce insinuacion y confianza! Eusebio queda enagenado y encogido. Adelante, Don Eusebio, que aqui están vedadas las ceremonias, le dice el Lord; y asiendolo del brazo amigablemente, lo introduce y presenta á la deidad, que lo recibe con amable sonrisa.

Los dorados espejos y cornucopias duplicaban el resplandor de las velas encendidas, venciendo la claridad de los aposentos á la que recibian del dia. Aplomanse sus cuerpos en los mullidos asientos: el Lord da orden que quanto antes traigan la cena. Apenas acaba de salir su criado Vilks con este orden, quando otra deidad, no menos peregrina que la primera, entra á recibir el homenage del admirado Eusebio. Este, al verla, se esfuerza á levantarse del morbido y baxo asiento en que estaba para saludarla, al tiempo, que advirtiendo el Lord su ademan, le dice: qué

haceis, Don Eusebio, á fuera ceremonias, no hay que moverse. Eusebio no sabía qué pensar de todo aquello que veía, pareciendole un encanto. La nueva venida diosa, que era la que le estaba destinada, y que de antemano estaba instruida de lo que debia hacer, y del modo como se habia de comportar con Eusebio, se le asienta al lado, y lo entretiene con su encantador discurso mientras llegaba la cena.

Un ayre de dulce recato hacia resaltar su tierna hermosura, y el modesto continente de su persona se excusaba la inmodestia de su vestido. Mas esto ¿qué era en cotejo de lo que estaba por venir? hay valor en lo humano para escapar inocente de tales lazos, de tales atractivos? Eusebio, que no conocia la casa en que se hallaba, y que no podia atinar quienes eran aquellas señoritas que parecian ser las amas, refrenaba sus provocados deseos; y la memoria de lo que le pedia el decoro y la modestia haciale contener sus ojos, esperando de momento en momento que llegase la cena, y que acabada ésta, se volverian al meson.

Aunque el Lord Som... mostraba en su porte, discursos y agasajos con ellas, alguna superioridad y confianza, no se habia has-

ta entonces propasado en ningun ademan, ni expresion que pudiese dar que sospechar á Eusebio; antes bien sus discursos coincidian con los enfados y molestias que lleva consigo la grandeza y todas sus etiquetas, hasta que finalmente presentan la cena.

Sientanse los quatro á la mesa, sin que ninguna otra persona de edad, varon, ni muger hubiesen parecido. Los mismos criados del Lord eran los que servian á la mesa: primera reflexîon que hizo Eusebio, para sospechar que el Lord lo habia traido á casa de sus fovoritas. Aunque Eusebio no creia tener ganas de cenar; pero el haber tardado la cena, y los manjares delicados, servidos con sumo primor en aquel delicioso aposento, comenzaron á darle apetito, y las instancias cariñosas de Hernestina, que era la cortesana que habia hecho venir el Lord Som... para vencer á Eusebio, lo empeñaron en probar algunos platos.

Un trago del mejor vino del mundo, Don Eusebio, y que tal vez no habreis probado jamas, le dixo el Lord. = ¿Qué vino es, Milord? = Este es vino de Tokay. = Dad acá, Milord, dice Armanda, que quiero tener el gusto de servir á Don Eusebio. Este quiere ir parco, y levanta el vaso contra la botella

que Armanda le servia con empeño; pero el vaso quedó casi lleno. Eusebio lo prueba, se embalsama. ¡ Vino exquisito, dice; no lo probé jamas, ni lo probé igual! = Creed, Don Eusebio, que los antiguos no fingieron deidades iguales á las del vino y del amor. Y desde que Horacio me hizo saber que Caton enardecia su virtud con el vino, juré de no dar otro confortativo á la mia. Hernestina, esa botella que teneis aí á la mano creo que es Picolit, si no yerro: otro vino que tampoco probó Don Eusebio. = Cabalmente, Milord, es Picolit; y puesto que Armanda sirvió á Don Eusebio el Tokay, quiero yo servirle el Picolit. =

Perdonad, Señora, dice Eusebio: un trago mas será capaz de trastornarme. = ¿ Y quereis darme este sonrojo? ¡ oh! no será así: dad acá el vaso: venga el vaso. = Echad aqui un sorbo primero Hernestina, dixo el Lord, y luego se lo dareis á Don Eusebio, pues quiero tocar vaso con él. = No es posible Milord, dixo Eusebio: no estoy acostumbrado á estos excesos. = ¿ Exceso un trago de vino? = Llueve sobre mojado, Milord; y la mesa de la Duquesa sabeis que no fue escasa. = ¿ Pero otro trago qué mal os puede hacer? = El que hace un grano de arena al na-

vio que no lo puede llevar. = ¡ Linda comparacion ! pues á fé que Caton no se anegó en una taza de Falerno. = A lo menos probadlo, si no lo quereis beber, dice Hernestina, ¿ me negaréis tambien esta gracia ? = No merece tanto mi obstinacion : tratandose de probarlo solamente, aqui estoy. Eusebio presenta el vaso, y Hernestina se lo dexa con violencia medio lleno. Eusebio lo aplica á los labios, y lo gusta, diciendo : sea esta la ultima prueba que doy á Milord de mi amigable condescendencia. El temor de dar al través con su razon, hizole sacrificar el gusto, dexando el vino en el vaso.

Tantos consejos que habia oido, y tantas pruebas que habia hecho sobre la templanza y sobriedad, algun efecto debian causar en sus sentimientos. El hombre exercitado en obrar bien, obrará bien muchas veces, aunque sea maquinalmente, ó por mejor decir, sin pensar obrar bien. La naturaleza sigue el ábito de la inclinacion, segun las dobleces que ésta toma. ¿ Pero si entonces se le quiere negar el mérito á una obra buena, se concederá por ventura el demérito al que por los mismos terminos obra mal ? quando el exercicio de la virtud no acarrease otro provecho al hombre que el obrar bien, aunque

sea maquinalmente, desviandolo del mal, no fuera éste un gran provecho de la educacion en la virtud? quántos son los que pecan, encenagandose á las veces en los vicios, no porque los impelan á ello sus pasiones, sino por sola costumbre de pecar? dexaron de ser por eso menos culpables, ó mas dignos de excusa?

Los delitos no son tan temibles por si solos, quanto porque insensiblemente llevan otros tras sí, sin que el hombre los pueda precaver, tragando hasta las heces del veneno que inficiona su inclinacion. Este es el motivo porque causa mayores estragos el vicio, atrayendo con tanta mayor fuerza nuestros ánimos, quanto mas insensiblemente los induce á mal obrar. ¡La ponzoña del mal es tan dulce! tan amargo el antídoto de la virtud! son tan pocos los que no nauseen la medicina, aunque sepan que les ha de dar la salud! son tantos los que tragan la muerte con gusto, porque la beben sin reflexîon! ¿Si el hombre antes de ceder á las fuertes instigaciones del vicio, mirase los funestos efectos que puede tener, se dexaria llevar por ventura con tanta facilidad de sus dulces, aunque engañosos alicientes?

¿Mas quién es el que reflexîona sobre su

obrar? el que exercitado desde niño en la virtud, aprendió tambien con ella á sacudir la falsa opinion que se forman los hombres de su dura insipidez, porque no llegan á saborearla: el que conteniendo con el freno del temor sus malas y torcidas inclinaciones, está siempre sobre sí, y no pierde de vista los malos pasos, y despeñaderos á donde lo pueden llevar: el que fomentando con las máxîmas de la sabiduría la integridad de su corazon, previene los lances en que ella puede padecer quiebra, y con rezelo los evita: el que puesto sin culpa suya en la ocasion, conserva en ella los santos sentimientos, y el temor del mal que aquellos le fomentan. ¿Mas estos quántos son? Pocos; es verdad: ¿mas esto debe servir de razon para no precaver los males, porque parece arduo y dificil el precaverlos?

Si Eusebio, alagado y desvanecido de tantos objetos provocativos, les hubiera abierto su corazon, prestandose por sobrada condescendencia á la libre efusion de una loca alegria, alma del libertinage: si la modesta severidad de su genio, contraida á fuerza de irse á la mano, y de contenerlo en otras ocasiones, no le hubiera engendrado un cauto encogimiento que lo hiciera estar sobre sí:

si las máxîmas, y el exercicio de la templanza no le hubieran facilitado la privacion de aquellas cosas, que suaves en apariencia, lo podrian emponzoñar, Eusebio ciertamente hubiera quedado victima del engaño del Lord Som. . .

Este, pues, mancomunado con Armanda y Hernestina contra él, al verlo tan sobrio y desganado, instan con porfia con sus ruegos, y con su exemplo. El Champaña sucede al vino de Borgoña. Pero Eusebio estaba firme en su sobria resolucion. En vano hacian alborbolar en los vasos la caida del suave Fontiñan para provocarle las ganas: Eusebio se niega á todas sus instigaciones.

Viendolo el Lord tan seriamente desganado, acaba quanto antes la cena. Los criados desocupan la mesa, y desaparecen. El Lord se levanta, y toma otro asiento. La instruida Hernestina va á ocupar el asiento que habian colocado en frente de una de las cornucopias de la pared opuesta, en la qual el Lord Som. . . habia hecho abrir una ventanilla, de modo, que desde el aposento inmediato podia ver todo lo que pasaba en el quarto de la cena, sin ser, ni por sueños, notado; porque la ventanilla quedaba cubierta de la cornucopia, y ésta tenia raido la mitad del

azogue que formaba el espejo, reducido á transparente cristal. El fin de su loca curiosidad era ver si Eusebio resistia sin testigos á las solicitaciones de Hernestina, á la qual habia prometido veinte luises si lo rendia. Pensamiento de la mas refinada disolucion, y antojo del mas descabezado libertinage.

Vamonos, Milord, dixo Eusebio al levantarse de la mesa: Hardyl estará con cuidado. = ¿ Ahora salis con el pedagogo? Seguro estará que no habreis ido á echaros en el Sena: ¿ no quereis que cenen los criados? = Voy, voy á darles priesa, dice Armanda, y se sale con este pretexto. El Lord no tardó á seguirla prevaliendose del mismo motivo, pero con el fin de ir á ponerse quanto antes tras la cornucopia, dexando solo á Eusebio con Hernestina.

Contaba ésta diez y ocho años. La delicadeza de su agraciado talle, y de las tiernas facciones de su rostro haciala parecer de menos edad. Aunque muchacha de partido, su hermosura, y las gracias que vencian á su hermosura habian enoblecido su vil oficio, prestandose solo á personas de alto carácter y riquezas, que podian darle trato correspondiente á su noble donosura y belleza. Revestia su tierna presencia de un ayre tan reca-

tado, que á pesar de las sospechas que le habian causado á Eusebio las circunstancias de la cena, dudaba todavia de su carácter. A todo esto añadia Hernestina una gran cultura de lenguage y ternura de sentimientos, que exprimia con las languidas, aunque ardientes miradas de sus dulces ojos, sin que se echase de ver el arte que las animaba.

¡O Eusebio! ¿con quién las has? será poderosa tu virtud para resistir á tantos y tan terribles atractivos? El que se dexó tan facilmente arrebatar de la vista de Henriquita Smith: el que tan presto consagró su corazon á Leocadia: el que se dexó transportar de los agasajos de la hija de Howen: ¿podrá resistir solo á solo, sin sujecion de dependencia, á las gracias y hermosura de Hernestina que lo convidan? No pudiera ciertamente, si hubiese buscado él mismo la ocasion: si el desengaño que sacó de los inadvertidos impetus de su amor, no hubiese fortalecido su reflexîon, si amedrentado de los funestos efectos del vicio, no hubiese aprendido á amar, y abrazar con preferencia la virtud por íntima persuasion, poniendole por guarda el modesto encogimiento, alma del pudor, y el preservativo mas fuerte contra el vicio.

A este modesto encogimiento debió Eusebio la fortaleza de sus buenos sentimientos para no rendir su corazon á los incentivos de Hernestina. Jóvenes, fomentad esta noble y fuerte timidez con que armó la naturaleza vuestra inocencia. Ella es mil veces preferible á la desenvoltura y descarada franqueza, á que os exhortan tal vez vuestros padres inconsiderados é inadvertidos, para que por ellas se eche de ver vuestro ingenio, sin pensar que os fomentan con ello el atrevimiento y desvergüenza con que buscais despues y encarais al vicio. Amad este cauto y modesto rezelo que fomenta la virtud; y que lejos de dar á vuestro exterior el tosco encogimiento como pretenden, al contrario, lo ennoblece con decoro y con suave magestad, que exîgen respeto y veneracion, haciendose ésta mas amable en un rostro, que todavia conserva su bello delicado.

Antes que desapareciese Armanda y el Lord, habiendo ido Hernestina á ocupar el asiento que daba en frente de la cornucopia con el fin de atraer allí á Eusebio; éste al contrario, por efecto de su recato, fué á asentarse en una silla que cabalmente caía debaxo de la cornucopia, de modo, que el Lord y Armanda no podian ver lo que con tan-

tas ansias deseaban, si Eusebio no se movia. Esto los puso á todos en consternacion. Hernestina callaba, esperando el momento que Eusebio se moviese, y pensando á lo que debia hacer para atraerlo. Eusebio no sabia tampoco qué decirle, teniendo ocupado su pensamiento en la ida del Lord con Armanda. Estabale diciendo esto mismo lo que debia hacer con Hernestina, dandole impulsos para que fuese á agasajarla.

¿Pero, y si llega el Lord, deciase á sí mismo, y me sorprende? si Hernestina cede á mi recuesta, y está inficionada del mal que tanto horror me causó en la infeliz Adelaide, y en las salas de los apestados en Bicetra? ¿Habrá por ventura ideado el Lord esto para probar mis sentimientos, despues que defendí que el hombre podia sobreponerse á su concupiscencia con el motivo de la disputa que tuvimos sobre el hecho de Scipion? porque aunque él no vea lo que hago con ella, ¿no puede haberla cohechado para que se lo cuente despues? Sobre todo, ¿si viene en el lance, y me coge en él? no: estemonos aquí. ¡O Scipion, ó Scipion!

Estas reflexiones, que como rapidos rayos pasaron por la imaginacion de Eusebio, fortalecieron sus sentimientos. ¿Como lo hará,

pues, Hernestina para atraerlo á su asiento? qué medio sabrá ensayar para vencerlo? Estabanse desatinando sobre esto el Lord y Armanda detras de la cornucopia, ansiosos é impacientes de que tardase tanto el momento. ¿Mas será facil á Hernestina el conseguirlo? tendrá poder bastante para provocar y rendir al que armado de su recato, y del temor de desmentir sus sentimientos con el hecho, si el Lord lo sorprendia, se mantenia firme en la resolucion de conservar su decoro? pero faltan por ventura expedientes al ingenio y astucia de la muger? ¡O arte incomprehensible del sexô!

Estos excesos (comenzó á decir Hernestina despues de algunos suspiros) siempre se pagan. ¡Tengo tanta experiencia de ello, y jamas escarmiento! Ahora veo, Don Eusebio, quan bien hicisteis de iros á la mano; si os hubiera imitado, no me sucediera lo que me sucede: ¡ah! y escupe. Luego prosigue: tengo tan delicado el estomago, que qualquiera exceso me daña. ¡O cielos! suspira, y escupe otra vez. = ¿Qué es, Señora, le dice Eusebio, os hizo mal la cena? = ¡Oh, y si me hizo mal! me vienen ganas de provocar: por Dios, Don Eusebio, muero...

Eusebio conmovido, se levanta, y se en-

camina hácia ella, diciendole, que tomase un sorbo de agua de la Reyna. Mas ella dióle entonces á ver su intencion con unos ojos que hacian mas poderosa la solicitacion, que toda la eloqüencia que pudiera emplear para el efecto. Eusebio lo conoce: pero todo el horror que le causó la vista de Bicetra, preocupa su mente y corazon; é impelido de la fuerza de su temor, se desprende de ella, fuera de sí, como consternado novillo, que escapa del altar del sacrificio con la herida recibida, debaxo de la levantada segur del Sacerdote.

La descarada solicitacion de la muger es tal vez como la lanza de Aquiles, que puede curar las heridas mismas que acaba de hacer. La naturaleza les dió las esquivas gracias como su mayor incentivo. ¿Pero Eusebio irritado y provocado de tan delicada hermosura que se le rendia enteramente, pudo sobreponerse á sí mismo? hay fuerzas en lo humano para ello? Las hay: las tiene el que no acostumbró á disipar su ánimo en disolutas liviandades: el que apartado de los malos exemplos, y discursos deshonestos, no fomento con sus alicientes la libertad del corazon, y el descarado atrevimiento del vicio: el que acostumbrado desde la niñez al

yugo de la virtud, en vez de prestar su ánimo á la desvanecida jovialidad, contraxo la severa integridad, y reserva modesta que engendran al recato, y que sufocan al engreimiento de la disipacion.

El Lord Som... viendo desde la cornucopia que Eusebio iba á salir del aposento, corre á su encuentro, haciendo del que nada sabia del lance, y diciendo con risa: habeis perdido un buen rato, Don Eusebio, la cena de mis criados á quienes hice apurar las botellas. = Milord, por Dios vamonos que es tarde, y siento pena por Hardyl. = Enhorabuena, nos irémos luego que estén puestos los caballos: he dado el orden para ello. Entretanto sentemonos, pues al cabo, no estamos entre espinas. Y encaminandose hácia Hernestina, haciendo del que reparaba en su desmayo, le preguntó qué tenia, sonriendose con ella, pues conoció desde el otro quarto el arte de que se habia valido para atraer á Eusebio.

Hernestina algo confusa, continuaba en fingir su mal de estomago con tal arte, que el mismo Lord llegó á creerlo verdadero, acudiendo él mismo á la chimenea para llevarle la buxeta que le pedia, y que hizo servir ella para acabar con su ficcion, aunque con los

ojos dixo al Lord lo que no podia con las palabras en presencia de Eusebio, que paseaba el quarto con modesto desabrimiento. Tardó poco á entrar Armanda, á quien seguia uno de los criados para avisar al Lord que el coche estaba dispuesto. El Lord comenzó entonces á despedirse de ellas, diciendo á Hernestina, que supiese que habia hombres insensibles, pues habia venido aquella noche para darle esta leccion, aunque sentia que á ella le hubiese dado el dolor de estomago. A estas añadió otras cosas alusivas á la pérdida de los luises, que Armanda procuró cortar para que Eusebio no conociese la trama, volviendose á él para ofrecerle su casa.

Eusebio le dió las gracias con seria afabilidad, aunque por ella no pudieran sospechar ni el Lord ni Armanda que salia disgustado, si no hubieran sido testigos de lo sucedido. Salen finalmente de aquella casa; y el Lord, aun despues de estar en el coche, procuraba mantener su libre jovialidad, como si nada supiera del hecho, ni hubiese tenido parte en él. Eusebio tampoco quiso mostrarsele resentido, no estando cierto que el Lord hubiese tramado aquel engaño, aunque le quedasen vivas sospechas que lo tenian en un silencio, que daba á entender mucho

mas que quanto pudiera decir con las palabras. Aunque el Lord deseaba que Eusebio se le explicase, y aunque lo incitaba á ello, moviendo por rodeos la conversacion sobre Hernestina; pero viendo que nada le contestaba de quanto le habia pasado con ella, acabó de confirmarse, no solo de la solidez de sus sentimientos y de su virtud, resistiendo á las solicitaciones de aquella hermosa cortesana, sino tambien de su noble honradez y entereza ocultandole el hecho.

Con este desengaño, viendo el Lord impaciente que Eusebio nada le decia, llevado de otro impulso, nacido del mismo principio de su franco y libertino corazon, le toma la mano, y apretandosela, le dice: id allá, Don Eusebio, que sois digno de la admiracion de Som... = Yo digno de vuestra admiracion, Milord, ¿y por qué? Entonces el Lord Som... le confiesa que todo lo que pasó con Hernestina habia sido trama suya para probarlo, y para ver si sus obras correspondian á sus máxîmas. Que lo estaba viendo todo desde el quarto inmediato por una ventanilla que habia hecho abrir en la pared detras de una cornucopia que estaba enfrente, habiendo hecho raer el azogue del espejo; y le añadió: que su intencion era,

si se rendia , de ir á sorprenderle en el lance, y hacer bulla del caso.

¿ Hay mas dulce contento , ni mas pura satisfaccion en la tierra, ni que llene el ánimo de mas sólido consuelo que el vencimiento de una pasion ? Si Eusebio lo probaba en su corazon por haberse sobrepuesto á los incentivos de su amor , ahora que el Lord le manifiesta la intencion que tenia de ajarle el placer si se hubiera rendido , siente inundarsele el ánimo de sumo alborozo ; ni se acordaba haber sentido jamas tan viva complacencia por haber resistido al lance , pensando á la horrible confusion y verguenza que hubiera arrastrado todos los dias de su vida si el Lord lo hubiese sorprendido.

Lleno de este purisimo consuelo llega al meson , donde el Lord se separa de él , pidiendole amigablemente perdon con la misma franqueza con que lo habia introducido en la casa que dexaban.

LIBRO TERCERO.

Era ya muy tarde quando llegaron al meson ; pero Hardyl no se habia acostado esperando á Eusebio. Este, viendolo con un libro en la mano, comienza á excusar su tardanza, con el motivo del Lord Som. . . = ¿ Y qué necesidad teneis, le dice Hardyl, de darme excusas ? no sois dueño de vuestras acciones ? no me debeis dar cuenta ninguna de ellas, ni la quiero recibir. = Enhorabuena, no pasaré adelante ; pero mañana os contaré el terrible lance que me jugó Milord, pues ahora es sobrado tarde, y querreis ir á la cama. = No, no, contadlo. Entonces Eusebio le hace entera relacion de la cena, del lance con Hernestina, y de la confesion que le acababa de hacer el Lord de haberlo tramado todo para probarlo.

Hardyl, habiendo oido esto con suma complacencia, le dixo : nada extraño, Eusebio, de la cabeza de Som. . . y si no hubiese estado asegurado de vuestros sentimientos desde el principio de vuestra amistad, os hu-

biera aconsejado á romper con él con buen modo. ¿ Pero en adelante cómo pensais comportaros ? = Con algo mas de reserva, pero no menos amigo, si busca mi afecto con buenas intenciones. No sé quebrar mi amistad por una ofensa, de que me pidió perdon á su modo, y que procede antes de liviandad que de mal corazon que no tiene. = No me atrevo á desaprobar vuestra determinacion; verémos con qué rostro se nos presenta mañana. = Con la misma franqueza que siempre, no lo dudeis. Su alma está tan disipada, que ninguna cosa le hace impresion, sino es quando le nace algun capricho que satisfacer.

Diciendo esto, se desnudaban para irse á la cama; y con el motivo de quitarse Eusebio el trage á la francesa, que habia llevado todo aquel dia, recayó su conversacion sobre él, diciendo Eusebio: que aunque perdiese los treinta luises, no se lo pondria al otro dia por el embarazo que le habia causado, y por no ponerse otra vez en manos del peluquero; sobre estos discursos dexaronse entrambos apoderar del sueño.

Al dia siguiente, despues de haberse levantado, mientras renovaba el discurso sobre el caso con Hernestina, descubriendo Eu-

sebio á Hardyl los diversos afectos que habia sentido, y todos los sentimientos de su corazon, se ven comparecer al Lord Som. . . en el quarto, haciendo sonar en la mano los treinta luises que Eusebio le habia ganado por la apuesta sobre el vestido, diciendo: creia despertaros al son de estas campanillas, pero me habeis ganado la mano. Aí teneis, Don Eusebio, lo que se os debe por el llevado trage: no hay para que exîja mas condiciones. = A mí nada me debeis, Milord, sino á la familia del ciego. = No me acordaba mas de aquel picaron, ni de sus hijas. Vamos pues esta mañana misma á llevarles estos luises, y con este motivo verémos si son hermosas: tengo ganas de ver hijas de un aguador. = Si hemos de ir con esa intencion, Milord, podeis dispensarme de acompañaros. = Os prometo, á fé de mi sinceridad, que no trato engaño. = No lo temo tampoco, Milord; pero si debo ir con vos, ha de ser con el fin de socorrer á una pobre familia. = ¿Pues qué, esperais indulgencia plenaria por ello? = La espero de la satisfaccion y complacencia que tendré de ayudar á una familia menesterosa, y no la espero de la liviandad de ver hijas de un aguador. =

Algun desquite habia de haber por lo de

ayer ; pero enhorabuena: si quedais satisfecho con ello, lo quedo yo tambien, y vamos allá. = No es desquite, Milord, sino tomar el mismo tono de franqueza que debe concederme la vuestra. = Eso es cabalmente lo que me agrada : hombre franco, hombre de bien. Mandad poner vuestros caballos, que hoy quiero ir con vuestro coche : vos iréis con la pia y devota intencion de socorrer á las muchachas, y yo de verlas, y de divertirme un poco con ellas : pero os prometo que la lengua y manos no se desmandarán.

Eusebio condesciende, manda poner sus caballos ; y haciendose acompañar de uno de los criados de la posada que sabía la casa del tio Anton, se encaminan á ella. No estaba ni él ni sus hijas, sino su muger, la qual, aunque extrañaba la venida de aquellos Caballeros que querian ver á su marido ; pero sospechando que fuesen aquellos que le habian dado los treinta luises, les dice que habia ido con sus hijas á componer la tienda que queria abrir. ¿ Y en donde está esa tienda ? le pregunta el Lord Som. . . = Aqui cerca, responde ella : si quereis, Alteza, iré á llamar á mi marido. El Lord le dice que sí, y dá orden al cochero que siga á aquella mu-

ger, que iba desalada hácia la tienda, y paran á la puerta en que ella entró. El Lord, sin esperar, desmonta seguido de Eusebio, y entra inmediatamente.

Anton que estaba sobre un banco proveyendo un estante de papeletas de polvos, avisado de su muger, se vuelve; y viendo á su bienhechor que entraba, salta del banco, y con transporte de júbilo, le dice, señalandole con la mano los estantes de la tienda: ved, Milord, los efectos de vuestra beneficencia. ¿Y los efectos de vuestro amor, le dice Lord, donde están? Anton se para al oir esta pregunta, y luego le dice: ¿Señor, qué efectos de mi amor quereis decir? = Vuestras hijas, vuestras hijas. = ¡Ah, ah, ah! aqui dentro están: Julia, Liseta, venid acá. Julia y Liseta comparecen limpiandose sus rostros enharinados, y hacen su inclinacion al Lord, diciendoles su padre, señalandoles con la mano al Lord, que aquel era su singular bienhechor.

No, graciosas doncellas, les dice entonces el Lord, que vuestro bienhechor es este Caballero, mostrandoles á Eusebio. = ¡Yo, Milord! no quisisteis que lo fuese. Hijas, no es así: el dinero que recibió vuestro padre, lo dió todo Milord Som... = Bien, sea así;

sea Som. . . el que dió el dinero, todo eso no monta un caracol. Pero decidme, Anton, ¿ bastaron los treinta luises para poner la tienda? = Bastaron, Milord; ¡ pero encuentro tantos agujeros que tapar! = Ved aqui, dixo Lord, como el hombre jamas llega á contentarse. Quando os dí los treinta luises, os pareció que os daba un tesoro, y ahora no os satisfacen. = Perdonad, Milord, no es porque pretenda recibir mas de vuesa Alteza, sino porque tuve sobrado de vuestra suma generosidad. =

¡ Voto á tal, que no sé comprehender cómo os resolvisteis á privaros de la vista por un muerto, para dexar de ver á estos dos vivos luceros de la mañana! sin duda tendrán ya las dos sus amantes: eso ya se sabe; son como pan de diezmo que no puede faltar. = ¡ Oh! no Señor, dixeron ellas; y Julia añadió: no tenemos dote. = ¿ Cómo no, dice el Lord, pues y vuestra hermosura no es dote bastante para encontrar mil adoradores? = No Señor, dixo Liseta, mirandose las dos con risa, que somos feas. = ¿ Os parece, Don Eusebio, que sean feas estas muchachas? = ¿ No oisteis, Milord, la razon que dieron para serlo, que no tenian dote? podemos repartir entre las dos los treinta luises, pues

se lo merecen: segun veo aman el trabajo, y el trabajo es un gran preservativo para las doncellas. = Preservativo ¿de qué, de mal de corazon? pues qué, no quereis que tengan marido? = Antes bien lo digo, Milord, para que lo tengan quanto antes: y así no les difiramos este consuelo.

Ved, muchachas, quan compasivo es este Caballero, dixo el Lord Som. . . pues á trueque de que no se os difiera el gozo de recibir de su generosidad treinta luises, quiere que me prive del gusto de oiros, y de contemplar vuestra hermosura. Vamos pues á contentaros, y hagamos partes iguales. Al sacar el Lord Som. . . el bolsillo, las muchachas mirabanse entre sí por lo que acababan de oir, centelleando en sus ojos la gozosa admiracion de lo que esperaban, y no acababan de creer. A Anton y á su muger baylabales el alma en el cuerpo, mirando al Lord y á su bolsillo con ojos preñados de sorpresa, de júbilo, y de ternura. Eusebio, con gozo enternecido, contemplaba todos aquellos afectos y movimientos, mientras el Lord con insensible despejo y liviandad contaba los treinta luises sobre el tablero. Imagen de todos aquellos, que corriendo en pos de los placeres que probados engañan al corazon, y que

tal vez lo amargan, pasan despues con desdeñosa indiferencia por encima de aquellos, que apegandose al alma y á su memoria, dexan en ella impresa la dulce complacencia, que ninguna desgracia ni contratiempo puede jamas enturbiar.

Divididos los treinta luises en dos porciones, tomólas una tras otra el Lord, y las puso en las manos de cada una de las muchachas, apretandolas con la suya. Mas al tiempo que lo hacia con Julia, entra de repente en la tienda Gil Altano acompañado de otro criado del meson, diciendo á Eusebio, que lo enviaba Hardyl para darle la noticia que acababa de recibir cartas de Londres, y que creía que las inclusas eran de la América. No sintió tanto gozo Edipo quando le anunció el pastor la eleccion que hicieron de él por su Rey los Corintios, quanto Eusebio con la noticia que Altano le traía. Agitado de la esperanza de ver carta de Leocadia, se prestaba al sumo alborozo de su imaginacion, bien ageno del golpe terrible que le esperaba. = Milord, le dice: no puedo detenerme mas tiempo, perdonad: me son de suma importancia las cartas que llegaron. = Vamonos pues: á Dios, niñas de mis ojos, vendré á ver la tienda quando esté acabada, y á vo-

sotras tambien : esto es lo principal.

¡Oh, Milord, exclamó Anton! ¿cómo podré agradecer vuestra real generosidad? = Del mejor modo del mundo, amigo: os lo diré otro dia, pues ahora no hay tiempo para explicarme: á Dios, á Dios. Y diciendo esto, sube al coche en que estaba ya el impaciente Eusebio. La madre, encogida y alborozada, las hijas mas alegres y agradecidas, y su padre Anton, salen todos á la puerta, desde donde, con mil inclinaciones respetuosas, daban muestras al Lord Som... de su reconocimiento.

Eusebio, enagenado del gozo de la noticia de las cartas, sin atender á lo que el Lord le decia sobre las gracias y hermosura de aquellas muchachas, especialmente de Julia, que decia agradarle sobremanera, no veía ni oía sino su amada Leocadia, que le hablaba á su exâltada fantasia é imaginacion. Llegados á la posada, el Lord dexa á Eusebio, que corre apresurado á verse con Hardyl. Este le entrega una carta sola que venia inclusa en el pliego que John Bridge le remitia desde Londres, habiendo querido encargarse él mismo de recoger las cartas de los mercaderes, para darles esta nueva prueba de su afectuosa memoria. Eusebio cono-

ciendo el sobrescrito de la que Hardyl le entregaba, que era de Henrique Myden: ¿ cómo, dice, no hay carta de Leocadia que esté aqui dentro inclusa? Rompe la nema; la carta era sencilla aunque larga. ¡ Cielos, Leocadia no responde! y comienza á leer de pies como estaba: tiene que sentarse, y apoyar los brazos á la mesa: el temblor le turbaba la vista.

= Hijo mio Eusebio:

En las fatales circunstancias que se acumularon por todas partes en tu daño, sirvenme, hijo mio, de no poco consuelo los buenos sentimientos que animan toda la carta, en que me participas tu llegada á Londres. A la verdad, necesitas de gran virtud para acabar de leer esta mia, sin que padezca quiebra, como lo espero, la constancia de ánimo con que llevaste la pérdida del coche, y de las cédulas de cambio en Darfort. Desgracia que puedo remediar, como lo hago, enviandote otras cédulas abiertas por los mismos mercaderes para que te aproveches de ellas, en caso que no hayan comparecido las perdídas.

¡ Pobre Eusebio! ¿ Reducido otra vez al oficio de cestero en el centro de Londres?

¡Quién lo hubiera creído, ni se lo hubiera podido imaginar, sino ese incomparable Hardyl, cuya prudencia y virtud, precaviendo los lances que pudiesen acontecer, preparó desde la niñez tu ánimo para llevar con fortaleza las desgracias que te tocan ahora de lleno!

Te confieso, hijo mio, que quando él te instruía en aquellas sus severas máxîmas para que te acostumbrases á sufrir sin alteracion ni abatimiento los trabajos que pudiesen caer sobre tí, lo tachaba de sobrado austero. Mas ahora veo por prueba la sobrada razon que para ello tenia, no solo en la pérdida del coche, sino tambien en las otras desgracias que ignoras, y que no debo ocultarte, asegurandome de la entereza de ánimo con que sabrás recibirlas, sin que sean capaces de alterar tu salud, que es para mí la mas preciosa de todas las riquezas de la tierra.

Sabe pues lo primero, que aunque vive Leocadia, no responde á tu carta por la grave enfermedad que le sobrevino hace dos dias, y se teme que sean las viruelas. Diferí quanto pude el escribir para poder darte mas individuales noticias; pero no me permiten mas tiempo las instancias del Capitan del paquebot que debe llevar la carta, y que la espe-

ra con impaciencia para zarpar. Yo me revisto de los sentimientos de tu corazon para compadecer el que te podrá causar esta noticia quando la leas; pero me lisonjeo, que sabras poner esta desgracia en el número de la pérdida del coche, y del dinero, que llevaste con tanta indiferencia, ó á lo menos, sin gran dolor.

(Eusebio dexa caer la carta de las manos, para cubrir con ellas el llanto que le arrancaba tal nueva, diciendo: ¡ó cielos, murió Leocadia! Hardyl, perdí para siempre mi Leocadia! Hardyl, á quien Eusebio leía la carta en voz alta, se siente conmovido de su llanto, y dexandoselo desahogar un poco, le dice: ¿de donde inferís que murió? no dice expresamente Henrique Myden que vive? = ¿Donde lo dice? = Vedlo donde comienza á hablar de su enfermedad. Eusebio se enxuga sus ojos empañados de lágrimas, y advierte lo que le decia Hardyl, no habiendolo reparado por la turbacion con que leyó el preámbulo de las desgracias: ya algo sereno, prosigue á leer la carta.)

Todos los dias vá y viene un propio de Salem á Filadelfia para informarme del estado de su salud; pero como la miro como á hija, me determino á partir mañana para

quedar allí hasta que se recobre. Llevaré conmigo uno de los médicos mas acreditados; y en caso de necesidad, haré venir el Doctor Thaley, que me dicen acaba de llegar con el Gobernador de la nueva Jersey. Descanse, pues, tu corazon sobre mi afecto por lo que toca á Leocadia, y vamos á encarar el mas terrible golpe que la suerte te amenaza.

Me hallo con carta de tu apoderado en S... en que me dá parte de quedar embargadas tus haciendas, en fuerza del pleyto que te puso en la Audiencia un tio tuyo, hermano de tu padre, que dice haber llegado del Perú. Las razones que alega para pretender la herencia de tu padre, y defraudarte de ella en favor de sus hijos, son: que habiendo naufragado el navio en que ibas con tu padre á la Florida, no era verisimil que solo te hubieses salvado niño de seis años, habiendo perecido toda la tripulacion. Que es mucho mas probable que hayas sido substituido con otro niño, no bastando el testimonio de un marinero que podia tener interes en la dicha declaracion. Alega otras razones á estas semejantes, que aunque falsas á los ojos de quien te sacó de las olas con sus manos, pueden hacerse fuertes en las de Abogados para tu daño.

Mi parecer es, pues, que te embarques quanto antes para España, en donde encontrarás orden del padre de Leocodia, enviado á Don Juan Sauz para que se te dé todo el dinero que necesitares: y si el pleyto se enmaraña, te ruego, hijo mio, que no difieras á tu padre el consuelo de volverte á ver quanto antes en Filadelfia, donde te quedarán bienes bastantes para llevar una vida descansada con tu Leocadia, y con tus hijos si los tuvieres. Esto solo te ruega quan encarecidamente puede

Tu padre Henrique.

P. D. Todos mis cuidados descansan sobre Hardyl, á quien dirás que lo amo, que lo venero, y que en él repongo toda mi confianza. Recibid mis tiernos abrazos. = =

Luego que acabó de leer Eusebio la carta, fixando sus ojos turbados en Hardyl, le dice: ¿quándo partimos Hardyl? Hardyl mas turbado y desconcertado que Eusebio, teniendole clavados los ojos de hito en hito, no le dá respuesta. Eusebio extraña aquella manifiesta consternacion de Hardyl sin comprehender el motivo. ¿Cómo era posible que lo comprehendiese, si Hardyl le ocultaba todavia el gran secreto? Pero de allí á poco, rompiendo su silencio, le dice: ¿teneis, Eu-

sebio, alguna especie de haber visto en vuestra niñez algun tio, ó de haber oido decir que lo tuvieseis? = No por cierto; ninguna especie tengo de ello: ¿por qué lo preguntais? Oido esto, se levanta Hardyl con ímpetu, echa los brazos al cuello de Eusebio, y con enérgica ternura, acompañada de lágrimas, exclama: ¡ó hijo mio!

Eusebio, penetrado de aquel enternecimiento de Hardyl, prorumpe tambien en llanto. Su corazon estaba ya tan conmovido con la carta de Henrique Myden, que necesitaba de poco impulso para llorar. Hardyl sin decirle otra cosa, despues de haberlo abrazado, se desprende de él, y se sale del aposento. Quedó Eusebio solo, ocupado de aquella tan extraña demostracion de Hardyl, y mucho mas de verlo llorar. Pero como Henrique Myden le hablaba del pleyto que le habia puesto su tio, se imaginó que aquella demostracion procediese de afecto compasivo por el riesgo que corria de perder sus haciendas, y creyó que su pregunta sobre el tio procediese solo de afectuosa curiosidad.

Pero vuelto en sí, su amorosa fantasia voló en busca de Leocadia. Ahora le parecia, solo como estaba y pensativo, que asistia á la cabecera de su lecho, rodeado de sus afli-

gidos padres. Ahora la veía salir sana, y recobrada de su enfermedad para recibirlo en sus brazos. Ahora se la representaba el temor afeada de las viruelas. Esta idea terrible, cebandose en su imaginacion, luchaba con su amor, y se culpaba á sí mismo, por la inconsideracion de no haberse informado antes de enamorarse, y de darle palabra de casamiento, si las habia tenido; pues la podian afear horriblemente, y hacer funesta su temprana eleccion.

Esta idea comenzó á hacer tan profunda impresion en su ánimo, que casi lo sacó fuera de sí, representandosele vivamente ajada su tierna hermosura, y las finas y cumplidas facciones de su rostro devoradas de un mal tan carnicero. Aqui fueron las angustias, y los reproches amargos que daba á la fatal sensibilidad de su corazon, contra la qual le habia predicado tanto Hardyl; pues debia esperar á hacer la eleccion en su casamiento despues de haber visto los varios y hermosos objetos que se le hubieran podido presentar en el viage, como se le habian presentado. Acuden entonces á su imaginacion, en tropa, todas las hermosas doncellas que habia visto en Inglaterra, entre las quales sobresalia la hija de Howen, mucho mas hermoseada de

sus arrepentidos pensamientos.

Luego el mismo amor á su Leocadia, animado de las lisonjas y esperanzas del restablecimiento de su salud sin tacha, le hacia sacudir todas aquellas representaciones como enemigas de la palabra que le habia dado, y de la fidelidad y amor eterno que le tenia prometido; pero luego tambien avivado el temor de aquel mismo mal que podia acabar con ella, haciasela ver difunta: (¡ qué extravagancias no propone la alterada fantasia!) difunta, no como pudiera temerlo, negra y desfigurada de las viruelas, sino qual hubiera podido quedar si hubiese muerto de amor, revestido su hermoso cadáver del candor de la inocencia, y su rostro de la modestia de la virginidad, comunicando el alma al cuerpo antes de desprenderse de él la hermosura de su pureza, viendola tendida en el lecho de la muerte con los mismos ojos con que el sensible Petrarca vió á su difunta Laura.

Pallida no, ma piu che neve bianca,
Che senza vento in un bel colle fiochi,
Parea posar, come persona stanca.

A tan triste representacion, el amor, la ternura, el desconsuelo y la flaqueza se apo-

deran á una de su conmovido pecho, y dán con él en el suelo; y sin levantarse de él, tendiendo el brazo sobre el asiento de la silla, apoyó sobre el codo su mexilla bañada de lágrimas, sollozando tan recio, que oyendole el Lord Som... que estaba en el quarto inmediato, pasa al de Eusebio, y viendolo en aquella postura, acude á él algo asustado y compadecido, diciendole: ¿qué os sucede, Don Eusebio? qué accidente tan extraño ha podido conmoveros tanto? = ¡O cielos! yo muero, Milord, perdí mi Leocadia. = ¿Quién es esa vuestra Leocadia? = Eusebio no habia hablado jamas de ella con el Lord Som... y éste extrañaba oir tal nombre de su boca; pero atendiendo antes á consolarlo, que á informarse de lo que no entendia, asiendolo del brazo, lo exhortaba á que se levantase, diciendo: alzaos, Don Eusebio, no os es decente esta postura: alzaos. = ¡Ah, Milord, si supieseis quán grande es mi dolor! = Por grande que sea, no lo remediará, ciertamente, el estar sentado en el suelo.

Hardyl que entraba entonces, viendolo tambien en aquella postura, se asusta, y acude tambien diciendo: ¿qué es, Milord, qué sucede? Eusebio, hijo mio, qué teneis? = ¡O mi amado Hardyl!... Este, y el Lord

lo reponen en la silla, arreciandosele los sollozos á la vista de Hardyl que lo consolaba. = ¿ Mas se puede saber ahora, dixo el Lord, quién es esa Leocadia? = ¿ Pues qué, Milord, recae sobre esa el llanto de Eusebio? = A esa llora segun parece. = Eusebio, hijo mio, es posible que os haya podido abatir tanto vuestra alterada fantasia? El primer transporte lo compadezco: es debido á la naturaleza; ¿ mas la razon y la virtud, no han de merecer antes el lugar en vuestro pecho, que el abatimiento y la desesperacion? porque, ¿ á qué fin fomentar un dolor por un mal imaginario?

¿ No se puede saber, Hardyl, preguntó entonces el Lord, quien sea esa Leocadia? = Es su prometida esposa, de quien tiene noticia hallarse tal vez con las viruelas. = ¿ No hay otro mal que ese? = Nada mas. = ¡ Locura, locura! ¿ desesperarse por una muger? quién lo creyera? Temeis acaso, Don Eusebio, que os falten otras si esa llega á morir? Eusebio, teniendo cubierto su rostro con el pañuelo, nada respondia. El Lord prosigue diciendo á Hardyl: os confieso que ayer lo puse en trote de curarle ese mal de amor, y desechó la medicina: ahora lo paga.

Eusebio, rompiendo entonces el silencio,

dice: prefiero, Milord, el dolor que me devora á todos los placeres de la tierra á que me podais convidar. = A eso no sé que decir, sino que volvais á tenderos por el suelo, y renoveis los sollozos por las viruelas, que tal vez no tiene vuestra amable Leocadia. Yendo Eusebio á responder, lo interrumpe Gil Altano, que entraba diciendo á Hardyl que habia llegado el Escribano que mandó llamar. Hardyl dice entonces al Lord Som... si queria ser testigo del testamento que habia de otorgar. El Lord, aunque extrañó la demanda de Hardyl, condescendió de buena gana. Y como Eusebio habia de ser parte interesada en dicho testamento, no pudiendo hacer de testigo, no queria Hardyl dexarlo solo en el quarto, temiendo que fomentase sus melancólicos pensamientos. A este fin, ocurriole que Altano era á proposito para divagarselos; y asi le mandó, despues que salieron del quarto, que fuese á hacerle compañia.

Entretanto la mente afligida de Eusebio, herida de aquella extraña novedad del testamento que iba á otorgar Hardyl, perdió casi enteramente todas las demas especies que lo habian entristecido tanto; y formando sobre ella mil nuevos discursos, se decia á sí

mismo: ¿Hardyl, hacer ahora el testamento que no le ocurrió hacer en toda su vida, ni aún en Chantilly, quando parecia que se le agravaba la enfermedad, hacerlo en un meson, qué viene á ser esto? qué necesidad? á qué fin? Pero él se conmovió sobremanera al oir el pleyto que me puso mi tio. Luego me preguntó, si me acordaba de haber oido decir que tuviese algun tio, ó de haberlo visto; y diciendole yo que no, me vino á dar aquel abrazo tan tierno, tan expresivo, acompañado de llanto, siendo asi que no lo ví llorar jamas. ¿Que sea él tio mio? mas esto cómo puede ser? Un cestero en Filadelfia, tio de un español nacido en S. . . pudo, es verdad, haber pasado á la América: ¿mas su apellido no es Hardyl? y aún dado que todas estas sospechas fuesen verdaderas, cómo era posible que se ocultase un tio á un sobrino por tanto tiempo, amandome tan entrañablemente, y tratandome con tanta familiaridad, si yo fuese sobrino suyo?

Altano, enviado de Hardyl, entra á cortar estos discursos, diciendo á Eusebio: muy impaciente estoy, mi señor Don Eusebio, de saber la causa del llanto de Vmd. y de tan gran dolor como padeció. ¿Murió por ventura mi señor Henrique Myden? qué ha-

ce mi señora Doña Leocadia ? qué carta tan dulce habrá recibido Vmd. de sus blancas manos ? = Carta, ninguna; antes bien es ella la que causó mi afliccion hallandose gravemente enferma, y se teme que sean viruelas. = Vale mas que las tenga en ausencia de Vmd., porque así, quando volvamos allá, la encontrarémos hecha un pinito de oro acrisolado, que será un encanto el verla. = ¿ Mas no puede tambien morir ? = Eso, tambien pudimos morir nosotros quando las tuvimos; y con todo, vamos por ese mundo adelante, que vida mejor no la tuvieron los doce pares. =

Eso queda para vos, que no sentis desazones, ni cuidados. = ¿ Pues qué, Vmd. los tiene tan graves ? tan gran pena le dá la enfermedad de mi señora Leocadia ? A la verdad, yo sintiera que se fuese al mundo de allá : es tan dulce y afable de genio, y tan agraciada, que sería lástima que muriese ; pero no hay que temer que muera. = ¿ Y quién os lo asegura ? = No hay sino formar buen agüero para que salga verdadero; porque el que malo lo toma, á ese le asoma. Creame Vmd. que yerro rara vez si me pongo á pronosticar, ó si el pronóstico me sale de la manga sin pensar en ello, desde que

una gitanilla sevillana me enseñó el arte de agorar. = No sabía que poseyeseis esa ciencia. = Sepalo, pues, Vmd. para su consuelo; pues aunque dicen que es ciencia de engaña bobos, pero se acierta con ella muchas veces. Me entiendo, Señor, de esa ciencia ligera, que consulta el curso de los astros, y los pliegues de la palma de la mano; no la de aquellos magos endiablados que se meten en las cuevas, en donde les enseña el demonio á labrar menjurges, antídotos, y melecinas, haciendoles ver en barreños llenos de agua los sucesos pasados y por venir. =

¿Y creeis que haya de esos magos? = ¡Y cómo si los hay! siendo yo rapazuelo, oí decir que habia uno muy célebre en los montes de Ubeda, donde habitaba entre riscos en una cueva llamada Lobona, que despues se convirtió en hermita, que se vé todavia blanquear entre los picachos de aquellas sierras. El mago se llamaba Trigueros, que obró muchos prodigios por aquellas serranias, en donde era tenido en suma veneracion, de modo que lo iban á consultar en sus cuitas muchos de aquellos rústicos montesinos; y quando lo hacian, era poniendose de rodillas sobre una piedra que les tenia allí dispuesta á este fin, distante de la cueva co-

mo un tiro de ballesta, de donde les vedaba pasar adelante. = Eso lo haría él para ganarse mayor concepto de aquellas gentes, y para que ninguno pudiese ver lo que hacia allá dentro: mucho es que le dexasen ganar tanta opinion por aquellos contornos sin prenderlo. =

Aí verá Vmd. qué tal era él; pues habiendo caído por dos veces en las zarpas de la Santa Hermandad, ambas á dos se les escapó con un pasagonzalo: ¿pues qué no habia mas que querer prender al mago Trigueros, y prenderle? Oiga Vmd. lo que le sucedió por dos veces á la Santa Hermandad quando le vino el desventurado pensamiento de quererlo prender.

Mas primero ha de saber Vmd. que el quedarse aquellos rústicos serranos que lo iban á consultar algo apartados de la cueva sobre la piedra que dixe, no era porque Trigueros quisiese ganarse concepto, que para nada lo necesitaba, sino por temor que tenian aquellos hombres á los fieros lobos y osos que siempre lo acompañaban, acariciandolos como cariñosos perros, que se paraban á oirlo con las cabezas levantadas, sentados sobre sus rabos, como si oyesen un sermon, quando entonaba algunas de sus profecias

desde la cueva á los que iban á pedirsela. Eranle muy obedientes aquellos voraces animales, por temor de la vara de ebano reluciente que llevaba siempre en su mano; y que era de virtud tan singular, que luego que con ella heria el suelo, salia un denso vapor, el qual estendiendose por la atmósfera, cuajabase en una nubada tan terrible, que lanzaba de su negro seno mil rayos, precedidos de truenos tan horrendos, que parecia que fuesen rodando por las nubes cubas tamañas como la Giralda de Sevilla llenas de peñascos.

Esto decian que lo hacia solamente quando queria dar á entender á la tierra su enojo, ó porque habian murmurado de él, ó porque dexaban de ofrecerle cumplidamente los dones acostumbrados cada semana, que eran como un diezmo que exîgia Trigueros de aquellos páparos para mantenerse, porque sin duda no gustaba mucho de hacer el aljongero. Y asi, lo primero que enseñaban aquellas gentes á sus hijos, era el no decir mal del viejo de la montaña, que tambien lo llamaban así por Antoniomasa. = ¿ Antonomasia querreis tal vez decir ? = Eso mismo: el Antonio que se me atraviesa, me hace siempre equivocar; pero volviendo á mi

historia, Trigueros llegó á tanta soberbia, que era poco menos que un Diosezuelo en aquellas tierras, pues aquellos dones o diezmos, ve Vmd. que olian á sagradas ofrendas. = No lo extraño si lo temian tanto aquellos rústicos, pues el temor es el que hizo tantos Dioses. = A la verdad, él era maravilloso; porque otras veces para ostentar su poder, hiriendo el suelo con aquel mismo cayado de ebano, hacia brotar de repente de aquellos duros peñascos árboles tan frondosos, fuentes tan regaladas, prados con flores tan bellas y tan varias, páxaros tan peregrinos y vistosos, que enamoraban á la vista.

Pues dicen tambien, que lo interior de la cueva era una obra sin igual, por lo maravilloso de su materia y de su labor, teniendola dividida en otras espaciosas grutas, que se seguian y enlazaban unas tras otras, cuyas paredes eran de pórfido tan singular, que echaban de sí claridad igual á la del medio dia. = ¡ Rara cueva era esa, y muy poderoso ese mago Trigueros! = ¿ Tambien lo confiesa Vmd.? pues añadese, que todavia no he concluido lo de la cueva. Sus pavimentos eran de diáspero, como las techumbres, de donde se desprendian follages de oro, que diz que sacaba de tino su prodigiosa labor.

Lo mas particular eran las alcándaras de plata que tenia en cada rincon de las cuevas, donde conservaba páxaros de plumage, y cantos tan admirables, que encantaban los sentidos, sin que comiesen ni bebiesen, y por consiguiente, ya me entiende Vmd.; pero lo diré de modo que no ofenda á su oido, sin que ensuciasen jamas aquellos preciosos pavimientos. =

Vamos á la manera como lo quisieron prender, pues esto es lo que pudiera de algun modo interesar mi curiosidad; porque de esos, y otros tales encantamientos, están llenas las novelas y romances, efecto de la libre fantasia de los autores, que ensayan ficciones insulsas, sin selecto, ni provecho de quien las lee, y de quien las oye. = Puesto que Vmd. no gusta de cosas tan bellas y maravillosas, dexaré de decir los deliciosos jardines y viveros, y las hermosisimas ninfas que alli tenia nuestro mago; aunque estoy seguro, que si las oyese del modo como yo se lo contase, le supiera mal que no hubiese pasado adelante en mi narracion; pero ya que no lo quiere oir, lo tendré en el buche y diré de su prision: voy á ello.

Estuvo algunos años encerrada la fama de este prodigioso mago en aquellas serranias;

pero como sabe Vmd. que la Santa Hermandad no duerme, llegó á saberlo, y sobre la marcha envió gente para prenderlo. Esta gente, pues, muy ufana, y confiada en su número, en sus armas y oficio, como si fuesen á prender una zorra, trepa por aquellas breñas arriba, guiada de algunos serranos prácticos de las sendas. Estos les avisaron que no pasasen de aquella piedra donde ellos se ponian de rodillas para consultarlo; pero ellos riendose del aviso, iban con resolucion de acometer al mago en su misma cueva. Luego que la avistaron, estando poco distantes de la piedra que los serranos les decian, he aquí que el mago se asoma á la boca, con una barba que le pasaba la cintura, vestido todo de negro, y cubierta la cabeza con un manto como el que llevan las mugeres, y empuñando la vara maravillosa, que le aseguro á Vmd. que hacia una figura de reverendo diablo.

A tal vista paranse de repente aquellos animosos cofrades, temblando entonces como azogados, sin atreverse á pasar adelante, y sin poder volver atrás como lo querian, hasta que saliendo de repente de la cueva una caterva de osos y de lobos, como toros agarrochados, los embisten, despedazando á los

que pudieron alcanzar, y haciendo despeñar á otros por aquellos cerros abaxo para escarmiento de aquellos que intentasen volver á perturbarlo. Pero como los valientes se esfuerzan tanto mas, quanto es mayor el peligro, y mayor la vergüenza que se les sigue por dexarlo de acometer, ofrecense muchos sabedores del caso á prender nuestro Trigueros, á pesar de todos los diablos que se pusiesen á defenderlo.

Armanse todos de cabeza á pies; y llevados de su ruidoso empeño, se encaminan hácia la sierra, llevando tambien su insignia delante, que era... lo tengo en la punta de la lengua, pero no acaba de salirme... = No importa, abrevia, porque tengo ganas de verlo preso. = Llegan, pues, á vista de la cueva como los primeros; y antes de pasar adelante, forman una especie de consejo de guerra, para tratar del modo como lo podrian prender, teniendo entre tanto todos el ojo alerta á la cueva por si acaso se asomaba el mago. Pero él estaba tan lejos de temerlos, que verá Vmd. lo que sucedió.

Luego que convinieron en el modo, que sería largo de contar con los dimes y diretes que tuvieron entre sí, se esfuerza cada uno de ellos para acometer aquella terrible empre-

sa ; pero al tiempo de mover el pie para embestir , oyen de repente á sus espaldas el eco horrible de un cuerno , que resonando por las concavidades y valles de aquellos montes, los hacia temblar , infundiendo tal espanto y terror á los armados , que hubieran caido muertos , si al mismo tiempo no los tuviera atado con fuerza oculta y tan prodigiosa , que no los dexaba mover de la postura en que el sonido los cogió , con el paso adelante como quando los soldados hacen la descarga, quedandoles solo libres las cabezas , las quales podian mover , y volver quanto se lo permitia la postura en que quedaron , dandoles angustias mortales el formidable son del cuerno , que á cada instante cobraba mayor cuerpo , quanto mas se iba acercando el viejo de la montaña , que él era el que lo sonaba , seguido de sus osos y lobos que baxaban por la cuesta de un monte muy iniesto, acompañando con sus roncos berridos y ahullidos el destemplado son del cuerno retorcido.

Quando lo reconocieron de cerca , cuajaseles á todos la sangre en las venas , conservando sus ojos y bocas abiertas la consternacion espantosa que les causaba el no poder huir de aquel terrible peligro por mas

que se esforzasen ; mucho mas al oir las graves pisadas de los osos y de los lobos que Trigueros envió delante de sí, habiendoles tocado antes con la vara para que no despedazasen á ninguno, con la intencion que llevaba de darles doctrina en una juiciosa arenga que les queria hacer ; de modo, que aquellos fieros animales iban y venian con terrible pausa por medio de aquel esquadron de la Santa Hermandad, sin hacer mas que olerles en cierto parage para ver si habia obrado el miedo ; y en algunos obró tanto, que hicieron retirar á los lobos, que dicen que son de olfato algo delicado.

En esto llega Trigueros, el qual poniendoseles delante, despues de haberlos mirado con terrible y selincioso ceño, les dice asi: temerarios mortales, ¿ qué os movió tan desacertadamente á venir á perturbar la tranquilidad de quien gozaba en estos montes lejos de vuestros engaños, fraudes, y maldades, una vida acreedora á la inmortalidad ? por ventura, ¿ creeis que fenecieron los oráculos que tan venerados eran de los antiguos, y que para consultarlos iban en romeria á la Trevede Pifia, y á la de Jove Ramon ? = Eusebio, á pesar de su tristeza, al oir estos desatinos, proferidos con una serenidad sin

igual, no pudo contener su risa, y rompió la narracion de Altano, el qual muy maravillado, le dice: ¿cómo, se rie Vmd.? qué hay aí que reir? = ¿De adonde habeis sacado esa Trevede Pifia, y esa otra de Jove Ramon? = ¿Pues qué, no lo cree Vmd.? = Crealo yo, ó no lo crea, ese es otro cuento. De lo que rio es, que llameis Trevede Pifia á la Pitia, y de Jove Ramon á la de Jupiter Amon. = ¿Pues qué, no hay mas que acordarse de esos nombres tan raros? = Pero si no os acostumbrais á proferirlos, los erraréis de nuevo, si se os ofrece contar otra vez ese cuento. =

¿Cómo cuento? no es cuento esto, Señor, que por cosa muy averiguada me lo contó la gitanilla. ¿Pues qué, no cree Vmd. que hay hombres que tienen pacto con el demonio? = Primero quiero saber qué viene á ser ese pacto; si se hace con juramento de palabra, ó por escrito. = Eso sí que yo no sé decirle. = Eso, pues, se llama creer de porrillo: pero prosigue tu narracion, sino, no acabarémos en todo el dia. = Enhorabuena, Señor, proseguiré. El mago Triguerros. . . .

Al ir á proseguir Altano, entra Hardyl en compañia del Lord Som. . . y con rostro

teñido de la ternura de su afecto, entrega á Eusebio copia del testamento que acababa de otorgar, diciendole: aqui teneis, Eusebio, el testamento que acabo de hacer en favor vuestro. Otros bienes no poseo que la casa y huerto que tengo en Filadelfia, pero sabed que son ya vuestros. No habia ninguna necesidad de que yo hiciese por ahora el testamento; pero no pude resistir al compasivo impulso que me causó la noticia del pleyto que os puso vuestro tio: y lo hice porque siempre es bueno prevenir los accidentes de esta vida; y el testamento es una de las cosas que jamas se hace sobrado presto. Aí lo teneis, y os lo entrego sellado, para que solo lo abrais despues de mi muerte.

Eusebio sorprendido de tan extraña resolucion, no sabía á qual de los afectos excitados de tan singular demostracion entregaria primero su pecho. La modesta y agradecida confusion con que miraba aquel papel, como don sagrado, y digno de su veneracion por las respetables manos de quien le venia, preponderó en su agradecimiento, y le hizo decir: lo acepto, Hardyl, con todo el tierno reconocimiento de que es capáz el amor y el respeto que os profeso: y os aseguro, que la mayor herencia de la tierra que pu-

diese venirme de otra voluntad que la vuestra, no me mereceria tan grande, ni tan pura gratitud. Proseguia á decirle otras expresiones á este tenor; pero el Lord Som. . . que no podia estar tanto tiempo sin hablar, hablando otros en su presencia, movida tambien su compasiva generosidad de la afliccion de Eusebio, quiso darle prueba de su garbosa amistad, ofreciendole una de las tierras que poseia en Inglaterra que mas le agradase, donde pudiese vivir como dueño de ella, en caso que llegue á perder el pleyto con su tio.

Sospechaba el Lord Som. . . que el llanto que vió derramar á Eusebio procedia antes del temor y afliccion por la pérdida del pleyto, que del amor que protextaba á Leocadia, pues no podia comprehender tan puro y ardiente afecto en el amor de Eusebio: por lo mismo atribuía su tristeza á una causa que pensaba remediar con su oferta generosa, dando ocasion á Eusebio para agradecersela; y empeñados en estos afectuosos cumplimientos, los llamaron á comer, quedando Gil Altano muy desabrido por no haber podido acabar su cuento.

Con todo, habia dexado con él bastante serenado á Eusebio, y la extraña demostra-

cion de Hardyl borró enteramente todas las tristes especies que le habia excitado la carta de Henrique Myden. Al salir del aposento para ir á la mesa, recibe aviso el Lord Som. . . que acababa de llegar al meson el Duque de D. . . y como eran amigos grandes, fué inmediatamente á darle la bien venida; pero como el Duque saliese de su quarto para ir á la mesa, y se encontrase con el Lord, dieronse mutuos abrazos con gran alborozo y jovialidad. Sentados á la mesa, comienza á preguntar el Lord Som. . . al Duque nuevas de Londres, de donde venia: y despues de haberle satisfecho sobre ellas, le dixo: que le daria otras de París que tal vez él no sabía, aunque hacia tiempo que estuviese en aquella ciudad. Curioso el Lord Som. . . de saberlas, le pregunta quales eran. El Duque le dice entonces, que el Rey de Francia se casaba con madama Meintenon, y que á mas de esto, se trataba en la Corte de tomar una ruidosa satisfaccion de la de Roma por una injuria hecha á su Embaxador.

Esto dió motivo para hablar de Roma, é insensiblemente vino á caer el discurso sobre la Religion. El Duque era partidario de los delirios de Hobes, y de Spinosa, haciendo por consiguiente ostentacion de incrédu-

lo, y de despreciador de todo culto. El Lord Som. . . en medio de su libertinage, aunque miraba tal materia como indiferente á sus costumbres, instigado con todo del Duque de D. . . seguia el discurso sin dificultad ni reparo. Sabiale mal á Hardyl que se hubiese empeñado la conversacion sobre tal materia en pública mesa; y por mas que procuró romperla con preguntas extravagantes, viendo que nada aprovechaba para hacerles desistir, inclinandose algo hácia el Lord Som. . . que le estaba al lado, le dice en voz baxa: Milord, estamos á mesa redonda, y alguno de los presentes se escandaliza tal vez de ese discurso. El sabio, decia Caton, vé, piensa, y calla.

No se lo dixo Hardyl con voz tan baxa que no lo oyese el Duque, y no se resintiese vivamente por ello, tomandolo como dicho para sí; y como no conocia á Hardyl, le pregunta al Lord Som. . . con altanero desabrimiento, ¿quién es ese imprudente y atrevido? El Lord Som. . . que conocia el genio impetuoso y arrogante del Duque, no halló mejor expediente para sosegarlo, que inclinarse hácia Hardyl, poniendole la una mano en el pecho, y la otra á la espalda, diciendo, vuelta la cabeza al Duque: este es amigo mio,

Milord, y tiene autoridad para acordarme un dicho de Caton. El Duque, al ver la demostracion del Lord Som. . . calló. Hardyl, insensible como si no hubiera advertido en el ultraje del Duque, dixo solo al Lord Som. . . que le tenia puesta todavia la mano sobre la espalda: Milord, se os enfria el *boudin*, y os aseguro que es delicado.

Con esto se atajó el discurso sobre la Religion, y pasaron á hablar de otras noticias, entre las quales contó tambien el Duque el casamiento que acababa de hacer el Lord Hams. . . con Nancy Tomson, tachandolo de insensato por haberse casado con una persona de tan inferior condicion. Eusebio, que tuvo parte en aquel casamiento, oyendo que el Duque proseguia en hablar mal del Lord Hams. . . no pudo contenerse de no decir: ¿qué importa todo eso, Milord, si Milady Hams. . . es una persona de belleza y virtud cumplida? El Lord Som. . . temiendo que el Duque se alterase de nuevo, preguntó luego á Eusebio si la conocia. No solo la conozco, le responde, sino que tambien me hallé presente á sus bodas. Cuento al Lord Hams. . . en el número de mis mayores amigos. Lo podeis contar tambien, dixo entonces el Duque, en el número de los mayores insensatos.

Eusebio, al oir esto, viendo quan espinoso y dificil de manejar era el Duque, tomó el partido de callar, dexandole decir algunos embustes sobre aquel casamiento, con que dieron fin á la comida. El Lord Som... se fué en compañia del Duque; y Hardyl y Eusebio se retiraron á su apartamento, donde apenas llegados, le dice Eusebio: temí mucho, Hardyl, que el Duque se propase con vos. = Se propasó bastante; y aunque estaba resuelto á sufrir sin alteracion todo exceso de su desvanecido aturdimiento, estaba tambien resuelto á hacerlo sin baxeza y sin temor. Estos tales quieren ser mirados como deidades, ante cuya arrogancia deben postrar sus frentes todos los demas, estando ellos acostumbrados desde niños á recibir adoraciones del respeto de los que los rodean, y que participa de abatimiento adulador, el qual, tanto mas los engrie, quanto mas propenso es su genio á la altaneria.

Por lo que visteis y oisteis, habreis conocido quan odiosa y despreciable se hace á todos esta imperiosa soberbia, con que creen deber mirar á los otros como gusanos, que hizo nacer la suerte del polvo de la tierra, para hacerlos comparecer á ellos mayores en su grandeza, y para hollarlos por capricho si

les cruzan el camino. Se persuaden que se adquieren tanta veneracion, quanto con ceño mas erguido miran allá abaxo á los demas, y quanto con mayor dureza los tratan.

A la verdad, ellos lo consiguen exteriormente en cierta manera. El temeroso y forzado respeto se plega ante su orgulloso acatamiento; pero solo es para incensarlos, como decia Epicuro, con una inmunda ventosidad luego que les vuelvan la espalda, con lo qual vengan su humillacion con mas ultrajante desprecio. Asi yerran y pierden el fin de su ambicion altanera; pues en vez de grangearse la verdadera adoracion y estima, que nace del íntimo concepto y del amor del corazon, obtienen solo el aparente respeto y momentaneo, que es la capa con que se cubre el mas fino menosprecio. (1)

¡Qué efectos tan diversos no produce la blanda y afable humanidad en aquellos mismos hombres, en cuyas frentes parece que grabaron su excelso carácter los honores y la fortuna! con qué dulce fuerza no arrebata nuestros ánimos aquella adorable bondad con

---

(1) *Recte præcipere videntur, qui monent, ut quanto superiores sumus, tanto nos geramus sumisius.* — Decia Ciceron á su hijo.

que condecora su presencia la moderacion ! La mansedumbre misma con que se presentan á los humildes que los veneran, infunde á sus rostros un ayre de divinidad, y de respetable soberania, ante la qual se postra con toda la efusion de la voluntad el mas tierno afecto del ánimo reconocido.

Tememos, es verdad, á Dios quando nos parece que en el exceso de su enojo tiende el tenebroso manto de las nubes, cubriendo la tierra de terrible lobreguez, y levantando su fulminante brazo para vibrar con mayor fuerza el fuego rápido y devorador, ministro de sus iras. Los mortales postran entonces sus ánimos amedrentados en el polvo de la tierra, en que los confunde el terror con los mas viles insectos. ¿Mas quién es el que entonces lo ama ? quién es el que siente entonces aquel ímpetu suave, que procede del cariñoso afecto, y del tierno agradecimiento con que quisieramos tributarle el corazon que se transporta de afectuoso júbilo, quando vemos la misma divinidad revestida del luminoso manto de su bondad, rigiendo al carro del sol por la pura y clara atmósfera, alargando su omnipotente mano para derramar sobre el suelo los dones de su beneficencia ? Parece que vemos brillar enton-

ces su divino rostro de afabilidad celestial, con que infunde vida á todas las criaturas, arrebatando con la dulzura de su afable magestad, y sin parecer exîgirlo, las mas tiernas y afectuosas adoraciones de los hombres.

Ved un bosquejo de esto en el exterior humano y afable de los señores y poderosos, cuyos amables genios, ó por educacion, ó por naturaleza, ó por máxîmas de sabiduria, se grangean la benevolencia, y el íntimo y síncero respeto y adoracion de todos aquellos con quienes se humanizan; mereciendose al contrario los altaneros, con sus modos asperos y arrogantes, el desprecio y el odio de los que los respetan en apariencia. Esta arrogancia de trato puede nacer de dos principios igualmente odiosos y despreciables, ó de necedad, ó de genio ruin. Defectos que pueden prevenirse ó moderarse, no quando cobraron fuerzas en los adultos, sino quando la edad tierna dexa arbitrio á las máxîmas de una buena educacion para sufocarlos. De este defecto son generalmente tachados los españoles; mas no sé como ha cundido esta opinion entre las demas naciones, siendo así que entre ellas se ven freqüentemente de estos defectos de joves capitolinos, que causan risa y compasion al mismo tiempo, viendolos

ir espetados, y mas llenos del propio concepto de sí mismos, y de su grandeza, que los odres de Ulises.

Insensiblemente me llevó la materia mas adelante de lo que hubiera querido: perdonemoselo al Duque de D... y vamos á tratar de lo que nos interesa, que es el viage; pues veis, que no solo os lo pide Henrique Myden, sino que tambien lo exîge el pleyto que os puso vuestro tio. Y así no trato de que partamos quanto antes de París, sino del camino que debemos tomar para ir á España. Porque como habiamos determinado pasar á Italia, no sé si querreis privaros de verla, pudiendonos ser tambien camino para España, embarcandonos en Nápoles despues de haberla corrido toda: pero si lo hacemos así, alargamos sobrado el camino; y las ciudades y tierras de Italia, son poco mas ó menos, semejantes á las de Francia. El trage, el genio puede diversificar un poco las naciones, pero los hombres y las pasiones son siempre los mismos.

Los restos de la grandeza de los romanos atraen particularmente á la Italia los forasteros; pero para sacar utilidad de todos aquellos desenterrados objetos, necesitariais de mas tiempo del que os permiten las circunstancias

del pleyto, pues no sé si preponderaria en vos la curiosidad material á que os debriais limitar en un viage arrebatado á las molestias del camino. = Os aseguro que nada me interesa tanto en la tierra quanto Leocadia: la pérdida misma de la herencia, si llego á perderla, no creo que me será tan sensible quanto la de su salud y vida. Y si mal no conozco los afectos de mi corazon, poco despues que reflexîoné sobre la noticia del pleyto, os confieso que sentí impulsos de ceder espontáneamente las haciendas á mi tio antes que enredarme en pleytos. La interior seguridad que me dá de mi subsistencia el saber un oficio, y el haber acomodado mi ánimo á él, pruebo que es un gran preservativo contra el sentimiento y afliccion que pudiera causarme la desgracia. =

No hay duda que lo es; ¿pero ceder la herencia, por qué? no veo, ni motivo, ni razon: antes bien debeis seguir el pleyto, por la obligacion en que os pone el derecho legítimo de conservarla á vuestros hijos, si los tuviereis, habiendo dado palabra de casamiento; pues solo debeis reputar por vuestro el uso de la propiedad, que queda tambien adjudicada por las leyes á vuestros herederos. Va bien que sintais interior cofian-

za y seguridad de saber el oficio de cestero; pero esto es un bien interior, que sirve de remedio á la virtud contra las mudanzas de la suerte, contra las quales es bien que el hombre esté prevenido; pero es un bien mayor la seguridad de la hacienda, en quien sin anhelarla, ni afanarse por conseguirla, la recibe de sus mayores. Y asi como es imprudencia el poner en ella sobrada confianza como si no se pudiera perder, asi es inconsideracion abandonarla, á quien la pretende por exîmirse de los enfados y desazones que los pleytos acarreàn.

Al cabo, el pleyto no es otra cosa que la apelacion de los litigantes al tribunal de la justicia, para que ésta aclare la verdad del derecho legítimo, y la decida. ¿Y quién prohibe que esta apelacion se haga con toda la amistad, y con toda la buena inteligencia; y atrevome á decir, con todo el sagrado candor y sencillez, con que apelaron al juicio de Palemon sobre su rustica disputa Menalcas y Dameta? Verdad es que me llevaria un bufido del ambicioso, y del codicioso que me oyeran decir esto: pero de hecho, quitad los anhelos y temores á la codicia, y la cosa se reduce á lo mismo, aunque para ello se requiere el desinterés de Stilpon, que perdída

su casa y hacienda, decia á los que pretendian compadecerlo que nada habia perdido, que sus bienes los llevaba consigo.

Bien sé que sucede diversamente en el mundo; que la intimacion del pleyto se mira como la declaracion de guerra, del odio, y de la enemistad: ¿Pero el odio y la enemistad les harán ganar el pleyto? ó si lo pierden, los esentarán del dolor, de las angustias, de la confusion, y de las zozobras que siguen y acompañan tales desgracias? Ved quan util es para entonces el oficio de cestero, y las máxîmas de la virtud. Cada dia se ven familias reducidas á la mendicidad, ó privadas de gran parte de sus bienes por via de pleytos, y de otros siniestros accidentes; pero ninguno piensa en precaver tales desgracias, contentandose con llorar, y lamentarse de su suerte para ser apiadados de quien tal vez no lo hace, ni aun con un mendrugo si se le pide.

En vano la virtud, desde el escuro asilo en que la arrinconó el menosprecio de los hombres, les está diciendo, á pesar de su ingratitud: ¡O mortales! todas esas desgracias que os pueden sobrevenir yo las remediaré: prestaos á mis consejos, y con ellos os enseñaré la moderacion, y la indiferencia que se

merecen todos esos bienes que tanto apreciais, y que presto ó tarde debeis perder ó dexar. Y aunque sea muy sensible perderlos en vida, mis consejos, y los sentimientos que con ellos infundiré en vuestros corazones, os resarcirán ese daño. Si la fortuna, á quien adorabais como á vuestra mayor deidad, os ha reducido á un estado muy inferior, aunque sea al de pobreza, venid, acogeos de este asilo infeliz en apariencia, á que me reduxo vuestra codicia y ambicion: aqui entre esta escasa paja que me dexaron por lecho yo os infundiré un consuelo sublime y celestial, y haré vuestros trabajos mismos preferibles á las delicias de la grandeza.

¿ Pero quién es el que dá oido á estas voces? ó quién es el que no las reputa? ¡ cosas buenas de decirse, pero extravagancias en la execucion! La desgracia llega, truena; el hombre se vé derribado al suelo: el llanto, la desesperacion, la confusion, la ignominia, que acuden á vengarse de la confianza del caido, lo huellan en el polvo en que lo ven revolcado. ¿ Qué remedio? ninguno entonces, sino la muerte infeliz á quien reputó extravagancias las máxîmas de la virtud, y ridiculez el aprender á hacer cestos. = No quise decir, Hardyl, que dexaria de seguir

el pleyto, sino que quise manifestaros quales eran mis sentimientos en caso de haberlo de seguir; y que este no era tampoco el motivo porque dexaba de ver á Italia, sino el deseo de ver quanto antes á Leocadia. Y asi dirigid el viage por donde querais, y partamos quanto antes si os parece bien. =

Creo que habeis visto quanto hay que ver en esta Capital, y nada nos detiene. Mañana, y despues de mañana, podemos emplear en cumplir con las personas que nos han agasajado, y en disponer algunas cosas para el viage, y al dia siguiente partirémos. Bien hubiera deseado, que antes de dexar París, hubieseis tomado alguna idea de la chîmica, habiendo aqui hombres muy experimentados en esa ciencia; pero conviene acomodarnos con las circunstancias. = Hablóme sobre ella el otro dia el Lord Som. . . y parece que me dixo que habia mandado hacer varios vasos, alquitáras, y destiladores de vidrio para ello; pero no me siento con inclinacion para esas cosas que piden sobrada flema. = Para todo es menester de ella; y aunque el estudio de la chîmica parezca enfadoso en sus principios, y tal vez esteril, es con todo la ciencia á quien mas deben los humanos conocimientos, y una de las que mas em-

peñan la aficion de los que la exercitan.

No lo digo por el prurito codicioso que muchos de ellos fomentan de transformar en oro, ó en la materia que mas se allega á este metal precioso las tierras virgenes, y otros metales inferiores, sino por los curiosos y utiles hallazgos de que es, y fué siempre causa, y de los otros muchos que se harán por lo por venir. Esto prueba la sinrazon de aquellos que miran con desprecio los alquimistas, creyendo que su fin solo es el dar con la rica piedra filosofal, ó con la panacea de la vida. = ¿Qué viene á ser esa panacea de la vida? = Es una materia medicinal que pretenden formar algunos de ellos, con la qual dicen que los hombres que la usan pueden vivir mas años que Nestor, y renovar con ella su edad, como lo hizo Medea con Eson, introduciendole en las venas la sangre del cordero. =

¿Y no creeis que se pueda encontrar esa panacea? = El hombre no puede decidir de lo que es capaz la industria de los hombres: el acaso les presenta á la vista cosas que parecian imposibles de encontrar, y estamos todavia en la infancia de muchos conocimientos. Lo que no creo es, que se haya ya encontrado, como algunos lo pretenden; y es-

tán tan persuadidos de ello, que he oido nombrar á dos sugetos de quienes aseguran haber vivido quatrocientos años, y aun mas; sin duda por haberles oido decir, como Pitágoras, que se acordaba de haber sido Euforbo en la guerra de Troya. Y no hay apearles de su opinion aunque con objeciones indisolubles, fomentando su credulidad con cuentos, que lisonjean su codicia y sus deseos de vivir mucho, saliendoles muy al reves los naypes, pues empobrecen, y acaban mas presto la vida. Pero vamos á dar un paseo, y en él tratarémos del camino que debemos tomar para ir á España.

Antes de salir del meson, Eusebio quiere ir á ver al Lord Som. . . pero su criado James le dice que acababa de salir á caballo con el Lord T. . . habiendose desafiado á correr en presencia del Duque de D. . . que habia de hacer de testigo. Con esto se salieron á paseo sin verlo, volviendo á la conversacion del camino que debian tomar para restituirse á España, pudiendo ir ó por Bayona, ó por Leon, y entrar ó por Cataluña, ó por Navarra. Con el motivo de determinarse á tomar el camino de Leon, prendió la conversacion sobre España, haciendo Eusebio sobre ella varias preguntas á Hardyl,

que lo debieron embarazar sobremanera estando firme, como siempre lo estuvo, en no descubrirse á Eusebio por ninguna via. Y aunque Eusebio no lo conoció por entonces ignorando el secreto; pero despues que se lo descubrió antes de morir, echó de ver la gran presencia de ánimo, y la fortaleza de los sentimientos de aquel hombre singular, especialmente las veces que se acordaba Eusebio de las conversaciones que tuvo con él pertenecientes al secreto, especialmente sobre el pleyto que le movió su tio. Y como tratasen de esto aquella misma tarde, quiso decirle Eusebio las sospechas que le vinieron la mañana quando se separó de él para otorgar el testamento de si acaso él era su tio.

Esta ocurrencia de Eusebio empeñó sobremanera los tiernos sentimientos de entrambos, dandose mutuamente pruebas de su virtuoso y sublime cariño en sus expresiones, Hardyl por ver buscado en su corazon el secreto de la inocencia del afecto de Eusebio, éste por reconocer en las palabras de Hardyl una uncion de ternura y de cariño, que aunque destruía las sospechas que le habian ocurrido sobre su parentesco, se grangeaba en su alma un amor igual, y una confianza tan cariñosa, como si de hecho hubiera

descubierto que Hardyl le pertenecia tan de cerca como le pertenecia. Sus almas absortas en tan deliciosa conversacion y paseo, no les dexó advertir que se habian alejado demasiado de la Ciudad, de suerte que volvieron al meson ya entrada la noche, y bien agenos de encontrar en él la novedad de la grave dolencia sobrevenida al Lord Som. . . pues aunque éste se sentia algo indispuesto de antemano, quexandose de su inapetencia, obraba como sano, sin sentir otro efecto del mal, que tal vez llevaba oculto, y que irritado aquella tarde con la corrida á caballo, y con un vaso de agua fria que quiso beber despues de ella, hallandose muy acalorado, manifestó repentinamente toda su violencia.

A esto se atribuyó su enfermedad y su muerte temprana en la edad de veinte y cinco años, sin que pudiesen precaverla los mas hábiles médicos de París. Y aunque luego que Eusebio llegó al meson le agravaron los criados del mismo Lord las circunstancias del mal, concibió mejores esperanzas de él; pero al otro dia, como los médicos comenzasen á explicarse con terminos poco favorables, le aumentaron el sentimiento, que á pesar de sus esperanzas, probaba por el estado de su ami-

go : pues aunque la conducta desarreglada del Lord Som. . . no le merecia su aprobacion , tenia con todo otras excelentes partidas que lo hacian muy amable ; y la sola oferta que hizo á Eusebio el dia antecedente con su acostumbrada franqueza y generosidad de una de sus tierras en Inglaterra , era bastante motivo para que Eusebio , aun sin aceptarla , se sintiese muy agradecido , y para darle tambien prueba de esto en su enfermedad como lo hizo , ofreciendole en ella su asistencia y servicio.

Hizole saber Eusebio estos sus deseos por medio de James , camarero del Lord ; y la respuesta fué , que no tendria mayor consuelo que el que recibiria de su compañia , si no le era molesto estar con un enfermo , que lo hacia dueño de entrar en su aposento quando quisiese. Eusebio va á verse con él inmediatamente ; y acercandose á la cama para tomarle la mano , viendolo muy encendido de rostro , y con los ojos cerrados , lo avisa de su llegada preguntandole por su salud. El Lord alzando entonces sus agravados parpados , vé á Eusebio , y le dice : ¡ ah , Don Eusebio, muy malo me siento ! ¿ en qué vendrá á parar esto ? = Milord , no todo es calma en esta vida : ha de haber tambien sus

borrascas, pero no todos perecen en ellas. Tened buen ánimo lo primero, pues el sosiego del corazon contribuye para no agravar el mal. Dicho esto, le toma la mano que tenia el Lord fuera de la sabana, y se la aplica al corazon, estrechandola contra él en demostracion de su tierno y compasivo afecto.

El Lord no dió muestras de sentirlo, volviendo á cerrar los ojos. En esto llega el cirujano mandado llamar á toda priesa para sangrarlo. James y Vilks preparan lo necesario, y el cirujano avisa al Lord de lo que venia á hacer, despues de haberle tomado el pulso. El Lord se altera, no quiere sangria, y ordena al cirujano que se le quite de delante, que se vaya. Milord, le dice éste, la sangria es muy necesaria: no tiene mas eficaz remedio la inflamacion. = ¿ Inflamacion la mia? no es posible tan presto: esperemos á ver si se declara mas el mal: no me sangré en mi vida: mañana tal vez estaré mejor. El cirujano hace nuevas instancias: no hay remedio que el Lord se quiera dexar sangrar. La costumbre y hábito de ser atendidos en todo, y de no hacer sino lo que les dá gana sin oposicion, forma insensiblemente los ánimos tenaces.

El cirujano hallabase embarazado sin osar

replicar. Eusebio que veía la necesidad del remedio, y que echaba de ver que el Lord no queria dexarse sangrar por temor de la sangria, no pudo dexar de empeñarse en quitarle aquel miedo, y asi le dice: Milord, los médicos á una voz os recetan la sangria: ¿á tan poca costa no querréis conservar una vida en que se interesa tanto mi afecto? = Siento suma repugnancia, Don Eusebio, no es posible. = ¿Pero, Milord, repugnancia, de qué? no creo que cause dolor la lanceta. Oygo decir que la picadura de un mosquito es mas sensible. Tampoco yo me sangré jamas; con todo, si quereis que se haga en mi la prueba, me dexaré picar la vena aqui en presencia vuestra. La esforzada resolucion vence al temor hasta determinarse. Ved, Milord, qué caso merece la sangria: dicho esto, saca el brazo de la casaca para ofrecerlo al cirujano.

¡La expresion de una amistad síncera es tan persuasiva! ¿quánto mas si la acompaña el exemplo? El Lord al ver á Eusebio en pie al lado de su cama desabrochandose el brazo, y llamando al cirujano para que lo sangrase, siente toda la fuerza del síncero interés que toma en su salud el afecto de Eusebio, mucho mas viendo impresa en la se-

riedad de su rostro, y en el firme y denodado ademán con que ofrecia su brazo desnudo al cirujano, la resolucion de sangrarse, afloja un poco de su rogada pertinacia, y cede á la fuerza del exemplo que no lo rogaba. = ¿ Qué vais á hacer, Don Eusebio ? sangraros sin necesidad ? = Gustaré, Milord, de que veais brotar, mezclado con mi sangre, el amor que la agita de vuestro bien : dexad hacer, y vos picad, amigo. = No, Don Eusebio, no lo permitiré : lo veo bastante, me dexaré sangrar. = Ea, pues, os tendré yo mismo el brazo, no hay tiempo que perder.

Como estaba ya todo dispuesto, se dá priesa el cirujano para aprovecharse de aquel momento favorable. Eusebio se apodera del brazo, James alumbra, el cirujano tienta la vena, la pica, la sangre brota. Estais sangrado, Milord, le dice Eusebio. El Lord alza su rostro algo risueño para mirar á Eusebio sin decirle nada: ¿ pero quánto no le decia con aquella blanda risa, aunque silenciosa y oprimida del mal ? El cirujano se despide, salense los criados, y Eusebio queda con el Lord consolandolo, y esforzandose en apartar de su imaginacion las tristes ideas que el mal le sugeria, hasta que lo llamaron á comer.

Estaban ya sentados á la mesa los demas

forasteros; y sabiendo el Duque de D...
que Eusebio venia del quarto del Lord, le pregunta por su salud. Eusebio le manifiesta sus temores, y le dice el fatal pronóstico que habia hecho el cirujano sobre su sangre. ¿Segun eso, dixo el Duque, puede ser contagiosa su enfermedad? = No oí decir jamas, Milord, que la inflamacion sea contagiosa. = Puede serlo á las veces, dixo otro caballero, queriendo congraciarse con el Duque. Si la de Milord Som... lo fuese, dice Eusebio, y se me pegase, tengo el remedio á la mano. = ¿ Pretendeis pues, dixo el Duque, asistir al enfermo, como si este se hallase falto de criados? = Sus criados, Milord, no me dispensan de las obligaciones que tengo contraidas con él. = ¿ Sin duda lo direis, replicó el Duque, por la obligacion de la cena que os dió con Armanda? =

Perdonad, Milord, los desaciertos de un amigo no acostumbro ponerlos en el número de mis obligaciones, ni creo que Milord Som... os haya contado el caso de modo que desmienta su relacion la sinceridad y pureza de mi reconocimiento á otros favores verdaderos que de él tengo recibidos, dignos del nombre que les doy de obligaciones. El Duque de D... á quien el Lord Som...

habia contado el caso de la cena, y dado noticia del caracter de Eusebio y de Hardyl, con el motivo de la disputa del dia antes, echó de ver por la respuesta que Eusebio le dió la modesta entereza de sus sentimientos; pero no sabiendo que decirle, torció la conversacion á otro asunto, sin hablarse mas del enfermo mientras duró la mesa.

Acabada ésta, Eusebio propuso á Hardyl el diferir el viage hasta ver el éxîto de la enfermedad del Lord: Hardyl lo aprueba; y habiendo ido juntos á ver al enfermo, Hardyl lo dexó solo con él despues de haberse informado de su salud. Poco despues que se salió Hardyl, llega uno de los médicos que lo visitaban. Este pulsa al enfermo, y nota que la calentura cobraba fuerzas á pesar de la sangria. Vé la sangre, y con sus torcidos gestos pronostica mal de ella. Vuelve á la cabecera, y vuelve á tomarle el uno, y el otro pulso; aplicale la mano al costado, de cuyo dolor el Lord se resentia: luego se asienta otra vez, y apoyando sus brazos encorvados sobre las rodillas, fixa sus ojos en el suelo entre las piernas separadas, como meditando lo que debia recetar. De allí á poco dirige la palabra á Eusebio que estaba alli de pies y silencioso, y lo tutea pidiendole recado pa-

ra escribir creyendolo criado del Lord.

Eusebio de primera impresion se resiente un poco, no tanto por oirse tutear, estando acostumbrado á oirlo entre los Quakeros, quanto por el tono imperioso y arrogante con que el médico lo trataba. Pero volviendo luego sobre sí, y reflexîonando la desazon que le causaba aquel súbito movimiento de su resentida vanidad, se resuelve á servir al médico con ánimo determinado de evitar en gesto, en ademan, y en postura, el darse á conocer por otro del que era tenido de quien no lo conocia; y pasando á su quarto, trae el tintero, pluma y papel que se le pedia. No son estas pequeñeces, aunque tales puedan parecer á muchos de los que las leen. De ellas se forma el estudio de la verdadera sabiduria, obra de la ciencia moral, cuyo fin es purificar los sentimientos y afectos desordenados, como es fin de las otras ciencias y estudios purificar los errores y prevenciones falsas del entendimiento.

La vanidad del hombre es vicio del corazon: todo efecto de vanidad que asoma al exterior, lo descompone, y dá en rostro á los que lo notan, haciendose aborrecible: ninguno excusa al vano, al presumido: ellos llevarán siempre la tacha de mentecatos. El Ga-

lateo, puesto que se dá este nombre á la educacion fisica, limita su instruccion á echar de la presencia del hombre los odiosos asomos de su altaneria. ¿ Mas esto basta por ventura para que el hombre dexe de ser vano? para que dexe de sentir la colera, y la desazon que causa en su interior, donde queda reconcentrada su presuncion si llega á ser tocada? no por cierto, si la ciencia moral no purifica sus sentimientos, y si no previene con la moderacion los sensibles efectos que le puede causar.

¡ Un caballero ser tuteado y tenido por criado de un médico! ¿ Te resientes por ello? qué venganza quieres tomar? Qualquiera que ella sea, ahora manifiestes tu amarga desazon con rostro sañudo, y preñado de colérico silencio; ahora de palabra, pidiendo á las claras, ó por embarazados rodeos una satisfaccion insulsa, te vás á descubrir por hombre vano y arrogante, sin que puedas evitar que el padecido resentimiento no te roa el corazon. ¿ Qué remedio pues? buscalo quanto quieras: no hay otro que el de la virtud. El mundo, el trato de los hombres, te dará á cada paso que sentir sin que lo puedas evitar, si no haces estudio de la moderacion, si con ella no entras en tu interior, y si no

armas tu corazon con el desprecio de la injuria. Eusebio sintió de improviso la llamarada de su resentimiento; pero prevenido de antemano de las máxîmas de la modestia, la sufocó, sobreponiendose á un afecto desordenado, y sacando asi de tal vencimiento el puro consuelo y satisfaccion que no probará jamas el que se abandona á las desazones de su vanidad resentida.

No limitó Eusebio la superioridad de sus sentimientos á sobreponer su ánimo á una inconsiderada ofensa de quien no sabía quien fuese. Impelido de la complacencia que le daba su recobrada moderacion, se adelanta al médico que se despedia del Lord para abrirle la puerta, y lo precede hasta la escalera donde lo dexa, haciendole una modesta inclinacion de cuerpo, como si de hecho fuese un criado: y hubiera vuelto al quarto del Lord riendose de sí mismo, si los tristes pronósticos del médico, no le hubiesen agravado el sentimiento por el terrible estado de la salud de su amigo. El Lord viendolo entrar, le pregunta qué era lo que habia dicho el médico: = Milord, otra sangria. = ¡Ah! no es eso lo que te pregunto, sino lo que dice de mi mal. = No lo consulté sobre ello, Milord: yo fio poco en dichos en

que puede tener parte el interés y la vanidad. A las veces se suele agravar el mal de un enfermo para encarecer la habilidad; y así, Milord, sosegaos, y esperémos bien. = ¡Temo que se me agrave la enfermedad! este dolor no me dexa sosegar!

James que entraba con un billete para el Lord Som... interrumpe su discurso, diciendo: Milord, me entrega este billete con instancia un moro que acaba de llegar, y que desearia la respuesta. El Lord ruega á Eusebio que lo lea, y que le diga su contenido. Eusebio lo lee, y le dice: este billete, Milord, os lo envia Sir Eduardo Towsend, primo hermano de vuestro padre, y dice en él: que habiendo servido muchos años de Capitan de navio en la marina del Rey, se ha visto obligado á escapar de Inglaterra con dos hijas suyas, y refugiarse á París, donde recurre á vuestra piedad en el infelicisimo estado en que se encuentra, habiendole sido confiscados sus bienes. El Lord, oido esto, se altera; y vuelto á James, le dice que no estaba para recibir recados.

Sintió Eusebio esta indiferencia del Lord para con un pariente suyo que se hallaba en tan infelices circunstancias. Y aunque se sentia movido á compasion para interceder por

él, pero lo contuvo la alteracion que habia manifestado el mismo Lord, temiendo agravarle el mal. ¡Que comunmente se deban manifestar los hombres mas duros con sus parientes que con los extraños! ¿Será esto tal vez porque esperan grangearse concepto de aquellos que nada les pertecen, y porque se lisonjean de tenerlo ganado de aquellos necesitados de cuyo parentesco no se dignan? pero si la consanguinidad interesa nuestra ambicion y vanagloria quando la vemos coronada, ó de los honores, ó de la fortuna, por qué razon no deberá á lo menos interesar nuestra compasion quando la suerte abate á nuestros allegados? La razon es clara. La vanidad todo lo corrompe.

Aunque Eusebio calló por entonces para no alterarlo mas, no dexó pasar con todo aquella noche sin interesarse en favor de su infeliz pariente, y de sus hijas doncellas, para las quales, antes que para el padre, pudo recabar del Lord que James les llevase doce luises. Eusebio que habia velado á este fin al enfermo hasta muy tarde, luego que lo consiguió se fue á dormir, dexandolo encomendado á uno de sus criados.

La calentura cobraba fuerzas á pesar de las sangrias; y Hardyl que habia ido aque-

lla misma noche á visitar al Lord, dió á Eusebio pocas esperanzas de su vida. Cargóle el dolor de costado al otro dia ; y los médicos hallando empeorado el mal, tuvieron su consulta : en la qual resolvieron hacer avisar al enfermo del estado peligroso de su salud, para que pudiese tener tiempo de hacer el testamento, y disponerse para morir. La consternacion y el duelo se apoderan de los ánimos de los criados que amaban mucho á su amo : era generoso. Eusebio experimenta mas que nunca la ternura del afecto que le profesaba, creciendo sus temores por la pérdida del Lord en la flor de su edad, en el seno de la riqueza y de los placeres, ausente de su patria, y de los suyos que lo adoraban.

¿ Pero quién será el que querrá encargarse de dar al enfermo esta terrible noticia ? Los médicos lo rehusan, aunque parece que esta sea incumbencia indispensable de su profesion. El Duque de D... que se profesaba muy amigo y confidente del Lord, habia bien sí estado el dia antes á visitarlo, pero de pies y de corrida, como visitan los perros al Nilo, por temor del zarpazo del caiman. ¿ Cómo podia querer detenerse á darle parte de lo que tanto lo amedrentaba al mismo ? James implora la bondad de Eusebio para que hi-

ciese presente al Lord la fidelidad con que le habia servido tantos años.

Eusebio se rinde á las súplicas y al llanto de James: entra en el quarto; y despues de llamar por rodeos la atencion del enfermo para no alterarle la fantasia, le dice: Milord, si se restablece vuestra salud quiero ir con vos á Montpeller; pues segun oygo decir, aquellos ayres serian muy favorables para vuestra convalescencia. = Sí, irémos. = Pero antes de emprender ese viage, me ocurre que sería bien que los dos imitasemos á Hardyl, haciendo el testamento como él lo hizo antes de ayer. = ¿ Testamento ? no hago testamento sino á la hora de mi muerte. = Bien, Milord, ¿ pero esa hora quién nos la determina ? podemos morir dentro de un año, de un mes, de una semana, mañana mismo.

El Lord Som... vuelve los ojos consternados hácia Eusebio, y le dice: Don Eusebio, ¿ qué me quereis decir ? qué han dicho los médicos ? = Que vuestra enfermedad, Milord, se hace seria; y que aunque se lisonjean de restituiros la salud, temen tambien que pueda cobrar sobradas fuerzas vuestro mal. = ¿ Y aunque las cobre, qué sucederá por eso ? = Lo que os insinué, Milord, que podemos morir; pues tarde ó temprano es es-

te el término de la vida. = No me hableis mas de eso, Don Eusebio, me inquieta sobrado ese discurso. = No esperaba, Milord, que un corazon magnánimo como es el vuestro, y que os hizo hacer frente á la muerte armada de fuego y bayonetas en el campo de guerra, en la tierna edad de diez y ocho años, sintiese inquietud por oirla ahora mentar. Mas jóven soy que vos, y no ví jamas el rostro á la muerte: con todo, me complazco en hablar de ella, y lo hago freqüentemente con Hardyl, el qual me hace sobre ella tales reflexîones, que me parece la recibiera con tranquilidad de alma, antes que con inquietud, si viniese á exîgirme el tributo indispensable de la vida. = Os lo parece: ¡ mas si os vierais en el lance! ...

Pudiera ser que entonces la temiese: no pretendo hacer antes de tiempo el esforzado; pero si oyeseis, Milord, las máxîmas de Hardyl sobre el término de la vida, tal vez mudariais de concepto. Desprended del corazon el sobrado amor á las riquezas, los anhelos y esperanzas de la ambicion, el enagenamiento de los placeres, y de la desvanecida holganza del mundo, y veréis quantos menos motivos le quedan al ánimo para temer la muerte. = No estoy para esas reflexîones, Don Eu-

sebio , dexadme quieto os ruego. = Os dexo , Milord : me intereso sobrado en vuestro bien para que quiera obstinarme en inquietaros ; pero permitidme que os diga solamente que por hacer testamento no morimos : y sintiera que murieseis sin dexar á vuestra familia alguna prueba de vuestra generosa compasion ; y si lo diferis por sobrada confianza, tal vez debo temer, Milord , que no tengais tiempo.

= ¡ No tendré tiempo ! tan grave se hizo mi enfermedad ! = Si, Milord , quanto mas consulto el afecto que me habeis merecido , veo tanto mas que faltaré á la amistad si os dexo ignorar el estado en que os hallais, pudiendo interesar este conocimiento, no menos á la generosidad de vuestro corazon , que al bien de vuestra familia , y de vuestra conciencia. = ¡ Ah , Don Eusebio , me dais la muerte ! ¿ mi conciencia ? . . . Dexadme estar por Dios : me amarga sobremanera ese recuerdo. = Milord , hay remedio para endulzarlo : la bondad infinita de vuestro Criador. = ¡ O desvanecidos deleytes ! ó disolucion ! quán diferente aspecto tomais para despedazarme el alma ! = Lo toman , Milord , para que os echeis en los brazos de vuestro misericordioso hacedor : fomente vuestro presen-

te desengaño esta dulce idea. Ella os podrá solo consolar en el trance, en que todas las cosas de la tierra dexan al hombre desnudo, desamparado y solo en el borde de la eternidad, en cuya sima sin fondo nos precipita la muerte. La misma mano omnipotente que nos sacó de la nada, se estiende, Milord, á quien la implora para acogerse de ella en el trance de la muerte. Obra suya somos: y si nos hemos manchado en los lodazales de la tierra, puede lavarnos el síncero arrepentimiento. =

¡Ah, morir en la flor de la edad! haber de desprenderse para siempre de las comodidades y riquezas de una vida que no padeció quiebra en la salud! será posible que se haya de acabar todo para mí tan jóven como soy, y de salud tan robosta!... El Lord no puede contener el llanto á que se abandona, gimiendo dolorosamente. Eusebio enternecido de su llanto, le toma la mano llorando con él, y diciendole: esas ideas, Milord, os afligirán solo sin ningun provecho. Aunque no debais morir de esta enfermedad, aprovechaos del dolor que os causa para conocer la vanidad de las cosas mundanas, y para mas apreciar y amar la virtud. Ella es tan amable, Milord, y de tanto consuelo en el trance de angustias. =

La desconocí sobrado, Don Eusebio, para que pueda consolarme: no tengo sino motivos de acerbo dolor, y de amargos remordimientos. = Esos mismos pueden contribuir para purificar vuestra conciencia, y para encaminar vuestro corazon al seno de la infinita misericordia. La divina clemencia compadecerá vuestras flaquezas, si le ofreceis vuestra alma contrita y reconocida. ¡ Debe costar tan poco á vuestro desengaño este tributo á la Divinidad ! él puede sosegar enteramente los temores y angustias de vuestro pecho. = Lo veo, Don Eusebio, lo veo: no me quedan otras mejores lisonjas, y no las puedo esperar mejores. ¡ Ah ! ¿ de qué me sirvió el nacimiento y la riqueza, sino es para fomentar los vicios, y para hacerme mas doloroso y amargo el trance de la muerte? =

En él os puede tambien servir, Milord, de consuelo, el haber satisfecho á las obligaciones de reconocimiento con vuestros deudos y parientes, y con los que emplearon sus sudores, y fidelidad en serviros. Ellos son acreedores á vuestra conmiseracion; y puesto que teneis tiempo, sería bien que os aprovechaseis de él para hacer testamento. = Deberé pensar en ello, ya que me lo pide vuestra amistad. = Si queréis, pues, haré venir

el escribano. = Como querais: hacedlo venir.

Eusebio se aprovecha de este momento favorable, y sale inmediatamente á consolar los criados del Lord, dando orden á James para que fuese á llamar á un escribano. Entretanto que éste llegaba, volvió Eusebio á consolar el ánimo del Lord con sus santos consejos y reflexîones; pero luego que tuvo aviso de la llegada del escribano, se ausenta del quarto, no queriendo asistir al testamento; ni el Lord quiso tampoco hacerle quedar, deseando darle una demostracion de la estima y afecto que le profesaba, y de la síncera oferta que le hizo de una de sus tierras en Inglaterra, en caso que llegase á perder el pleyto con su tio. Otorgó pues el testamento en lengua francesa, mandando se abriese inmediatamente despues de su muerte.

Los médicos, interesados en la salud del enfermo, no ahorraban pasos ni visitas; pero su salud empeoraba á pesar de su ciencia. El Lord llega á persuadirse de su muerte: la inevitable necesidad á que nos somete la naturaleza, hace doblegar al ánimo mas terco y obstinado. El Lord se llega á conformar, aunque con llanto al terrible anuncio, y muestra deseos de tener á su cabecera un ministro

protestante , y se lo dice á Eusebio. Este recurre al Duque de D. . . el qual envió á llamar algo atemorizado al ministro que tenia consigo el Embaxador de Inglaterra. Pero hallandose aquel casualmente enfermo , no fué posible que viniese, ni que el Lord viese cumplidos sus deseos.

La Religion , qualquiera que ella sea, graba tan profundamente sus máxîmas en el corazon del hombre, que son raros los que llegan á borrar sus impresiones , y á sacudir los temores y remordimientos con que apremian á la conciencia los refractarios sentimientos. Los afanes y dolores del mal, los temores y angustias de la muerte que se le presenta como inevitable, el horror de la eternidad , la memoria amarga de las culpas, la lobreguez y silencio de la estancia del moribundo , la palida consternacion y duelo de los presentes , la vanidad , los honores , las riquezas que se manifiestan entonces como un sueño y vana ilusion á los anhelos de la burlada y turbada fantasia ; el mundo que dexa, y pierde para siempre para entrar en otro desconocido , que se le representa como noche eterna é incomprehensible, todo concurre para que el alma consternada recurra al altar de la Religion , que le estiende sus brazos para

reconciliarla con el Criador, como solo arbitro omnipotente de la vida inmortal, á que vá á nacer con la separacion del cuerpo mortal y corruptible que dexa.

El Lord Som. . . aunque libertino, y de costumbres desarregladas, probando las amargas desazones que infunden en aquel funesto trance los vicios, debió tambien probar los remordimientos de la conciencia por la desamparada y desatendida Religion. El espontáneo llamamiento del ministro protestante lo manifestaba. Pero como la circunstancia de hallarse éste enfermo, y la dificultad de encontrar otro en París, no permitiesen al Lord disfrutar de este consuelo y satisfaccion, que lo es grande para el alma temerosa, Eusebio hubo de suplir con sus exhortaciones y consejos.

Acudió entonces el Lord á las demostraciones de arrepentimiento, siendo una entre otras, la de pedir perdon á Eusebio por el engaño que le urdió para corromper su virtud la noche de la cena con Armanda y Hernestina. Luego prorumpia en llanto, lamentos y exclamaciones, que denotaban el sentimiento que lo avasallaba por deberse desprender del mundo y de sus riquezas en la flor de su edad.

Eusebio viendolo llorar, se enternece otra vez, y llora con su tristisimo amigo, dandole mil demostraciones de afecto, acompañadas de ruegos y consejos para apartar su descarriada imaginacion de los objetos que irritaban su desesperacion, y llamarla al arrepentimiento, á fin de que hiciese caer aquel mismo llanto sobre su corazon contrito, para que lavado con sus lágrimas, lo ofreciese purificado á la clemencia de su Criador. Pero era sobrado viva la impresion que en él hacia el mundo, y la grandeza que dexaba, hiriendole sobremanera su exaltada fantasia; la qual, encendida al mismo tiempo de la violencia del mal, comenzó á alterarse de modo, que vino luego á dar en tal frenesí, que perdiendo el conocimiento de su oficioso amigo y de sus criados, fue necesario amarrarlo á la cama despues que los hubo maltratado para contenerlo, y para impedir mayores violencias.

Así murió al septimo dia de su enfermedad el jóven Lord Som... dexando á todos sumergidos en una profunda tristeza y consternacion, especialmente á su amigo Eusebio, que mas que todos se interesaba por su salud. ¡ Quán ageno estaba el Lord ocho dias antes de su vecino fin ! ¿ Mas quién es el que

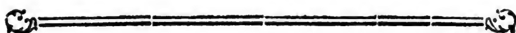
no cree que le está siempre lejana su muerte? el que la medita.

¡O mortal! no te pese acostumbrar tu mente y tu memoria á tu fin inevitable. La idea de la muerte solo amedrenta al que rehuye familiarizarse con ella. No es esa armazon de descarnados huesos, ni esa desdentada y vacía calavera, ni ese esqueleto armado de hoz de segador: nada de todo eso es la muerte, bien sí sus necesarias conseqüencias. El que te propone todo eso para meditar, el que te pinta el cadáver yerto, horrible, frio, y hecho ya pasto de gusanos, amedrenta tus sentidos y fantasia, mas no te dá idea verdadera de lo que es la muerte.

Morir es el romperse las ataduras de la admirable é incomprehensible organizacion del cuerpo, del qual, como de carcel disoluble, huye el alma libre... ¿á donde, ó cielos?... Tiembla mortal: esos huesos, esas cenizas, esa tumba, ya no te pertenecen. Pero ese ilimitado y tenebroso seno de la eternidad que presenta á tu alma dos caminos tan opuestos: esa incertidumbre terrible de errar la via, pasando de la vida breve y mortal á la inmortal y eterna, rota la union de tu alma y cuerpo, la qual, ni es dolorosa, ni perceptible, puede sin asco y sin te-

mor del aspecto de un objeto que te es ageno ocupar tu imaginacion, y llamar con fuerza tus sentimientos al estudio de la virtud, desprendiendo tu corazon de los bienes inciertos y perecederos, que como ciertos y eternos nos representan las deslumbradas pasiones.

Morir, es acabarse el plazo que dió á la vida el que la formó al impulso de los decretos de su infinita sabiduria., y que no hará mas breve, ni el imaginario peligro que te inquieta, ni el yerro del enemigo, ni tu desesperacion, ni el rayo que discurre y centellea sobre tu cabeza, ni la tempestad que brama en torno de tu navio; y que no hará mas larga, ni la ciencia del médico acreditado, ni tus riquezas, ni los votos de tu temor, ni tus medrosos ruegos, ni la eficaz virtud de la buscada planta. ¡O hombre! morir, es acabarse las penas, las zozobras, los cuidados, y contínuas desazones que no quedan resarcidas, ni con la breve risa, ni con el placer incierto y momentaneo, ni con la voluble holganza, ni con todas las ilusiones de la desvanecida fantasia, sueños de las ansias, y deseos insaciables de los infelices mortales.



LIBRO QUARTO.

Antes de embalsamar el cadáver del Lord difunto, se debió abrir el testamento, como lo tenia mandado, viniendo á este fin al meson el escribano. Eusebio estaba retirado en su aposento, avasallado de la tierna afliccion de la pérdida de su amigo, á quien no habia desamparado hasta el ultimo aliento, no solo por empeño de afecto y de gratitud, sino tambien para que pudiese hacer toda la posible impresion en su ánimo, y le quedase viva la memoria de su trance, que tanto contribuye para fortalecer los sentimientos y máxîmas virtuosas. Hardyl habia tambien sentido no poco su muerte; pero uno y otro estaban muy agenos de imaginarse que el Lord hubiese querido dar á Eusebio una prueba de su generoso afecto en el testamento.

Por lo mismo fue mayor su sorpresa, quando despues de haberlo leído el escribano en presencia de los testigos, entró en el aposento de Eusebio á darle parte con enho-

rabuenas de la manda que el Lord Som... le hacia de trescientas libras esterlinas de renta durante su vida sobre unos bienes libres que tenia en el Ducado de Devonshire. Pero quan lejos estaba de esperar, ni de desear tal manda; tan extraña se le hizo á su agradecida admiracion, sin disminuirle por eso el sentimiento de la muerte, de quien tan generoso se mostraba para con él. El llanto con que recibió la nueva que el escribano le daba muy alegre, manifestaba que no decian bien, ni convenian tales enhorabuenas á su desinteresado sentimiento, y que apreciaba la donacion sin que llegase á manchar su tierno reconocimiento ninguna sombra de codicia.

Como la enfermedad sobrevenida al Lord tan impensadamente hizo diferir á Eusebio y Hardyl la partida de París, difirieron tambien ellos el dar respuesta á las cartas de John Bridge, y de Henrique Myden, para poderles decir el dia que partian, remitiendo su determinacion al entero recóbro de la salud del Lord, ó su muerte si moria. Resolvieronse pues hacerlo luego que murió; pero la inesperada manda del difunto puso nuevo estorvo á su resolucion, como tambien el accidente que aconteció por causa de aquella misma man-

da, haciendoles diferir dos dias mas su partida. Sir Eduardo Towsend, pariente del Lord Som... fue el que dió el motivo para ello.

James, el camarero del Lord, que se halló presente á las instancias que hizo Eusebio á su amo, para recabar de él aquellos doce luises para las doncellas, al tiempo que se los entregó á Sir Eduardo, le contó tambien el medio por el qual los habia obtenido, haciendole un elogio de Eusebio. Dos dias despues, habiendose agravado la enfermedad del Lord, y pronosticando los médicos su muerte, Sir Eduardo quiso escribir otro billete á Eusebio agradeciendole sus buenos oficios, y rogandole de nuevo quisiese hacer memoria al Lord Som... de su desgraciada familia en caso que el cielo dispusiese de su vida.

Llegó el billete á Eusebio quando ya el Lord habia entrado en delirio imposibilitando todo recurso: Eusebio, no obstante, respondió á Sir Eduardo, diciendole el sentimiento con que quedaba por haberle llegado tarde su instancia; pero le añadia, que con todo, esperaba consolarlo. Decialo esto Eusebio porque tenia intencion de enviarle, en caso que el Lord muriese, otros doce luises

de su bolsillo; pero como despues de su muerte se hallase con la novedad de la manda de trescientas libras esterlinas que el Lord le hacia, ocurrió luego á su generosa compasion, que no podria hacer mejor empleo de aquella donacion que trasladarla á la necesitada familia de Sir Eduardo, interpretando la voluntad y buenas intenciones del difunto en favor de su infeliz pariente, si hubiera tenido tiempo para persuadirselo.

Estaba todavia en el quarto de Eusebio el escribano que fue á darle la noticia del testamento quando lo llamaron á comer; y despedido el escribano, Eusebio fue á la mesa lleno de sus piadosas intenciones en favor de Sir Eduardo Towsend. La muerte del Lord, sus prendas, su riqueza, y otras partidas amables ocuparon los discursos de los comensales, durando todavia en tratar del mismo asunto hasta despues de acabada la comida: pero los interrumpió una extraordinaria voceria y alboroto que aturdia el meson, y alteró á los que estaban sobremesa, mucho mas quando vieron entrar en la sala en donde estaban á Vilks criado del Lord difunto, que huía de Taydor, criado de Eusebio, que lo perseguia con el cuchillo en la mano, teniendo el rostro ensangrentado.

¿ Qué es ? qué picardia es esta ? exclama el Duque de D. . . levantandose de la mesa con los demas forasteros. Hardyl y Eusebio asustados de ver á Taydor ensangrentado , y con el cuchillo en la mano , lo llaman. Taydor obedece : dexa de perseguir á Vilks, y acude al llamamiento de su amo , á quien cuenta el motivo de la riña que habian trabado sobremesa él y Altano con los criados del Lord difunto , por querer defender su entereza de las insolentes murmuraciones de los criados del Lord Som. . . los quales decian que él habia sobornado á su amo para sacarle la manda de las trescientas libras esterlinas.

Aunque el Lord habia hecho testamento á instancias de Eusebio , y aunque en el mismo testamento dexaba generosamente mandados á sus criados , en vez de agradecer estos á Eusebio sus piadosos oficios , llevaron muy á mal el ver heredado de su amo un estraño , hasta poner sus lenguas en la honradez , é integridad de Eusebio. ¡ Tan sutíl y maligna es la envidia ! Y como todas las circunstancias concurrian para verificar las sospechas de esta ruin pasion , dexaronse apoderar de ellas todos los forasteros que supieron la manda , sin exceptuar al mismo Duque de D. . .

Eusebio hasta entonces no habia probado el sentimiento que causa la calumnia personal, no habiendo tenido motivo para ello; pues la calumnia de Brund en Londres recaía tambien sobre Hardyl: ni supo el motivo de verse en la carcel, sino al mismo tiempo que quedaba justificada su inocencia. La calumnia ignorada no se siente. Su tiro asesta al oido, por donde hace penetrar la maledicencia su agudo dardo al corazon del calumniado, despues que derribó su estimacion y honradez en el ageno concepto.

Si fué, pues, amarga y sensible á Eusebio la murmuracion de los criados del Lord, juzguelo aquel que llega á experimentar igual calumnia en semejantes ó diversas circunstancias. Avergonzado vivamente de estas voces, no sufre mas su rostro encendido y turbado la presencia y ojos de los forasteros, que se levantaron de la mesa para oir á Taydor, pareciendole que todos le decian lo mismo con sus miradas y pensamientos; de modo, que sin dar ningun pretexto, se retira á su quarto.

Hardyl, despues de haber apaciguado los criados, va tambien al quarto de Eusebio; y viendolo apoyado de codo sobre la mesa, cubriendose con la mano la frente, le dice: ¿Qué, os sentis, Eusebio; qué, os retirasteis

tan desazonadamente al quarto ? = ¿ No oisteis el motivo de la riña de los criados, y la infamia que me ponen de haber arrancado del moribundo Lord la manda que me hizo ? = ¿ Pues qué habeis sentido eso ? ¡ gran motivo por cierto de sentimiento ! á la verdad no me lo esperaba de vos. ¿ Y qué palos os han dado, ni qué herida os hicieron para sentirlo como lo sentis ? una voz que se la lleva el viento puede hacer tanta impresion en quien estudia despreciar los agravios ? = Si me hubiesen maltratado, ó perdido el respeto, tal vez no lo hubiera sentido ; ¿ pero acusarme de cohechador de esa manda ? . . .

= ¡ Bueno está eso ! querer poner coto á las lenguas maldicientes ! ¿ Y qué diferencia haceis de la injuria y agravio á la calumnia, para que debais sentir menos aquellos que ésta ? = La injuria limita sus tiros al cuerpo sin dañar á la reputacion de la persona: la calumnia zahiere y emponzoña en el concepto ageno la estimacion que maltrata. = Segun eso, sentis el perder esa estimacion en la opinion agena : ¿ obrais, pues, por oculto deseo de ser estimado, y de ser tenido en buen concepto de los otros ? No extraño, pues, que os haya sido tan sensible el perderlo: la conseqüencia era justa. Eusebio no supo

que responder ; Hardyl prosiguió á decirle:

Teneis, Eusebio, un nuevo motivo para reflexîonar, que la raiz de ese sentimiento está prendida de nuestra delicada vanidad, la qual se reviste del manto del honor, no para hacer menos sensibles los tiros de la calumnia, sino para hacerlos mas dolorosos. Entrad en los escondrijos de vuestro corazon, donde siempre quedan repuestos, y renacen de contínuo estos imperceptibles efectos de la vanidad, pues conviene afanarse en sufocarlos, si queremos que no nos causen los disgustos y desazones que probamos: porque disgusto y desazon es muy grande el escocimiento vindicativo que engendra la calumnia en el corazon, y que á las veces impele los hombres á fatales extremos. Para evitarlos, pues, importa prevenir el sentimiento con la reflexîon de las máxîmas de la sabiduría, sin las quales no es posible conseguirlo.

Verdad es, que muchos hombres llegan á tal imprudencia y descaro, que no sienten nada perder su estimacion, ni envilecerse á los ojos agenos, dando ellos mismos motivo para ello con su culpable y oprobriosa conducta: pero estos son la hez de los hombres, y los mas desvergonzados libertinos. Todos los demas, de recto y honrado proceder, for-

manse un falso principio del honor, como si debieran sentir por obligacion indispensable la calumnia, y como si el honor les infundiese derecho de obtener su reparacion. Cabalmente no hay cosa en que mas tropecemos á cada paso que damos en el mundo. La envidia, la malicia, el odio, el rencor, la enemistad, aguzan de contínuo sus lenguas para zaherir. ¿ Quién es aquel que ande esento de sus heridas ? El casamiento mas honesto, la caridad mas pura, la integridad de la mas recta justicia, ó del desinteresado empleo, la intencion mas buena y santa; en fin, todo hacese blanco del arco siempre empuñado de la calumnia.

¿ Cómo ? no se ha de sentir la pérdida de la estimacion ? se ha de sufrir con paciencia oirse ir en agenas lenguas, como ruin, deshonesto, injusto, y cohechador de mandas? esta estimacion de sí mismo no es justa en el hombre ? no es el freno mayor de las costumbres ? Esa es, Eusebio, la otra capa con que se cubre tambien nuestro amor propio, y nuestra presuncion. ¿ Pero con ella nos libramos acaso del sentimiento y desazon que nos causa la calumnia ? No hay duda que el aprecio de nuestra estimacion es un movil excelente para obrar bien; y estoy por

decir, que es el solo motivo por el qual obran bien los hombres: pero no me negaréis, que los que obran bien por ese motivo, lo hacen por principio de vanidad, y por deseo de ser estimados y respetados de los otros.

No sucede así en el que obra bien por sola satisfaccion de su conciencia, y de su interior consuelo; esto es, por puro amor de la virtud, principio mas noble, y mil veces preferible al otro de la vanidad; aunque yo me guardaré bien de culparlo enteramente: al contrario se deberia inculcar á los hombres en él; pues no todos pueden ni saben hacer estudio de la sabiduria: pero á vos que haceis estudio de ella, ¿ os convendrá por ventura ser antes bueno por principio de presuncion, que por el del puro amor de la virtud?

Esta no atiende á otro fin, ni á otra recompensa de su obrar, que á los bienes mismos que nos acarrea. Todos los demas los reputa inciertos y dudosos, debiendo depender de las pasiones, y caprichos de los otros hombres; los quales, dan ó quitan á su antojo su estimacion y concepto: alaban ó calumnian segun sus humores les dictan: porque podeis ser un Tocion, un Aristides, un Sócrates, un Dios, que la calumnia no

respetará por eso vuestro proceder. El que tiene, pues, por su parte la satisfaccion de su conciencia, armese del desprecio de la calumnia; este es el broquel en que se embotan sus tiros: no nos presenta otro la virtud para repelerlos, y para no sentirlos, ó á lo menos, para sobreponernos al sentimiento que nos causan.

Porque ¿qué pretende el que herido en lo vivo de su honor, se irrita, se enardece, patea, y se transporta para exîgir satisfaccion de la calumnia? Si lo exâminais bien, quisiera solo acallar, y dexar satisfecha su resentida vanidad con la venganza de quien lo calumnió. Si llega á obtener esto, aunque sea con el castigo ó ruina de quien lo ofendió, ¿dexa de sentir por eso toda la amargura de la hiel que derramó sobre él la ofensa? no queda expuesto, y juguete de las zozobras, angustias, desvelos, y ansias que le infunde el resentimiento? aunque obre, corra, y se afane para quedar justificado, y destruir la opinion contraria, la llega por eso á destruir enteramente? Esta suele siempre reservarse algunas ocultas sospechas para fomento de su amor propio; el qual no suele holgarse mucho que se justifique plenamente el calumniado.

Al contrario, todo lo remedia de un golpe el desprecio: ¿mas cómo se conseguirá este remedio? con la reflexîon: ¿sabeis que esta es la antorcha de la sabiduria? tomemosla en la mano y vamos á ver los males que se nos siguen por ser calumniados. El perder el concepto de hombre bueno, de honrado, de íntegro en la agena opinion. Mas el que obra por puro amor de la virtud, y por satisfaccion de su conciencia, ¿por ventura no estudia el no hacer caso de la estimacion y del ageno concepto? por qué, pues, se ha de resentir si pierde aquello que no pretendia y que despreciaba?

¿Qué viene á ser este gran concepto de los hombres? un acto de entendimiento leve, incierto, fugaz, sujeto al capricho, al humor, al engaño y liviandad de las pasiones, que ni depende de nosotros el conseguirlo, ni está en nuestra mano el conservarlo. Y ved aquí como venimos á dar en los principios de Epitecto, que siempre debemos llevar presentes: no te afanes en desear lo que no depende de tí el conseguir, ni ames demasiado lo que conseguido puedes perder con dolor si lo pierdes.

Sensible, no hay duda, es á los hombres vanos el que otros pongan sus lenguas

en su proceder, en su nacimiento, en su estado y condicion; pues esto los humilla, y la humillacion es dolorosa. Raro es el hombre que sepa apreciarla, y aprovecharse de ella. Mas el sabio la abriga, y la acaricia en su seno, para que le fomente los sentimientos de la modestia y de la moderacion, con los quales su ánimo, esento de resentimiento, se levanta sobre los tiros de la maledicencia y de la calumnia, contemplando con risa compasiva, desde el trono de su firme entereza, los esfuerzos de las apocadas pasiones de los hombres, que se desazonan en vano para despedazarlo.

Consultad ahora, Eusebio, los afectos de vuestro corazon resentido y triste por esos dichos de los criados, y ved qué venganza y satisfaccion pretendeis. = Ninguna, Hardyl; ninguna: bastante justificado quedo con mi conciencia. = Ese solo testimonio os debe bastar. Tarde ó temprano la virtud misma, sin desplegar sus labios, llega á disipar la niebla con que el aliento de la calumnia pretendia ofuscarla, sacando entre ella su rostro mas puro y bello que no la luna el suyo entre la opaca nube que ofuscaba su placido resplandor, prosiguiendo en silencio luminoso é imperturbable su brillante carre-

ra, sin que puedan detenerla las roncas voces de quien la ladra.

Esto debiera bastaros, Eusebio, para sacudir de vuestro ánimo esa tristeza... = No me queda ninguna; os lo aseguro, Hardyl: me habeis sosegado enteramente; y para daros una prueba de ello, voy inmediatamente á proponer al Duque de D... la donacion que determiné hacer de la manda del Lord á Sir Eduardo Towsend. = Id enhorabuena: os esperaré aqui en el quarto.

Estaba todavia el Duque en su apartamento quando Eusebio fué á verse con él, hallandolo sentado y leyendo un libro. Milord, le dice, no podeis ignorar la herencia que me dexó en su testamento el Lord Som... = No lo ignoro, amigo; y sé que tales mandas no se obtienen de los moribundos sin sugerimiento de los asistentes: mas ya que tuvisteis tan buena habilidad, disfrutad de vuestra buena maña, y que buen provecho os haga. Dicho esto, sin mirar al rostro de Eusebio, prosigue su letura.

¡Qué impensado y terrible rayo para el honrado corazon de Eusebio! Si Hardyl no acabára de fortalecer sus sentimientos, diera con él en el suelo. Eusebio, de hecho, se conmovió vivamente; pero la imagen de la luna

en su placido resplandor, presentandose entonces á su ánimo no menos que las otras reflexîones de Hardyl, hacen levantar su corazon de aquel repentino abatimiento, y volviendo sobre sí, dice con noble moderacion al Duque, y con sosegada expresion: Milord, procuraré que no me haga mi maña sino buen provecho: para esto me tomé la libertad de venir á consultaros. = ¿A consultarme á mí? Id allá, que no necesitan de consejo vuestros artificios. =

Perdonad, Milord, vuelve á decirle Eusebio con mas reportada modestia: dexadme acabar, os ruego, pues no entra aqui artificio, sino deseo de socorrer á un desdichado. = ¿Cómo socorrer? á quién? = A Sir Eduardo Towsend. = ¿A Sir Eduardo Towsend? = A ese mismo, pariente que es, como sabeis, de mi buen amigo, y bienhechor difunto. = ¿Y en qué quereis socorrerlo? qué tengo yo que ver en eso? = Teneis que ver, Milord, como albacea que sois del testamento; pues mi voluntad es hacer donacion entera de las trescientas libras esterlinas que me dexó el Lord Som... en favor de Sir Towsend y de sus hijas: vos podeis favorecerlos, mandando hacerme una minuta de donacion para que pueda legalizarse.

El Duque, sorprendido de tan impensada y generosa proposicion de Eusebio, que lo cubria de confusion, justificando en dos palabras su inocencia, y aterrando al mismo tiempo al maligno juicio que habia formado de él, y los injustos y violentos reproches que acababa de hacerle con insolencia, no resistió á la conmocion que le excitaba su desinteres; y levantandose con impetu de la silla, lo abraza, diciendole: perdonad, jóven, digno de mi veneracion, y dexad que expie con este abrazo mi juicio indiscreto y temerario. = Milord, nada hay aqui que perdonar, ni que sea digno de vuestra veneracion. Satisfago á la inclinacion de mi genio en socorrer á una infeliz familia. Si hubiese llegado á tiempo el recurso que me hizo Sir Eduardo, me lisonjeo que hubiera yo conseguido de la generosidad del Lord Som... el trasladar esa misma manda á su pariente.

= No sé oponerme, Don Eusebio, á una tan noble determinacion que admiro: es sobrado respetable para mí. Solo sí quisiera proponeros que os reserveis parte de esa misma manda, para que tengais el gozo de disfrutar de la liberalidad de vuestro amigo. = No espero, Milord, disfrutar de mayor gozo que el que me dará una donacion ente-

ra. El estado de Sir Towsend y de sus hijas necesita de toda ella ; y la memoria del Lord Som. . . queda sobrado grabada en mi corazon , para que pueda llegar jamas á borrarse en él. = Puesto que asi lo quereis, os enviaré la minuta : podeis hacer llamar al escribano para legalizarla , y será empeño mio el hacer percibir á Sir Towsend la renta cobrada en Inglaterra.

Eusebio da las gracias al Duque , y se despide de él , para volver al quarto donde Hardyl lo esperaba , haciendo llamar primero al escribano. Entonces cuenta á Hardyl lo que le habia pasado con el Duque , diciendole quan util le habia sido su discurso sobre la calumnia , para estar sobre sí , y para no alterarse de las repulsas del Duque. Con este motivo , Hardyl , despues de haber loado su moderacion , continuó en tratar sobre los bienes que acarreaba al hombre el despreciar los dichos de los otros , y sus agravios ; pues aunque repetidas veces habia tratado de esto mismo , su eloqüencia hallaba nuevas expresiones é imagenes para dar mayor fuerza á sus máxîmas.

Entretanto , habiendo hecho el mismo Duque la minuta , se la traxo en persona al quarto ; y venido el escribano , se legalizó

la donacion con mil demostraciones respetuosas del Duque, y de los testigos. Despedidos estos, Eusebio envia un billete á Sir Eduardo Towsend por medio de Taydor, en que le participaba la donacion. Entretanto el Duque de D. . . á quien llegó tambien á inficionar la calumnia inventada de los criados del Lord Som. . . contra Eusebio, con el escandalo de la riña, no quiso dexarla pasar sin dar pruebas á Eusebio del aprecio y estima que le habia merecido; á este fin, llamando á los criados, les mandó que fuesen todos juntos á pedir perdon á Eusebio.

Hardyl se hallaba solo con él, quando uno tras otro entraron en el quarto en triste formalidad, llevando impresa en sus rostros la mortificacion que les causaba el orden del Duque, y la confusion de su maligno y envidioso juicio, despues que supieron del mismo Duque la donacion generosa que acababa de hacer Eusebio de las trescientas libras á Sir Eduardo Towsend y á sus hijas. James era el que llevaba la voz, diciendo á Eusebio el orden con que venian para pedirle perdon de la calumnia. Eusebio les dixo, que no tenia porque perdonarlos, bien sí motivo para rogarles que hiciesen las paces con sus criados: y á fin de que las pudiesen celebrar

con mas alegre solemnidad, entregó á James dos luises de orò, diciendole que aquella bagatela podia contribuir para ello.

Todos los semblantes y corazones de aquellos criados se mudan de repente, y quieren manifestar á Eusebio su alegre reconocimiento y su respeto besandole la mano; pero rehusandolo Eusebio, partieron llenos de alborozo para ir á encontrar á Altano y á Taydor, y satisfacer á los deseos de su amo sobre las paces, haciendolas en una opipara merienda, en que ensalzaron la virtud de Eusebio con mayores veras, que aquellas con que quisieron denigrar su integridad.

Asi vió Eusebio plenamente justificada su inocencia y entereza sin pretenderlo ni buscarlo, grangeandose por lo mismo mayor respeto y veneracion de los otros forasteros sabedores del caso, que se hallaban en la misma posada. Faltaba en ella otro espectáculo no menos tierno é interesante, para prueba del acatamiento que se grangea la virtud en los corazones de aquellos que experimentan sus beneficos y adorables influxos.

El moro que habia llevado los billetes de Sir Towsend al meson, y la respuesta ultima que dió Eusebio en otro billete á las instancias que le hacia el mismo Sir Tow-

send para que lo encomendase al Lord ántes que muriese, habiendo venido otra vez para informarse del estado de la salud del enfermo, despues que habia muerto, y que se habia publicado el testamento, como supo de James las circunstancias de la manda que el Lord habia hecho á Eusebio, sin hacer mencion de Sir Eduardo, volvió á casa de su infeliz amo, á quien contó todo lo que James le habia dicho, y el cohecho de Eusebio para sacarle aquellas trescientas libras esterlinas, siendo así que nada habia querido obtener para su pariente.

Towsend, á pesar de los doce luises que habia recibido poco antes, aunque sabía del mismo James, quando este se los entregó, que los debia á las instancias de Eusebio, no pudo con todo refrenar los transportes de su sentimiento, viendo desvanecidas para siempre sus esperanzas con la muerte del Lord; y dexandose arrebatar del dolor y enojo, sabiendo por medio de James que el testamento se habia hecho á instancias de Eusebio, prorumpe en baldones y improperios contra la avaricia de éste en presencia de sus hijas. ¡ O hombres ! antes de dar crédito á la sutil malicia de la calumnia, esperad á verificarla, si no quereis veros juguete á cada

instante de vuestra facil y engañada credulidad.

Towsend, fomentando su dolor con la memoria del testamento, y de la manda del Lord, hecha en favor de un estraño, quiso volver á leer el billete, en que le decia Eubio haber llegado tarde su recurso; pero que con todo, quedaria consolado. Mas esto mismo que debia alimentar sus esperanzas, sirvió para irritarlo mas, sabiendo que el Lord nada le dexaba; y tomandolo por toréo del que habia conseguido las trescientas libras de renta para sí, comenzó á llorar amargamente, considerando el miserable estado á que se veía reducido sin esperanza, faltandole la que solo le quedaba en la liberalidad de su pariente difunto.

Sus infelices hijas, añadiendo á esta nueva desolacion y tristeza la que las devoraba por los trabajos á que se veian expuestas, y por la que conservaban de la muerte de su madre, que habia fallecido poco antes que dexasen la Inglaterra, prorumpen en nuevos sollozos y lamentos, y se abandonan á la desesperacion, reconociendose sin amparo en un pais estraño, expuestas en la flor de su juventud á todos los horrores de la miseria, y precipitadas del asiento de las comodidades,

de los honores, y riquezas en que habian nacido, en la sima horrible de la necesidad y de la pobreza.

Hallabanse en este tristisimo estado, en compañia de su desesperado padre, buscando alivio á su dolor en sus mismos llantos y lamentos, quando llegó Taydor con el billete, en que Eusebio le participaba la donacion que le hacia de las trescientas libras esterlinas. Towsend avisado que habia un hombre que queria entregarle un billete en propias manos, enxuga sus rabiosas lágrimas para verse con él. Sir Towsend, le dice Taydor, mi amo os envia este billete. = ¿ Vuestro amo? quien es? = Don Eusebio M... = Towsend fixa en Taydor sus ojos encendidos de colera, y estaba ya para enviarlo enhoramala á él y al billete: pero la necesidad pronta siempre á formarse esperanzas, aun donde menos las espera, hizo contener el ímpetu de su enojo, mas no de modo, que no dixese á Taydor con enfado, dad acá ese billete, y se lo quita de la mano.

Towsend vuelve á sentarse, abre el billete, empieza á leerlo con dudas, que se resentia todavia de su colera, y no se lo dexa acabar de leer enteramente el repentino enternecimiento que le causó tan inesperada

é increible noticia, dexando caer su frente confusa sobre la mano en que tenia el billete, apoyado el codo sobre el brazo de la silla. ¿Qué es, qué es, padre mio? dice levantandose la mayor de las hijas, creyendo que su padre tuviese alguna noticia infausta. Towsend levanta entonces su rostro regado de llanto para prorumpir en sollozos.

La otra hija, asustada entonces, acude tambien á consolar á su padre, y ambas á dos se ponen á llorar con él, sin saber porqué llorase, preguntandole el motivo. ¡O hijas mias, les dice; hemos sido bien injustos para con ese caballero, digno solo de nuestra adoracion! Nos cede, nos cede las trescientas libres esterlinas que creimos haber obtenido para sí. Las hijas quedan atónitas, dudando de lo que su padre les decia, quedandoles cuajado el llanto en sus empañados ojos, mirando á su padre sin saber que decirle. Este, despues de haber acabado de leer el billete, se vuelve á Taydor, y le dice: vé, buen hombre, y cuenta á tu amo lo que has visto. A mí solo me toca decirle en persona á qué grado llega mi eterno reconocimiento.

Taydor parte, y dá este mismo recado á Eusebio, sin que éste pudiese imaginarse el modo con que Towsend queria agradecer-

le su donacion. Al otro dia que la otorgó Eusebio, se hizo el entierro del Lord Som... fuera de París, habiendolo retardado el trabajo de la urna en que lo habian de depositar despues de embalsamado. Eusebio quiso asistir á él. ¿ Cómo podia dexar de dar esta prueba de reconocimiento á su perdido amigo?

Vuelto al meson conservaba todavia su rostro las señales del llanto, y del sincero sentimiento que le causó el ver encerrar para siempre el cadáver. Llamado á mesa, su silencio y su inapetencia merecieron las atentas instancias que le hacia el Duque de D.. : para que se esforzase á comer : mas ellas contribuyeron solo para incitarlo con mayor violencia al llanto que procuraba reprimir ; de modo, que se vió precisado á dexar la mesa, y retirarse á su quarto. El Duque y Hardyl acudieron poco despues para consolarlo y sosegarlo, lo que consiguió Hardyl con pocas palabras. Quiso quedar con todo el Duque de D... para hacerle compañia; y acaso trataban de la desgracia de Sir Towsend, quando éste, acompañado de sus hijas, hace le den recado de su llegada.

Eusebio á tan inesperado aviso se conmueve, y llama en su ayuda la moderacion

y modestia, para que no padeciesen menoscabo las intenciones de su generosa compasion, ni la pureza de sus sentimientos, y para no dexarse llevar de la vanidad que comenzó á alagar su corazon con la venida del padre acompañado de sus hijas. Entran estas precedidas del padre, todo enlutado por la muerte de su muger; hasta la gran valona que le caía sobre el pecho era de luto, entrando en el quarto con el sombrero en la mano, y con rostro grave y modesto. Cubria sus canas una peluca redonda cenicienta. Las hijas vestidas tambien de negro, de cabeza á pies, seguian con singular modestia los mesurados pasos de su padre, llevando impresas en sus hermosos, aunque tristes semblantes, las señales de su dolor, buscando con los ojos enternecidos, entre aquellas tres personas que allí veian, y que no conocian, á su bienhechor.

Esto mismo hizo parar al grave Sir Towsend, suplicando le excusasen, si no sabia conocer entre ellos á Sir Eusebio M... Aqui lo teneis, dixo el Duque de D... señalando con la mano á Eusebio. Sir Towsend entonces, inclinandole la cabeza con los brazos abiertos, le dice: ¡Ah! ¿con qué palabras podré encarecer, jóven, digno de mi adora-

cion, el agradecimiento que os debe un desdichado caído en el oprobrio de la miseria? De ésta se dignó sacarlo sin conocerlo vuestra adorable beneficencia. Una gran demostracion de liberalidad puede obtener expresiones grandes del mas vivo reconocimiento: mas la vuestra, Sir Eusebio, excediendo los términos de la humana bondad y misericordia, agota todas las expresiones de la humana gratitud, y hacese acreedora á las demostraciones debidas á la suprema beneficencia. Recibidlas (prosigue á decir Towsend con las lágrimas en los ojos, y arrodillandose delante de Eusebio) recibidlas de este miserable padre, que habiendo comenzado á probar las angustias de la pobreza, está bien ageno de unir á esta prueba de su gratitud eterna la indigna adulacion que este mi llanto desmiente.

Eusebio, enternecido y confuso de la postura y llanto de aquel respetable anciano, queria evitar sus demostraciones, haciendole vivas instancias para que se levantase del suelo. Pero Towsend, llevado del ardor de su gratitud, caminaba de rodillas, buscando y pidiendo la mano que Eusebio rehusaba darle para besarsela, diciendo, que de allí no se levantaria, hasta tanto que no le concedie-

se desahogar en ella su eterno reconocimiento. Hardyl interesado en las instancias de Towsend, dixo á Eusebio que le diese la mano que le pedia. Eusebio condesciende, le alarga la mano; y tomandola Towsend, la apretaba en las suyas, besandola dos y tres veces, y sin soltarla, se vuelve á sus hijas, diciendoles: esta es, hijas mias, la mano adorable que nos sacó de los horrores de la necesidad y del oprobrio, y que desarmó el rencor de nuestra cruel suerte, digna por esto de vuestra adoracion y mia.

Las hijas, oyendo esto, postranse á los pies de Eusebio, alargando sus manos para esperar que Eusebio les ofreciese la suya: mas Eusebio, oprimido de la confusion y del enternecimiento al ver las doncellas arrodilladas á sus pies, y al padre que no queria soltarle la mano, déxase caer tambien de rodillas, y echando sus brazos al cuello del arrodillado Sir Towsend, aplicóle su rostro sobre el hombro, en que resonaban confundidos los ardientes besos del viejo venerable con los sollozos de Eusebio. ¡O que sollozos! ¿Quién exprimirá la inundacion de la celestial dulzura de donde nacen? ¡O virtud adorable! Tú, que recoges con tu divino velo ese precioso llanto de Eusebio, muestraselo á los

hombres, y exîge de sus ojos respetuosos el tributo del dulce enternecimiento que arrancas de estos mios.

El Duque de D... y Hardyl presentes á aquel tiernisimo espectáculo, y conmovidos de su vista, se empeñan en hacerlos levantar, y lo consiguen á fuerza de instancias, despues que hicieron reponer en pie las doncelllas, á quienes hizo asentar Hardyl, y luego á Sir Towsend que no acababa de desahogar los vivos sentimientos de su gratitud. El Duque, para distraerlo, preguntóle el motivo de su desgracia. Towsend, despues de haberse enxugado el llanto, le dixo: No sé, Milord, si sabeis que serví quarenta y dos años en la marina del Rey. = No lo ignoro, Sir Towsend, como tampoco el valor y desempeño con que lo habeis servido. = Oid, pues, el origen de mi desgracia, despues que el Rey se dignó darme el gobierno del puerto de Plimouth.

Habia casi un año que disfrutaba del premio de tantos años de fatigas y desvelos en el descanso de mi gobierno, quando me llegó la noticia infausta de la muerte del Lord M... á cuyas solicitaciones y proteccion debia yo la gracia, que finalmente alcancé; pues sin el favor del Lord, no creo que me

hubieran servido de mérito mis honrados sudores y servicios. ¡ Ah, quien sabe, que no me hubiese sido mejor morir entre el número de los desatendidos ! No, Milord; el hombre no sabe lo que se desea, ni conoce que tal vez es un bien la contrariedad de su suerte de que se queja. Si yo hubiese continuado á experimentar la adversa, tal vez no hubiera dado motivo al Lord W... para que se acordase de un castigo que le dí sirviendo él años atrás de Alferez en mi navio; pues aunque el dicho castigo fue leve, y muy inferior á su desobediencia, bastó con todo para que él conservase su resentimiento, y se vengase luego que se vió levantado al Ministerio.

Apenas me quedaba memoria del caso; pero el ensalzamiento del mismo Lord W... despues de la muerte del Lord M... me lo acordó, con la ocasion de hablar, como acontece, de la persona que vemos levantada. Esto no impidió, que animado yo de las lisonjas y esperanzas que formamos de los poderosos que conocimos, no le escribiese una carta de parabienes por el empleo que el Rey le acababa de confiar: mas no teniendo yo respuesta á una carta tan atenta, reputé su silencio efecto de la vana altaneria del Lord

en su nuevo empleo, sin recatarme de dar quejas contra él en presencia de quien quiso tal vez hacerse mérito de comunicarlas al mismo; pues uno de los capítulos de la acusacion que hizo contra mí á los Comunes, era, que hablaba mal de los Ministros de su Magestad: aunque no sé decidir, si era esta tambien calumnia semejante á las demas, entre las quales era la principal y la mas atroz la de alta traicion de que me acusaba, por la secreta correspondencia, que dixo, mantenia con los enemigos de la Inglaterra para favorecer la entrada en el reyno al pretendiente Stuart, protegido de Luis XIV.

Bien vá todo eso; ¿pero y las pruebas de esa acusacion? preguntó el Duque de D... ¡O Milord! dixo Towsend, ¿faltan jamás pruebas las mas evidentes á la venganza armada del poder contra la inocencia? Oid, y pasmaos de lo que sabe y puede maquinar un poderoso rencor.

Antes que saliese la armada que equipaba Luis XIV para introducir en Inglaterra al pretendiente, quedó apresado de una fragata del Rey un armador de Brest. Este fue conducido solemnemente, para dar mayor color al iniquo artificio, por el Tamesis, hasta la escalera del Temple. Entre las supues-

tas cartas encontradas al armador, y que decia no habia tenido tiempo de echar al mar, habia una del Ministro Colbert, con el sobrescrito para mí, en la qual me participaba el desembarco, y el modo con que lo habia de hacer la armada francesa; añadiendo en ella, que en caso que aquel desembarcó se malograse, serviria de llamada, para que con mayor seguridad de los franceses pudiesen estos apoderarse del puerto de Plymouth, con otra armada que saldria al mismo tiempo á este fin; pues aunque pequeña, lo conseguiria, supuesta la traicion del Gobernador de aquella plaza, entendiendolo de mí.

A una tan evidente apariencia de verdad, nacida de tan refinado artificio, exîstiendo la carta con la firma del mismo Colbert, y encontrada á un armador velero, á quien se le dió caza por largo tiempo, y á la confesion del mismo Capitan del armador, á quien apremiaron con promesas para que dixese el lugar de la playa en que habia de dexar la carta, y el nombre del marinero que la habia de recibir; y finalmente, á la delacion del mismo Lord W... sostenida de la eloqüencia de los oradores, ¿cómo queréis que no se dexasen deslumbrar los Comunes?

Como quiera, yo fui declarado traidor; y antes que me viniese el orden para que me presentase, tuve secreto y diligente aviso de un íntimo amigo mio de lo que se intentaba contra mí, aconsejandome que saliese sobre la marcha de Inglaterra aunque fuese en camisa. Hallabame yo muy ageno de tan improvisa desgracia á la cabecera de la cama de mi muger moribunda quando me llegó este funesto aviso. El profundo dolor que me tenia postrado por la pérdida inevitable de mi muger, á quien amaba tiernamente, se convirtió en estúpido terror, sin saber alzar los ojos del suelo, donde los clavé, despues de haberlos apartado de aquella fatal carta.

Todas las terribles conseqüencias de tan fiero golpe se presentaron de tropel á mi angustiada mente, y la acometen con tanta fuerza, que prorumpo en amargos sollozos, no sabiendo encontrar remedio ni reparo á mi inminente ruina y desventura, si no la evitaba con la fuga, como mi amigo me aconsejaba. ¿Pero cómo dexar, desamparar á mi querida muger en tal estado? á quién encomendar mis dulces hijas, solo consuelo de mi avanzada edad? á donde huir? cómo encontrar medios para executarlo sin nota de mis perseguidores? A estas ocurrencias no resis-

te mi angustiado corazon, y quedo sin sentidos en la silla en que acababa de leer la carta.

Los criados, mis infelices hijas acuden á socorrerme, y lo consiguen: yo vuelvo en mí, pero para verme hecho juguete de mayor dolor, reconociendo á mis dolientes hijas que me preguntaban la causa de aquel accidente. Por respuesta las arrimo á mi seno, bañandolas con mis lágrimas, y desahogando con ellas los sentimientos de mi dolor, de mi cariño, de la rabia y desesperacion, que succesivamente exâsperaban mi pecho. Hiriendo al mismo tiempo á mi alterada fantasia la memoria de mi muger moribunda, me obliga á desprenderme de ellas con ímpetu violento, y á precipitarme con los brazos tendidos, hechos mis ojos fuentes de lágrimas sobre la cama, y sobre la mano de mi muger para besarsela, lamentandome de mi cruel suerte.

¡Mas ay, Milord! la yerta frialdad de aquella mano hiela el furor de mis transportes, llamando mi asustada sorpresa para enterarme si estaba muerta. Lo estaba ya, ¡triste de mí! su muerte fue semejante á un tranquilo sueño, envidiable á su desventurado y viudo marido. ¡No sé como resistí

entonces al fiero acometimiento de la desesperacion que se apoderó de mi pecho, obligandome á romper mis vestidos, á mesarme los cabellos entre el llanto y lamentos de mis hijas y criados!

En estos excesos de mi rabioso furor, se presentan á mi agitada imaginacion los ministros de la justicia, como si viniesen á prenderme. Huyamos, hijas mias, exclamo entonces fuera de mí: huyamos, si no quereis ver á vuestro miserable padre victima de la mas negra y detestable venganza. ¿Mas á dónde, padre mio, me dice Nely llorando, y asustada, á dónde quereis que huyamos? = No lo sé, hija mia, huyamos, y asiendola del brazo me encaminaba ya con transportada incerteza, quando se me presenta Tautel, un moro que compré niño en la Jamaica, y que me sirve desde entonces, aun despues de haberle yo dado la libertad que se habia merecido por su fiel amor y servicios.

A este resuelvo comunicar mi desventura, y á ese debo mi desdichada salvacion. Tautel, oida mi relacion, me ruega con lágrimas que me sosiegue, que me fie de su cariño; y que mientras él volvia, recogiese todo el dinero y lo mas precioso de mis haberes. Hicimoslo así mis hijas y yo, á pesar de nues-

tra suma afliccion , y de las lágrimas con que regabamos lo que nos venia á las manos para empaquetarlo.

Era ya tarde quando volvió Tautel , pidiendome que firmase un orden para la guarda del puerto , á fin de que dexasen salir sin registro aquella noche un esquife con quatro personas. Hicelo yo sin saber lo que me hacia , enagenado del dolor , y rendido y sumiso como un muchacho á los consejos de Tautel. Este se vá con el orden firmado , y vuelve dandonos priesa para partir. Dos solos fardillos era nuestro matalotage ; y entre la poca lenceria iban envueltas algunas joyas, y mil libras esterlinas con que me hallaba.

O Tautel , le digo , al verlo cargar con los dos fardos , ¿ partir sin dar antes sepultura á mi muger ? no me lo sufre el corazon: no es posible : morir quiero antes de qualquier modo : muramos , hijas mias , antes que desamparar á vuestra respetable madre. Los nuevos sollozos y lamentos de mis hijas y mios , detienen nuestra resolucion ; pero Tautel la combate diciendome : ¿ pues qué, vos , señor mio , la quereis enterrar con vuestras manos ? La vida , la salvacion de vuestras hijas y la vuestra , ¿ no os impelen á la huida sin que deba resentirse por ello vues-

tra piedad, dexando de asistir al entierro, al qual de qualquier modo no debierais asistir? no lo pueden executar los criados que aqui quedan? Voy á decirles que la afliccion os obliga á ausentaros por dos dias de la casa llena de tristes memorias de vuestra muger difunta.

Dicho esto, se sale; y dexando encargado á los criados el funeral, vuelve para ayudarme á mudar de vestido: y así mal arropado, y como impelido y forzado de Tautel, dexo atónito y penetrado de los mas vivos sentimientos, acosado del temor, y movido de la desesperacion, la casa que habitaba. Mis hijas despavoridas, gimiendo y temblando por la vida de su padre, á cuyos brazos estaban asidas, me detenian ó me impelian, segun eran los efectos del miedo que las sobresaltaba en la oscuridad de la noche, aunque esta fuese clara.

Asi llegamos precedidos del fiel Tautel al lugar en donde habia dexado el esquife; y acomodados en él, nos separa de la orilla al impulso del remo. La luna en su mayor esplendor hacia relucir la tremula placidez del mar en calma. Ningun viento corria: solos los alciones con sus tristes acentos parecia que acompañasen á lo lejos los gemidos del

pavor y dolor que mal podian sufocar mis desoladas hijas, con las quales estaba yo abrazado en el esquife, llorando no menos amargamente que ellas, aunque iba mas enagenado del dolor que me despedazaba, sin saber el lugar á donde Tautel nos llevaba.

Esta incertidumbre llega á herir mi imaginacion, y haceme volver sobre mí, para saber de Tautel quáles eran sus intenciones: me reconozco entonces salido del puerto, y expuesto al ancho mar que Tautel se esforzaba de ganar, remando con todo su ahinco. ¿Tautel, le digo entonces, á donde nos llevas? Consuelános, si es posible esperar consuelo en medio de tan acerbas angustias y desventuras. Voy á poneros en salvo, me responde: fiaos de mí, y sosegad vuestro corazon. Pero Nely, no pudiendo sosegar su afan en tan penosa incertidumbre, insta á Tautel para que nos sacase de ella. Dexando él entonces de remar, nos dice que tenia notada una cueva espaciosa, conocida de pocos, y algo lejos del lugar donde nos encontrabamos, y á donde nos llevaba á esconder, mientras buscaba mejor proporcion para hacernos pasar á Francia.

Esta respuesta fue para mí lo que para el cansado y sediento caminante en el ma-

yor ardor del estio la fresca fuente á la sombra de un ameno bosque. Ella disipó en parte el terror con que asombraba á mi ánimo la cruel fortuna, pareciendome que cansada dexase de perseguirme: mas la falta del sueño, y el ocio triste de aquella pausada navegacion, comenzaron á sugerirme de nuevo mil funestas ideas que ofendian la fidelidad de mi libertador, viendome solo con mis dos hijas doncellas, y sin fuerzas para defenderlas, si la ocasion llegaba á corromper las intenciones de Tautel; y aunque la confianza que en él tenia, sosegaba en parte mis terribles temores y sospechas, estas con todo, me llevaban en contínuo sobresalto.

Así pasamos en claro toda aquella noche, fluctuando mi ánimo entre mil funestos pensamientos, mucho mas que el esquife con las placidas olas, por mas que el buen Tautel las pocas veces que hacia descansar los remos al escalamo, nos procurase consolar prometiendonos la cercania de nuestro seguro refugio, á donde jamas acabamos de llegar.

Las estrellas comenzaban ya á esconderse de los primeros albores de la aurora que despuntaba, dexandonos ver mas clara la tierra que costeabamos, quando Tautel du-

doso si habia ó no pasado la cueva, acercandose á la playa para certificarse de ello, acierta á dar en un pequeño seno que formaba el mar; donde apenas entrados, descubrimos á dos pescadores que remendaban sus redes estendidas cerca de una casilla, la sola que nos presentaba aquel pequeño, pero delicioso amfiteatro de la naturaleza.

¡No os puedo ponderar, Milord, quán dulce vista fue aquella para mí! qué suave envidia no me merecieron aquellos pobres y olvidados pescadores! El desasosiego, y tumultos del fasto y de la ostentacion, el esplendor de la ambicion y de la grandeza, ¿son por ventura delirios de la vanidad de los hombres? Asi á lo menos me lo pareció entonces á la vista de aquellos dos pescadores en el silencio y tranquilidad de aquella amena ensenada. Si los pobres supiesen apreciar su estado, no dudo que ellos solos fueran los felices en la tierra.

Tautel, conociendo que habia errado el sitio, iba á virar para salir de aquel frondoso seno cerrado de verdes montecillos, cuyas blandas laderas y amenidad doraban ya los resplandores del dia amanecido. Pero yo sintiendome un fuerte impulso de confianza que me daba la vista de aquellos quietos pesca-

dores, le digo á Tautel, que se acerque hácia ellos; y aunque pareció obedecer con alguna repugnancia, se acercó, suspendiendo ellos su trabajo para mirarnos.

Hago señal con la mano al mas anciano para que me ayudase á salir del esquife que Tautel no pudo empeler fuera del agua; pero al levantarme del asiento para darle la mano, me reconoce el pescador, y quitandose con respeto la gorra, me dice: ¿ vos aquí, Sir Towsend ? qué milagro es este ? bien venido seais. Yo, sorprendido, y algo asustado al principio de ser conocido de aquel hombre, fixo en él mis pasmados ojos y lo reconozco tambien: habia servido algunos años de marinero en mi navio. Guinc, ¿ vos aquí ? le digo: ¿ es esta vuestra dichosa habitacion ? Aqui vivo, me responde, con mi familia: será feliz si os dignais honrar mi pobre casilla con vuestra presencia.

Ningun Rey de la tierra pudiera hacerme una oferta mas agradable, ni que pudiera yo aceptar con mas intenso consuelo, que aquella que el buen Guinc me acababa de hacer; y habiendo ayudado á salir á mis hijas del esquife, seguimos á Guinc que nos encaminaba á su casa, donde apenas entrados, lo llámo aparte y le digo: Guinc, sabeis lo

que es el amor de padre, y lo que nos obliga hacer? Un señor poderoso del reyno intenta robarme una de mis hijas, no habiendo yo querido darsela en casamiento. Esto me precisa á pasarla á Francia, y si lo consigo por vuestro medio, satisfaré colmadamente vuestro servicio. Si os atreveis á venir en mi pequeño barco, responde Guinc, os prometo de poneros en un lugar seguro en la costa de Francia, á pesar de la guerra declarada, y de los armadores enemigos: y puesto que el tiempo no es muy favorable, iré á prevenir lo necesario, y entretanto podeis tomar descanso.

Un estrecho abrazo que le dí por respuesta en el transporte de mi agradecido júbilo, lo empeña mucho mas en servirme. Su oficiosa muger y una hija que acudieron á su llamamiento, acomodan sobre un colchon de ova mis hijas trasnochadas; y mientras ellas y yo rendimos al sueño nuestros pechos aliviados de los pasados afanes y temores, Guinc y su hijo, que era el otro pescador que estaba con él remendando las redes quando aportamos, disponen el barco ayudados de Tautel, y lo proveen para partir, entretanto que su muger y su hija preparaban la comida.

Quisiera exprimiros, Milord, la dulzura de los tiernos sentimientos, que á pesar de mi desventura, probó mi ánimo, quando ya algo tarde, dispertado de aquella buena gente, y llamado á mesa, me ví sentado en ella en su compañia. Mesa capaz para tantos no la habia: debiose formar de dos tablas de barco, asentadas sobre quatro colmenas, aunque cubiertas de un razonable mantel. Coronabanla dos grandes platos de peces asados, á que se reducia toda la comida, sobrada para tantos afanes, y muy corta para la buena y oficiosa voluntad de aquellas gentes que quisieran darnos el alma. ¡Con qué expresiones afectuosas excusaban su pobreza, y nos rogaban que compadeciesemos su síncera cordialidad! No espero ya, Milord, probar en mis dias mas delicioso convite, ni que tanto regalase mi ánimo.

Quise recompensar la hospitalidad de Guinc y de su muger, y las atenciones de su hija, dandoles unas ajorcas de perlas, engastadas en oro que llevaba entre mis joyas; y entre los afectos y expresiones de su respetuoso agradecimiento, y del de mis hijas para con ellas, dandonos priesa el animoso Guinc, zarpamos finalmente, seguidos de los votos, y de los ojos de aquellas buenas

mugeres, hasta que nos cubrió el uno de los montecillos que se levantaba á la embocadura de aquel seno, saliendo nosotros de nuevo al espacioso mar, á quien rizaba un blando Nordest que prometia sernos largo tiempo favorable.

Guinc, su hijo, y Tautel eran los marineros. El sol teñia ya de su roxo esplendor el horizonte occidental, descubriendo todavia parte de su ancha y encendida faz al dilatado mar que doraba de sus inflamados rayos. La vela alzada toma de lleno al viento. Nos entregamos á su soplo favorable que nos hacia volar, cortando la proa la espuma que con lisonjero murmullo se desvanecia en su rápido curso.

Asi caminamos toda aquella noche y parte del siguiente dia, en que comenzando á arreciarse el mismo viento, Guinc se atreve á meterse en el golfo, confiado en la ligereza de su barco, y dirige el rumbo hácia las costas de Francia. La llegamos á avistar quando ya la mar comenzaba á embravecerse: y aunque entonces vimos que se esforzaba en venir contra nosotros un armador de Boloña, á quien era contrario el viento que nosotros teniamos en popa, la presencia de ánimo é intrepidez de Guinc nos libró de caer en sus

manos, aunque acrecentó los temores y afanes de mis hijas y los mios, dirigiendo osadamente el curso hácia el armador en vez de evitarlo. Este, viendo la confianza con que navegabamos hácia tierra, debió sin duda creernos pescadores de Calais, para donde Guinc dirigia el rumbo; pero en vez de llegar á aquel puerto, torció hácia una cala en donde nos desembarca felizmente, dexandonos en la playa, y diciendome, que aquello era lo mas que podia hacer su atrevimiento.

Despues de los abrazos que le dimos, acompañados de lágrimas con que le agradecí tan grande servicio, le entrego cincuenta libras esterlinas; y aunque las agradecia él con vivas demostraciones, nos hubo de dexar, y hacerse á la vela. ¿ Qué mas podia yo pretender de mi fortuna cruel en mi huida de Inglaterra ? pero cómo podian no crecer mis afanes al reconocerme solo con mis hijas, al cielo raso, y con Tautel' cargado con los pesados fardos ? ¡ Qué tristes ideas no me infundió aquella larga y silenciosa playa á que me veía expuesto, sin descubrirse habitacion, sino la de un pequeño lugarejo que se levantaba en el fondo de aquella cala ! ¿ Qué hacer ? á quién acudir en medio de una nacion enemiga, ó que tal la hacia la guerra declarada ?

Las ansias de escapar á la pesquisa de mis enemigos nacionales, no me hizo prever ninguna circunstancia de las que debian embarazar mi determinacion; pero metido en el lance, y pisando ya la playa que antes era de mí tan deseada, trocaronse mis deseos en mortales dudas y angustias, acrecentadas de los gemidos y afanes de mis pavorosas hijas que no me dexaban dar un paso para alejarme de aquella orilla.

¿Toma por ventura á su cuenta el cielo proteger alguna vez la desgraciada inocencia? A él acudimos mis hijas y yo en medio de nuestras terribles zozobras; y sin duda atendió á nuestros ardientes votos y ruegos, haciendonos apechugar con aquel arenal que pisabamos con fatiga. Mas apenas habiamos caminado medio quarto de legua, que dimos sin pensar con un hermoso niño, el qual se entretenia en recoger conchas en la orilla del mar, algo lejos del lugar hácia donde nos encaminabamos.

Mostraba ser por su vestido de padres ricos, lo que mucho me consoló, moviendome á decirle en lengua francesa, ¿si moraban alli cerca sus padres? El niño alzó sus inocentes ojos ocupados en recoger aquel despreciable tesoro, y los fixa en nosotros, es-

pecialmente en Tautel, cuyo negro color parecia que lo amedrentaba, y que le impedia darme respuesta á la pregunta que le hacia; de modo, que vimos llegar un Eclesiástico que iba en su busca antes que él me respondiese.

El Eclesiástico nos saludó con afable sorpresa, extrañando vernos allí, creyendo que hubiese naufragado nuestro navio en aquella costa, pues conoció que eramos ingleses, antes que yo le confiase mi desgracia y le pidiese amparo, implorando su humanidad en tan críticas circunstancias. A la verdad la experimentabamos de él, consolandonos sobre manera luego que nos dixo que el padre de aquel niño, á quien él educaba, era hijo de un inglés, que años atrás se habia establecido en Calais, despues de haber abjurado la religion protestante; y que su hijo, padre de aquel niño, era rico mercader, llamado Guillermo Wombels, que se hallaba allí cerca en su casa de campo, á donde luego nos encaminó, presentandonos al dicho Wombels, del qual recibí todos los agasajos que pudiera esperar de mi mayor amigo luego que le confié toda mi desgracia.

Largo fuera, Milord, contaros la cordial hospitalidad, y generosa beneficencia con que

me trató, y lo que hizo en mi favor, librandonos el cielo por su medio de los embarazos y peligros que encontraba nuestra libertad durante la guerra, hasta que nos hizo encaminar á esta Capital, donde supe que se hallaba el Lord Som... nuestro pariente, esperando mucho de su generosidad, aunque quedaron burladas mis lisonjas. Sin duda debieron preocupar su ánimo las voces esparcidas de mi supuesta traicion para tratarme como me trató, permitiendolo tal vez el cielo, para que experimentase el exceso de la beneficencia de este jóven caballero en la mayor desesperacion de mi miseria, á que me reduxo la nueva desgracia de perder por el camino uno de mis fardos, y cabalmente aquel en que llevaba mis joyas y dinero, solos bienes que me quedaban en la tierra, despues que supe en Calais que se habian confiscado todas mis haciendas.

Aqui dió fin Towsend á su relacion, llorando él y sus hijas, y prorumpiendo en nuevas demostraciones de gratitud á la generosa donacion de Eusebio. El Duque de D... mucho mas interesado entonces en favor del desgraciado Towsend y de sus hijas, le dixo: que se encargaba de hacerle percibir la renta de las trescientas libras donde gustase. Tow-

send le agradece el favor, y vuelve á renovar las demostraciones de su gratitud á Eusebio; pero queriendo postrarsele otra vez de rodillas, Eusebio lo previno con firme y enérgica resolucion de no aceptar tales demostraciones, rehusandole tambien la mano que le pedia para besarsela por despedida, que efectuó con lágrimas, y bendiciendo á su singular y munífico bienhechor.

Partido Towsend con sus hijas, se despide tambien el Duque de D... encareciendo á Eusebio la conmocion que le habia causado la demostracion de Towsend y de sus hijas, y alabandole su admirable generosidad para con aquel desgraciado. Sobre esto continuaron á tratar Hardyl y Eusebio quedando solos, diciendo Eusebio el sumo alborozo que probaba por haber socorrido aquella desgraciada familia, especialmente despues que Towsend descubrió el motivo de su desgracia. Hizole hacer Hardyl sobre ella algunas reflexîones, acortando su discurso la entrada de Altano y Taydor, que esperaban saliesen aquellos señores para componer los baules, pues habian ya determinado Eusebio y Hardyl partir al otro dia de París, como lo executaron con el mismo coche y caballos con que comenzaron su viage.

La sazon era fria todavia, y haciala desapacible el blanco y nubloso cielo que acababa de descargar copiosas nieves, cubriendo los campos y caminos que presentaban á la vista de los viajantes los desnudos troncos de los árboles, y sus erizadas cabelleras blanqueadas de la nieve: rompian al vasto silencio que reynaba á la redonda los silvidos del cierzo entre los deshojados ramos, y los graznidos de las hambrientas cornejas que iban revoloteando á bandadas por aquellas nevadas llanuras.

Altano, Taydor y los cocheros iban envueltos en peludos gabanes, de que los armó la compasion de su amo, atendido el rigor del tiempo en que se veian obligados á partir por las instancias de Henrique Myden, y por las circunstancias del pleyto. Eusebio, á pesar de la inamenidad del camino, probaba no poco alborozo por acortarsele á cada paso la distancia que lo separaba de Leocadia, lisonjeandose de su recobrada salud, y resarciendo la molestia de los malos caminos el deseo de llegar al término deseado, hácia el qual se encaminaban por el camino de Leon antes que por el de Bayona, deseando Eusebio ver las fábricas y telares celebrados de aquella ciudad.

Esto, y los malos caminos que acababan de experimentar luego que llegaron á Leon, los hizo detener mas tiempo de lo que habian determinado en aquella ciudad, esperando que se mejorasen los caminos con el buen tiempo, y que se concluyesen algunos modelos que Eusebio mandó hacer de algunos telares de seda. Solian Hardyl y Eusebio freqüentar en Leon la casa del mercader á quien iban encomendados, y para quien llevaban cédulas de cambio. Al dia siguiente que llegaron á aquella ciudad, quiso convidarlos el mismo mercader á una visita que convocó en atencion de los mismos. El número de las personas era bastante crecido, y entre otras cosas de que trataban en la conversacion, mereció de la gente, particular y larga mencion, la novedad de los duendes que se oían en una casa de la ciudad, viendose precisados á desampararla los que la habitaban, por los ruidos de arrastradas cadenas, y de mahullidos de gatos que se oían en sus desvanes.

Al oir esto Hardyl, preguntó á uno de los que contaban estos ruidos, y que era otro rico mercader de Leon, ¿si la casa en que se oían los duendes estaba aislada ó contigua de otras? y respondiendole el mercader, que con-

tigua; Hardyl replicó: si es así, extraño que no les haya dado gana á los duendes de inquietar las casas vecinas, pudiendolo hacer tan facilmente. El mercader comienza á darle razones serias, porque no lo hacian, ensartando patrañas y necedades, de que tanto se alimenta la credulidad del vulgo, acrecentada del miedo de la exâltada fantasia, y de las hablillas de la gente.

Hardyl le dixo entonces, que extrañaba que el público no tomase providencia sobre ello, dexando cundir en el pueblo tales embelecos en grave daño de la sociedad, por las desazones, sustos y zozobras que padecian los ánimos, no siendo tampoco indiferente el perjuicio que ocasionaba el dexar fomentar tan ridículas ideas en la gente, y tan agenas del recto juicio. ¿Pues qué, quereis poner duda, le dice el mercader, en lo que tiene verificado toda la ciudad? No lo tendrá bastante verificado, responde Hardyl; y si quereis ver como se desengaña, apostemos cincuenta luises para dote de dos doncellas pobres, que arrojo yo á esos duendes de la casa en que se oyen.

A tan inesperada y atrevida proposicion de Hardyl, se conmueve toda la visita, rogando los crédulos y temerosos á Hardyl que

no lo hiciese; y otros, curiosos del éxîto, instigando al mercader para que aceptase la apuesta. La disputa se empeñó tanto, que el mercader la acepta, y Hardyl determinó poner en execucion su empeño al dia siguiente si el Gobierno se lo permitia; pero no habiendo dificultad por su parte, lo efectuó, esparciendose por la ciudad la empresa del forastero, sobre la apuesta de los cincuenta luises para dote de dos doncellas pobres.

Tratando de ella Hardyl y Eusebio luego que salieron de la visita, preguntóle Hardyl, ¿si tendria ánimo para acompañarlo? = ¿Y cómo quereis que me sufra el corazon dexaros ir solo? pues aunque estoy tan lejos de dar fé á esos fantasmas imaginarios quanto vos de temerlos, pudiera con todo nacer algun accidente que os estorbase salir con el intento; y así contad conmigo, pues tampoco me amedrenta lo que creo firmemente que no exîste. = Habremos de padecer alguna incomodidad, y tener algun gasto; pero lo podremos dar por bien empleado, atendido el bien que á muchos se les puede seguir del desengaño, y el que les viene á las doncellas, á quienes van á dotar los duendes.

A mas de esto conviene que nos quedemos á dormir en la misma casa aduendada;

y para ello debemos hacer llevar camas para nosotros, y para Altano y Taydor, pues es bien que ellos nos acompañen por lo que pudiese ocurrir; porque como siempre hacen de duendes los vivos, importa precaverse antes de estos que de los imaginarios.

Llegada la hora de encaminarse á la casa, como viese la gente ir el carro con las camas que seguia á los forasteros, allegabase el pueblo curioso, y asustado al mismo tiempo, llenando la calle en que estaba la casa de los duendes, para ver el éxîto de aquella ruidosa y temible empresa que tal les parecia. Hardyl y Eusebio, seguidos de Altano y de Taydor, entran en la casa vacía de todo mueble. Su silenciosa soledad arremetia: las pisadas resonaban con mayor eco: las voces naturales de Hardyl, de Eusebio, y de Taydor, parecian mas roncas y de otro temple á los oidos de Altano.

Habian recabado de éste Hardyl y Eusebio, á fuerza de persuasiones y promesas, que los acompañase, empeñando en ello su reputacion; y se resolvió finalmente, aunque de mala gana, á no desamparar á su amo: y aunque fue el postrero á entrar en la casa, diose priesa, entrado ya en el zaguan, para dexar trasero á Taydor, quando iban ya á

tomar la escalera, sin atreverse á desplegar sus labios, palido, temblando, y creyendo dar de hocicos á cada paso con algun duende, ó que le agarrase las piernas.

Taydor que le iba detras para hacer bulla, le daba de quando en quando algun tiron del gaban con que lo hacia saltar, acompañando el salto con un juramento mas redondo que su cabeza. Habian ya registrado con menuda atencion y advertencia todos los quartos y rincones, no para ver si daban con duendes, sino para descubrir indicios de engaño, y de fraude de los vivos; pero no encontrando ninguna señal, resolvió Hardyl hacer subir las camas que quedaban todavia en la calle sobre el carro, en que trabajaron no poco Altano y Taydor, ayudandoles el mismo Hardyl y Eusebio, no habiendose atrevido el carretero á entrar en la casa, ni otro ninguno del inmenso gentio que cubria toda la calle, esperando en ella de pies que Hardyl baxase con alguna cabeza de duende, ó que los duendes lo descalabrasen.

Colocadas finalmente las camas, faltaba lo principal, que era el registro del desvan donde anidaban los ruidosos fantasmas; pero al subir Hardyl y Eusebio la corta escalera que llevaba á él, Altano, desamparado entera-

mente del esfuerzo que habia cobrado con el trabajo de subir las camas, comienza á decir con voz lastimosa á Eusebio: por Dios, mi señor, no acometa Vmd. ese desatino sino quiere morir de mala muerte, como lo oí decir de muchos que quisieron hacer los valientes. Vamonos de aquí, y dexemos esta casa endiablada que se la lleve barrabás, y no exponga Vmd. su vida por una demanda tan desatinada. Si no quieres subir, le dice Eusebio, quedate aquí y nos guardarás las espaldas. = ¿Qué espaldas puedo guardar, mi señor Don Eusebio, pues ni aun para guardar cabras estoy? vea Vmd. que de un puntillazo no le echen los duendes por los ayres como una pelota, ¿y entonces que espaldas le podré guardar?

Mientras Altano decia esto, Hardyl forcejaba en abrir la puerta; mas siendo vanas sus tentativas, echando de ver que la puerta estaba cerrada, y enclavada por dentro del desvan, determinó echarla á tierra. Para esto, siendo necesaria herramienta, dió orden á Taydor que fuese á buscarla, pues de Altano no habia que esperar que diese un paso á solas aunque le ofrecieran un reyno. Estando allí de pies parados en la escalera esperando que Taydor volviese con la herramien-

ta, Hardyl dixo á Eusebio: ved que advertidos fueron los duendes, y quan poco los que los temieron, pues si estos hubiesen tenido ánimo para venir á registrar el desvan, y certificarse de la causa de los ruidos, á buen seguro que los duendes hubiesen desistido de sus mañas.

Apenas acababa de decir esto Hardyl, quando oyen sobre sus cabezas un recio golpe, como de gran piedra tirada con fuerza; luego un galopeo como de caballos; y parado esto, comenzó nuevo ruido de cadenas arrastradas con pausa, é inmediatamente con rapidez. Entonces sí que se le cuajó la sangre en las venas á Gil Altano, haciendole abrir la horrible consternacion un palmo de boca, y mostrando los dientes, como pintan á los rabiosos condenados, gimiendo de pavor como si remedase el gruñido del perro; luego batiendo los dientes con tanta violencia que parecia le hubiesen tomado tercianas.

Hardyl, el mismo Hardyl necesitó llamar á cuenta su repentino sobresalto, y Eusebio hubo tambien de hacerse fuerza para contrastar los primeros movimientos del temor que lo asaltó al oir aquellos extraordinarios ruidos. Sabian que no habia nadie en la casa: veían la puerta del desvan cerrada:

¿ quién pudo pues arrojar con tanta fuerza aquel peñasco, que tal pareció al golpe ? qué caballos podia haber en el desvan ? quién podia arrastrar aquellas cadenas con tanta violencia , despues de haberlas paseado con pausa sosegada ?

Uno de los motivos que hace al miedo tan terrible y poderoso , es la fuerza que tiene de deslumbrar y preocupar la razon , y de trastornar la fantasia. Aquel cree verdaderamente ver despierto y de pies lo que no vé , y sentir lo que no siente. Tal huye despavorido de un imaginario gigante , y de un objeto que le forja la fantasia. Tal juraria que acabó de oir claramente la voz de un difunto , de un espectro , de un santo que lo llamó. ¿ Qué mucho que el vulgo ageno de reflexîon , sea juguete en todas las partes del mundo de esta pasion que le infundió la naturaleza, como movil de su conservacion ?

Ella nos hace evitar los peligros , y recatarnos de todo aquello que nos parece pudiera causar la destruccion de nuestro ser. Aves, peces , fieras , hombres, todo ser sensible teme , porque teme perecer. No es posible desarraigar enteramente el miedo del corazon, como no se pueden desarraigar tampoco las demas pasiones ; pero bien sí , puede sufrir

freno como ellas, y sus fuerzas disminuirse con la reflexîon, inquiriendo el origen de lo que nos amedrenta, y sobreponiendo al miedo el conocimiento de la razon, ó para contenerlo, ó para sufocarlo, siendo esto tambien uno de los efectos del estudio de la sabiduria.

Ninguno teme menos que aquel que mas reflexîona, especialmente sobre estos motivos y causas que alteran la fantasia; porque fortalecido su ánimo de los conocimientos de la verdad, y de los engaños á que está expuesta la imaginacion, se acostumbra poco á poco á hacer frente á los miedos, y luego á despreciarlos, sin que baste para esto el natural valor si no anda prevenido de la reflexîon. Porque tal acometerá solo con intrepidéz á un esquadron entero, que no tendrá ánimo para entrar solo en un lugar á obscuras, ni velar á un difunto, aunque alumbrado de mil antorchas. ¿Tiene por ventura mayor motivo de temer á un cadáver yerto é insensible, ó á la obscuridad de un aposento, que á el azero ardiente empuñado de un feroz enemigo? no por cierto. Pero su fantasia, avasallada de la opinion, trastorna su mente, y enagena sus sentidos. De aqui las apariciones, las brujas, los duendes, los trasgos, las hablas de los difuntos,

Et contum, è stygio ranas, in gurgite nigras,

y tanta conseja del vulgo con que dexan fomentar las preocupaciones de su rudeza, aquellos mismos que debieran destruir esta ciega credulidad que tanto daño acarrea.

Hardyl vuelto luego sobre sí de aquel repentino sobresalto, despues de haber buscado la causa de aquellos ruidos, dice á Eusebio: se hubieran podido ahorrar estos duendes tanta alaraca; y en vez de ella, hubieran hecho mejor de acometernos cara á cara. Eusebio, habiendo cobrado ánimo con estas palabras de Hardyl, le pregunta ¿quál pensaba que pudiese ser la causa de aquellos ruidos? La causa particular no sé atinarla, le responde Hardyl, pero la general la podeis conocer tan bien como yo; pues sin brazos las cadenas no se mueven, ni se galopea sin piernas: señal que los duendes quieren amedrentarnos de lejos para hacernos desistir de la empresa.

Señor Don Eusebio, por Dios, exclama entonces Altano tiritando, y ciscandose de miedo, que se me afloxaron los muelles, y arrojo el alma por los calzones: ¿á donde iré á remediarme, cuitado de mí? quién diablos me metió en ensayar este desatino? Bue-

no está eso, le dixo Hardyl: ¿ahora que necesitamos de tí para que vayas delante con el cuchillo desembaynado, nos sales con eso? ═ ¿Pues qué, estuvo en mi mano, voto á tal, el que no se me saliese? ═ Ahora lo percibo: hazte allá que nos apestas. ═ No, vive Dios, que no me moveré del lado de mi señor Don Eusebio. Vamonos de aquí, mi señor, por lo que mas ama en este suelo se lo pido: por mi señora Doña Leocadia, por mi señor Don Henrique Myden: vamonos, y dexemos que hundan los demonios de duendes esta casa maldita, que no nos importa un bledo.

¿Pero hasta ahora, le dixo Eusebio, qué mal te han hecho los duendes? no vale mas que sufras un poco para perderles el miedo en adelante? Asi te desengañarás por tus ojos, y conocerás que son los vivos los duendes verdaderos, y no los muertos. ═ Señor, que los duendes no son ni vivos ni muertos. ═ ¿Pues qué son? ═ ¿Quién lo puede saber? solo sé que no son ni vivos ni muertos. ═ ¿Qué es, pues, lo que puedes temer de ellos, si no son ni muertos ni vivos? ═ Que me dén un susto que me mate. ═ ¡No se puede negar, Eusebio, dixo entonces Hardyl, que no tengais un excelente criado! ir á ciscarse de mie-

do á lo mejor ! = Señor Hardyl, sé exponer mi vida por mi señor Don Eusebio; pero ir á meterse con duendes, solo la temeridad de Vmd. lo pudiera acometer.

Las pisadas de Taydor que subia á priesa la escalera, hacen callar á Altano: Taydor llega preguntando, ¿qué era lo que habia sucedido, pues la gente estaba muy conmovida, y alborotada en la calle por los ruidos de cadenas que habian oido? Dad acá ese escoplo y martillo, le dice Hardyl, y no nos detengamos en ruidos. A pocos golpes se desenclava la puerta rota, y dexa la entrada libre al desvan, á donde sube Taydor delante de Hardyl con la espada desembaynada. Altano, asiendose entonces del brazo de Eusebio, le rogaba con las mayores veras que no subiese, ni lo obligase á subir. Pero Eusebio viendo á Taydor y Hardyl escalera arriba, esperando que Altano se desengañaria si lo hacia subir, lo arrastra, segun estaba asido á su brazo, y hacelo entrar en el desvan.

Lo primero que llamó la curiosidad de Hardyl y de Eusebio fue el golpe de la piedra que oyeron sobre sus cabezas; y acudiendo á donde lo oyeron, hallaron algo apartado un grueso ladrillo, que la fuerza del golpe habia hecho partir por medio, señal que no

habia caido accidentalmente del techo, sino que habia sido arrojado con fuerza. Penetrando luego juntos en otra division del desvan, Taydor tropieza con una cadena de gruesos eslabones, que yacia tendida alli en el suelo, y cuyo ruido hizo tomar la escalera de corrida á Gil Altano, quedando allí en el remate de ella cogido de la varandilla, vuelto el rostro hácia la entrada de la division, para ver si comparecia algun fantasma.

Hardyl acude al ruido del tropiezo de Taydor con la cadena, y dice á Eusebio: ved aqui las armas de los duendes, quien sabe que no demos tambien con ellos. Al decir esto, he aquí que un grueso gato negro, azorado del grito, y de la estocada que tiró Taydor para matarlo, atraviesa el desvan como una furia. Eusebio y Hardyl se conmueven del grito de Taydor, y de la repentina vista del gato que les pasó entre las piernas. Altano que estaba de pies temblando en la escalera, y ojo alerta á lo que podia ser la causa de aquel grito de Taydor, viendo salir de repente aquel negro gato, que se le representó ser un demonio, ó espectro infernal, deslumbrado del horrible pavor que le trastornó los sentidos, dá consigo escalera abaxo, arrojando un grito tan agudo, y dando tan re-

cio golpe con la caída, que penetró los oidos y corazones de Hardyl y de Eusebio.

Acuden asustados al ruido, y ven á Altano tendido sin sentidos, y atravesado en el rellano en donde paró. Sintió entonces Hardyl, y no menos Eusebio haberlo expuesto á aquel lance, temiendo que se hubiese descalabrado. Llevanlo entre los tres á la cama. El susto habia sido mayor que la contusion que recibió en las costillas, y que la herida de la frente, de la qual le manaba harta sangre. Remedióla Taydor con unas telarañas, de que abundaba la casa, empapadas en el aceyte del velon que habia de arder aquella noche, despues de haberle lavado la herida con agua fria, que contribuyó para hacerlo volver en sí del susto.

Entonces fueron los lamentos, las quejas, los reniegos, las maldiciones contra Hardyl, contra el momento en que puso los pies en aquella casa endiablada, y en confirmarse en que era realmente el demonio el que habia visto en figura de gato negro, sin que valiesen persuasiones para desengañar á su trastornada fantasia.

De hecho, ¿ quién otro que Hardyl, que casi toda su vida habia hecho estudio de vencer y dominar sus afectos y pasiones, se

hubiera atrevido á acometer aquella empresa? ¿ Qué otro que Eusebio, enseñado del mismo Hardyl á sojuzgar al miedo, no solo con la reflexîon, sino tambien con el exercicio de vencerlo, se hubiera empeñado en acompañarlo, ni hubiera resistido al golpe de la piedra, al ruido de las cadenas, ni á la vista del gato, preocupada de antemano su imaginacion de la fama de los duendes, aunque fuese tan natural verse un gato en un desvan? Taydor mismo, aunque hombre de valor, ¿ se hubiera jamas atrevido á entrar en aquella casa, ni subir al desvan, si no lo hubiera animado y sostenido el exemplo de sus amos? ¡ Qué mucho que sea tan crédulo el temor del vulgo, y que preste tanta fé á cosas, cuya verdad hace el mismo miedo imposible de averiguar!

Viendo Hardyl algo recobrado á Gil Altano, y que no acababa con sus maldiciones y reniegos, no quiso expónerlo de nuevo á otro accidente; y así, haciendo que Taydor quedase con él, se subió otra vez al desvan con Eusebio, para registrarlo á su satisfacion. La vista del gato, que hubiera amedrentado y deslumbrado á qualquiera otro, sirvió á Hardyl para sospechar que hubiese comunicacion entre las casas vecinas, y que

ella facilitase el hacer impunemente los duendes á los que los hacian. La luz escasa que daban los agujeros que servian de ventanas al desvan, no le dexó reparar á primera vista en un boqueron que habia en la pared que daba á la casa vecina, cubierto por de dentro con una tela de arpillera muy tupida. Pero al tantearlo con la mano, le dice á Eusebio: ved aquí el nido de los duendes: á buen seguro que no se nos escapen: por aquí salió el gato, vamos á ver donde fue á parar.

Dicho esto, se encaminan á la otra division del desvan, y en la pared de la otra casa descubre otro agujero de casi igual tamaño, por donde podia meterse un hombre comodamente, pero sin estar tapado como el otro; de modo, que poniendose Eusebio de rodillas, y abaxandose un poco, vió un mozo que se trasponia sobre las puntas de los pies por una puerta. Aqui está el duende, Hardyl, dixo entonces Eusebio baxando la voz: aí hay un hombre, que sin duda fue el que tiró el ladrillo y arrastró la cadena, pues parece que se fue á esconder de nosotros. Me basta, le dixo Hardyl, haber visto estos agujeros. Necesitamos de manejarnos con prudencia para no enredar con la justicia estas vecinas familias. Apostaria que son amo-

res ó enemistades los que engendraron á estos duendes; pero la comunicacion de las casas inmediatas me hace sospechar que ande de por medio algun libre trato. Pareceme que podremos conseguir nuestro intento de desterrar los duendes, haciendo tapiar los agujeros sin dar parte á la justicia.

Resueltos, pues, á hacer esto, baxan abaxo, y dan orden á Taydor para que hiciese venir á un albañil con los materiales necesarios para tapiar los agujeros. Toda la calle estaba llena de la gente que esperaba con ansia el éxito de aquella empresa, que ocupaba los discursos, y curiosidad de toda Leon: y al ver el pueblo salir á Taydor de la casa, le abre el paso, preguntandole ¿qué habia visto? qué habian encontrado? El taciturno Taydor, sin darles respuesta, iba rogando le enseñasen dónde podria encontrar un albañil; y encaminandolo la gente, con la voz y con las señas, á una fábrica vecina en que trabajaban diez ó doce albañiles, Taydor les propone si queria venir alguno de ellos á tapiar ciertos agujeros: mas sabiendo la casa á que habian de ir, lo rehusaron todos: tal era la medrosa credulidad que habia preocupado las fantasias de todo el pueblo.

Al fin, á fuerza de persuasiones y de

promesas, y entre ellas la de dos luises de oro por tapiar dos agujeros, se resolvió aceptarla uno de los peones que trabajaban alli á destajo, con otro mozo que traía los materiales. Al cabo de rato que Hardyl y Eusebio se esforzaban en sosegar y desengañar la imaginacion de Altano, llega Taydor con los albañiles. Hardyl y Eusebio quieren ir delante para enseñarles lo que debian hacer, y estar presentes á la obra; pero el peon que llevaba los materiales, al llegar á subir la escalera del desvan, se dexa apoderar del miedo, y lo infunde á su compañero, rehusando ambos entrar en el desvan. Fue necesaria toda la eloqüencia de Hardyl para persuadirles que executasen lo prometido; y si Eusebio no se hubiera movido á cargar con el saquillo de yeso, y con algun ladrillo para llevarlos arriba, como los llevó, tal vez no hubieran conseguido su intento.

Con su exemplo, vencida la tímida obstinacion de los peones, acaban de subir los demas materiales: tapian los agujeros; y satisfechos de los dos luises que Taydor les habia prometido, aprietan escalera abaxo; mas como el vencimiento del miedo, á vista de agenos ojos, engendra vanagloria, los peones dexandose llevar de ella delante del inmenso gen-

tio que los cortejaba con su ansiosa curiosidad, cuentan á todos las cadenas que habian encontrado, y los agujeros que acababan de tapiar, por donde se internaban los vivos á hacer los duendes.

Esta noticia cunde en un momento por toda la ciudad; y llegando á oidos del dueño de la casa, que era un caballero principal, y recelando el daño que iria á percibir si quedaba por alquilar su casa, durando tan ridícula preocupacion, acude al Presidente. Este, debiendo satisfacer en justicia á la delacion, y movido tambien por la curiosidad del caso, quiso ir en persona á registrar la casa acompañado de los alguaciles sabiendo que estaban en ella los forasteros.

Habia ya pasado la mayor parte de la tarde, que emplearon Hardyl y Eusebio en el registro del desvan, y en hacer tapiar los agujeros, quedando solos con Altano, pues no habian de dexarlo solo, habiendo ido Taydor á llamar á un cirujano para que remediase al dolor de la contusion de que Altano se quexaba. Oyendo ellos ruido de gente que subia, salen á ver lo que era, y se encuentran con gran sorpresa suya con la justicia. El Presidente, despues de haberse informado de Hardyl del caso, le ruega quisiese

acompañarlo al desvan pues queria registrarlo por sus ojos.

Hardyl y Eusebio iban á tomar la escalera, quando oyen los gritos de Altano, que decia desde la cama: por Dios, mi señor Don Eusebio, que no puedo quedar solo: venga Vmd. pues sino, me salgo en camisa. Oyendo el Presidente aquellos gritos, pregunta ¿qué venia á ser? Hardyl le cuenta la causa del susto que habia tenido aquel criado que gritaba, y la caida que dió en la escalera del desvan; pero aunque fue corta la relacion, no lo fue tanto para el miedo de Altano, el qual viendo que Eusebio ni le daba respuesta ni comparecia, á pesar del dolor de la contusion, salta de la cama en camisa como estaba, y sale corriendo á fuera, á donde se hallaba el Presidente y los alguaciles.

Estos, al ver salir de repente aquella estraña figura en camisa, con el pañuelo blanco en la cabeza, que le servia de faxa á la herida, y que hacia resaltar mas la tez de su rostro, preocupados como venian sus ánimos de los duendes, aprietan á correr escalera abaxo dando gritos de consternacion, creyendo verdadero duende á aquel encamisado. El Presidente necesitó tambien de todas sus lu-

ces, y de estar prevenido que aquel era el criado, para no dar al traste con su gravedad, viendo aquella horrible figura que se acercaba hácia ellos, á pesar de las voces que le daba Hardyl para que se fuese á la cama. Pero él jurando que no iria si no lo acompañaba Eusebio, precisó á éste á seguirlo para quitarlo de la vista del Presidente.

Quedó éste solo con Hardyl, admirando la fuerza del miedo en los ánimos de los alguaciles que lo desampararon; pero estos no pudiendo salir de la casa por la mucha gente que estaba apiñada á la puerta, tuvieron tiempo para avergonzarse, y para dexarse persuadir de Taydor que entraba con el cirujano, que el hombre en camisa que habian visto era el otro criado, y no duende: y sacando fuerzas de su vergüenza, siguieron á Taydor, y pudieron acompañar al desvan al Presidente precedido de Hardyl. Despues de quedar enterado él mismo de lo que habian hecho, le dixo á Hardyl, que no habia necesidad de que quedasen á dormir allí aquella noche; pero diciendole Hardyl que contribuiria su quedada para mayor desengaño del pueblo, y que por lo mismo quedarian á dormir si se lo permitia, no quiso oponerse el Presidente á su determinacion, y se despidió.

Entretanto el cirujano, habiendo visitado la contusion de Altano, esperaba que Taydor traxese los remedios que habia ordenado para la cura. En ella les sorprendió la noche: debieron cenar allí mismo, haciendose traer la cena del meson, sin que los molestase ningun ruido de cadenas, que se llevaron los alguaciles por orden del Presidente, y sin que los duendes les diesen sobresalto con otros golpes. Solo Altano que se sentia aliviado de su dolor, y mas avispado con la presencia de los amos, y de Taydor, los majaba con cuentos de duendes que sabia, y que ensartaba uno tras otro para no dexarlos dormir, no teniendo sueño, y temiendo el silencio de la noche: y si Hardyl no le hubiese mandado con afectado enojo que callase, no hubiera parado la taravilla hasta bien entrado el dia; y si le hubiese ocurrido el cuento del mago Trigueros, á buen seguro que no quedára en alto todavia.

Con esto pudieron dormir sosegadamente; y amanecido el dia, Eusebio preguntó luego á Altano por su dolor. Esta voz fue para él la mejor medicina, poniendose á vestir con un denuedo, que parecia hubiese de ir á dar la encamisada al enemigo. El Presidente habia tenido la advertencia de hacer ve-

lar, poniendo algunas guardas á la puerta de la casa, para prevenir todo lo que pudiese acometer la malignidad; y las sospechas que le hicieron concebir los agujeros de las casas vecinas, se verificaron, confesando uno de los mozos vecinos á quien mandó prender, que habia sido él el que hacia todos aquellos ruidos para que la casa de enmedio quedase deshabitada, y poder tratar mas libremente á una criada de la otra casa inmediata de quien estaba enamorado.

Hardyl y Eusebio habiendo conseguido su intento de desterrar los duendes, y de desengañar á todo el pueblo preocupado de ellos y de sus miedos, fueron aquella misma mañana á la casa del mercader á exîgir los cincuenta luises de la apuesta, firmada en presencia de testigos para el dote de las doncellas: el mercader prometió darlos de buena gana luego que se hubiesen sorteado los nombres de las doncellas.

Si el animoso empeño de Hardyl ocupó los discursos, y la curiosidad de aquellos ciudadanos sobre los duendes y sobre la apuesta, el fin piadoso de ésta conmovió tambien sus ánimos y su curiosidad para asistir al sorteo, que por eleccion del mismo Hardyl se habia de hacer en la Iglesia de San Jus-

to, Parroquia á la qual pertenecia la casa de los duendes, queriendo tambien que fuesen de aquella Parroquia misma las doncellas pobres, cuyos nombres se habian de sortear.

Hizo aquella funcion mas solemne la presencia de muchas damas y caballeros que acudieron. Once doncellas pobres eran las candidatas, las quales estaban de pies en medio del crucero, y rodeadas de inmenso pueblo, esperando el sorteo. El Cura ocupaba delante de ellas la mesa, sobre la qual se veía la caxuela que contenia sus nombres, escritos antes escrupulosamente en presencia de Hardyl y del mercader. Luego que éste depositó los cincuenta luises sobre la mesa, comenzaron las suertes.

Un hijo de un caballero de los presentes fue llamado para sacar los dos primeros nombres que debian ser los premiados. Los ojos de la gente que habia apacentado su curiosidad en los rostros de las doncellas, llamados del menéo de la caxuela en las manos del Cura, pendian de la del niño que la metia para sacar el nombre; y los ansiosos corazones de las doncellas esperaban que la voz del Cura pronunciase el suyo. Fue recibido con júbilo el de Ana Cardillac, buscando todos con los ojos aquella á quien la suerte coronaba, y

pasando la esperanza á los corazones de las otras, lisonjeando á cada una de su nombramiento.

Dorotea Freiret fue el segundo que el niño sorteó, dando á leer el Cura los dichos nombres escritos á Hardyl y al mercader. Llamadas de éste las sorteadas doncellas, les entregó á cada una veinte y cinco luises en un bolsillo entre el alegre mormullo de la gente, que aplaudia, no solo á la suerte de las doncellas, sino al piadoso fin de aquella loable apuesta por tantos títulos: y como Hardyl era el reconocido autor de ella, el Cura se lo señaló con la mano, y con la voz á las muchachas, para que le agradeciesen sus piadosas miras. Ellas lo hicieron con todo su modesto alborozo, participando de aquel mismo gozo sus padres que se hallaban presentes, los quales agradecieron á Hardyl su beneficencia con respetuosas demostraciones.

Este feliz éxîto tuvo la sublime animosidad de Hardyl, cuya memoria no pudo dexar de durar por mucho tiempo entre los ciudadanos de Leon. A la verdad él no purgó la tierra, como Hércules y Teseo, de los monstruos y fieras que la inquietaban. Tales hazañas son solo dignas de la credulidad de aquellos tiempos en que la virtud

pendia del brazo y del esfuerzo: pero purgó bien sí las perturbadas fantasias de los hombres, de los espectros vanos que ella se forja, mucho mas temibles tal vez que un Cinis, que un Cercyon, que un Sciron, y que un Procustes.

Minor admiratio sumitis.
Debetur monstris.



LIBRO QUINTO.

DEtuvieronse Hardyl y Eusebio cerca de tres semanas en Leon, esperando se restableciese el tiempo que habia echado á perder los caminos, para continuar su viage por Montpeller y Tolosa, entrando en España por Irun como lo habian determinado, recompensando á lo largo de este rodeo la vista de muchas mas ciudades, en que Eusebio satisfacia su estudiosa curiosidad, aunque esta misma fue la causa de que se viesen en el mayor peligro de sus vidas, y de perder su

coche, caballos, y dinero, expuestos á nuevos trabajos que no se hubieran jamas imaginado de experimentar en el centro de la Francia, y pocos dias despues que salieron de la ciudad de Leon.

Los caminos se habian mejorado notablemente; y el tiempo, mas blando, parecia prometerles la temprana venida de la primavera. Respiraba Eusebio con el templado y anticipado aliento de la sazon el mismo gozo que probaba al salir de París, por acortarsele la distancia que lo separaba del ansiado objeto de su amor, bien ageno de las terribles angustias á que se habia de ver expuesto, y que comenzó á sentir antes de llegar á Viviers, por error, ó por descuido de los cocheros, los quales en vez de tomar la carrera de Valencia, y de Lauriol, tomaron al salir de Valentin el camino de Viviers.

Podia faltarles como una legua para llegar á esta ciudad, quando se vieron asaltados de mas de doscientos hombres armados, que cerrandolos por todas partes, hicieron parar el coche, encarandoles sus escopetas mientras los capataces hacian maniatar los amos, criados, y cocheros, habiendolos obligado antes á desmontar. No ignoraban Hardyl y Eusebio la revuelta del Delfinado y del Vivarés,

de que se hablaba tanto, no solo en Francia, sino tambien en toda la Europa; pero como el motivo de la rebelion de aquellos pueblos era la revocacion del edicto de Nantes, se lisonjeaban, que llevando pasaporte de Inglaterra, y pudiendo pasar como ingleses, no encontrarian estorvo en el camino: mas aunque les valió esto mismo para no perder las vidas, no pudieron evitar los muchos trabajos y afanes que padecieron.

Buen espacio antes de llegar al sitio en donde fueron asaltados, bien avisaron los cocheros á sus amos de la muchedumbre de gente armada que descubrian, así en el camino, como en los inmediatos oteros; pero la misma muchedumbre, y el saber que los Vivareses estaban en armas, les quitó las sospechas de que fuesen compañia de ladrones, como á primera vista habia parecido á los cocheros toda aquella muchedumbre. Hardyl hizo con todo parar el coche, para ver si notaba algun movimiento de aquella gente. Viendo que no se movia, hizo tirar adelante, atendidas tambien las circunstancias del camino estrecho en que se hallaban, no permitiendo dar facil vuelta á los quatro caballos; ni aunque pudieran executarlo, no les quedaba tarde para poder llegar á la ciudad de Die,

de donde habian salido aquel dia.

Puestos pues en aquella necesidad, aunque los pasaportes les hicieron apechugar con ella, animados de la confianza que en ellos ponian, Hardyl, no obstante, previno el ánimo de Eusebio para que se armase de fortaleza, que era el mas fuerte escudo que podia oponer á las armas de toda aquella gente, y de todo siniestro accidente que pudiera acontecer, ya que la suerte lo habia puesto en aquel lance. Contribuyeron estas exhortaciones de Hardyl, para que Eusebio, al verse asaltado de aquellos hombres, conserváse una firme presencia de ánimo, ofreciendo él mismo sus manos al ademan que hacian los que iban á ponerle las ataduras, teniendole otros puestas las escopetas al pecho para que no se moviese. Executaron lo mismo con el fuerte Hardyl, con Taydor que suspiraba de rabia, y con Altano que estaba medio muerto del susto, sin valerles las razones que daba Hardyl, ni el pasaporte que ofrecia mostrarles, por el qual se podian certificar que eran subditos del Rey de Inglaterra, y no del de Francia.

Luego que tuvieron tambien maniatados los cocheros, dió orden el capitan de aquella gente á dos de ellos que hiciesen de coche-

ros, y que encaminasen al coche, en el qual entraron él y otro principal, haciendo que los presos, amos y criados, lo siguiesen á pie maniatados como estaban, y rodeados de una compañia de aquellos revoltosos. Lisonjeabase Hardyl que los llevarian en derechura á Viviers para presentarlos al Gobernador, y que informado éste de su condicion y pasaporte, los mandaria soltar y restituirles el coche. Pero sucedió muy al revés de lo que esperaba, porque torciendo el camino mucho antes de llegar á Viviers, los llevaron por otro pedrajoso y aspero hasta un lugarito; en donde no pudiendo pasar el coche adelante por no haber carretera, lo hicieron quedar allí, sin parar por eso los trabajados presos, los quales se vieron llevados de sus conductores á otro lugarito infeliz de la montaña.

Hardyl confortaba por todo el camino el corazon de Eusebio, hablandole en lengua inglesa. Altano no desplegaba sus labios, no solo por efecto de la terrrible afliccion, y temor que lo tenia trastornado, sino tambien por el orden que le dió Hardyl antes que los asaltasen, de no hablar sino en inglés, en caso que quisiesen informarse aquellos hombres de su patria, acordandole que corria riesgo

su vida si decia que era español : con esto iba mas muerto que vivo, temiendo verdaderamente que lo hubiesen de matar, encomendandose en su corazon á todos los santos del cielo. Creció esta misma temerosa aprension luego que llegaron al lugarito, en donde los separaron unos de otros, llevandolos á diferentes casas, donde los guardaron á vista.

Grande fue el acometimiento de tristeza y de dolor que tuvo Eusebio al verse separar de Hardyl, renovandose en su corazon aquellos tiernos sentimientos que experimentó quando lo separaron de él los corchetes en Newgate; pues hasta entonces los mismos trabajos del camino, la vista, y discursos de sus conductores y los de Hardyl, tenian su alma distraida, y fortalecida en cierto modo contra la desgracia; pero luego que se vió separado de Hardyl, y encerrado en una pocilga de la infeliz casilla á donde lo llevaron, tratandolo como animal inmundo, sin lecho en que descansar, ni asiento en que sentarse, sino la poca paja que le arrojaron poco despues que lo tuvieron allí dentro, comenzaron á presentarsele en aquella hedionda soledad mil funestos pensamientos, que hubieran oprimido y rendido su corazon, si no lo hubiese socorrido la virtud.

La pérdida de su coche, caballos, y dinero en Darfort al principio de su viage en Inglaterra, le habia servido de leccion para no confiar tanto en bienes, que podia tan facilmente perder, y que de hecho habia perdido: y la ignominia de la prision, y el maltratamiento que padeció en Newgate, le servia entonces tambien para no extrañar tanto, ni sentir aquel oprobrio y trabajos que le hacian probar los Vivareses. Pero la inocencia que entonces le sirvió en Londres de singular confortativo, de nada aqui le valia, dependiendo del furioso fanatismo de aquellos hombres, para con los quales no habia apelacion; pues no teniendo ellos otra regla de obrar que la violencia de su ciego y odioso celo, temia que pudiesen llegar, en fuerza de éste, á quitarle la vida.

Esta funesta sospecha prevaleció á todos los otros afanes y tristes pensamientos, que comenzó á avivarle aquella hedionda prision, luego que reventado del largo é iniesto camino, se tendió sobre la paja para descansar: y así sin acordarse de su coche y caballos, ni de aquel mismo infelicisimo lugar en que se hallaba tendido, la sola muerte se le representa vivamente á su agitada imaginacion. ¡ O cielos ! se decia á sí mismo, ¿ tan misera-

blemente habré de acabar mi vida, y quedará sepultada mi memoria entre estos riscos, sin que pueda llegar noticia de ella á Henrique Myden, mi buen padre, y á mi amada Leocadia, que tal vez estarán haciendo vanos votos por mi vuelta felíz?

¿Qué fatalidad es la mia? en el centro de la Francia habré de perecer á manos de estos furiosos, como pudiera en los desiertos de la América á manos de los mas feroces salvages? En el momento en que mi corazon llevado en alas de sus deseos y esperanzas, y de la confianza que tan segura se me hacia de rever mi patria, y de llegar sin estorvo á alcanzar el colmo de mi dicha en los brazos de Leocadia, me habrá de cortar para siempre el camino una cruel suerte, armada de tan impensado accidente para derribarme en una sima, de donde ni las sospechas de mi fatal desgracia podrán salir para acallar las mortales dudas de los mios que ignorarán mi funesto destino?

¡O quánto mas valia haber quedado en Filadelfia, abandonando mis haciendas á quien las pretende, que no haber emprendido un viage, que tan desastrado fin deberá tener, antes (triste de mí) de llegar á la mitad de su término deseado! Gozára ahora

en el seno de una envidiable tranquilidad de todos los bienes de la vida, sin exponerla á tantos riesgos, y á la misma muerte tal vez tormentosa que me apareja la barbarie de estos hombres, que querran usar conmigo y con mi buen Hardyl del derecho que les da la violencia. ¡ O Dios! ¿ en estos montes habia de naufragar mi felicidad, quando un amor casto y puro prometia coronarme en el altar de himeneo, como al Rey mas venturoso de la tierra? La guirnalda que las esperanzas me entretexian habrá de servir para ser con ella conducido al horrible altar del fanatismo, como victima arrastrada de la desgracia? ¡ O cielos, que fatal suerte me teniais reservada!

Un impetuoso llanto seguia á estos y otros lamentos, regando con las lágrimas la paja de aquel sucio gallinero ó pocilga, que uno y otro parecia en donde estaba tendido, sin poder cerrar los ojos al sueño en toda aquella tristisima noche, hallandose su corazon combatido de las funestas ideas y temores que le fomentaba aquel mismo sitio. ¿ Pero cómo podia dexar de acudir la virtud á consolar y sosegar su pecho, en que Eusebio lo tenia formado tan puro templo? Ella derramó sobre su frente, oprimida de la tristeza,

el destello celestial que confortó sus pensamientos abatidos, avivando en su ánimo la constancia y fortaleza que parecian vacilar al terrible impulso de las funestas ideas que le excitaba su situacion.

Comenzó entonces á comparar su estado y desgracia con las de los hombres ilustres y desgraciados, que iba buscando su memoria en las historias; cuyo cotejo, al paso que enflaquecia su tristeza, le iba poco á poco fomentando muchas reflexîones sobre la fragilidad de la vida, y de todos los bienes de la tierra, expuestos á tantos millares de accidentes. De aqui pasaba á reflexîonar sobre la necesidad del morir, ahora fuese la muerte natural, ahora violenta, pues de qualquier modo, el tributo era el mismo para la naturaleza, diverso solo para la opinion del hombre temeroso. De aquí se internaban sus pensamientos en las maxîmas que le habia dado tantas veces Hardyl sobre la muerte, para sobreponerse al temor que la precede, y para ofrecer su frente con resignacion á las disposiciones del cielo, qualesquiera que ellas fuesen, pues eran inevitables. Que la muerte era el término de los trabajos y miserias de la vida, que á ésta solo la hacian apetecible las engañadas esperanzas. Que la vejez

mas decrepita, una vez trasandada, era solo como un sueño breve y confuso, que no apagaba por eso las ansias del vivir.

¿Qué serán al cabo, volvia á decirse á sí mismo, diez, veinte años añadidos á los que ya viví? pasarán con la misma rapidez, sin que me den á probar mayor felicidad que aquella que ya he probado. Sola Leocadia, ¡ah! sí: sola su memoria, y la lisonjera esperanza de poseerla puede hacerme la muerte mas sensible. ¿Mas esta misma esperanza no puede ser tambien vana y engañosa, si el cielo llegó á disponer de su vida, destinandole asiento de esplendor entre los bienaventurados? Si Leocadia arrebatada de su enfermedad dió el tributo á la naturaleza, para qué debo desear alargar la vida, ni temer su corto plazo, cuyos perecederos bienes no recompensan jamas las infinitas zozobras, angustias, temores y deseos que la siguen? Pero si vive Leocadia, si escapó de su enfermedad, y espera el momento de volver á ver, de recibir en sus brazos á su infeliz amante, que será, ó cielos? . . .

Moriar: mors ultima linea rerum est.

Era ya de dia, y el aspero chirrío del viejo cerrojo de la puerta de aquella pocilga en que lo tenian encerrado hirió de repente su

imaginacion, y cortó sus reflexîones, pareciendole que venian á sacarlo para la muerte. Eusebio, fortalecido de sus mismas máxîmas, sacude con esfuerzo el temor que le infundió el movimiento de aquel ruin cerrojo; y recobrando su constancia, ofrece el pecho, como si lo hubiera de presentar en batalla al hierro de la lanza enemiga. Pero quan engañado quedó, quando en vez de ella vió que le alargaban una cebolla, y un zoquete de pan prieto, diciendole que comiese.

Cabalmente, á mas de sentirse con suma inapetencia, habia siempre tenido aversion á las cebollas. Recibe, con todo, lo que le daban, y sentandose sobre la paja, se puso á contemplar aquel desayuno. La primera reflexîon que le hizo hacer, fue la de los vanos temores y angustias que el hombre se fabríca en su imaginacion, anticipandose él mismo los males, que tarde, ó tal vez nunca, le han de venir; pues en el momento que él esperaba la muerte, le alargaban aquel pan y cebolla. Luego, parando en ésta el pensamiento, le hizo reflexîonar en la mudanza á que está sujeta la fortuna y grandeza de la tierra, y la necesidad que tiene el hombre de no reputar en ella extraño qualquiera siniestro accidente, y de estar prevenido para acomodarse á

él sin disgusto ni sentimiento en caso que llegase á probarlo.

A pesar con todo de estas reflexîones, sentia rebelarsele en el corazon una especie de tristeza, que no podia sacudir al verse tratado como galeote con aquel vil manjar á que no podia arrostrar su inapetencia; pero durandole todavia el esfuerzo que sacó de sus máxîmas para hacer frente á la muerte, se aprovechó de este mismo para sobreponerse á aquella flaqueza, y vencer aquella repugnancia que sentia á la cebolla, pensando quantos pobres, y no pobres hambrientos echarian sobre ella mil bendiciones si la pudieran conseguir, siendo así que él se reputaba infeliz por tenerla, lo que era prueba de la flaqueza de sus sentimientos, pues se avasallaba por ello á una ridícula afliccion, é indigna de la constancia y fortaleza de la virtud.

Enardecido su ánimo de estos pensamientos, lo obliga á hincar el diente en la cebolla como si estuviera hambriento. Una fuerte resolucion vence obstáculos que parecian invencibles: prueba de que el ánimo recela de sus fuerzas, y que no alcanza muchas cosas por no dar todo el impulso á su fortaleza. La de Eusebio en morder aquella cebolla fue causa para que en adelante le agradase; y

aunque entonces no pudo acabar con toda aquella, contrastandoselo la inapetencia; en vez de arrojar lo que le sobraba, pusoselo en la faltriquera, como remedio para fomentar los moderados y fuertes sentimientos, y para acostumbrarlos á los disgustosos accidentes de la vida.

Sacaronlo poco despues de aquel sucio calabozo, y maniatandolo de nuevo, lo llevaron al lugar en que se habian de juntar los demas presos para proseguir juntos el viage. Quanto grande fue el dolor que probó en la separacion de Hardyl la noche antecedente, tanto mayor fué el gozo y el consuelo que le causó su vista al descubrirlo desde lejos con los cocheros, aunque no pudo contener sus tiernas lágrimas viendolo maniatado como él. Hardyl que no sintió menor alborozo al descubrirlo tambien, le dixo en inglés luego que pudo oirlo: probais, Eusebio, que no son vanos los consejos y máxîmas de la virtud; pues á mas de ser siempre provechosos, tarde ó temprano llega la ocasion en que se hacen necesarios para sobreponerse á la desgracia. Esta es una...

Los desgreñados montañeses no le dexan acabar, tomando el camino de la sierra luego que vieron comparecer á Gil Altano y á

Taydor, á quienes traían tambien maniatados: y aunque Eusebio comenzó á dar parabienes á Hardyl, y á decirle el gozo que probaba con su vista, y el sosiego de sus sentimientos, no le dexó pasar adelante la situacion que tomaron sus conductores en la marcha, separandolo buen trecho de Hardyl. Fue causa de esto el camino estrecho, y en partes lodoso por las nieves que se desprendian de las cumbres, y los profundos barrancos por cuyos bordes caminaban. Su vista infundia terror, no menos que las erizadas sabinas, y los retorcidos y deshojados robles entre los quales caminaban. Añadiase á esto el ronco mormullo de los torrentes y arroyos que se despeñaban por aquellos asperos riscos, confundiendose con su eco lúgubre en aquellas profundidades los secos graznidos de las aves de rapiña que anidaban en los huecos de aquellos hondos derrumbaderos.

Asi caminaron de sierra en sierra toda la mañana, hasta que ya pasado el mediodia, hicieron alto los conductores para comer, y para dar de comer á los presos. Estos al verse juntos y en libertad de hablarse, mezclaban el júbilo que probaban con su vista al dolor que los aquejaba por la desgracia que duraba todavia, sin saber qual habia de ser

su paradero. Hardyl era el confortador de todos , y Eusebio añadia tambien sus exhortaciones , especialmente á Altano , que mas que los otros necesitaba de ellas , aunque parecia que le sabia bien á la hambre que llevaba el pan y cebolla á que se reducia la comida que les dieron , diferenciandose solo del almuerzo en la cantidad , y en la bebida que podia satisfacer cumplidamente á su sed en la fuente tersa y cristalina , cabe la qual se sentaron para acabar con la corta racion que les alargaron.

Sabrosa comenzaba á ser á Eusebio aquella misma cebolla , que aborrecia , por la mañana , no solo por haber vencido su repugnancia , sino tambien porque el cansancio del desastrado camino le habia dispertado el hambre , y se la provocaba tambien el apetito de Altano, que á pesar de su susto, comia á dos carrillos , y que iba diciendo á Taydor : los duelos con el pan son menos. Pero antes que acabase con su racion , acabó con su apetito la llegada de otros serranos armados que comparecieron en aquel mismo sitio , dando á los conductores de los presos la noticia de haberse decretado la muerte á un Sacerdote católico que habia caido en sus manos.

Esta noticia hizo prorumpir en furioso

júbilo á los que la recibian, apresurando su comida para poder llegar á tiempo de apacentar su detestable curiosidad en el cruel espectáculo de la muerte del Sacerdote. Pero por priesa que se dieron en acabar la comida, y en caminar, solo pudieron llegar á parage en que recrearon á sus bárbaros oidos los disparos de los fusiles, á que condenaron aquella victima de su furioso fanatismo, resonando desde lejos el eco de los tiros por aquellos valles y barrancos, é hiriendo en lo vivo los ánimos é imaginaciones de los presos, obligados á seguir la forzada marcha de sus conductores.

Era el Sacerdote católico que arcabucearon de distinguida familia, llamado Chaila, el qual yendo á poner en un monasterio dos hijas de un Calvinista recien convertido, cayó en manos de los sediciosos. Estos quisieron usar en él de las mismas formalidades que usaron los Católicos en Nimes con un Ministro Calvinista, á quien condenaron á muerte por no haber querido hacerse católico; y como Chaila rechazase su bárbara proposicion, fue condenado á padecer el mismo suplicio pasandolo por las armas.

Profirió esta sentencia contra él un Ministro Protestante, llamado Jurieu, tenido en

suma veneracion de aquellos rebeldes, habiendose erigido en Profeta, despues de haberles anunciado de parte del cielo la destruccion de la contaminada Babilonia al furor del espíritu de Dios, y de su venganza, con lo qual iba de pueblo en pueblo excitando los ánimos á la revuelta; hasta que habiendose ya ganado el concepto y veneracion de aquellos rudos serranos, hizo asiento de sus oráculos en una elevada montaña llamada Peira, á donde iban á consultarlo como al inspirado de Dios.

El les habia dado tambien por General de su rebelion á un jóven de veinte y cinco años, que hacia el panadero, añadiendole á su apellido de Cavalier el sobrenombre de David, despues de haberlo sacado por las greñas de entre la muchedumbre que se habia juntado á este fin. Demostraciones ridículas, pero que son el alma del entusiasmo y del fanatismo, y que hieren con energía las mentes alucinadas de los que tienen la desgracia de ser juguete del furor ardiente del zelo impostor, que los deslumbra y enagena con fuerza irresistible.

A este mismo Profeta, y á aquella montaña eran llevados Hardyl, Eusebio y sus criados, para que decidiese de sus vidas, co-

mo habia decidido de la de Chaila. El ruido de los tiros que acababan de quitar á éste la vida, recibido con bárbara algazara de los que los llevaban presos, aunque penetró los ánimos de estos, sirvió con todo para fortalecer los sentimientos de Eusebio luego que volvió sobre sí, ofreciendo su pecho con resignacion á las disposiciones inevitables del cielo. Hardyl, aunque tenia ánimo para sobreponerse á todos los humanos accidentes, iba estudiando medios en su viva y sabia imaginacion, atendidas las circunstancias de aquellos montañeses y las de los suyos, para librarlos de la muerte, y deslumbrar aquellos fanáticos, no permitiendole la distancia conversar con Eusebio, obligandolos las estrechas sendas á caminar unos tras otros.

Altano era el que iba mas inmediato á su amo que lo precedia, pero sin poder tampoco hablar con él, habiendole infundido el eco de los tiros un terror mortal, y terribles angustias, que desahogaba con freqüentes y desfallecidos gemidos que causaban no poca compasion á Eusebio. Al paso que se iban acercando á la montaña del oráculo, veían crecer el número de los amotinados que guardaban las fauces y estrechos pasos de aquellos montes, hasta que al trasponer de una

sierra, descubrieron el campo de los rebeldes. Ocupaban ellos debaxo de chozas y malas tiendas la dilatada llanura de un ameno valle bastante ancho á los pies del encumbrado Peira, cuya baxa ladera estaba cubierta de gente, especialmente el vecindario de la cueva que habia escogido por su morada el Profeta, lugar tan apto para acrecentarle la veneracion. La celebrada Cumas no vió jamas concurso mayor de tanto mentecato.

Habia precedido el aviso de la prision, y de la llegada de los forasteros al campo, de modo, que al verlos baxar la sierra, fue recibida su vista con gritos de júbilo, y mormullo universal. Eusebio habia perdido un zapato en la marcha forzada y desastrosa; y el que le quedaba en el otro pie, no le servia ya sino de embarazo para caminar, pero no dexaba de contribuir para avivarle su resignacion y constancia. Los zapatos de los otros no estaban en mucho mejor estado, y en esta figura, con los pies y piernas sucias y mojadas de las aguas y lodos del camino, los presentaron al General David. Ocupaba éste una tienda mayor que las otras en medio de aquel valle, de donde salió para hablar á los presos luego que lo avisaron de su llegada.

Hardyl y Eusebio fueron los primeros

que le presentaron, teniendolos con las manos atadas en cruz por delante. Pareció sorprenderse el jóven David al ver el trage de los presos; y con rostro serio, que distaba con todo de la arrogante severidad, quiso saber de ellos de que provincia de Francia eran, y á donde iban. Hardyl le respondió, que no eran de ninguna provincia de Francia, sino subditos de Inglaterra, y de la América inglesa, de donde hacia nueve meses que habian salido para viajar algunos reynos de la Europa: que extrañaba que la misma confianza que habia puesto en los Calvinistas, haciendo el viage por medio de sus tierras, y á quienes reconocia y amaba como hermanos, y como hechuras de un mismo padre celestial, hubiese sido causa de los trabajos que les hicieron padecer los que los prendieron y trataron, no solo como á Católicos intolerantes y enemigos suyos, sino tambien como á ladrones y galeotes, sacandolos de su propio coche para maniatarlos sin respeto á su condicion.

El jóven David, enagenado de la respuesta de Hardyl, y desengañado no menos de ella, que del trage y acento, que todo le confirmaba ser ingleses, y de profesion no desemejante á la suya, envia inmediatamen-

te aviso secreto al Profeta, con quien se entendia, para avisarlo del carácter, patria y condicion de los presos que le enviaba, y para que los declarase libres; pues aunque él lo hubiera executado sobre la marcha, no podia determinar cosa alguna sobre ello sin la declaracion del Profeta: manifestó con todo á los presos su buena voluntad, mientras volvia el mensagero que despachó inmediatamente á la cueva, diciendoles: que esperasen bien, pues teniendo por su parte á Dios, él estenderia su brazo sobre ellos, para protegerlos, y sacarlos salvos al camino de salvacion sin perder un pelo de su cabeza. Que aquellos accidentes eran indispensables en tiempo de revuelta; pero que esperaba, que los trabajos que habian padecido, se les convertirian en mayor consuelo.

Entretanto que los entretenia con estas y otras razones, habiendo vuelto el mensagero, los mandó llevar al Profeta que estaba poco distante del campo, exhortando á los presos á que confiasen en la santidad de aquel hombre de Dios á quien se habian de presentar. Hardyl, que conocia el entusiasmo de aquellas gentes, quiso interesarlos en su favor: y luego que el General David acabó de hablarles en presencia del numeroso con-

curso que habia acudido, levantando él los ojos al cielo, no pudiendo las manos, pues las llevaba atadas, profirió con energía, y con voz algo alta los versos del salmo:

Et factus est Dominus refugium pauperi; adjutor in opportunitatibus, & in tribulatione.

Sperent in te, Domine, qui noverunt nomen tuum, quoniam non deriliquisti quærentes te.

Qui exaltasti nos de portis mortis, ut annunciemus omnes laudationes tuas, in portis filiæ Sion.

Entonces sí que se exâltaron las fantasias de aquellos rudos montañeses, viendo en el ademan, y en la energía de la oracion de Hardyl, al tono de las de su Profeta, y en su noble y modesta presencia un hombre santisimo de su secta. Los mismos que los habian maltratado en el camino, se esmeraban en cortejarlo y agasajarlo, hasta que llegaron á ponerlos todos juntos delante de la cueva en donde estaba escondido el adivino. Como éste habia ya tenido aviso de la condicion y patria de los presos, sacó partido de él para dar visos de oráculo á las palabras que habia de proferir para librarlos.

Poco tardó á dexarse ver él mismo en la

boca de la gruta. Su rostro, aunque blanco, manifestaba en sus cóncavas mexillas, y sobresalientes mandíbulas la enxuta austeridad que consigo usaba. Sus ojos parecian de mochuelo, encendidos del furor de su adivinacion: y la nariz afilada y aguileña caíale sobre la barba, órgano de sus oráculos embusteros: el corto pelo parecia erizarsele sobre la cabeza; y la barba, que llevaba crecida, le daba toda la semejanza de un Sacerdote de Ammon, ó de un busto de Esculapio, puesto por insignia de un boticario: su corta y raida sotana dexaba ver sus piernas y pies descalzos, á pesar del frio que hacia en aquel sitio. ¿ Pero qué no obliga á sufrir á los hombres la hipocresia y el fanatismo?

Inmenso concurso de hombres y mugeres de todas edades que habitaban en aquellos contornos acudió, atraidos de la novedad, estando unos de pies, otros subidos á los árboles, y otros asidos de las peñas para ver y oir á su divino encantador; el qual, despues que se dexó ver, sin salir de la boca de la cueva, cubrió de una mirada silenciosa y encendida á los presos que tenia delante á cortos pasos; luego levantando en alto el brazo, y estendiendo con fuerza los largos dedos de la mano, habló así, cerrando los ojos,

y desviando el rostro hácia otra parte.

No os pese, ó hijos del Diòs de los exércitos, de la padecida tribulacion; pues con ella quiere tambien el Señor probar á los suyos, y acrisolar su virtud. Aunque separan muchas tierras y mares vuestra cuna del campo de Israël, y de los que siguen sus invencibles banderas, el mismo espíritu de Dios os une á sus fieles y fuertes hijos, y aníma vuestra fé: ni vuestras almas fueron contaminadas del error ni de la iniquidad para oprimir á los seqüaces del purgado evangelio. Lluevan las bendiciones del cielo sobre vuestras cabezas, bañadas con el agua del verdadero bautismo, y vuestras manos alcense desatadas al trono celestial, para implorar sus misericordias, y la libertad que merecen sus seqüaces, para poderse armar contra los perversos Idumeos y Asirios, y contra la terca raza de Agar, obteniendo victoria de sus crueldades y de su perfidia.

Dicho esto, vuelve á meterse en la cueva, sin dexar tiempo á Hardyl para entonarle otros versos del salmo, en agradecimiento de la profecia en su favor, pues por tal la tuvieron aquellos rústicos serranos que se apiñaban en torno de los presos, para desatarlos y cortejarlos, como lo hacian á porfia con

gran alborozo de los mismos, especialmente de Altano, á quien habia trastornado la visita del Profeta, creyendo que iba á darles sentencia de muerte; pues no habia podido concebir ninguna buena esperanza de antemano del discurso del jóven David por estar apartado, como la concibieron Hardyl y Eusebio sobre su vecina libertad por lo que les dixo él mismo.

El sol habia ya apartado sus rayos de las cimas de aquellos eminentes montes quando los presos libres fueron acompañados hácia la tienda del general David. Este recibió en ella á Hardyl y á Eusebio con mucha humanidad y agasajo; y despues de haberles dado los parabienes, les contó lo que habia hecho en su favor. Ellos le agradecieron su buen ánimo y atencion, prendados de sus buenos modos y afabilidad. Su estatura era pequeña, pero de complexîon robusta, y bien formado de cuerpo, sin disminuir al agrado de su fisonomía; su barba y cabello rubio, aunque de color encendido; su seriedad, mezclada de un dexo afable, le daba un ayre magestuoso y superior á los pocos años que su rostro manifestaba.

Hardyl viendose tan agasajado de él, y animado de la confianza que le infundian sus

atentos cumplimientos, le suplicó que les fuese restituido el coche y caballos para proseguir su viage, dando por bien sufridos los trabajos de aquel accidente, pues le habian acarreado la complacencia de conocerlo, y de experimentar su humanidad. El jóven David le respondió, que el coche les sería restituido con los mismos caballos, y que habia dado providencias para ello, y que nada les faltaria. Apenas acababa de decir esto, quando entra un montañes para decirle que estaba pronto lo que habia mandado. Entonces dixo á Hardyl y á Eusebio que siguiesen aquel hombre. Ellos lo siguen á una tienda vecina en donde habia otros montañeses con muchos pares de medias y de zapatos para calzarles los que les viniesen bien.

Esto excitó en ellos un sumo reconocimiento á las vistas atentas y humanas del General, y un singular aprecio de aquel favor de que tanto necesitaban, especialmente Eusebio, no solo por la vergonzosa figura que hacia con el un pie sin zapato, y comida la media de los lodos y piedras del camino, por cuyas sucias y rotas hilazas asomaban los dedos del pie, sino tambien por el frio que padecia; y aunque una cosa y otra contribuyó para exercicio de su paciencia, y

para fortalecer su ánimo en los trabajos, no dexó con todo de alegrarse tanto por ello, que acordandose que llevaba quatro luises y otras monedas en la faltriquera, no lo entregase todo á los que le habian calzado los zapatos y las medias, habiendo calzado tambien á Hardyl y á sus criados.

Volvieron á ser conducidos á la tienda del General que los esperaba, el qual acortando las demostraciones de agradecimiento que Hardyl y Eusebio le daban por el favor que acababan de recibir, se los llevó consigo para hacerles ver el campo que tenia formado en aquel valle, en donde habia mas de dos mil hombres armados y prontos para el primer aviso que recibian de las velas y atalayas que guardaban las gargantas de aquellas sierras; y vueltos a la tienda, hallaron la mesa aparejada para la cena: ésta, aunque sin gran aseo, fue abundante y gustosa por las carnes montesinas que les sirvieron, y por los discursos que tan bien la sazonaron.

Hizose en ella larga mencion del edicto de Nantes, y de su revocacion, que fue causa de la revuelta de aquellos montañeses, y de las otras fatales conseqüencias que los obligaban á mantenerse sobre las armas contra los esfuerzos que habia hecho la Fran-

cia para sujetarlos, aunque hasta entonces habian sido vanos. Con esta ocasion, contóles el jóven David los ataques y tentativos que habia hecho el Mariscal de Montrevel, cuyas tropas habian desbaratado los Vivareses. Duráran mucho mas estos discursos despues de la cena, si el jóven David, atendiendo al cansancio y trabajos de sus huespedes, no les aconsejára á ir á dormir, como lo hicieron, conducidos á otra tienda vecina que les dispusieron á este fin, habiendo destinado otra para sus criados.

Grandes ganas tenia Eusebio de verse solo con Hardyl para desahogar con él su pecho, agoviado de los peligros y trabajos pasados, y de la novedad de aquel accidente, contandole las angustias y afanes que habia padecido luego que lo separaron de él para llevarlo á la pocilga, cuyas particularidades le contó, no menos que los afectos que habia probado su corazon con el temor de la muerte, y las reflexîones con que le parecia haber contrastado sus temores, sin pasar por alto la tristeza que le habia causado la cebolla y pedazo de pan que le dieron antes de sacarlo de aquel sitio, y el esfuerzo que habia hecho para vencerse.

Hardyl, despues de haber aprobado el

esfuerzo de sus sentimientos, le contó la manera como lo trataron tambien á él, encerrandolo en un establo, dandole un medio pajar para dormir, donde descansó y durmió toda la noche, sin ocurrirle jamas que lo quisiesen matar; lisonjeandose de persuadir á la cabeza de aquellos revoltosos, luego que lo hubiesen presentado; pues conocia que los que los prendieron no podian atender á razon, segun eran las órdenes que tenian, y la rusticidad que en ellos echaba de ver. El sueño le atajó el discurso; y Eusebio viendo que dormia, no tardó á imitarlo, segun era el sueño y cansancio que padecia.

Muy alegre fue para todos los presos el dia siguiente, no solo por los nuevos agasajos que recibieron del General, sino por acercarse la hora de salir de aquellas sierras, y de las manos de aquellos montañeses; pues aunque se hallaban libres, no dexaban de asombrar y dar temor hasta las mismas cortesias y atenciones de aquellos desgreñados serranos, yendo acompañadas de un ayre tan rústico y feroz, que en vez de grangearse con ellas afecto, infundian vivas ansias de desprenderse de aquellas desagradables demostraciones.

Esto mismo hacia resaltar la afable hu-

manidad del jóven David entre todos los suyos, y empeñaba mas el agradecimiento de Hardyl y de Eusebio, como se lo manifestaron en la despedida, obligandolos mucho mas él con sus ofrecimientos, especialmente quando les dixo que encontrarian el coche y caballos en el lugar en que los dexaron: lo que movió tanto el reconocimiento de Eusebio, á quien tenia asido de la mano quando esto decia, que Eusebio forcejó para llegarla á sus labios y besarsela; pero resistiendo él, y dandoles buen viage, partieron acompañados de otros conductores que les dió para que los regalasen por el camino.

Debieron deshacerlo á pie por no sufrir cavalgaduras aquellas iniestas sendas. ¿Pero quán diferente aspecto tomaban entonces á los ojos de Eusebio aquellas encaramadas cumbres, con sus cimas coronadas todavia de nieve, que doraba el sol con sus encendidos rayos, y aquellos asperos precipicios á donde iban á derrumbarse con saltos atrevidos los susurrantes arroyos? El horror que antes causaban á sus tímidas sospechas aquellas hondas simas y barrancos, se transformaba en admiracion al ver salir del seno de aquellos riscos, que parecia iban á desplomarse en aquellas horrorosas profundidades añexos

troncos de plantas, á cuyos enmarañados ramos no era posible llegar humana segur. Los tristes cantos de las aves que se recreaban con el dia amanecido, perdian á su oido su ronca y confusa disonancia: los mismos deshojados bosques por donde volvian á pasar, no ofrecian como antes una desapacible vista á quien contemplaba en todos aquellos objetos la bizarria y prodigiosa variedad de la naturaleza.

Llegados finalmente al lugar en que dexaron al coche y caballos, como viesen á estos traidos de aquellos montañeses del diestro, abrioseles de par en par el corazon á los viajantes, especialmente á Eusebio, á quien parecia un sueño todo lo que habia pasado. Los conductores, al hacerle la entrega del coche, le dixeron que tenian orden de informarse si les faltaba alguna cosa. Mas Eusebio que rebosaba de júbilo, y que preferia el verse ya libre á todos los tesoros de la tierra, sin detenerse á registrar si faltaba ó no alguna cosa, atendió solo a hacer abrir el caxoncillo en que llevaba el dinero, y algunas alhajas; entre las quales sacó un relox de repeticion que habia comprado en Londres para Leocadia, y lo entregó al principal de los conductores, para que en su nombre se lo pre-

sentasen al General David (1) en reconocimiento de los favores y atenciones que habian recibido, así él, como los suyos; y á los montañeses que los habian acompañado entregó como cincuenta luises, reservandose solo la cantidad que podia bastarle para llegar á Montpeller para donde llevaba cédulas de cambio.

¿Cómo se podrá exprimir el júbilo y alborozo de amos y criados al verse sentados en el coche, y arrancar aquellos caballos que creian para siempre perdidos, y al verse en la carretera de Viviers? Altano vuelto en sí de su atónito silencio, dió suelta á su loquacidad luego que se vió lejos de aquellos fieros serranos, contando los terribles temores y angustias que le habian hecho padecer, teniendose ya medio tragada la muerte, especialmente quando oyó la noticia de la sentencia dada contra el Sacerdote Católico, y el espanto que se apoderó de su corazon

(1) Despues del amnisticio propuesto á los rebeldes por el Mariscal de Villars, y aceptado de ellos, este mismo David Cabalier, su General, hecho Coronel del Rey de Francia, dicen que se halló con su Regimiento, formado de Vivareses, en la batalla de Almansa, en la qual perecieron casi todos antes que desamparar sus filas.

quando oyó los tiros, y el que le infundió la vista del Profeta Jurieu quando salió á la boca de la cueva, haciendo de él tan graciosa pintura, sugerida de su pasado pavor, y de su presente alegria, que les hacia perecer de risa.

Larga materia tuvieron Hardyl y Eusebio de provechosos discursos en la desgracia padecida. La situacion, la vida, el entusiasmo de aquellos hombres, la causa de su rebelion, el fanatismo y poder del Profeta, las circunstancias del General; todo enfin subministraba argumento á Hardyl para hacer sobre ello utiles reflexîones, y para fortalecer mucho mas los sentimientos virtuosos de Eusebio, hasta que las nuevas ciudades por donde pasaban, y los varios objetos que les ofrecian, les distraxeron de aquellas especies.

Llegados á Tarascon, como tenian tan cerca Marsella, les vinieron pensamientos de embarcarse en aquel puerto, antes que hacer el camino por Tolosa; pero los elogios que oian en todas partes del celebrado canal de Lenguadoc que todavia no estaba perfeccionado, tentó la curiosidad de Eusebio. Dió despues por bien empleado el rodeo, por el gusto y admiracion que le causó aquella obra, que parecia de imposible execucion

á las fuerzas humanas; y por lo mismo manifestaba ser solo digna de la grandeza del espíritu del Monarca que la mandó executar, y que la perfeccionó.

Nada de particular mencion les aconteció en el viage desde que salieron del Vivarés hasta que llegaron á Irún, término de la Francia, y principio de la España. Eusebio al entrar en ella sintiose acometido de un dulce júbilo, que le parecia respirar con el ayre de su patria, y Altano salia fuera de sí, hasta llegar á besar el suelo que tantos años hacia que no pisaba. Un tesoro encontrado no le hubiera hecho prorumpir en tantas y tan extraordinarias demostraciones de júbilo.

¿De dónde le viene al hombre el afecto particular que prueba, no solo por el lugar de su cuna, sino tambien por toda la extension del terreno de la que reputa su patria? Una linea imaginaria que distingue dos reynos, puede poner tambien tan grande diferencia en los sentimientos del corazon? Qué hermosura, qué encanto encuentra el alma en un suelo, en que los ojos no descubren, tal vez, sino mayor aspereza y esterilidad? Es preocupacion que imprime el amor propio en la fantasia, ó bien solo efecto imperceptible de nuestra vanidad? Qué es lo que to-

ca tanto al alma para que se transporte á la vista de un risco, de un tronco, de una choza, tal vez, que parece le están diciendo en su quedo silencio pertenezco á tu patria ?

Como quiera que esto suceda, qualquiera que sea el principio que excita este gozoso afecto en el corazon, cómo se podrá extrañar en boca de un republicano

Dulce, & decorum est pro patria mori.

Sobre esto discurrian Hardyl y Eusebio, en fuerza del gozo que probaban al verse entrar salvos en España, camino de San Sebastian, aunque experimentaban en él y en sus malos pasos notable diferencia de los caminos de Francia que dexaban; pues aquellos eran tan bellos y tan cuidados, y tan incomodos y descuidados los de España: maravillandose Eusebio, que tantos y tan poderosos Reyes no hubiesen puesto sus miras en un objeto que los Romanos reputaron siempre el primero y principal, y el mas digno de su grandeza en todas las provincias que conquistaban, aunque fuesen las mas remotas: haciendose todavia, despues de tantos siglos, objetos dignos de nuestra admiracion los mismos restos de las ruinas que quedan

asi en España como en otros reynos. (1)

Haciaseles esta diferencia mas sensible en los mesones, viendose tan mal servidos y faltos de lo necesario; deseando saber Eusebio y Hardyl si esto procedia del genio de la nacion, ó de la falta de providencias, ó de la poca gente, ó bien sí de la falta de industria, y del poco concurso de los forasteros: Hardyl no sabía atribuir este defecto á una de aquellas causas, sino á todas juntas, añadiendole, que aunque el concurso de forasteros podia contribuir algo á la mejora de los mesones, pero que tambien muchos de ellos dexaban de viajar por España, retraidos de las incomodidades de los caminos y alojamientos, excusables tal vez por las grandes distancias de las ciudades y despoblados intermedios, donde no era posible que un mesonero en una venta aislada en vasto desierto, y freqüentada solo de arrieros, se abasteciese de lo que no pudiera tener consumo.

Añadia á estas otras razones los medios que podrian con el tiempo restablecer esta parte de utilidad en un reyno industrioso y

(1) No queda ya lugar para tales quejas en muchos de los caminos de España, que harán estimable y gloriosa la memoria de Carlos III.

rico, y hacerlo freqüentado de los forasteros. Entretanto acomodaban los dos su paciencia á la necesidad en que se hallaban, usando de las malas camas, comida y habitaciones como si lo hicieran por eleccion, sacando de todo util partido para fomentar sus buenas máxîmas, amoldandose al bien y al mal que las circunstancias les presentaban, pues la impaciencia y el disgusto que se saca de lo que no se puede remediar, solo sirven para desazonar mas el corazon.

Antes de llegar á Santo Domingo de la Calzada, Hardyl contó á Eusebio la distribucion que se hacia en una de las iglesias de aquella ciudad de ciertas plumas de gallo y de gallina, en fuerza de un milagro que aconteció á cierto romero francés que iba á Santiago de Galicia, y cuya historia le contó por entero. Esto fue causa de que luego que llegaron á aquella ciudad, desease Eusebio ir á ver la distribucion de tales plumas, que se daban comunmente á los peregrinos que iban ó volvian de Santiago: executólo, pues, en compañia de Hardyl; y llegados á la iglesia, como se encontrasen con un Clerigo que salia de la sacristía, le ruegan si podia hacerles obtener dos plumas de las del gallo del milagro. Pero diciendo-

les el Clerigo, que el Señor Obispo difunto habia prohibido se hiciese tal distribucion, volvieron á la posada, teniendo motivo Hardyl para alabar la determinacion del Obispo en prohibir tales publicidades, que aunque parece que fomentan la devocion y piedad del vulgo, no hacen mas que degradar el decoro y magestad de la religion.

Entretuvieronse sobre esto de vuelta al meson, á cuya puerta debieron pararse, para dexar entrar un Religioso que venia caballero sobre una mula, precedido de su hombre de á pie. Apeado ya, entra en la cocina á informarse de la mesonera de lo que tenia que darle que comer. Oyendo esto Eusebio, le dice á Hardyl, que si no lo llevaba á mal, convidaria al Religioso á su mesa. Antes bien gustaré de ello, le responde Hardyl: y Eusebio se encaminó inmediatamente para convidarlo, y él aceptó de buena gana la oferta. Con este motivo, despues de haberse entretenido con ellos un rato, les rogó que le permitiesen decir algo del oficio antes que llegase la hora de comer. Ellos condescienden de buena gana; y luego que hubo acabado, se encaminó al quarto de Hardyl y de Eusebio en donde estaba la mesa aparejada.

Sentados á ella, Hardyl pregunta al Re-

ligioso, ¿si iba hácia San Sebastian? No señor, le dice, sino que vengo á esta ciudad á predicar un sermon de empeño; y he venido á parar al meson por no haber aqui convento de mi orden. ¿Y qué se entiende por sermon de empeño? preguntó Eusebio: por sermon de empeño, responde el Religioso, se entiende, el que se encarga con ocasion de una gran fiesta, en que se suelen buscar predicadores acreditados para que desempeñen la funcion. Me alegro, pues, que hayan distinguido en esta ocasion el talento de V. Paternidad, dixo Eusebio. ¡O! no señor, no lo decia por tanto, responde él; pero bien sí, puedo asegurar á vs. mds. que he trabajado en el sermon: y puesto que vs. mds. se hallen mañana en esta ciudad, me lisonjeo que querran honrarme. Eso lo hicieramos de mil amores, dixo entonces Hardyl, si no llevasemos priesa en nuestro viage, y tendriamos sumo gusto de admirar el empeño de V. Paternidad. = ¿Pero quándo parten vs. mds.? = Debieramos partir despues de comer; pero una rueda resentida, que pide composicion, nos obliga á diferir á mañana la partida.

= Si es así, pues, ya que vs. mds. me han manifestado que tendrian gusto de oir-

me, quiero corresponder á su atenta demostracion, dandoles á leer el sermon que traigo copiado de buena letra; pues tal vez gustarán mas de leerlo que de oirlo, lo que podrán hacer comodamente en una horita mientras voy á presentarme al sugeto que me lo encargó. Pero por mas que Hardyl y Eusebio se excusaron en buenos términos, no hubo remedio: debieron encargarse de leerlo, para decirle su parecer que el Religioso pedia; y que en plata no pretendia sino alabanzas, como sucede en semejantes encargos, principalmente, diciendoles el Religioso al entregarselo, que reparasen quan naturales y vivas eran las comparaciones que usaba.

Esto excitó su curiosidad, por lo mismo que el Religioso manifestaba en ello su vana benditéz; y así, luego que éste desapareció del quarto, Eusebio, teniendo el sermon en la mano, comenzó á leer oyendolo Hardyl.

Sermon que predica el P. Fray Juan Ced... Lector jubilado, &c. &c. &c. en la fiesta de San Antonio de Padua, que celebra la cofradía de dicho Santo en Santo Domingo de la Calzada.

Iste homo fuit magnus omnibus. Ec. c. 24.

En vez de texer el panegírico intexible del Taumaturgo Antonio, será mejor, que

postrandome delante de este altar, diga, si lo pudiera decir con cien lenguas de hierro, fundidas en el retumbante bronce de la fama: *Si quæris miracula*. Este es el manantial, este el pozo, este es el océano de todos ellos; de los mayores, de los mas estupendos y raros: ¿ mas para qué pido lenguas estrafalarias para predicarlos? ¿ No lo dicen á voz en grito estas ceras clavadas en tanto candelero de las devotas manos de esta cofradía? No es panegírico de ellos este aparato mudo, eloqüente, de iglesia tan bien ataviada, adornada, y hermoseada? No obstante, como debo mezclar tambien mi voz á esos mudos panegíricos, diré... ¿ Mas qué podré decir que no esté dicho? ¿ qué nuevo asunto podré tomar, sea de sus virtudes, sea de sus milagros, que no esté ya tratado de mil maneras, y que sea nuevo manjar para vuestros sabios oidos? Su penitencia, su mortificacion, sus extasis; mas todo esto no es trivial y comun en todos los santos? qué diré, pues? una cosa, que pareciendo comun, no lo sea, y que tal no la haga parecer el modo como la diré. Diré, pues, que no hablaba por humildad, y en esto lo asemejaré á un pastorcillo que vá recogiendo bellotas para su ganado de cerda, haciendolo con silencio: y diré que quando habló, ha-

bló por obediencia, y que por eso su voz fue exâltada. *Vox Domini magnificata.*

Antes de entrar en el campo del sermon, liquidemos las pruebas de lo que acabo de decir, porque esto debe servir de punto á los puntos de mi sermon. ¿ Pero cómo se podrá probar, me direis, que no hablando, no hablase por humildad? Lo primero (y ved que presto que se deshace esta dificultad) lo primero en que lo pruebo es, en que quiso asemejarse á los brutos; porque luego que llegó á conocer con la luz de la razon que el jumento, la cabra, y la oveja no hablaban, no quiso tampoco hablar, para abatirse y humillarse: *tamquam ovis non aperiens os suum*: y lo segundo en que lo pruebo es, en que quiso parecer rudo é ignorante á los animales racionales tambien, quiero decir, á los hombres, para que todos me entiendan; y no lo digo, por decirlo de los Canónigos Reglares, donde se fue á meter de hoz el glorioso Santo, sin vocacion tal vez para ello, solo para huir del mundo perverso y loqüaz, refugiandose á una religion, como á una gruta, como á una cueva, como á un hueco, como á una caverna.

Pero Dios que lo tenia reservado para gloria de la Religion Seráfica, le dexó hacer,

valiendose de su no hablar por humildad, para traerlo al camino de la gloria; porque los Canónigos Reglares viendo que no hablaba, y no queria desplegar sus labios, reputandolo rudo, idiota, ignorante, le dixeron que se fuese con su madre de Dios: y él, *tamquam ovis non aperiens os suum*, yendo de aqui para allá, sin saber donde, vino á parar sin saber como, á la Religion de los Religiosos Franciscos, donde el Guardian, inspirado de Dios, viendo que guardaba tan humilde silencio, se lo mandó romper por obediencia, haciendolo ir á predicar á los turcos, á los hereges, á los marroquinos: y él, como el mas humilde y el mas obediente, así como no hablaba por humildad, semejante á un pastorcillo que recoge bellotas en silencio, asi ahora habla por obediencia; ¿ pero cómo? como el pastorcillo David armado de las dos peladillas de rio contra el soberbio torreon de carne filistea.

¿ Pero pensais que me detendré en contaros las gloriosas conquistas, las prodigiosas conversiones que hizo con la honda de su eloqüencia, armada de las dos piedras de su obediencia y humildad? Esperais que os cuente, que volviendo cargado de tan gloriosos trofeos de los infieles en sus conversiones, aña-

dió otro mucho mas admirable que todos ellos, convirtiendo á veinte y quatro salteadores? Nada menos que eso: oid el caso maravilloso, que comprehende las dos virtudes del humilde silencio, y de la obediente loqüacidad, ambas á dos juntas, unidas, hermanadas, y que tendrán mayor fuerza para probar lo que quise probar.

Vuelto de su gloriosa predicacion el Santo al convento de Rimini, volvió á su humilde silencio; y yendo un dia por la orilla del mar en divina contemplacion, lo distraen los saltos y bayles que hacian los peces al verlo, como rogandole que les predicase, pues deseaban oir la voz de su lengua, martillo de los turcos y de los hereges, *malleus hæreticorum*. Conoció el Santo por inspiracion los deseos de los peces de aquel mudo enxambre, y escamoso de la verdinegra Tetis. ¿Pero qué, creeis que sobre la marcha les satisfizo? no por cierto; sino es por obediencia, no habia remedio que hablase, quien no hablaba por humildad: y para exercitar esta humildad, y hablar al mismo tiempo por obediencia, fue á pedir primero licencia al padre Guardian, para predicar á los peces, pues sino por obediencia no les queria predicar; bien asi como la ballena, que no mue-

ve su inmenso y encorvado dorso, si no quando la empujan, é impelen las olas por detrás.

Podeis imaginaros qual quedó el Guardian oyendose pedir una licencia tan estraña. Pedir licencia para predicar á los turcos de Turquia, á los marroquinos de Marruecos, qualquiera lo hubiera hecho; ¿ pero para predicar á los peces, *qui perambulant semitas maris*? esto solo se dice de mi glorioso San Antonio, cuyas glorias, no pudiendolas abarcar la tierra, se habian de dilatar tambien al mar. ¡ *Quam admirabile nomen tuum super universam terram, & mare*! Conociendo esto el Guardian, no solo le dió licencia, sino que quiso tambien acompañarlo; y llegados al sitio, se encuentran con un auditorio tan grande y tan numeroso, que no cupiera en esta vasta iglesia, para confusion de aquellos, que aunque oyen repicar la campana para el sermon, dexan que el predicador se desgañite á solas en el pulpito.

¡ O y quánto mejor fuera tener á los peces por oyentes! con qué atencion no estaban ellos esperando á ver que texto tomaria el Taumaturgo Antonio para su sermon! Vierais allí un enxambre de pulpos, aquí un exército armado de langostas y langostines, allá una piara de delfines, y una infinidad de al-

bures, y una caterva sin cuenta de lenguados, de sollos, de pampanos, de acedías, de sábalos, de hostiones, de tromperos, de robalos, de blanquillas, de pegerreyes, de truchas, de dentones, de bonitos, de corvinas, de besugos, de bogas, de agujas, de salmones, de lampreas, de cancros, de barbos, de atunes, de pageles, de congrios, de esparrallones, de gibias, de lizas, de rayas, de saputas, de meros, de eliros, de carneros, de salmonetes, de gallos, de pavos, de rémoras, de lobos, de safios, de anchovas, de sardinas, de rescazas, de doncellas; en fin, de todas especies de peces, que faltára el dia para decir, si decir supiera sus especies.

Todos ellos, pues, esperaban oir el texto del sermon: ¿ pero quál os parece que fue el que escogió el portentoso Antonio? ved quán propio, y quán adaptado: *Benedicite cetæ, & omnia, quæ moventur in aquis Domino*; de modo, que al oirlo, comenzaron todos ellos á saltar, á zabullirse, y á salir á fuera, y á volverse á meter dentro, para darle á entender que se movian, *quæ moventur in aquis*. Pero luego que acabaron aquella especie de copeo, pararonse otra vez para oir el sermon, sacando sus cabezuelas y ca-

bezonas sobre las aguas, á la manera que veis las almas del purgatorio en un retablo sacar sus cabezas y brazos entre las llamas, ó por mejor decir, como las once mil virgenes, asomando una infinidad de cabezuelas, unas tras otras, detras de su capitana gloriosa Santa Ursola.

¡Lástima, oyentes mios, lástima que el Guardian, que estuvo presente al sermon, no lo hiciese imprimir! que cosas tan lindas y enérgicas, graciosas y graves no diria á los peces! qué dulzura de palabras, *dulciora super mel, & fuvum*! qué regocijados no se irian con la bendicion que les echó, diciendoles sin duda: *Ite, crescite & multiplicamini*! porque los peces se multiplican á millares, segun dicen. ¡Qué gozosos que le volverian las colas para irse á correr por los senderos del mar! *per semitas maris.*

Dexemoslos ir para dar oido á los que dicen que los peces no oyeron el sermon porque son mudos; y como los mudos son sordos, sacan la conseqüencia de que no oyeron el sermon. ¿Habeis oido jamas un sofisma en Camertes ó en Baralipton mas extravagante? Como si por sí mismo no se deshiciera como la sal en el agua, ó como la cera que se regala con el moco del pávilo encendido,

si no acude apriesa el sacristan á despavilarla. Porque ¿ quién hay entre vosotros que no eche luego de ver que toda la malicia está en la menor del silogismo ? Los mudos son sordos, distingo ; los hombres mudos, concedo ; los mudos peces, nego ; y ved aqui á tierra el argumento. Y puesto que con él queda enteramente probado lo que queria yo probar sobre el no hablar el Santo por humildad, y hablar por obediencia, ¿ no es muy justo que vuelva á repetir el texto del sermon, antes de estenderme en el mar de sus alabanzas : *Iste homo fuit magnus omnibus*? Grande hombre para todos : grande para los turcos que convirtió : grande para los marroquinos que bautizó : grande para los peces á quienes predicó : *magnus omnibus*. Esto me dará materia para los tres nuevos puntos de mi sermon ; pero antes hagamoslo aqui redondo para implorar la gracia. *Ave Maria*.

Hasta aqui pudo solo copiar Eusebio del sermon del predicador, por haberlo interumpido su llegada. Habialo antes leido todo con Hardyl, tendiendose de risa por aquellas sillas del quarto, empleando mas de una hora en leerlo, porque á cada paso la risa les impedia proseguir la letura. Hardyl no se acordaba de haber reido tanto en su vida, contri-

buyendo para ello la imagen que les quedaba de la serena presuncion del Religioso, combinada con los disparates que iban saliendo, especialmente con las comparaciones naturales en que les dixo reparasen: y así, como cosa original en su linea, quiso conservarla Eusebio, tomandose el trabajo de copiarla. Pero avisado de Altano de la vuelta del Religioso al meson, hubo de desistir del empeño, y quedarse con lo copiado, perdiendo mil preciosidades en el cuerpo del sermon.

Hardyl se habia salido del quarto mientras Eusebio hacia la copia, que escondió luego que tuvo el aviso de Altano, temiendo que el Religioso fuese inmediatamente á su quarto, como sucedió. Entró en él diciendo: ¿ pues, mi señor Don Eusebio, qué le ha parecido á Vmd. del sermon? = ¡ Cosa original en su linea, padre, cosa preciosa! = ¡ Ah, ah, eso es efecto de la cortesia y bondad de Vmd! = Es solo efecto de lo que probé. = ¿ Y las comparaciones qué tal? no le parecieron á Vmd. muy propias, como la de la humildad comparandola á un pastorcillo? Pues y la del gigante con el pastor David, armado de sus piedras y honda? = Muy naturales á la verdad: solo me pareció algo vio-

lenta la de la ballena. = Eso mismo hácela mas propia, porque es comparada con la obediencia ; pues esta lleva consigo gran violencia de la voluntad que obedece. = Si es así, no tengo que replicar. = Asi debe ser , ¿ no se hace Vmd. cargo ? = Me lo hago , padre, me lo hago. = ¿ Y del estilo , qué le pareció á Vmd. ? = Igual á las comparaciones. = ¿ Nada mas ? = Y qué mas quiere V. Paternidad , si dixe ser todo cosa original. = Pero asi en grueso no satisface tanto el juicio ageno como por partes ; y segun veo , Vmd. tiene el juicio muy fino.

A estas añadió el Religioso tantas preguntas , que Eusebio , cansado de ellas , padecia mucho , hasta que entró Hardyl y lo libró de sus importunaciones , por no atreverse á desprender de él : y aunque se consoló al verlo entrar , temia que el Religioso le hiciese las mismas preguntas , sabiendo que Hardyl no contemplaria la presuncion del predicador. Pero éste que no cabia en la piel , pareciendole haber trabajado un excelente sermon, no pudo contenerse de no pedir tambien á Hardyl su parecer , diciendole : ¿ Ha leido Vmd. mi sermon , señor Don Jorge ? = Si , padre, lo he oido leer. = ¿ Qué le parece pues á Vmd. ? = Si he de decir á V. Paternidad

lo que siento, no quisiera decir mi parecer. = Pero por qué? por ventura no le agradó a Vmd.? = No, padre. = ¿Cómo no? pues qué encuentra Vmd. que culpar? = Ya dixe á V. Paternidad que no gusto de dar que sentir á nadie: y asi le ruego quiera dispensarme de decirle mi parecer. = Veo que me es contrario; pero si Vmd. no me dá las razones que tiene para ello, las tendré yo para atenerme al juicio de mi señor Don Eusebio. = Enhorabuena, padre, atengase á él.

= ¿Pero es posible que no quiera Vmd. individualizar cosa alguna? = Lo hiciera, padre, si comunmente no se pidieran alabanzas, en vez del juicio que se pide de las obras que se presentan. = Perdoneme Vmd. señor Don Jorge, pues no esperaba tan poco favor de Vmd., ni veo qué es lo que pueda culpar acerca del estilo, ni de la fuerza de explicarme, ni de las comparaciones que traigo tan á proposito. = Será preciso, pues, que desengañe á V. Paternidad, porque ni el estilo de su sermon es propio de la grandeza y magestad de la eloqüencia sagrada, ni hay fuerza ninguna de expresion, ni las comparaciones que trae son propias del asunto. Este, en vez de quedar engrandecido de la eloqüencia, no logra sino hacerse ridículo con

el estilo y comparaciones de V. Paternidad: y perdone esta franqueza á los deseos que me ha manifestado de que le dixese mi parecer.

El Religioso, que estaba bien lejos de esperar este severo, aunque modesto juicio de Hardyl, hizose fuerza para contener el enojo que le asomó á su turbado rostro, torciendolo en desprecio del parecer de Hardyl, á quien dixo: se vé, que Vmd. como lego, no entiende de estas cosas. = Puede ser tambien muy bien lo que dice V. Paternidad; pero por lo mismo rehusaba darle mi juicio. = Tenia Vmd. razon de rehusarlo dar. = Si, padre, muchisima razon, pues preveía lo que habia de suceder. = De hecho, prueba su juicio que no entiende Vmd. de eloqüencia de pulpito; porque sino, de otra manera hablára de mi sermon. = Puede ser que me suceda lo que á la lechuza, que se queja de no ver de dia, porque la luz la ciega. = Algo me temo que ha de haber de eso; y asi queden Vmds. con Dios, porque debo retirarme á repasar mi sermon. = Vaya V. Paternidad con Dios, y perdoneme el disgusto que le he dado. = Mi señor Don Eusebio, para servir á Vmd. = Para servir á V. Paternidad, padre.

Luego que se fue el Religioso, muy re-

sentido interiormente como lo parecia, Hardyl dixo á Eusebio: rara vez he visto llevar á bien el juicio que piden de sus obras los compositores, por mas que se use de moderacion en darlo, porque como estan preocupados de la vanidad de haber hecho una cosa perfecta, no es facil desengañarlos: y por lo comun, los mas ignorantes son los mas duros y tercos en su opinion, como lo veis en ese bendito Religioso, el qual se vé que no tiene idea de lo que es eloqüencia; por lo mismo no quise pasar adelante en notarle los defectos de su sermon, pues no hay en él sino disparates y necedades, que jamas hubiera echado de ver él mismo, aunque me hubiese cansado en demostrarselas.

Taydor entró entonces en el aposento, algo alterado, diciendo á Eusebio: que el herrero que habia compuesto la rueda del coche le pedia treinta reales, de lo que en Inglaterra no le hubieran pedido diez, añadiendo, que sobre ello habia reñido con él, y que habia faltado poco que no lo descalabrase. ¿ Donde está ese hombre? dice Eusebio, aí baxo, responde Taydor, que no quiere rebaxar ni un sueldo de lo que pidió. = ¿ Y que quereis que le haga yo, que vaya á rogarle que rebaxe del precio de su trabajo?

Dadle enhorabuena los treinta reales, y acordaos que me importa menos el dinero que los resentimientos de vuestro enojo. Taydor baxó la cabeza, y fue á satisfacer al herrero los treinta reales.

Hardyl y Eusebio, distraidos de su conversacion, quisieron salir á dar un paseo por la ciudad, volviendo algo tarde á la posada, donde viendo al padre predicador, que iba arriba y abaxo del corral repasando, segun parecia, su sermon, ocurrió á Eusebio decir á Hardyl si lo convidarian á cena. ¿ Creeis que lo aceptará ? dixo Hardyl. = No lo sé, voy á verlo; y encaminandose Eusebio hácia él, le dice: que esperaba que quisiera tambien hacerles compañia cenando con ellos; pero por la respuesta que le dió, conociendo que le duraba el resentimiento, y que por ello se excusaba, no quiso hacerle nuevas instancias, retirandose al quarto, donde contó á Hardyl las excusas de su resentida Paternidad, que le dió nuevo motivo para proseguir la conversacion que Taydor les habia interumpido, y para que Hardyl se explayase sobre la eloqüencia sagrada, que habia padecido no poco del corrompido gusto que todos sacaban de las escuelas aristotélicas; sobre lo qual se entretuvieron despues de cena hasta que se acostaron.

Al otro dia tomaron el camino de Burgos, desde donde pasaron á Valladolid, causandoles compasion los campos yermos por donde pasaban, faltos de verdura y de frondosidad, echando menos la industria y cultivo que tanto los embelesaba, así en Inglaterra, como en Francia. Porque aunque era excusable en algunos terrenos la falta de cultivo por la sequedad, é ingratitud del suelo y cielo, no lo era en otras tierras fértiles de sí, ó que lo pudieran ser facilmente, echandose de ver el desaliño, y descuido de la agricultura en vastos terrenos dexados á beneficio del tiempo, sin poder descubrir la cansada vista un arbol donde descansar, y sin oir ave alguna que rompiese con su canto el silencio espantoso de un pelado yermo.

Los mismos rios, que tanto se complacen de coronar sus riberas de frondoso verdor, parecian quejarse con el mormullo de sus raudales de las manos desidiosas que les negaban los medios de engalanarse, despues que los habian despojado de su sombria magestad. Los montes, con triste y arido ceño, manifestaban acusar al cielo la ingrata segur, que no solo los dexó desnudos de su añeja frondosidad, sino que tambien destruyó en sus profundos y arraigados cepos la regeneracion de

su verdor, y los tiernos renuevos que pudieran ser con el tiempo util adorno del campo, y amable abrigo del pastor, á cuya amena sombra oyera su ganado repetir las alabanzas de aquella edad, en que Orfeo, al son de su canto y lyra, pobló al rodopé de las plantas atraidas de la dulce fuerza de su concento, y la armonía de su lyra.

Estos objetos daban repetidas veces materia de discurso por el camino á Hardyl y á Eusebio, haciendoles acordar del plantél que tenian en Filadelfia, formado de los huesos de las frutas que Eusebio iba sembrando en el jardin. De Valladolid pasaron á Medina del Campo, visitando en todas las ciudades por donde pasaban quanto habia digno de ver, así de fábricas y de pinturas, como tambien de los otros objetos que contribuían para su instruccion, y que les ofrecian las costumbres y preocupaciones de los pueblos. Llegados á Salamanca, Eusebio, que tenia grandes ganas de ver aquella celebrada Universidad, no las pudo satisfacer luego por haber llegado á boca de noche al meson, pero lo hizo al otro dia, yendo con Hardyl, antes que se abriesen las aulas, aunque comenzasen á dexarse ver algunos estudiantes y maestros. Uno de estos quiso usar con Hardyl y Eusebio la atencion de acom-

pañarlos para hacerles ver la Universidad, y las cátedras que habia para todas las ciencias y lenguas, aunque las principales se hallaban sin maestros y sin discípulos.

Como Eusebio se informase del maestro que los acompañaba de muchas cosas que deseaba saber, y que ignoraba Hardyl, se detuvo bastante tiempo, para que ya juntos los estudiantes, comenzasen sus disputas con tales gritos y voces, que parecia se iban á matar. Eusebio, que no tenia idea de aquel alboroto, preguntó al Catedrático: ¿qué venia á ser aquella algaravia? y diciendole él que los estudiantes argumentaban, quiso despedirse, habiendo ya visto lo que habia que ver; y lo executó, agradeciendo al Catedrático su atencion, debiendo pasar por medio de aquel exército de Orates que se desgañitaban, dando unos tales patadas, con gestos y ádemanes tan descompuestos, que á Eusebio le parecian energúmenos, causandole suma novedad aquella behetria.

¿Qué viene á ser esto, Hardyl? qué confusion es esta? le pregunta Eusebio apenas salido. De qué disputan estos hombres? = ¿Pues qué, no lo oisteis al pasar? = Oí no se qué del ramo colgado de la taberna, y de animal á longe, y de ente de razon. = Haced,

pues, cuenta que lo habeis oido todo: de ese jaéz son las demas qüestiones de la filosofía aristotélica en que emplean estos infelices jóvenes sus talentos. = A la verdad son dignos de compasion: bien me habiais dado alguna idea de ello en los muchos discursos que hemos tenido sobre esa desdichada filosofía; pero si no lo hubiera visto por mis ojos ¿ cómo era posible creer que los hombres llegasen á hilarse los sesos por un ramo puesto á la puerta de un ideal bodegon, y desgañitarse por ello como se desgañitan ?

= Haced, pues, cuenta que de esos mismos gritos y qüestiones resonaron las paredes de la Sorbona, efecto de la barbarie de los tiempos, que el mismo tiempo destruirá. = ¡ Pero entretanto, es gran lástima que se malogren tantos ingenios, enredados en esas ridículas y miserables qüestiones ! = No hay duda; pero este es un perjuicio, que debeis contar entre los muchos á que están sujetas las naciones, y dificil de desarraigar de un tiron. Id á decirles á ellos mismos que malogran sus ingenios en una inutil y bárbara filosofía, y veréis como os quitan las ganas de compadecerlos. ¿ Cómo les daréis tampoco á entender, que el silogismo tirado no sirve sino para aguzar y sutilizar vanamente sus ingenios,

y para pararlos como la arista, la qual es la cosa mas aguda, y al mismo tiempo la mas futil y ligera? que el ingenio no necesita de que gasten tanta palabra y tiempo para formar un juicio y raciocinio? que sus argumentos son garabatos que no pescaron jamas la verdad? que las agudezas de sus distinciones son solo lanzas del tiempo de antaño, buenas para un Abempace, y un Aberroes, y armas ridículas para el dia de hoy?

No es posible que lo consigais: y así dexemos hacer al tiempo que lleve el mal á su término, y entonces será facil de curar, y no antes, por mas que se raje el divieso. Entonces les sucederá á los Aristotélicos lo que á un caballero muy viejo á quien yo conocí en mi mocedad, llamado del pueblo, por apodo, Don Bigote; porque galanteando á una señorita muy rica, á quien amaba ardientemente, ésta le dixo: que no se casaria con él, si no se rasuraba el bigote y pera, que eran los idolos de su presuncion, y de su necia vanidad. Pero oida la demanda y pretension de la rica doncella, le dixo: que por poseerla hubiera sacrificado todos los tesoros de la tierra; pero que su bigote y pera de ningun modo, que en eso no habia que pensar: mas cómo de allí á pocos años viese que

casi todos se rasuraban el bigote, y que la gente parecia asi mejor, comenzó á perder el aprecio á aquella moda estrafalaria que le hizo perder tres mil ducados de renta, que le traia de dote con su hermosura aquella señorita. Entonces, arrepentido y desengañado, iba siempre diciendo: por vida de mi bigote, pesia tal de mi bigote, mal haya mi bigote: y así siempre le estaba dando á su bigote; de modo, que le quedó para siempre el apodo de Don Bigote.

Tuvieron para muchos dias materia de que tratar, así sobre la filosofía aristotélica, como sobre otras ciencias y estudios, y sobre las Universidades y sus establecimientos. De Salamanca se dirigieron á Segovia, desde donde se encaminaron á Madrid. Detuvieronse pocos dias en ella, no solo porque les instaba el pleyto, sino tambien porque no ofrecia entonces aquella Corte objetos dignos de su curiosidad. Fueron bien sí muy agasajados del Lord Harrineton, Embaxador de Inglaterra, para quien llevaban cartas de recomendacion, el qual fue el mayor amparo de Eusebio y de Leocadia en la mas terrible y funesta desgracia que les pudiera acontecer, y que desventuradamente experimentaron poco despues que se vieron casados.

De Madrid pasaron á Alcalá, cuya Universidad les renovó las especies de la de Salamanca, sin excitarles ganas de ir á ver lo que solo excitaba su compasion; y así, sin detenerse en aquella ciudad, se encaminaron para la de Toledo, donde llegaron poco despues que habia ocupado casi todo el meson un caballero de Truxillo, con su muger, una hija, y un capellan que los acompañaba. Quedaba un solo aposento vacío; y aunque abierto por todas partes, pudo servir para Eusebio y Hardyl. Entrados apenas en él, les pareció oir un discurso mezclado de gemidos en el quarto inmediato que comunicaba con el suyo por una mala puerta, que aunque cerrada, no les impedia oir distintamente una voz delicada, que decia sollozando: ese será el principio de mi eterna condenacion. ¡O cielos! ¿es posible que ella me haya de venir de mis mismos padres? ¡Desventurada de mí! ¡querer sacrificar de todos modos la sola libertad interior que me queda! privarme, no solo de lo que mas amo, sino forzarme tambien á tomar un estado que aborrezco!

Apenas acababa de decir esto con llanto, seguido de nuevos sollozos, oyeron inmediatamente otra voz algo ronca que decia: la culpable pasion que alimentais, á despecho de

vuestros buenos padres, os hace mirar el estado religioso como el mas aborrecible. Pero creedme, Doña Gabriela, que luego que comience la gracia del Señor á insinuarse en vuestro corazon, quando esteis en el convento, vereis como mudais enteramente de sentimientos; y ese llanto pecador se convertirá en suave risa, y esos indignos sollozos en complacencia celestial viendoos esposa de Jesu-Christo. No lo dudeis: vais á ser un angel en la tierra.

= Muger nací para mi desgracia, y angel no lo seré jamas, señor Don Julian. Tengo luces bastantes para no dexarme preocupar de esos especiosos títulos. Mas de dos religiosas hicieronme confianzas, que no hacen tal vez á sus mismos confesores, y tengo sobradas razones y motivos para apelar al cielo contra la injusta violencia de mis padres, y contra el devoto soborno á que Vmd. rindió sus piadosos sentimientos. Somos quatro hermanas casaderas, y se quiere comenzar por la mayor á darle la gracia angelical por dote, para que pueda disfrutar del que nos dexó nuestro tio el solo hermano que tenemos, á quien se quiere enriquecer á cuenta de quatro violentos sacrificios.

Aqui pareció que Don Julian comen-

zase á titubear, balbuciando algunos devotos reproches; sollozando siempre la doncella; é inmediatamente oyeron otra voz de muger que llegaba diciendo: ¿ y pues, se persuade Gabriela de su mayor bien que es el espiritual? ¿ Condesciende á entrar de buena gana en el convento, para librarse en él de los continuos peligros y sugestiones del mundo, del demonio, y de la carne? = No sé que decir á Vmd., mi señora Doña Violante: veo poquisima resignacion en Doña Gabriela. = No importa: lo que le falte se lo darán de grado ó por fuerza las religiosas del convento con sus santos exemplos y exhortaciones; pues su padre, prefiriendo como debe el bien de su alma, al temporal y perecedero, determina llevarla mañana al convento.

¡ O Dios! triste de mí! comenzó á decir la doncella. ¡ Tan funesto efecto habia de tener la generosa donacion de mi tio! Ella es la que me lleva á esa carcel, que en vez de darme la resignacion, no hará sino agravar mi despecho. = ¿ Cómo os atreveis á resistir tan descaradamente á la voluntad de vuestros padres? = ¡ O madre mia! teneis pruebas de mi entera y resignada obediencia á vuestra voluntad en todo lo que debo ¿ mas

por ventura la debo tambien á una violencia, desaprobada de las voces de la naturaleza en ese mismo seno, y entrañas en que recibí un infelicisimo ser? á quien moverá mi llanto, si vos, madre mia, lo desatendeis? Por lo que mas amais en esta vida, postrada aqui de rodillas, os ruego que me encerreis en el mas ruin aposento de casa donde no vea ni aun la luz del dia, antes que me obligueis á tomar un velo, que aborrezco mas que la misma muerte, y que será causa de mi eterna desesperacion. = No se os obliga á tomar el velo, sino á entrar en el convento: esa será la carcel que se tiene merecida vuestra atrevida lengua.

Siguióse á esto un silencio, interrumpido de los gemidos y lloros de la doncella (á quien parecia haber vuelto la espalda la madre) que conmovieron vivamente el corazon de Eusebio, el qual dixo en voz moderada á Hardyl: ¿es posible que una madre haya de ser menos sensible al llanto de su hija, que á un estraño á quien nada le pertenece, y que no la conoce? = ¿Y estrañais eso? Luego que el interés y la ambicion se arraigan en el corazon del hombre, sufocan de tal modo los sentimientos de la ternura y de la compasion, que mas presto se ablandará un gui-

jarro, que el corazon humano al llanto de un infeliz; especialmente si tapa el hombre su oido con el manto de la devocion, y con el velo de la santidad, con que cubren muchos padres sus ambiciosas miras, sacrificando á ellas la libertad de sus hijos, lisonjeandose consagrarlos á la religion, y asegurarles con ello el cielo.

Este engaño no lo padecen solamente aquellos padres que se prevalen indignamente de los medios sagrados, con que solapan los fines de su ambicioso interés, sino tambien aquellos otros, que esentos de interés y de ambicion, engañados de la apariencia, infunden á fuerza de contínuas insinuaciones á sus hijos los deseos, que no les vinieran jamás sin ellas, de hacer vida religiosa. No hay duda que este estado es perfecto y respetable; pero pide vocacion, y vocacion especial, sin la qual la vida del religioso es la mas rabiosa, é intolerable. Ni sé como los padres que aman con ternura á sus hijos no tiemblan de exponerlos sin vocacion, si no llegan á tenerla, á maldecir de su rabiosa exîstencia.

Pero apartemos la lengua de este asunto, aunque tanto interese á la humana compasion, como lo experimentamos en esa infeliz Gabriela, por la qual intercediera de bue-

na gana, si pudiera esperar que tuviesen cabida mis insinuaciones en los pechos de esos padres desnaturados. = Tal vez nos podria ser facil si cenasemos juntos. = Mi desconfianza no está en la falta de medios, sino que la pongo en el motivo poderoso que insinuó la doncella del dote que le dexó su tio: id á combatir ese castillo sobre cena. = Con todo, quiero probarlo; pues á qualquier coste, deseára remediar á esa doncella infeliz, cuyas lágrimas me penetraron el alma. = ¿ Pero qué pretendeis hacer? = Voy á ver si hay lugar para que cenemos juntos. = ¿ Pues qué, creeis que estamos en Francia, ó en Inglaterra, donde todos se avienen á mesa redonda? = A lo menos desahogaré con ello mi compasion; quiero ir á intentarlo.

Eusebio, llevado de sus ansias compasivas, dexa á Hardyl en el quarto, y baxa á baxo, al tiempo que entraban en el meson un lindo mozo á caballo sobre un ardiente alazan, y un hombre que parecia criado ó dependiente suyo, tambien á caballo sobre un rucio rodado, vibrando á todas partes terribles miradas debaxo su larguirucha montera calada de soslayo, que le daba un ayre feroz, no menos que una larga carabina que le salia entre el embozo, pendiente del ar-

zon. Eusebio se para para cederles el paso, conrrespondiendo, algo admirado, al atento, pero desasosegado saludo que le hizo el jóven que iba delante, volviendose dos veces para mirarlo desde su caballo despues de haber llamado al mesonero.

Como Eusebio iba tambien á hablar á éste, esperó que satisfaciese á las preguntas que el mozo le hacia en secreto luego que desmontó. Entonces, acercandose Eusebio al mesonero, le pregunta si sería posible cenar en compañia de los señores que llegaron antes que ellos al meson. No señor, le dice el mesonero, que esos señores acaban de sentarse á la mesa, en que tienen su cena de lo que se previnieron, y la de Vmds. no está dispuesta todavia. Altano que vió entonces á su amo, se ofreció si tenia que mandarle alguna cosa. Sí, le dice Eusebio, ¿ habeis oido hablar de esos señores que llegaron antes que nosotros ? = Si, señor, no se habla de otra cosa. Son unos caballeros de Truxillo, que tienen un hijo solo, varon, y quatro hijas, á las quales, habiendo dexado un tio suyo que murió en Indias diez mil pesos de dote á cada una, quisieran los devotos padres meterlas monjas á todas para enriquecer la casa, y comienzan por la mayor que es

esa que tienen consigo, de quien dice el criado que me contó esto, que es un sol de hermosura. Vea Vmd. si esta es prenda para monja.

Lo peor del caso no es esto, pues me contó el mismo criado, que esa señorita, á mas de repugnar al mongío, está muy enamorada de un caballero de la misma ciudad, muy rico y galan, que la pretende en casamiento, y que ha hecho lo posible para obtenerla, hasta renunciar el dote; pero que el padre no se la quiere dar por ninguna via, porque está tan enojado contra él, que lo amenazó de matarlo si lo veía acercarse á su casa, creyendolo causa de haberse desviado su hija del camino del cielo, por haberla enamorado con su galanteo. Asi se explica él; pero el criado me ha dicho, que no es esa la madre del cordero, sino el ser tan avaro el padre, que aunque no haya de dar el dote, que el caballero rehusa, teme gastar lo poco que llevaria la doncella; sino quiere darla encueros como su madre la parió. =

Esa será ficcion del criado; pues por poco dote que le dé, habrá de gastar lo bastante para ponerla en el monasterio. = Bueno: como si no hubiese pasado eso por

cuenta. El padre nada ha de gastar haciendola monja, porque una tia suya toma á su cargo pagar todos los gastos si toma el velo; pero si se casa, ni un maravedí. Debe sin duda estar muy reñida esa señora tia con el santo matrimonio. = ¿Sabeis qué cena tenemos? = Proveí quatro pollos, y un guisado de ternera, á mas de lo que pone de lo suyo el mesonero, que no sé si será cordero mortecino, ó liebre de tejado, pues no hay aqui que fiar. = Procura informarte quien es ese mozo que acaba de llegar, pues me pareció muy persona, y traeme la respuesta.

Eusebio vuelve al quarto, donde contó á Hardyl lo que le acababa de decir Altano, y el encargo que habia hecho á éste de informarse de un mozo muy apuesto que habia llegado al meson. Volvió Altano de allí á poco con la respuesta, diciendo que se habia querido informar del mesonero si conocia al mozo, y que éste le respondió, que no lo habia visto hasta entonces: que luego, encontrandose con el hombre que llegó en su compañia, se lo preguntó tambien, pero que lo habia enviado enhoramala. No importa, le dice Eusebio, vé en derechura al mismo mozo, y dile de mi parte: que atendidas las circunstancias del meson, y el ser ya tarde, me

haría un singular favor si quisiera honrar con su compañia nuestra cena, y que perdone esta libertad á la aficion que me ha merecido.

Altano fue á cumplir con este nuevo encargo; pero volvió inmediatamente diciendo á Eusebio, que el mozo agradecia su atencion, y que la apreciaba sumamente, pero que no la podia aceptar por hallarse impedido, y que á boca le renovaria las gracias que le enviaba. Oida esta respuesta, Hardyl y Eusebio se pusieron luego á cenar, hablando en voz baxa para no interumpir á los del quarto inmediato, que poco despues de la cena parecia que rezaban el rosario, sin oirse la voz de Gabriela; y que inmediatamente se fueron á la cama, segun podian conjeturar por el silencio que guardaban. Esto mismo los obligó á acostarse tambien ellos despues que cenaron, para no dar molestia, ni romper el sueño de los vecinos.

Al cabo de una hora que estaban acostados, no pudiendo tomar el sueño Eusebio por la mala cama, y por los pensamientos que le excitaba la desgracia de la doncella, oye el son de un laud que templaban en el corral, y que luego punteaban y tañian tan delicadamente, que tuvo suspensa y muy

desvelada su atencion, mucho mas, quando oyó una voz suave que acompañaba al dulce sonido, y que decia:

Callad vagas corrientes:
Suspended tristes aves el gemido;
Y á las quejas ardientes
De amante adolorido,
Presta, viento, y tú noche, atento oido.
Con suave mirada
La reyna de los astros, desde el cielo,
Parece que apiadada
Quiera aliviar mi duelo,
Y darle, mas en vano, algun consuelo.
Pues Gabriela no es ella,
Ni soy yo el pastor Lamio. Ah! no: sobrado,
En eterna querella,
Me trae desvelado
El amor. ¿Quién supéra á un cruel Hado?
Oid, con todo, ó fuentes,
Y tú, casta Diana, y noche y viento,
Y vosotros lucientes
Soles del firmamento,
De mi amor el terrible juramento.
De aqueste mi amor puro,
Que hará mia á Gabriela con la muerte,
(Ante el cielo lo juro)
Si asi mi pecho fuerte

Puede solo vencer su cruel suerte.
Pudiera, sí, pudiera,
Armado de perfidia mi deseo,
Averla, si quisiera
Usar como Teséo
Con la esposa del hijo de un Atréo.
Mas altanero monte
Que Atlante me haga frente: can mas fiero
Me oponga el Flegetonte,
Que el Trifauce cerbero,
Corto precio de amor tan lisonjero!
¡ Mas hay ! porque es mas fiera,
Que todos esos monstruos la crueza
De un padre, á quien venera
Mi ardiente fortaleza:
¡ Ah ! tu padre acobarda mi entereza.
¡ Otro arbitrio no queda,
No, no queda á mi amor que el mortal lecho!
¿ A éste quien me veda
Llevar mi osado pecho?
Usaré, sí, usaré de este derecho.
Sea el cielo testigo
De mi fiel juramento. Tal protesta,
Harála ese enemigo
De un casto amor, funesta;
Mas serás antes mia, que de Vesta.
Selle pues en tus brazos
Mi sangre esta promesa. Si asi muero,

(¡ Cielos! ¿ en tus brazos? . . .)
Otro lecho no quiero:
Alce tu padre pues su injusto acero.

Atonitos quedaron Eusebio y Hardyl, á quien Eusebio dispertó inmediatamente, para que oyese el canto del amante de Gabriela, pues tan á cara descubierta, por tal se declaraba, no dudando ellos que fuese el jóven á quien quiso Eusebio convidar á cenar. Ni sabian que admirar mas, si la destreza en tañer aquel suave instrumento, ó si los honrados sentimientos que el mozo manifestaba en la cancion, que no les pareció de vulgar poesía: é inferian que si no era exâgeracion de poëta, y de poëta enamorado lo que insinuaba; y si llegaba á poner en execucion su juramento como lo manifestaban, no solo sus expresiones, sino tambien su llegada al meson, no podia dexar de haber al otro dia algun lance funesto; pues combinaba Eusebio lo que le habia contado Altano de la amenaza que hizo el padre de Gabriela á su amante, con lo que este declaraba en la cancion.

El modo como esto podria suceder, el encuentro de los amantes, el enojo de los padres, y lo que se dirian y harian, fueron la

materia de los pensamientos con que cebaba Eusebio su desvelada imaginacion, representandose en idea de mil maneras el lance; pero todas ellas muy diversas del modo como sucedió, aunque empeñaron tan vivamente su fantasia, que apenas pudo cerrar los ojos en toda aquella larga noche, cuyo silencio rompian de quando en quando algunos suspiros ardientes que oía en el quarto inmediato, y que comenzaron luego que el mozo acabó de cantar: de donde infirió Eusebio que estuviese en él la desgraciada Gabriela, en cuyo pecho no pudieron dexar de hacer una fuerte impresion los resolutos sentimientos de su amante.

De esta manera pasó aquella noche, hasta que, con el dia, oyó que comenzaba á bullir la gente en el meson. Y no pudiendo perseverar mas tiempo en aquella dura cama, impelido á mas de esto de la agitacion que le habian causado sus recelos y pensamientos, se viste, y baxa abaxo para ver si podia dar con el jóven y hablarle. Gil Altano, Taydor, y los cocheros, dormian todavia en el pajar: y sabiendo del mesonero que dormia tambien alli el mozo por quien preguntaba, no atreviendose á hacerlo dispertar, se puso á pasear por el zaguan; hasta que

viendo subir y baxar el criado del caballero y la mesonera, determinó volver al quarto para dispertar á Hardyl, á quien habia dexado dormido. Pero hallandolo vestido, y que le hacia seña con la mano de callar, acercóse á él, oyendo los dos que cuchicheaban reciamente en el quarto vecino, como si hablasen con calor, en voz baxa, para no ser oidos, aunque se oía claramente el llanto de Gabriela, mezclado de algunas exclamaciones suyas.

Mas como el enojo encendido pierde todo repáro y respetos, oyeron luego una voz recia que decia: vendrá, no lo dudeis: las ha de ver conmigo esa atrevida revoltosa. = ¡O cielos, quán desdichada nací! quánto mejor hubiera sido que hubiese nacido labradora infeliz! = Ea, á ponerse el manto y la basquiña, y cuidado que te oyga mas chistar, pues de un bofeton te desharé los dientes. = Por Dios, padre mio, por las entrañas de Maria Santisima, ruego á Vmd. no quiera ser causa de mi perdicion, de mi eterna perdicion: me veré la muger mas desesperada en el convento: no quiera Vmd. exponerme á maldecir para siempre de mi exîstencia. = ¿Pues qué, quieres provocar mi paciencia? = Vamos, hija mia, obedece á

tu padre : sabes que malas burlas tiene; ponte luego la basquiña. = No es posible : madre mia, por Dios, ampáreme Vmd. : me causa todo horror: no será posible que dé un paso hácia el convento. = ¿No será posible, desvergonzada ? toma : toma , le decia el padre furioso , dandole bofetadas y golpes que resonaban en el quarto , en que Hardyl y Eusebio los recibian en el corazon.

La madre y Don Julian parecia que se pusiesen de por medio, diciendo : basta, Don Pedro ; desista Vmd. que ella obedecerá. = ¡ O cielos , ó cielos ! exclamaba Gabriela sollozando : infeliz de mí ! para qué quiero la vida , si despues de ser tratada como vil esclava , he de ser llevada á golpes al calabozo de mi condenacion ! = Infame , deslenguada : sí , á golpes te conduciré á ese calabozo , decia el padre , descargando en sus mexillas mas recias bofetadas ; é implorando ella los cielos , los santos , la humanidad , todo lo mas sagrado , menguando el eco de sus exclamaciones y sollozos , al paso que la arrastraban por fuerza , segun parecia , á otro quarto , palpitando el corazon de Eusebio , y enterneciendose por la desdichada Gabriela, pareciendole que la llevasen por fuerza al convento.

Vamos abaxo, Hardyl, le dice Eusebio; pues temo que suceda algun funesto lance: me lo está diciendo el corazon, y no he podido sacudir las tristes representaciones que me han tenido desvelado toda la noche despues que oí la cancion del mozo. = Lance lo temo yo tambien, atendidas las circunstancias de los amantes, y la desesperacion de Gabriela; pero no veo por qué deba ser funesto. Vamos, con todo, por lo que pueda suceder; pues deseára tambien que se me proporcionase ocasion para decir al padre de Gabriela mis sentimientos sobre su cruel y desnaturado proceder.

Al tiempo que baxaban, vieron al pie de la escalera al hombre que habia venido con el mozo, que estaba hablando en secreto con el criado de los padres de Gabriela, del qual se separó, luego que oyó y vió que baxaban Hardyl y Eusebio, para ir sin duda á avisar á su amo; pues apenas habian andado el zaguan, y paradose á la puerta del meson, que vieron entrar por la del corral al uno y al otro, encaminandose en derechura el mozo para Eusebio, á quien preguntó si era Don Eusebio M... = Para servir á Vmd. = Agradezco esta nueva atencion, y esperaba momento para agradecer en persona la que

Vmd. se dignó usar conmigo ayer noche con tanta cortesia, y á pedirle al mismo tiempo excusa, si dexé de aceptarla, pues no procedió ciertamente por falta de voluntad y de reconocimiento. = Sin ese exceso de la cortesia de Vmd. estaba ya sobrado persuadido de su noble corazon....

Las pisadas de la familia del caballero que baxaba la escalera turbaron de tal manera al mozo, que cortando él el discurso á Eusebio, y separandose de él dos ó tres pasos hácia atrás, mas pálido y consternado de lo que antes lo estaba, dió la espalda á los que baxaban, de modo que no pudiera ser conocido á primera vista, fixando primero los ojos en el suelo como pensativo, luego buscando con la cabeza y ojos de soslayo á su Gabriela. Eusebio, á quien habia dexado con la palabra en la boca la consternada separacion del mozo, no dudó por la palpitacion que sentia, y por la tristeza y ademan del mismo, que fuese á executar lo que habia prometido en la cancion.

Oianse ya en el zaguan los gemidos de Gabriela que baxaba la escalera, acompañada de Don Julian, siguiendolos algo apartados los padres. Eusebio, fixando entonces los ojos en el mozo, veía temblarle las piernas,

y echaba de ver la osada consternacion que animaba su rostro, aunque lo tenia medio vuelto hácia la escalera, especialmente quando vió comparecer à Gabriela. Esta, al poner los pies en el zaguan, se para, abrasando con una encendida mirada los que allí se hallaban: el manto mal puesto dexó ver la consternada hermosura de su rostro bañado de lágrimas. El impetu con que al instante se encaminó hácia el mozo, mostró que lo habia conocido, aunque éste estaba todavia medio vuelto de espaldas; y él, conociendole el ademan, se vuelve de repente, dobla una rodilla en tierra, y le abre los brazos, en que ella se precipita llevada de su desesperacion, diciendo: ¡ ó Don Fernando, ó mi Don Fernando!

¡ O divina Gabriela! dixo él; y sin levantar la rodilla del suelo, ciñendole el braza izquierdo por la cintura, estendió el derecho hácia Don Julian que llegaba diciendo: ¡ qué es lo que veo! ¿ qué traicion es esta? Y Don Fernando le responde: esta es y será mi esposa; y ella, apretada como estaba del brazo de su amante, le dice tambien: este es mi esposo Don Fernando, quedando atónitos y suspensos, entre la admiracion y el temor, los ánimos de Hardyl y de Euse-

bio que estaban allí presentes.

Entretanto, el padre baxó la escalera, bien ageno de aquel caso; pero al reconocer á Don Fernando que tenia abrazada á su hija, encendido en furor, y atizado su enojo de las voces de Don Julian, é impelido del rencor de su venganza, desenvayna la espada, diciendo: ¡ ah traidores! me lo pagaréis; y dicho esto, arremete hácia Don Fernando. Este, al verlo venir, sin soltar á Gabriela, descubre con la derecha su pecho, diciendole: al precio de mi vida vine á obtener de un padre la hija, que pudiera obtener con medios menos nobles. Don Pedro, sola la muerte me la sacará del brazo; si á este precio me la quereis quitar, herid: este es mi pecho sin defensa.

Dió tiempo á Don Fernando para decir esto la fuerza con que la madre se abrazó con su marido, al verlo con la espada desenvaynada, implorando ayuda á gritos. Acudieron los criados y cocheros de Eusebio, y el de Don Fernando, que venia con la espada desenvaynada para defender á su amo, y resuelto á matar á Don Pedro; pero se contuvo viendolo tambien á él contenido de su muger y de Hardyl. Este, habiendose acercado mientras su muger lo tenia abrazado,

se le puso delante, diciendole: señor Don Pedro, lejos estoy de aprobar el arrojo de estos dos infelices amantes; ¿pero quién podrá aprobar tampoco el de Vmd.? ¡un padre ensangrentar su brazo en una hija! = ¿Hija? no es hija, sino una traydora, una infame, dixo el padre encendido en nuevo furor; y dando un recio empujon á su muger y á Hardyl, embiste á Don Fernando, que con inmovil fiereza tenia todavia á Gabriela asida de la cintura, y con la rodilla en el suelo.

Aunque Gabriela se hallaba impedida del brazo de su amante, y con el rostro pálido, lloroso y consternado, vuelto hácia su padre; pero al ver que éste impelia su espada contra el pecho de Don Fernando, opone con natural movimiento el brazo, como para defenderlo, al tiempo que la furiosa estocada, encontrando el brazo de la hija, lo pasa de parte á parte, sin impedir por eso que no quedase clavado el acero en el pecho acometido. La sangre brota de repente de una y otra herida.

Eusebio se arroja á tal vista sobre el furioso Don Pedro, que iba á impeler de nuevo la espada, sacada con rabia de las dos heridas, y se abraza con él, poniendo á prueba todo su esfuerzo, al tiempo que Hardyl,

reparando que el criado de Don Fernando iba con la espada desenvaynada á matar á Don Pedro, se echa tambien sobre él ayudado de Don Julian. Los gritos, los lamentos, la confusion, aturdian la posada y el vecindario. Taydor, Altano, los cocheros, los mesoneros, acuden á unos y á otros segun se les proporcionaba.

La asustada y confusa mesonera habia acorrido á la herida Gabriela, á quien su herido amante sostenia apenas con vida; pues la madre, lejos de poder socorrer á su hija, hubiera dado consigo en el suelo enteramente desmayada, si su criado no hubiese estado pronto para sostenerla. Hardyl, Don Julian, Taydor, y uno de los cocheros apenas podian contener al criado de Don Fernando, mientras Eusebio se debatia con el rabioso Don Pedro, reprochandole su accion fea, indecorosa, y bárbara, pudiendo entretanto Taydor desencajarle la espada de la mano, ayudado de uno de los cocheros.

Los mesoneros que habian acudido á los heridos, especialmente á Gabriela, que se habia dexado caer, privada de sentidos, en los brazos de su amante, tiñendose mutuamente de la mezclada sangre que les salia de las heridas, se los llevan á su quarto, sostenien-

do Don Fernando á su desfallecida Gabriela, á quien parecia quisiese infundir el aliento con sus ardientes gemidos y expresiones. Don Julian fuera de sí, dexando el cuidado á Hardyl de sosegar al criado de Don Fernando, va para Don Pedro que se debatia con Eusebio, aconsejandole se fuese á sagrado, no solo por la seguridad de su persona, sino tambien para alejarlo de la ocasion de otro funesto arrojo, y se lo lleva arrastrandolo del brazo, babeando él de furor, y buscando, con los ojos encendidos de rabia, los infames traidores y asesinos de su honor, como decia, sin acordarse de su muger, y sin advertir en ella, que sentada en un poyo del zaguan, y apoyada en los brazos de su criado, no daba señal de vida.

Eusebio reparando en ella, luego que Don Julian se llevó á Don Pedro, acudió á socorrerla, y lo consigue. Vuelta en sí, prorumpe en llanto y lamentos buscando á su hija, temiendo que su padre la hubiese muerto. Eusebio la acompaña al aposento de la mesonera, á donde habian llevado á Gabriela. Estaba ésta sentada en una silla á la cabecera de la cama, sobre la qual dexaron caer su medio cuerpo sin sentidos, poniendole debaxo las almohadas, mientras la mesonera y

Don Fernando, con lienzos y pañuelos, se esforzaban en atajar la mucha sangre que le manaba, entretanto que llegaba el llamado cirujano. Mezclaba Don Fernando sus tiernas lágrimas á los afectos con que desahogaba su dolor á los pies de Gabriela, olvidado de su herida.

En este estado los encontró la madre, que viendo á su hija medio tendida en la cama, toda manchada de su sangre, se confirma en que la hubiese muerto su marido; y avivandosele el horror con aquella vista, echase sobre su hija, aplicando su rostro al suyo, y regandolo con sus lágrimas, diciendo haber sido ella la causa de su muerte, detestando la cruel violencia del padre, y los rigores con que ella misma la habia tratado, invocando los santos del cielo, y esforzandose en llamarla á la vida con mil tiernas expresiones y caricias. Don Fernando estaba allí de pies gimiendo amargamente, teniendose aplicada la mano á la herida, distrayendolo de aquel extasis doloroso su criado, á quien Hardyl, para acabarlo de sosegar y de aplacar su enojo, le dixo que fuese á ver si la herida de su amo requeria pronto remedio.

Desistiendo él entonces de su furioso empeño, fue con Hardyl al quarto donde esta-

ba su amo, á quien preguntó por su herida: no es mi herida, le responde, la que siento, Alonso, sino la de mi Gabriela: ¡ah! ¿por qué no la recibí yo toda entera? menos sensible me hubiera sido la muerte, si hubiese podido con ella ahorrar á mi Gabriela esa cruel herida. El bárbaro le pasó de parte á parte el brazo. = Pero, señor, mire Vmd. que la sangre le asoma por las medias; y es sin duda la que le sale de la herida: permitame Vmd. que lo vea. = No la siento, Alonso, no la siento. = No importa, señor: siempre será bueno remediarla quanto antes. Hardyl le aconseja entonces lo mismo, y le ofrece su quarto: pero Don Fernando no quiere, ni sabe resolverse á dexar la presencia de su Gabriela; mucho menos, despues que á fuerza del espíritu de la buxeta de Eusebio, comenzaba á volver en sí, llamando á su Don Fernando.

Aqui está, aqui lo teneis, adorable Gabriela, le decia, asiendole la mano, y besandola con tierno respeto. ¡O madre mia! exclamó ella con nuevo llanto, al reconocer á su madre que se le nombraba, y que le pedia perdon del desafuero de su padre, confundiendose los afectos, los gemidos, y las tiernas expresiones de la madre, de la hija, y

y de Don Fernando; y dispertando iguales afectos en Hardyl, Eusebio y el criado, que se hallaban presentes, hasta que comparecieron dos cirujanos para curar los heridos, acompañados de la justicia, la qual quiso tomar declaraciones de los que se hallaban en el meson.

Dieronlas Hardyl y Eusebio muy cumplidas en favor de los heridos: no obstante, tuvieron orden de no salir del meson; y Don Fernando se vió obligado á dexar el quarto de Gabriela, mientras el cirujano atendia á su cura, pasando á uno de los quartos que dexaba vacios la familia de Don Pedro, donde el otro cirujano, presente Hardyl, Eusebio y su criado, habiendo puesto el tiento á su herida, halló no haber penetrado hasta dentro, consolando á todos, y lisonjeandolos de su pronta cura. Pero Don Fernando, no pudiendo sosegar por la penosa incertidumbre en que lo tenia la herida de Gabriela, rogó al cirujano fuese á informarse, y le diese cuenta de ella.

El cirujano, habiendo cumplido con su encargo, volvió en compañia del otro que habia venido con él, y que acababa de curar á Gabriela. De él supo Don Fernando, que aunque su cura sería larga, no era peligro-

sa la herida, por haberle pasado la superficie del lomo del brazo, aunque atravesado el pellejo de parte á parte. Quedó con esto algo mas sosegado Don Fernando, contribuyendo tambien para ello la compañia de Eusebio y de Hardyl, que no pudieron proseguir su viage al otro dia por quedar arrestados en el meson; y aunque se les levantó en breve el arresto, pero la amistad que entretanto contraxo Eusebio con Don Fernando, y las esperanzas que éste tenia de poder efectuar su casamiento con Gabriela luego que curase, lo obligaron á detenerse en Toledo; á que se añadia el clima y terreno de que estaba prendado, como tambien la pureza del lenguage de los nacionales, que contribuía para que Eusebio renovase muchas especies borradas del uso de la lengua inglesa y francesa, que hasta entonces mezclaba por necesidad con la propia.

Por este mismo motivo se complacía de la amistad y freqüente trato de Don Fernando, que sabia muy bien su lengua por haberla estudiado y exercitado en la poesía, la qual es el toque de toda lengua, y en que Don Fernando se mostraba muy instruido como lo manifestaba su cancion. De ella quiso Eusebio le diese una copia, para conservar

con la misma la memoria de tan extraña resolucion, que probaba la entereza de los honrados sentimientos de su amigo, y del detestable arrojo del padre de Gabriela; el qual, despues que se vió en el convento, á donde Don Julian lo llevó á refugiarse, dandole el furor sufocado lugar á la reflexîon y norma de lo que era la vida religiosa en el convento donde estuvo retirado algunos dias, comenzó á mudarse en otro hombre, enviando freqüentemente á Don Julian á informarse de la salud de su querida Gabriela, luego á no mirar con repugnancia su casamiento con Don Fernando; y finalmente, á ofrecer el dote entero para que se casase con él luego que hubiese ajustado su arrojo con la justicia.

Consiguiólo esto, no solo con el favor de sus parientes, sino tambien por no haber sido las heridas de conseqüencia; de modo que pudo salir del convento antes que los amantes se viesen perfectamente restáblecidos. Don Fernando, que sabía la mudanza de los sentimientos del padre de Gabriela, y la hora en que habia de restituirse al meson, comunicósela á Eusebio; y de concierto quisieron hallarse en la estancia de Gabriela que estaba todavia en cama, y á quien Don Fernando

visitaba freqüentemente, permitiendoselo la madre, no menos mudada que su marido.

Llegó pues el padre al meson acompañado de Don Julian, encontrandose Don Fernando, Hardyl, Eusebio y la madre en el quarto de Gabriela; donde entrando el padre arrebatadamente, y descubriendo á su hija en cama, se precipita á ella de rodillas, prorumpiendo en llanto con que bañaba la mano de la hija, y diciendo: ¡ó hija mia! hija de mis entrañas, he aqui á tu padre, reconocelo á éste, tierna demostracion de su amor, de su arrepentimiento, con que detesta su bárbaro, su cruel proceder para contigo. Gabriela, no pudiendo resistir á la demostracion y lágrimas de su padre en aquella humilde postura, prorumpe tambien en llanto, diciendo: no, padre mio, no puedo sufrir el ver á Vmd. de esa manera: me despedaza Vmd. el corazon: levantese Vmd.: por quanto mas ama, se lo ruego. No, dulce hija mia, le decia él, dexa que expíe de este modo, humillado hasta el polvo de la tierra, mi tiranía, mi inhumanidad, el mas bárbaro proceder. ¡O cielos! tu padre, tu mismo padre mancharse en la sangre de su hija! en esa tu sangre, hija mia, que es tambien mia, con que recibiste el ser del mismo que te des-

conoció, que intentó quitarte la vida! ¡O Dios! yo me horrorizo. ¿Qué expiacion habrá que baste para borrar mi atrocidad, y apartar el horror que me asombra y que me atormenta? No, hija, no iras al convento, objeto de mi codicia, y causa de mi cruel arrojo. Cumplanse los honestos deseos de tu voluntad, en cuyos derechos te reponen mi amor, mi dolor, mi arrepentimiento.

De esta manera proseguia á decir el padre de Gabriela, regandole el rostro las lágrimas, y sacandolas de los ojos de los presentes, sin atender al llanto y ruegos de Gabriela que instaba para que se levantase del suelo; hasta que despues de haber desahogado su sentimiento, cedió á las instancias de su muger, que temia que Gabriela no padeciese como lo manifestaba en su llanto y expresiones, por ver á su padre tan humillado. Este, finalmente, repuesto en pie, continuó á decir á Gabriela, besandole la mano: no, hija mia, no quiero que pase hoy sin darte la mas síncera, la mas tierna prueba de mi amor en el consentimiento de tu matrimonio con Don Fernando...

Don Fernando al oir esto, se precipita de rodillas á los pies de Don Pedro, pidiendole la mano para besarsela, para reconocer-

lo por padre, y para agradecerle aquel favor sumo, que era el colmo de su felicidad. Don Pedro echóle los brazos al cuello, apretandolo en ellos, y pidiendole perdon de los agravios que le habia hecho, y principalmente del ultimo arrojo en que intentó matarlo; y de esta manera insistieron buen rato, hasta que llegandose á ellos Hardyl, les dixo que era tiempo de borrar todo lo pasado, y de entregar sus corazones al gozo de lo por venir; y que para ello sería á proposito comenzar desde entonces, uniendo el padre las manos de los amantes. El mismo Don Pedro, oyendo esto, apresuró la execucion, rebosando de gozo los corazones de Don Fernando y de Gabriela, consiguiendo al precio de su sangre, y con riesgo de sus vidas, que los coronase el himeneo. Difirieronse las bodas á la semana siguiente, tiempo en que prometia el cirujano la perfecta cura de Gabriela.

Pero como la herida le permitiese de allí á dos dias ponerse en viage para Truxillo, donde querian los padres se efectuase el casamiento, partieron de Toledo, acompañados de Eusebio y de Hardyl, que condescendieron con los ruegos que les hizo Don Fernando de honrar sus desposorios. Estos fueron

muy celebrados, no solo en Truxillo y Toledo, sino tambien en toda España, donde se divulgó el cruel caso del padre de Gabriela; sirviendo al mismo tiempo de exemplo á todos los padres para no violentar la voluntad de sus hijas, forzandolas á tomar un estado á que repugnan, sin que la perfeccion y santidad de la vida religiosa, pueda autorizarlos á hacer de la libertad de sus hijos un violento sacrificio.

Como la detencion en Toledo fue mas larga de lo que Eusebio esperaba, envió desde allí á Gil Altano á S. . . con cartas para su apoderado, diciendole las circunstancias que deseaba tuviese el alojamiento que le encargaba le previniese, en caso que no le fuese permitido ir á habitar la casa de sus padres. Tan ageno estaba de imaginarse, ni de temer la funestisima desgracia que les preparaba la suerte, y que habia de decidir de la vida de Hardyl. ¡ Cielos, á quán imprevistos y extraños accidentes no está sujeta la vida del hombre! qué mortal puede extrañar su fin por extravagante y desgraciado que sea! Dichoso aquel, que sin temer la muerte, vive dispuesto para ofrecerle su pecho resignado, y esento de todos los motivos que pueden hacersela amarga, y de los terrores que se for-

ja el inconsiderado pavor, y con que, tal vez, apresura su llegada.

Disfrutaban entretanto el mismo Hardyl y Eusebio de los agasajos y esmeros que usaba con ellos Don Fernando en el hospedage que les dió en su casa, hasta el dia de su casamiento con Gabriela. Y aunque Don Fernando hubiera deseado que difiriesen por mas tiempo su partida, no lo pudo recabar de Eusebio, que despues de haberle dado pruebas de su síncero cariño y reconocimiento, partió finalmente de Truxillo para Mérida, deseando satisfacer en ella su curiosidad en las antigüedades que le habia celebrado Don Fernando, y que, de hecho, lo obligaron á detenerse tres dias en aquella ilustre colonia antigüamente de Romanos, admirando y estudiando aquellos restos de grandeza, que apocan tanto aquella de que tal vez nos jactamos.

Llenos de las grandiosas ideas que les habian excitado aquellos monumentos que respetaron los siglos, iban Hardyl y Eusebio camino de S... gozosos por tocar ya al término de su viage, especialmente Eusebio, por acercarsele el momento de rever y conocer á su patria que no conocia; de modo, que faltandoles como una legua para llegar á ella,

y temiendo llegar mas tarde de lo que deseaba, dió órden á los cocheros que apretasen. Ellos obedecen y azoran el paso á los caballos, los quales caminaban con ardor, quando, al tiempo de embocar en otro camino, ven sobre sí una torada que venia corriendo, y que acababa de dar espectáculo en S... en unas fiestas. No fue posible evitar el encuentro; ni los cocheros, que no tenian idea de la ferocidad de aquellos animales, lo sospecharon funesto, despues que habian tomado felizmente la vuelta de aquel camino. Pero los caballos, que iban ya azorados, al ver venir sobre sí aquel ganado feroz, comienzan á dar que entender á los cocheros: estos hubieran tal vez recavado el contenerlos, si uno de los toros, provocado tal vez del asombro de los caballos, no hubiese embestido con uno de los delanteros, dandole tal cornada, que á mas de sacarle los intestinos, infundió tanto espanto en los otros, que arrebatando al coche y cocheros, sin poder estos regirlos, los llevan por un ribazo volcando al coche y arrastrandolo largo trecho, hasta que el herido caballo, cayendo muerto, hizo enredar y caer á los demas.

Taydor que iba solo en la zaga, aunque enagenado de aquella caída que le hicieron

dar arrojandolo de su asiento , y aunque algo adolorido del golpe y contusion que recibió, se repone en pie y vuela á socorrer á su amo , semejante al despavorido Teramenes , en pos del infeliz Hipólito, arrastrado tambien de sus caballos enfurecidos con la vista del toro marino , á que lo expuso Neptuno. Los cocheros, enredados tambien en la caida de los caballos , no habiendo recibido lesion , se desprenden de ellos , dexandolos alli caidos para acudir á socorrer á su amo , á quien temian encontrar muerto , ó herido gravemente de la caida, no menos que á Hardyl. Y aunque los encontraron con vida, conmovió sobremanera sus ánimos el ver á los dos teñidos de sangre , que le manaba á Eusebio de la herida que recibió en la cabeza, y que arrojaba Hardyl por la boca de la fuerte contusion que recibió en el pecho.

Asustados los cocheros , no menos que el afligidisimo Taydor que entonces llegaba , al ver aquel espectáculo , los sacan del coche. No podia Hardyl tenerse en pie ni caminar; de modo , que se vió obligado á sostenerse de su amado, é inconsolable Eusebio, que penetrado su corazon del dolor que le causaba el ver tan desalentado á su adorable Hardyl, temiendo perderlo para siempre , sin poder

contener las lágrimas que le arrancaban las mismas reprehensiones cariñosas que Hardyl le daba por la flaqueza y afliccion de ánimo que mostraba por su causa, mientras se encaminaban á una casilla de labradores que habia alli en el campo cerca del camino.

Pero apenas habia andado veinte pasos, quando le sobreviene un nuevo vómito de sangre que acabó con sus fuerzas; y no pudiendo ya caminar por su pie, aunque sostenido de Eusebio y de Taydor, fue necesario que entre los dos formasen asiento de sus brazos cruzados, y que acudiesen los cocheros para acomodarlo en él, teniendose asido Hardyl con sus brazos del cuello de Eusebio y de Taydor, y de este modo llegaron á la casilla del labrador. No habiendo en ella sino un lecho, no quiso Hardyl servirse de él, aunque le instaba la labradora, prefiriendo una media barraca contigua á la casilla, y que servia de pajar, donde lo acomodaron Eusebio y Taydor sobre la paja que allí habia.

Luego que estuvo Hardyl recostado en ella, instó á Eusebio para que remediase su herida de que le iba saliendo mucha sangre. Eusebio, para acallar á Hardyl, dexósela lavar con un poco de vino que le suministró la la-

bradora, mientras ésta iba recogiendo telarañas, que le aplicó á la herida despues de haberlas empapado en el aceyte del candil. Habia despachado antes Eusebio á uno de los cocheros á caballo á S. . . para que su apoderado le enviase inmediatamente médico y cirujano. El afanado Taydor entendia en hacer derretir un poco de lardo que le habia pedido Hardyl para beberlo, mientras Eusebio, ya curado y asentado junto á él sobre la misma paja, le manifestaba con tiernas lágrimas los temores y poca esperanza que concebia por el estado de su salud deplorable.

Hardyl que conocia el peligro de su mal, y que podia espirar en uno de los vómitos de sangre, quiso descubrir á Eusebio el secreto que hasta entonces le habia tenido oculto, y hacerle la confesion de los diversos sentimientos que concebia su alma á vista de la muerte. Tomandole pues la mano, en acto de la mayor confianza, comenzó á decirle así: somos mortales, Eusebio: la muerte es el término de la vida, que solo no siente perder el que no tiene por que sentirlo. Te hablé tantas veces de esto, desde que la divina providencia te me presentó allá en la América por tan extraño camino, salvandote de las olas, que no es bien empleemos estos ultimos

momentos. . . ¡ O cielos ! ó Dios ! qué decis, Hardyl ! exclamó Eusebio con llanto y sollozos. ¿ Ultimos momentos estos ? perderos para siempre? perder mi padre, mi consolador ? .. ¿ Pues qué , le dice Hardyl , quieres apocar, hijo mio , con esos pueriles transportes la resignacion de ánimo que debes á las disposiciones del cielo ? no te queda allí padre y consolador , en vez de este insecto que nació para acabar ?

Eusebio sollozaba sin consuelo. Hardyl proseguia diciendole con pausa y con fatigado aliento : desiste, pues, amado Eusebio, de esos lloros , y dexame acabar de decir , si puedo , lo que hasta ahora has ignorado acerca de mi condicion y nombre , y lo que mas importa de mis sentimientos. Yo bendigo , hijo mio, y adoro con la mas viva gratitud la poderosa mano del Criador , que parece te llevó al nuevo mundo para que pusieses el colmo á la felicidad , á que aspiré en este suelo por medio del estudio y exercicio de la virtud en que procuré tambien educarte. ¡ Qué gran consuelo no prueba mi alma al pensar que viví , y que muero en los brazos de mi sobrino Eusebio ! á quien. . . Hardyl, Hardyl, ¡ cielos qué oigo ! ¿ yo sobrino vuestro ? vos sois mi tio ? = Si , querido Eusebio : soy español co-

mo vos, y vuestra madre era hermana mia. = ¿ Mas cómo ? ¡ ó cielos ! ¿ cómo pudisteis encubriros por tanto tiempo, y negarme el consuelo sumo que ahora me dais, mezclado con el acerbo dolor de veros en tal estado ? Si os llamais Hardyl, ¿ cómo es que mi madre se llamaba Vall. . . ?

= Nada, hijo mio, contribuye todo eso para que quedes enterado de la verdad que te descubro. Otra mas tremenda verdad es la que importa, y conviene que te manifieste por todos títulos, y principalmente para sosegar mi conciencia, en que, á pesar de todas las máxîmas de la Filosofía, triunfa la Religion con toda su terrible magestad. ¡ Ah ! no es posible, Eusebio, no es posible al corazon humano, aunque el mas pervertido, resistir á la fuerza omnipotente con que combate al alma en estos ultimos momentos de la vida. Dichoso yo, que á lo menos la preparé con el estudio de la virtud, para rendirla con el mas sumiso y vivo respeto, convencida y penetrada de la luz divina, que ahora la alumbra con todo su inefable esplendor. Ella me obliga al mismo tiempo á detestar las erradas máxîmas que alimenté en mi pecho por tantos años, y que me induxeron á escoger la Pensilvania por asilo seguro de la libertad

de la conciencia que deseaba en mi error, para conformarme con la virtud natural, creyendo hallar en ella una vida y muerte dichosa.

Mas ahora conozco mi engaño, Eusebio; éste fue el fatal efecto de algunas dudas, que excitaron en mi la flaqueza y presuncion de mis sentimientos, y que no tuve aliento para sufocar en sus principios como debia, porque me sobró la vanidad para fiar antes de mis ciegas luces que en las de la divina sabiduria, que exîgia de mi creencia un ciego respeto, y rendida veneracion á los mysterios de la Fé. Pude, es verdad, hijo mio, acallar los remordimientos y escrupulos de mi interior con el tiempo; pero ahora, á vista de la eternidad que me espera, y que se me presenta en toda inabarcable extension, truenan en mi pecho las verdades divinas, y sus rayos penetran mis entrañas, forzandome á que reconozca mi errada conducta y á que la deteste.

No sé, hijo mio, si llegaste á penetrar lo que procuré ocultarte con suma reserva y con escrupulosa severidad. = No, mi adorable Hardyl, nada ví en vos, nada oí que no fuese santo y respetable para mí. = Pero esto no basta para mi presente satisfaccion;

pues aunque nada hayas advertido contrario á nuestra santa y divina Religion, pudieron tal vez algunas de mis máxîmas, sin advertirlo yo, engendrar en tu ánimo la indiferencia culpable, á que insensiblemente me acostumbraron mis mismas dudas sobre la Fé, y especialmente el aprecio tal vez sobrado que manifesté á la doctrina de los antiguos Filósofos, y que pudo acarrearte la educacion que te dí á tenor de sus morales consejos.

¡ Ah Eusebio! ¿ qué cosa hay en todos ellos, aunque estimables, que no nos enseñe con superior luz el sol de justicia, y divina sabiduria en su santisimo evangelio? Ellos lucharon inciertos entre las tinieblas de sus mentes, y anduvieron como perdidos caminantes entre las sombras de la humana ignorancia tras la luz de la virtud que se les mostraba escasamente y á lo lejos entre las nubes de la supersticion. Nuestro divino Salvador Jesu-Christo viene á la tierra en el exceso de su infinita bondad, rompe el velo de los ojos de los mortales, y les muestra los cielos abiertos con el triunfo de su muerte, y les señala el seguro camino que deben seguir para coronarse de su inefable y eterno esplendor, precediendolos con su exemplo, y dexandoles los medios en sus divinos y sublimes consejos.

Bien fue mi alma ingrata para con él, pues no advirtió que la certidumbre y seguridad que llevaba á la escuela de la eterna Filosofía, las debia á la luz de la Religion misma que alumbró mis ojos desde la cuna. Aquella me enseña á obrar bien, porque asi gozaré de una vida dulce y tranquila en la tierra, conformandome con las leyes de la naturaleza: la Religion me enseña y aconseja á obrar bien, no solo por este fin terreno, sino por el premio de la eterna bienaventuranza que me promete. ¿ Quánto mas sublime y consolante es esta promesa? qué otras leyes mas ciertas y seguras puede tener el mortal que las de la divina justicia? ni qué tranquilidad y consuelo mas puro y firme puede tener el hombre que el que saca del cumplimiento y observancia de aquellas mismas, y del exercicio de la Religion?

Tarde conozco mi desacierto: mas doy lo primero gracias y adoraciones á la infinita bondad de mi Criador, que se dignó alumbrar y convencer á mi alma en esta hora; y por segundo, te pido á tí perdon, hijo mio, si no te propuse por unico exemplar de tu vida y conducta los solos consejos y doctrina de la divina sabiduria. Me consuela no poco haber fortalecido en ella tu creencia, y

el no haberte apartado de sus santas obligaciones. Y como una de ellas es el reconciliar la descarriada conciencia con sus santisimas leyes ofendidas, quiero ante todas cosas cumplir con lo que las mismas prescriben al síncero arrepentimiento; para que purificada mi alma en sus santos Sacramentos, pueda concebir la dulce esperanza que le avivan las promesas de nuestro divino Redentor Jesu-Christo, y la tierna confianza que su infinita bondad y misericordia quiere que ponga el corazon contrito en los meritos de su dolorosa y adorable pasion, y en la sangre derramada, en los tormentos, y en su muerte santisima.

Diciendo esto Hardyl, entró Taydor con la labradora para presentarle el lardo derretido que pidió él mismo para remediarse; pero no lo quiso tomar, rogando á la labradora que fuese á llamar al Cura de la vecina aldea. A Taydor encargó que volviese aquel remedio al hogar; y vuelto el mismo Hardyl á Eusebio, que se deshacia en llanto y sollozos, prosiguió diciendole: esto te sirva, Eusebio, de prueba de la fuerte y viva persuasion á que rendí mis sentimientos, y de consejo el mas eficaz para que mantengas firme tu creencia y fé contra todas las dudas

que pueden hacer brotar en tu corazon las luces adquiridas con las ciencias, ó las razones de aquellos, cuya vana presuncion, sacudiendo de sí la molestia y freno, que pone á sus pasiones la superior grandeza de los mysterios de la Fé, siembran sus escritos de máxîmas dañadas, mientras que no les humilla su desvanecimiento y altaneria la vista de la muerte y de la eternidad.

Mas creeme, Eusebio, que ninguno de ellos puede resistir al terrible poder de que se arma entonces la Religion á los ojos del mortal moribundo: y si entonces una virtuosa vida no les merece la debida y sumisa docilidad á los decretos de la Fé, sus corazones quedan hechos presa de las mas amargas congojas, y de los mas agudos torcedores que los taladran y despedazan. ¿Y qué será, si ciegos, si obstinados en un error, que á tan poca costa pueden detestar, mueren amarrados á la cadena de la rabiosa desesperacion y pertinacia, que por todos lados les aplica sus ardientes teas? qué será, si á ella se sigue una condenacion eterna? ¡O adorable y misericordioso padre de los mortales! Dios eterno y justo! Sabiduria incomprehensible, ante tu divina presencia me anonado penitente: confuso y arrepentido, te pido quieras apia-

darte de mi baxeza y ceguedad, y echar sobre mis contritos sentimientos una mirada de bondad, otorgandoles el perdon que te pido con la mas viva efusion de la confianza que quieres tenga una alma reconocida en tu inmensa misericordia.

El fervor y ternura con que Hardyl pronunció esta corta plegaria, le causó un agudo dolor de pecho, que lo dexó sin fuerzas y sin aliento para proseguirla. Eusebio fuera de sí, creyendo que muriese, le instaba con ardiente cariño que tomase el remedio prevenido; quando entraba el labrador avisandoles, que al tiempo que iba á llamar al Cura, pasaba un Religioso á caballo que venia de S... á quien contó el estado del enfermo, y que se habia ofrecido á consolarlo. Hardyl, oido esto, rogó al labrador que lo acompañase, y á Eusebio le suplicó que hiciese entretanto avisar al Cura para que le traxese el Santisimo Viático. Eusebio, prorumpiendo entonces en mas recio llanto, se sale, y fue él mismo en compañia del labrador á la vecina aldea para satisfacer á los deseos de Hardyl.

Quando llegaron á la choza acompañando al Santisimo, acababa Hardyl de purificar su alma en el Sacramento de la Penitencia: y aunque el Religioso le queria obligar á que

recibiese el Viático en la postura en que se hallaba, no lo pudo recabar, debiendo él mismo, y Eusebio que acudió al ademan, ayudarle á ponerse de rodillas en el suelo. Recibió así el cuerpo del Señor, cayendole hilo á hilo las lágrimas por el rostro, y haciendolas derramar á todos los presentes.

El Cura, que traxo una sola forma, quedó allí en vez del Religioso que debia proseguir su viage; y luego que Hardyl se repuso sobre la paja, volvió á rogar á su amado Eusebio que se sentase allí á su lado. Entonces le dixo: ó Eusebio, ¿cómo podré explicarte el sumo consuelo y alborozo que regalan á mi alma en este momento, en que me veo reconciliado con mi Criador y Salvador, y lleno de la suma confianza que aviva en mi pecho su infinita misericordia? ¡Qué aspecto tan diverso toman á mis ojos la muerte y la eternidad! ¡Ah, hijo mio, qué cosa tan dulce y divina es la Religion en estos ultimos instantes! Solo te encomiendo, amado Eusebio, que la conserves pura y sin tacha. Los divinos consejos y doctrina de tu Salvador sean tu sola filosofía, pues ellos santificarán tu vida, y te darán una muerte dulce y envidiable.

Sí, Hardyl, le decia Eusebio con lágri-

mas , no lo dudeis. Vuestras palabras quedan vivamente impresas en mi corazon , y lo penetran. Sosegaos , os ruego , y tomad el remedio , que podrá, tal vez, restablecer vuestra salud. = Sí , hijo mio , hazlo traer , aunque poco ó nada me puede aprovechar , pues el mal , Eusebio , trae á lento paso la muerte. Esta vá á abrir las puertas de la eternidad á mi alma : quiera la infinita piedad y misericordia de mi Criador darle lugar en el seno de su bienaventuranza. ¡ Ah ! dexa, amado Eusebio , que antes que llegue el ultimo momento te dé tambien la postrera prueba de la ternura , del amor , de los cuidados... ¡ O Dios ! ó hijo mio Eus... ! = ¡ O mi adorable Hardyl ! ...

El ímpetu del tierno sentimiento con que quiso Hardyl abrazar á Eusebio , le causó un fuerte vómito de sangre en que espiró. Eusebio , enagenado del dolor y sentimiento de todas las circunstancias de la muerte de su respetable tio , á quien solo entonces reconoció por tal , y sufocado al mismo tiempo de la ternura y quebranto que le acometieron en fuerza del abrazo de Hardyl , cayó desfallecido y sin sentidos sobre la paja , quedando tenazmente abrazado con el cadáver del difunto Hardyl. El Cura que se hallaba pre-

sente, y enternecido del coloquio del tio y del sobrino, asustandose de ver el vómito de sangre, y la caída de entrambos sobre la paja, salió de la choza dando voces para llamar ayuda.

Taydor acude pasmado; y pareciendole á primera vista que hubiesen muerto los dos, comenzó á llorar amargamente, y á mesarse el cabello, invocando á su amado señor Don Eusebio; y sin saber lo que se hacia, sale de la choza llamando á voces al cochero que habia quedado con los caballos, como si necesitase de sus fuerzas para remediar á los muertos. El cochero acude, y entrando en la choza con Taydor, ponese á llorar tambien creyendo muerto á su buen amo. El Cura vuelto en sí de su primer susto, fue el primero que hizo la experiencia para ver si habian muerto, tomandoles el pulso, pues Eusebio no daba tampoco señal de vida. Pero reconociendo vital aliento en su pecho quando le aplicó la mano, pidió vinagre para recobrarlo. Traxolo inmediatamente la oficiosa y pasmada labradora, y entregóselo á Taydor, que quiso hacer á su amado señor aquel piadoso oficio, llamandolo con sollozos y lamentos, como si antes con ellos, que con el vinagre debiese restituir la vida á su adorado amo.

Comenzó éste á recobrar los sentidos despues de haberle bañado Taydor las sienes y frente con vinagre, sosteniendolo con su brazo izquierdo, y llamandolo á la vida con sus ardientes y amorosas expresiones. Eusebio abre entonces sus ojos confusos y vagos, como ignorando lo que le pasaba, moviendolos á todas partes; fixando entonces su recobrado sentimiento en el llanto y efectos de Taydor, le dice con voz lánguida: ¿qué es de mí, Taydor? Pero luego reparando en el cadáver de Hardyl que tenia al lado, arroja un suspiro vehemente, y cae de nuevo desfallecido en el seno de Taydor, llorando éste, y pidiendo otra vez el vinagre á los labradores.

Pero no prestando entonces el vinagre, hace traer un barreño de agua fria, en la qual empapando el pañuelo, se lo aplicaba repetidas veces al rostro, con que comenzaba á volver en sí. Mas temiendo Taydor que si volvia Eusebio á reparar en el cadáver de Hardyl, volveria á su desfallecimiento, se lo llevó en brazos á la cama del labrador, ayudado de éste, donde poco á poco llegó á recobrarse enteramente, fortalecido de algunas gotas del espíritu que llevaba él mismo encima, y que destiló Tay-

dor en una cucharada de agua.

Sintiendose con algunas fuerzas, y recobrado su entero conocimiento: ¿ dónde está, Taydor, le dice con voz débil, dónde llevaste mi amado Hardyl, mi tio adorable? ¡ ó Dios!.. y prorumpe en llanto. Taydor, que oía llamar á Hardyl su amado y adorable tio, creía que delirase, y asi le dice: Señor, mire Vmd. por su vida; porque á la verdad nos ha tenido en suma agitacion y cuidado. ¡ Triste de mí! vuelve á exclamar Eusebio, ¿ dónde está? dónde está mi adorable tio? Dimelo, Taydor, llevame allá, para que lo abrace, para que muera, si puedo, en sus brazos, pues haceseme odiosa la vida. Por Dios, señor mio, no quiera Vmd. exponerse otra vez al peligro en que lo hemos llorado, le decia afectuosamente Taydor: espere Vmd. que venga el médico y cirujano, pues poco podrán tardar. No es posible, Taydor: quiero ir allá: quiero verlo, decia Eusebio: dame la mano.

Viendo Taydor que se levantaba de la cama, quiso oponerse de nuevo con respetuosas instancias; pero venciendo la ardiente porfia de Eusebio, hubo de ceder, acompañandolo hasta el cadáver de Hardyl. A su vista, cobrando fuerza su dolor y sus afectos,

y comunicandola á su cuerpo, póstrase de rodillas al lado del cadáver; é inclinandose un poco, con las manos cruzadas, cayendole un rio de lágrimas de los ojos, comenzó á decirle: ¡ó varon digno de la veneracion de la tierra que no te conoció, y digno de las adoraciones de éste tu amante sobrino, que solo te pudo conocer en la muerte! recibe de él, de todos sus mas ardientes sentimientos y afectos, este tributo debido á tu sublime virtud y sabiduría.

¡Cielos! ¿cómo pudo resistir la fortaleza de tu corazon á los impulsos del afecto, para dexar de hacerme una declaracion, á que te forzaban en tantas ocasiones todos los sentimientos de aquel puro y santo amor con que me mirabais como á hijo que hubieseis engendrado? ¿Mas, por qué ¡ó cielos! por qué ocultarme un secreto, que hubiera sido mi mayor consuelo en la tierra? por qué encubrirlo á Enrique Myden, quando te me entregó para que me educases? por qué encubrirlo á mi niñez, quando trabajaba contigo en la tienda? á mi mocedad, quando la pasé contigo en las desgracias que llevaste por mi amor, para fortalecer en ella mi flaca virtud con tus exemplos y consejos? ¡Todo, todo me falta contigo! todo lo perdí con

tu vida ! ó cielos ! ¿ por qué me robasteis mi Hardyl ?

¡ O mi padre ! ó mi consolador en la tierra ! ó dulce amparo de mi vida , y guia de mis errantes pasos , entre los errores y riesgos del mundo , y de los engaños de los hombres ! Tu esplendor estinguido me dexa expuesto en las tristes tinieblas que agravan mi dolor , qual purisimo lucero ofuscado á la vista del perdido caminante en medio de su peligrosa carrera sembrada de escollos y despeñaderos. ¡ O , si á lo menos hubieseis llegado conmigo al puesto , donde el amor que purificaron tus consejos , me esperaba para ceñirme la corona de la dicha en el altar del himeneo ! mas ahora sin tí , sin aquel puro y santo gozo que infundia tu presencia y compañia en mi alma , á mis sentimientos , triste , pesaroso , abatido , ¿ qué dicha podré esperar cumplida en el suelo? cómo la podrá esperar de mí Leocadia ? ¡ ó Leocadia ! ó amor mio ! perdiste tu libertador , y yo lo perdí tal vez todo en aquel á quien te debo. No , no verás mas á tu buen Hardyl , cuyas máxîmas te eran respetables , y cuya bondad adorabas.

¡ O cielos ! ¿ merecí por ventura que descargarais sobre mí , en vuestro poderoso ri-

gor , este terrible golpe ? ¿ por qué , por qué la muerte , si fue mensagera de vuestras iras , no vibró el dardo contra mi pecho ? ¡ ó Dios ! ¡ ó cielos ! respeto, respeto vuestros inescrutables designios. ¡Qué mortal se atreverá á sondearlos en el exceso de su dolor ! adoro y beso con llanto , y traspasado mi corazon de sentimiento , la mano omnipotente que rompió el velo mortal , que detenia en la tierra , superior á toda ella , aquel espíritu que lo animaba , acreedor al trono de gloria , que su excelsa virtud le preparaba en el esplendoroso seno de la inmortalidad.

¡ O grande, ó sublime Hardyl, á quien veneré en vida , y cuyos tristes despojos exîgen todavia mi veneracion , aunque yertos ! ¡ triste de mí ! é insensibles á mi justo dolor , á mi ardiente é inconsolable llanto ! derrama desde el cielo los destellos de la luz celestial, que te corona sobre mi alma abatida , y circundada de tristisima noche , para que alumbrada y fortalecida de ella , experimente que no desamparaste enteramente á quien te invoca , á quien educaste con los consejos y máxîmas de tu sublime virtud y prudencia , y con los exemplos de tus santas costumbres, tanto mas adorables, quanto menos conocidas.

Con estas y otras muchas exclamaciones,

acompañadas de llanto y de gemidos, aliviaba Eusebio el sentimiento entrañable que lo trastornaba por la pérdida de su adorable Hardyl, quando llegaron su apoderado y Altano. Ellos, impacientes, se habian adelantado al médico y cirujano que los seguian; y descubriendo á Eusebio que estaba de rodillas, con las manos en cruz, arrimadas al pecho, regando su rostro las lágrimas cabe el cadáver de Hardyl, sin acabar sus lamentos, quisieron distraerlo, acercandose para darle aviso de su llegada. Aunque á su vista prorumpiese Eusebio en mas fuertes sollozos, eran bien inferiores á los que daba Altano, y á las dolorosas demostraciones que hacia ante el cadáver de Hardyl, besandole los pies, y dandole en sus rudas expresiones respetuosos reproches, por haberse encubierto toda su vida á su señor Don Eusebio.

Habia sabido Altano esta circunstancia antes de llegar á la casilla; y como siempre lo habia tenido en su concepto por artesano, y mirádolo como tal, dispertó en él este descubrimiento la veneracion y respeto que no habian podido merecerle sus costumbres y porte, comunes á los demas en apariencia, y que solo se hacian ahora sublimes á sus ojos, cotejandolos con su nacimiento y caracter;

mucho mas por haberlo tenido encubierto toda su vida á su mismo sobrino, cuya afliccion y postura, contribuyó tambien para que Altano se enterneciese y prorumpiese en iguales lamentos, haciendolos desistir de ellos la llegada del médico y cirujano.

Estos, ayudados del apoderado, consiguieron hacer levantar del suelo al tristisimo Eusebio, despues de haber éste besado varias veces los pies del difunto Hardyl. Ya en pie Eusebio, antes de perder de vista al cadáver, de que no podia desprenderse, alzando los ojos al cielo: ¡ ó Dios, exclamó, á quien me habeis robado! qué pérdida me será ya sensible en la tierra! y prorumpiendo en nuevos sollozos, se dexó llevar al quarto del labrador, donde exâminó el cirujano la herida que habia recibido en la cabeza, y la contusion que comenzaba á darle agudo dolor en el brazo; pero mientras lo curaba, tuvo la advertencia el apoderado de hacer exâminar al médico el cadáver de Hardyl, para que Eusebio no estuviese presente, y halló una fuerte contusion en el pecho, de donde infirió la rotura de algunas venas internas.

Aunque Eusebio, despues de curado, no queria desamparar el cadáver ni la casilla hasta que no lo llevasen á enterrar, su

apoderado se prevalió de los mismos deseos que Eusebio manifestaba de que fuese solemne el entierro para llevarselo á S... y apartarlo del cadáver, no habiendo ninguna comodidad en la casa del labrador para pasar aquella noche: consiguiolo finalmente, uniendo el médico y cirujano sus instancias. Y así, despues de haber desahogado de nuevo su dolor y ternura en el cadáver, encomendandolo con lágrimas á Taydor, partió en el calesin que habia traido su apoderado, no pudiendo servirse del coche, que habia padecido mucho en el vuelco: arrastraronlo con todo hasta S... los cocheros con los tres caballos, desamparando en el camino al que habia muerto de la cornada.

Con tan siniestros agüeros entró Eusebio en su patria, habiendo perdído su adorable Hardyl, expuesto á perder tambien la herencia de sus padres, que su tio paterno le contrastaba. ¿En qué bienes de la tierra podrá el hombre asegurar su confianza?

FIN DE LA TERCERA PARTE.





